

M U J E R E S

Orígenes del feminismo

*Textos de los siglos XVI
al XVIII*



Lidia Taillefer de Haya

N A R C E A

Lidia Taillefer de Haya (Ed.)

Orígenes del feminismo

Textos ingleses de los siglos XVI-XVIII

NARCEA, S.A. DE EDICIONES



La presente obra ha sido editada con
subvención del Instituto de la Mujer
(Ministerio de Igualdad)

© NARCEA, S. A. DE EDICIONES, 2008
Avda. Dr. Federico Rubio y Galí, 9, 28039 Madrid, España
www.narceaediciones.es

Traductoras: Carmen Alba Atencia, Pilar M.ª Hijano Hijano, Virginia López Sánchez,
Miriam López Rodríguez, Alba Martín de Pedro, Rosa M.ª Muñoz Luna,
M.ª Dolores Narbona Carrión, M.ª Isabel Romero Ruiz, Raquel Ruiz García,
Miriam Seghiri Domínguez, M.ª Teresa Silva Ros.

Cubierta: Francisco Ramos

ISBN: 978-84-277-1595-0

Depósito legal: M. 48.291-2008

Impreso en España. Printed in Spain

Imprime EFCA, S. A., 28850 Torrejón de Ardoz (Madrid)

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 170 y 171. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cerda.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Los derechos de autor de esta edición irán donados al Grupo de Investigación de la Junta de Andalucía «Asociación de Estudios Históricos sobre la Mujer» (HUM-302) de la Universidad de Málaga.

*A mis padres,
que me educaron en igualdad*

Índice

Introducción	9
Cronología	15
1. Margaret Tyrrell Tyler (c. 1578)	17
•Dedicatoria y prefacio a la traducción de <i>Especio de príncipes y caballeros</i> , de Diego Ortúñez de Calahorra (1578).	
2. Rachel Speght (1597-1630)	23
•Un bozal para el calumniador, el cínico acosador y malhablado pregonero contra el sexo de Eva, o una respuesta apologética para el irreligioso e inculto panfleto de Io. Sw., titulado <i>La acusación de las mujeres</i> (1617).	
3. Priscilla Cotton (1664) y Mary Cole (1660)	39
•Volcamos los dictados de nuestras conciencias y amonestaciones en los sacerdotes y laicos de Inglaterra (1655).	
4. Margaret Lucas Cavendish, Duquesa de Newcastle (1623-1673)	45
•Discursos femeninos (1662).	
5. Margaret Askew Fell Fox (1614-1702)	51
•La voz de las mujeres justificada, probada y permitida por las Escrituras; todas las cosas dichas por el Espíritu y el poder del Señor Jesús (1667).	

6. Bathsua Reynolds Makin (1600-1675)	61
«Ensayo para restablecer la antigua educación de las damas en religión, modales, artes y lenguas, con respuestas a las objeciones contra este tipo de educación (1673)».	
7. Mary Astell (1666-1731)	93
«Una seria propuesta para las damas, con el fin de progresar en su verdadero y gran interés (1694)».	
8. Elizabeth Carter (1717-1806)	105
«Colección de cartas entre la señora Elizabeth Carter y la señorita Catherine Talbot (1741-1770)».	
9. Lady Mary Pierrepont Wortley Montagu (1689-1762)	117
«En un periódico denominado <i>The Nonense of Common Sense</i> (1738) y Cartas a la Condesa de Bute (1752 y 1753)».	
10. Catherine Sawbridge Macaulay Graham (1731-1791)	131
«Cartas sobre educación, con observaciones acerca de asuntos religiosos y metafísicos (1790)».	
11. Mary Ann Radcliffe (1745-1810)	153
«La defensora de las mujeres, o un intento por recuperar los derechos de las mujeres de la usurpación masculina (1792)».	
12. Mary Wollstonecraft (1759-1797)	169
«Vindicación de los derechos de la mujer (1792)».	
13. María Edgeworth (1767-1849)	201
«Cartas a damas escritoras (1795)».	
14. Mary Hays (1760-1843)	221
«Llamamiento a los hombres de Gran Bretaña en nombre de las mujeres (1798)».	
15. Mary Darby Robinson («Perdita») (1758-1800)	227
«Carta a las mujeres de Inglaterra sobre la injusticia de la subordinación mental, con anécdotas (1799)».	
Bibliografía	249

Introducción

Esta obra tiene como objetivo que los lectores españoles tengan acceso a numerosos textos de «defensa de las mujeres» publicados desde el siglo XVI en Inglaterra, germen del feminismo occidental. A pesar del tiempo transcurrido, las cuestiones planteadas por estas pioneras siguen vigentes, por lo que dichos textos pueden ayudar a una mejor comprensión de la situación actual. Hay que matizar que plasman un pensamiento femenino y no «feminista» (Offen, 1988), pues la reivindicación propiamente feminista no surgió hasta la Ilustración francesa, extendiéndose posteriormente al famoso sufragismo inglés. De hecho, aquí podemos constatar la existencia de muchas publicaciones inglesas anteriores, que indudablemente labraron el principio del camino para el «movimiento de la mujer» (O'Neill, 1969).

El movimiento por la igualdad de los derechos de las mujeres en los países de habla inglesa es el más representativo en Occidente. Por regla general, las antologías feministas recogen a las sufragistas más destacadas, tanto en Gran Bretaña como en los Estados Unidos, sin profundizar en ninguno de los dos países. Por esa razón, aquí nos centramos en el Reino Unido, dada la necesidad de un trabajo más exhaustivo.

El Renacimiento inglés (King, 1991) benefició especialmente a las mujeres en dos sentidos: 1) el Humanismo empezó a formarlas; 2) en consecuencia, la Reforma Protestante echó mano de ellas a la hora de traducir textos religiosos al inglés. Desde entonces, las inglesas se caracterizan por ser instruidas, llegando a elegir a veces no casarse (como Mary Astell) o a divorciarse (como Mary Darby Robinson, «Perdita»). El problema de las mujeres que no tenían a un hombre cerca era que, muchas veces, para subsistir sólo tenían la posibilidad de trabajar gratuitamente como gobernantas o institutrices, a cambio de alojamiento y manutención (Prior, 1985).

Hasta el siglo XX las mujeres cultas se consideraban antinaturales, poco femeninas; se pensaba que si dedicaban tiempo a otros menesteres, no podían atender bien su casa, a su familia (Keeble, 1994). En caso de que algu-

na tuviera la ventaja de sentirse apoyada por el entorno familiar, con seguridad la sociedad la iba a seguir recriminando. En efecto, muchas mujeres escribieron, pero jamás llegaron a publicar, por temor a dañar tanto su reputación como la de su familia.

Aunque en Inglaterra aparecieron los primeros libros impresos en el siglo XV, las mujeres no pudieron publicar prácticamente hasta el siglo XVII, dado que no se consideraba una actividad propia de su sexo (Eger, 2001). De ahí que en los primeros escritos trataran de justificar el hecho de salirse de las normas impuestas, pues la modestia era supuestamente una de las principales virtudes femeninas. Como, además, los lectores (mayoritariamente, hombres) con gran probabilidad ignoraban su trabajo, muchas dirigieron sus obras al público femenino, animándose unas a otras, bien dedicándose libros o citándose.

Hasta finales del siglo XVIII las mujeres no pudieron dedicarse a la escritura profesionalmente (ejemplo de ello son Mary Hays y Mary Wollstonecraft), aunque las pertenecientes a la aristocracia (como la Duquesa de Newcastle) pudieron publicar antes y con mayor facilidad por distintas razones: por la formación (en sus bibliotecas), por el tiempo del que disponían y por el dinero que poseían.

Como aún sigue ocurriendo hoy en día, son preferentemente las mujeres las que reivindican los derechos femeninos, de ahí que en el índice de este libro sólo encontremos a autoras; de hecho, en Inglaterra hasta el siglo XIX no empiezan a hacerlo algunos hombres. Asimismo, cuando las mujeres lograban publicar algo, su trabajo rara vez era reconocido públicamente por los hombres, especialmente si se trataba de obras no literarias como el ensayo o la epístola. Y precisamente estos géneros menos canónicos son los que predominan en este libro pues, como a las mujeres les estaba prohibido adentrarse en la «gran» literatura¹, escribían preferentemente cartas, diarios y memorias que camuflan verdaderos ensayos sobre los derechos de las mujeres. Todos estos escritos conforman la tradición literaria femenina, excluida del canon.

Como la mayoría de los textos aquí recogidos (por orden cronológico) no se encuentran en las antologías, la labor de recopilación y selección ha sido ardua. Eso no quiere decir que la relación sea exhaustiva, pues el acceso a textos tan antiguos resulta, a veces, una tarea imposible. Éstos, aunque ya están en inglés moderno (Saltzman, 2000), difieren del inglés contempo-

¹ No obstante, dentro de la poesía, destacarían muchas feministas como Isabella Whitney, Lady Mary Chudleigh, Anne Finch, Mary Collier, Mary Scott, etc.

rínico no sólo en cuanto al sistema ortográfico y al de puntuación, que empezaron a normalizarse en el siglo XVIII, sino también al excesivo uso de mayúsculas, cursivas, contracciones, abreviaturas, arcaísmos, etc. Lógicamente, en las traducciones se pierden estos aspectos formales, con la ventaja de que no se interpone ningún obstáculo entre el contenido y el lector en español actual.

Las traducciones se han realizado de los textos completos, de capítulos concretos o de extractos; en este último caso, la extensión no se reduce a un mero párrafo, sino a varias páginas, con la intención de que el pensamiento de las escritoras quede reflejado de la manera más fidedigna posible.

De las dieciséis autoras aquí recogidas, sólo tres se dedicaron en exclusiva a la causa de las mujeres (Rachel Speght, Mary Hays y Mary Ann Radcliffe), pues la mayoría de ellas también destacaron en otros campos, como en el de la traducción (Margaret Tyrrell Tyler, Elizabeth Carter y Mary Pierrepont Wortley Montagu), la lingüística (Batshua Reynolds Makin), la educación (Mary Astell y Maria Edgeworth), la religión (Priscilla Cotton, Mary Cole y Margaret Askew Fell Fox), la historia (Catherine Sawbridge Macaulay Graham), la política (Mary Wollstonecraft), la filosofía (Margaret Lucas Cavendish) y el mundo artístico (Mary Darby Robinson, «Perdita»). A propósito de los nombres de las escritoras, hemos de recordar que las anglosajonas «pierden» el apellido materno nada más nacer, y además suelen cambiar su único apellido, el paterno, en cuanto se casan. No obstante, en el afán de conservar algo más de su identidad, en este libro se intenta mantener junto al nombre de pila el apellido de soltera de las autoras, a pesar de que prescindieran de él al casarse; en caso de haberse casado varias veces, también se mantienen los apellidos de los matrimonios anteriores, aunque se las suela conocer tan sólo por uno de ellos.

Como en el Renacimiento inglés las traducciones se consideraban una tarea más femenina que las obras de creación (Maier, 1996), sus prefacios se percibían menos agresivos, de ahí que éste fuera el medio elegido por la primera autora, Margaret Tyrrell Tyler (Clase, 2000). Aquí tendremos la oportunidad de comprobar cómo critica la ideología patriarcal en el prefacio a una traducción que hizo del español.

A pesar del mayor desarrollo de este «protofeminismo» en los países protestantes que en los católicos, hay quienes creen que la diferencia no se debe a razones religiosas. Sin embargo, en Inglaterra la primera corriente feminista puede calificarse de religiosa, pues gracias al protestantismo se abogará por la igualdad política y social, siendo los cuáqueros los que otorgaron mayor autoridad espiritual a las mujeres. Las profetisas empezaron a

ejercer poder públicamente, y también por escrito, llegando incluso a ostentar cargos religiosos; a diferencia de las puritanas (sin voz en las congregaciones) y de las baptistas (que no podían participar en los oficios), las cuáqueras pudieron viajar con libertad para difundir su doctrina (Mack, 1992). Como la escritura religiosa se consideraba también más propia del género femenino, la producción de las cuáqueras llegó a suponer casi una cuarta parte de las publicaciones de las mujeres, tal y como ilustran los escritos de Margaret Askew Fell Fox, Priscilla Cotton y Mary Cole. En la lucha por la igualdad de las cuáqueras estuvo el origen del movimiento sufragista, tanto en los Estados Unidos como en Inglaterra.

En Inglaterra el debate sobre la cuestión femenina surgiría, en parte, gracias a la Reforma (Henderson, 1985), pero también aparecieron opúsculos (Shepherd, 1985) que defendían la causa femenina (Travitsky, 1984) y que no contemplamos al estar firmados con pseudónimos. Nuestra intención de recuperación histórica ha hecho que descartáramos asimismo textos anónimos o cuya autoría no estuviera confirmada, y hemos de recordar que desgraciadamente ésta era la práctica habitual de muchas eruditas, especialmente en el Renacimiento. Ejemplo de escrito feminista sin autoría reconocida es *Jane Anger, her Protection for Women to Defend them against the Scandalous Reports of a Late Suffering Lover* (1589).

También fueron varias las mujeres que contestaron al misógino panfleto de Joseph Swetnam, *The Arraignement of Lewde, Idle, Froward and Unconstant Women: Or the vanitie of them, choose you whether* (1615); la mayoría fueron publicaciones bajo pseudónimo (como *Ester Hath Hang'd Hansan* de Esther Soweman, y *The Worming of a Mad Dogge* de Constantia Munda). Aquí comprobaremos cómo Rachel Speght (Lewalski, 2000) fue la primera inglesa que se atrevió a defender la causa femenina firmando un opúsculo con su nombre. Obviamente, el feminismo de los primeros textos era muy sutil, ya que se trataba de una lucha individual que no contaba con el respaldo de ningún movimiento colectivo, tal y como existe hoy en día.

La moderna filosofía cartesiana favoreció la conciencia del yo, que repercutiría de manera muy positiva en el feminismo, especialmente a través de observaciones y reflexiones. Margaret Lucas Cavendish (Shaver, 2000) y Mary Astell, a las que podríamos considerar las primeras feministas en el sentido más amplio del término, lo que hacen en realidad es plantear preguntas. En este libro podremos comprobar contradicciones dentro del pensamiento feminista, pero no hemos de olvidar que éste se hallaba en proceso de formación. Aunque en un primer lugar nos encontramos con un feminismo clasista como el de Bathsua Reynolds Makin (Salmon, 1996),

que propugna la educación sólo para las damas, de su evolución resultaría el feminismo contemporáneo. Igual que en un principio se pedía la igualdad religiosa, educativa y paulatinamente social y política, inicialmente se pedía la igualdad sólo para las mujeres de los estratos superiores, expandiéndose con el tiempo a la clase media y a la trabajadora.

La mujer inglesa instruida no triunfó hasta la segunda mitad del siglo XVIII, dándosele el nombre de «*Bluestocking*» (Myers, 1990), expresión que se refería a un grupo de eruditas que se reunían siguiendo la moda de los salones de París, entre ellas Elizabeth Carter (Kowaleski-Wallace, 1988) y Catherine Sawbridge Macaulay Graham (Hill, 1992).

En este libro también podremos comprobar cómo otras inglesas luchaban por el derecho a la educación, por ejemplo Lady Mary Pierrepont Wortley Montagu (Delplato, 1988) y Maria Edgeworth, por el derecho al trabajo, por ejemplo Mary Ann Radcliffe (Ferguson, 1985) y Mary Darby Robinson «*Perdita*» (Levy, 1994), o Mary Hays (Walker, 2006), que comenzó a abogar por la independencia económica de las mujeres.

Aunque en Inglaterra la revuelta social no llegó a estallar, la última década del siglo XVIII presenció la aparición de pensadores que cuestionaban el orden establecido, como Mary Wollstonecraft (Tomalin, 1985), y que atacaban los fundamentos políticos, económicos, sociales, educativos y morales del sistema. La Revolución Francesa fue clave en la historia de la humanidad, y un primer paso para establecer la igualdad entre hombres y mujeres, pero mientras el hombre consiguió la libertad, los derechos individuales y el sufragio, las mujeres siguieron excluidas.

Este libro pretende ayudar a comprender la génesis y evolución del feminismo, en general, y en Inglaterra en particular. Asimismo, como el canon literario inglés no incluye a la mayoría de las autoras, tenemos la oportunidad de sacarlas del olvido y de mostrar su contribución histórica.

CRONOLOGÍA

- 1558 Coronación de Isabel I, que llegó a ser traductora, siendo su reinado culturalmente muy floreciente.
- 1578 Margaret Tyrrell Tyler añade a su traducción de *Espejo de príncipes y caballeros*, de Diego Ortúñez de Calahorra, un prefacio en el que defiende que las mujeres puedan abondar el romance de caballería.
- 1615 Joseph Swetnam escribió, bajo el pseudónimo de Thomas Tel-Troth, un panfleto misógino titulado *The Arraignment of Lewde, Idle, Froward and Unconstant Women: Or the venite of them, chuse you whether*, que provocó una serie de publicaciones en defensa de las mujeres.
- 1617 Rachel Speght contesta al panfleto misógino con *A Mouzell for Melastomus: The Cynicall Boyer of, and Foule Mouthed Barker against Evilla Sex. Or an Apologuicall Answer to that Irreligious and Illiterate Pamphlet made by Jo. Su and by him Intituled, The Arraignment of Women.*
- 1642-1646 Primera Guerra Civil Inglesa.
- 1648-1651 Segunda Guerra Civil Inglesa.
- 1655 Priscilla Cotton y Mary Cole publican *To the Priests and People of England, we Discharge our Consciences and Give them Warning.*
- 1660-1700 Restauración monárquica de los Estuardos.
- 1662 Margaret Lucas Cavendish, Duquesa de Newcastle, publica *Female Optations.*
- 1667 Margaret Lucas Cavendish visita la Real Academia de las Ciencias. Margaret Askew Fell Fox publica *Women's Speaking Justified, Proved and Allowed of by the Scriptures, All such as Speak by the Spirit and Power of the Lord Jesus.*
- 1673 Bathusa Reynolds Makin publica *An Essay to Revive the Ancient Education of Gentlewomen in Religion, Manners, Arts and Tongues, with An Answer to the Objections against this way of Education.*
- 1688 Revolución en la que María II y su marido Guillermo III sustituyen al rey Jacobo II.
- 1694 Mary Astell publica *A Serious Proposal to the Ladies for the Advancement of their True and Greatest Interest by a Lover of her Sex.*
- 1697 Mary Astell publica *A Serious Proposal to the Ladies Wherein a Method is offer'd for the Improvement of their Minds.*
- 1738 Lady Mary Pierrepont Wortley Montagu publica *In a Paper Called The Notion of Common Sense.*

- 1741-1770 Correspondencia entre Elizabeth Carter y Catherine Talbot.
- 1752-1753 Lady Mary Pierrepont Wortley Montagu escribe a su hija, la condesa de Bute.
- 1788 Albores de la Revolución Francesa. Con ocasión del anuncio de convocatoria de los Estados Generales, algunos *Cahiers de doléances* (Cuadernos de quejas) se hacían eco de las quejas femeninas.
- 1789 En Francia se publica un documento anónimo dirigido al rey, titulado *Pétition des femmes du Tiers Etat au Roi*, en el que se pide el derecho a la educación y a un trabajo, para evitar la prostitución.
- 1790 Catherine Sawbridge Macaulay Graham publica *Letters on Education with Observations on Religious and Metaphysical Subjects*.
En Francia el marqués de Condorcet, defensor de la causa femenina, escribe un artículo sobre la admisión de las mujeres al derecho de ciudadanía; pedía el voto censatario (aún no el sufragio universal), el derecho a la educación y al trabajo.
- 1791 En Francia Olympe de Gouges publica «Los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana», réplica femenina y femenita a la «Declaración de Derechos del Hombre» (1789); también pide la abolición del matrimonio en favor de un «contrato social» entre hombre y mujer en paridad de derechos. Se abren clubes femeninos en los que las mujeres discuten sobre la situación política.
- 1792 En Gran Bretaña Mary Wollstonecraft publica *A Vindication of the Rights of Women*, obra pionera al reclamar para las mujeres el derecho al trabajo, a la educación y a la emancipación económica.
Mary Ann Radcliffe escribe *The Female Advocate, or an Attempt to Renew the Rights of Women from Male Usurpation*, que no se publicó hasta 1799.
En Francia se aprueba una ley de divorcio, y las mujeres ya pueden ser testigos en el juzgado civil.
- 1793 En Francia las mujeres son excluidas de los derechos políticos, se ordena que se disuelvan los clubes femeninos y en la calle no pueden reunirse más de cinco mujeres. A finales del año Olympe de Gouges es condenada a la guillotina y otras mujeres son encarceladas.
- 1794 En Italia, la condesa romana Rosa Calafornia publicó *Breve difesa de los derechos de la mujer*, también aparecen los primeros periódicos femeninos que reclamaban el derecho a la igualdad.
- 1795 Maria Edgeworth publica *Letters to Literary Ladies*.
- 1798 Mary Hays publica *Appeal to the Men of Great Britain in Behalf of Women*.
- 1799 Mary Darby Robinson, «Pensées», publica *A Letter to the Women of England on the Injustice of Moral Subordination with Anecdotes*.

1. Margaret Tyrrell Tyler

(c. 1578)

Apenas se sabe nada de la vida de Margaret Tyler. Algunos creen que a principios de la década de 1560 estuvo al servicio de una familia católica llamada Howard. Sin embargo, su obra muestra una formación que no es propia de una sirvienta. Puede que su apellido paterno fuera con probabilidad Tyrrell, y que se casara con John Tyler, hombre culto que trabajaba en la mencionada casa. Asimismo, su conocimiento de la lengua española, algo extraño en la época incluso para un hombre, pudo deberse a que proviniera de una familia de comerciantes o de sirvientes de diplomáticos. Su defensa de las mujeres posiblemente se vio facilitada por el hecho de no pertenecer a la aristocracia.

Margaret Tyrrell Tyler fue la primera inglesa que tradujo un romance de caballería y, además, directamente del español, sin pasar por el francés. En el Renacimiento inglés dicho género se consideraba frívolo y amoral, ya que la literatura española era muy liberal respecto a las mujeres, y los traductores hombres a menudo alteraban los textos para adaptarlos a la decencia sexual de la época. Pero Tyler no modificó el texto, lo que prueba su valentía y su postura subversiva. La obra en cuestión es la primera parte del romance español de Diego Ortúñez de Calahorra, *Especjo de príncipes y caballeros*, publicado en 1555 (*The Mirror of Princely Deeds and Knighthood*, 1578). Se trata de su única traducción larga, por encargo, que dedicó a Thomas Howard, tercer duque de Norfolk, que fue ejecutado por intentar deponer a Isabel Tudor para que la sustiniera María Estuardo. José de Perrotta (Eisenberg, 1975: xii) publicó una serie de artículos a principios del siglo pasado en los que demostraba el influjo de esta obra sobre Shakespeare, en concreto sobre *La tempestad*. La traducción se imprimió dos veces, lo que es indicio de gran popularidad para una publicación de muchas páginas y elevado precio.

La importancia de esta traducción radica en su extenso e ingenioso prefacio, una especie de manifiesto político. En efecto, se trata de una de las

primeras «defensas» para que las mujeres inglesas pudieran llevar a cabo trabajos literarios, de ahí que se considere a Tyler también como la primera inglesa que critica la ideología patriarcal. En primer lugar, justifica el hecho de que una mujer traduzca una obra secular y no de carácter religioso, como venía siendo costumbre hasta entonces, con el único fin de entretener; el libro IX (publicado en 1601 y no traducido por ella, probablemente por su avanzada edad) estaba dedicado específicamente a las «damas», pues las mujeres eran las principales lectoras de romances, lo que prueba las contradicciones y los prejuicios de la época. La obra cuenta con escenas bélicas, pero defiende que las mujeres pueden escribir sobre ello igual que los hombres escriben sobre aspectos que desconocen; es más, según ella, las batallas, aunque libradas por los hombres, pertenecen a ambos sexos. Su prefacio expone una de las primeras teorías de la traducción en prosa, ya que hasta entonces los traductólogos se habían centrado en la traducción poética.

Las mujeres renacentistas supuestamente no debían recibir formación. En caso de haber estudiado, gracias al humanismo protestante inglés, podían leer pero nunca escribir. Si llegaban a escribir, les estaba permitido traducir obras religiosas, pero nunca crear una obra literaria propia. Tyler incumplió todas estas reglas. Aunque se publicaron varias ediciones, la traducción española que a continuación presentamos se basa en la primera edición de 1578, pues las posteriores incluían en el prefacio algunos cambios probablemente no llevados a cabo por la autora.

***Dedicatoria y prefacio a la traducción de
Espejo de príncipes y caballeros,
de Diego Ortúñez de Calahorra (1578)***

(Traducción de M.^a Dolores Narbona Carrión)

Dedicatoria y prefacio a la traducción de *Espejo de príncipes y caballeros*, en que se cuentan los inmortales hechos del caballero Dume y su hermano Rosicler, hijos del gran emperador Trebacio, con los muy extraños amores de la hermosa y exagerada Princesa Briana, y con las valientes empresas de otros grandes príncipes y caballeros.

Dedicatoria para el honorable Lord Thomas Haward

Sin haberme desviado mucho de mi propia inclinación, debidamente honorable, aunque forzada por la importunidad de mis amigos al arduo ejercicio de esta traducción, me he aventurado en un trabajo que no es ciertamente el más provechoso, ya que trata sobre armas, pero tampoco es completamente improductivo, si aprovechamos el ejemplo histórico; asimismo, deseo que salga a luz para que proporcione placer, y que no sea rechazado por su extrañeza. No obstante, no pretendo jactarme de mi trabajo, pues fue algo que se me ofreció, que no elegí yo, y se hizo poco caso a mi intento de rechazarlo. La honestidad de mis amigos me convenció de la conveniencia de poner en práctica y hacer progresar mi talento, o de poner mi vela en el candelero; pero la consideración de mi insuficiencia me llevó a pensar que me sería más fácil o bien sepultar mi talento, evitando así saldar grandes deudas, o bien encender mi vela, lo cual me permitiría descubrir las esquinas sucias de mi casa. Pero la opinión de mis amigos prevaleció sobre la mía. Así, con la esperanza de poder satisfacerlos, emprendí esta labor, que además he llevado a cabo a conciencia, y quizá también lo hice para volver a retomar mis viejas lecturas. De ellas saqué la información que puse en manos de mis amigos, y tras su aprobación —después de haberles pedido su opinión— he ido preparando el terreno para su publicación. Así, pues, me he reservado el orden de la dedicatoria de acuerdo con lo que yo considero más beneficioso para la defensa de mi trabajo, o para hacer referencia a algún mérito recibido. Y en este sentido no tardé en encontrar a alguien que lo mereciera, dados los numerosos beneficios recibidos de manos de sus honorables padres, mi buen Lord. [...]

Prefacio de Margaret Tyler al lector

Aquí le muestro, querido lector, la historia de Trebacio, emperador de Grecia. A la hora de traducirla, ni sabía, ni realmente intenté averiguar si se trataba de una historia real o de una famosa fábula, puesto que mi propósito al pasarla a la lengua inglesa era vuestro provecho y disfrute. El tema principal gira en torno a hazañas de guerra, y las partes que se nombran destacan especialmente por su magnanimidad y coraje. El propósito del autor parece ser éste: animar y prender, a través de su obra, el fervoroso coraje de los jóvenes caballeros para que continúen su linaje imitando los pasos de los protagonistas. La primera lengua en que escribió el relato fue

en español, pues —según se dice— España es heredera de todas las virtudes guerreras. Es necesario el discurso completo para el final, ya que, además de su diversidad, ofrece muy agradables cambios de tema, tiene diálogos cortos y dulces, hay oraciones elaboradas y se muestra cauteloso para evitar accidentes contradictorios. De este modo, tengo la suerte de comenzar más en la mera transmisión del relato que en la verdad que pueda encerrar, puesto que me gustaría que pudiera experimentar el placer que yo siento al leerlo en español, aunque en contactas ocasiones se consigue comunicar un mensaje exactamente igual al que ha transmitido otra persona. Espero que acepte con agrado este trabajo, especialmente porque ha sido realizado por una mujer, a pesar de tratarse de una historia profana sobre una materia masculina que se considera poco apropiada para mi sexo. Pero con respecto a lo masculino de esta materia, ya se sabe que no es necesario que todos los trompeteros y tamborileros de la guerra sean buenos luchadores. Ellos se limitan tan sólo a incitar a luchar a los demás, aunque puede que ellos mismos tengan lesiones ocultas y no tengan más remedio. Así pues, querido lector, si mi tarea de traducir al inglés a este autor puede hacer que le provoque virtudes que se alaban en él, y su ejemplo le lleva a arriesgarse a luchar en su principado o país, y a ganar una buena reputación (lo cual espero que ocurra, por mi propia dignidad), no me humillaré ni temeré los argumentos de aquellos que no encuentren apropiada mi iniciativa. Estoy convencida de que no todo hombre que desea que se cultive el campo tiene un arado; y no es pecado hablar de Robin Hood, aunque nunca hayas tirado con su arco. Aunque no estaría bien participar en conflictos bélicos, tal y como hicieron las antiguas Amazonas, como hace Claidiana en este relato y otras muchas en otros; aún así no es tan horrible que se narren gestas de armas, pues se debería aceptar no sólo para nosotros los hombres, que sois además guerreros, sino también para las mujeres, que nos beneficiamos igual que vosotros de vuestras victorias. El tema es tan recomendable que nunca se ha desacreditado a su portavoz, por lo que se ha venido considerando generalmente que el hombre habilitado de ello, o que saliera a la luz por medio de las partes que actuaban en la guerra o invasión. La invención, disposición, adornos y el resto de los elementos de esta historia pertenecen por completo a otro hombre. Mi única participación en ella ha sido traducirla, teniendo en cuenta únicamente el disfrute de quien no la podía entender, que antes de este momento no estaba al tanto de la astucia de nuestro país. Lo peor puede ser esto: que de entre los muchos extranjeros que llegan a diario (algunos más viejos que otros entre los más recientemente llegados, algunos escribiendo

sobre temas de gran peso o sobre la tristeza de la divinidad y demás), alguno declare que a mis años le van mejor otro tipo de discusiones sobre temas más sencillos y cotidianos en los que una dama pueda emplearse a trabajar con honestidad. No obstante, yo me he basado únicamente en este señor, cuyo personaje no depende de mi invención, ni su comportamiento (que es claramente guerrero) tiene que ver con mis años. Así, pues, la cuestión que aquí se plantea gira en torno a mi elección, no a mi labor, el porqué preferí este tema antes que otros de mayor importancia. Para responder le diré, querido lector, que la verdad es que la iniciativa de realizar este trabajo no partió de mí, y los que me aconsejaron para que lo llevara a cabo se ofrecieron además para ser mis directores y supervisores, para que no me decidiera. No obstante, como tenía la posibilidad de negarme a aceptar, debo responder ahora de mi fácil aceptación. Y no me faltarían excusas, pues si tuviera que defenderme diría que a lo largo de los años se ha escrito sobre temas de aún menor importancia, y que a diario se publican nuevos en canciones, sonetos, interludios y otros tipos de discurso que, sin embargo, se aceptan sin reproche, sólo para satisfacer el gusto de algunos hombres. Así, pues, estoy segura de que podría encontrar tantos enemigos conocidos como hombres autores de estos vanos trabajos, pero entonces mis otros adversarios no se quedarían lo suficientemente satisfechos, ya que dirían que tanto unos como otros no valen para nada. Y aunque quizá podría pasar inadvertida entre esa muchedumbre sin ser reconocida, como un caso aislado en mi mal hacer, como tiene menos mérito el perdón de una falta considerada muy común, no recurriré a una excusa que no me sea útil y que además haga daño a otros hombres. Mi defensa, en cambio, se basa en el ejemplo de los mejores, muchos de los cuales han dedicado a diversas damas y señoras sus trabajos, algunos relatos, unos sobre guerras, otros sobre física, otros sobre leyes, algunos sobre el gobierno y otros sobre temas divinos. Y si los hombres pueden dirigir y de hecho dirigen tales trabajos a damas, para que las mujeres podamos leer los escritos a nosotras dedicados, ¿por qué no ahondar en ellos en busca de la verdad? Y lo que es más, ¿por qué no tratar dichos argumentos por medio de la traducción, cuando se trata precisamente de una tarea que requiere más atención que invención o conocimientos? Y ellos deben reconocer que en sus dedicatorias no sólo no dudan en incluir nombres de personalidades importantes, sino también testimonios que les dan mayor crédito, según lo cual ni uno debe pedir sin ambición ni otro puede conceder con demasiada ligereza. Si a las mujeres se les niega el acceso a los libros que aparecen en su nombre, o si la gloria se busca únicamente en las inscripciones comunes, poco

importa que las partes sean hombres o mujeres, que estén vivos o muertos. Pero, volviendo atrás, sea cual sea la verdad, bien que las mujeres no deben debatir en absoluto sobre conocimientos, ya que según los hombres ellos son los únicos que poseen, o bien que si pueden hacerlo en cierto modo (es decir, de forma limitada) en determinada faceta del conocimiento, lo que yo creo es que del mismo modo en que el hombre puede dedicar sus escritos a una mujer, la mujer también puede escribir. Pero, de entre mis enemigos, espero que no haya ninguno que sea tan estricto como para forzarme a no escribir o a escribir sobre temas divinos. Teniendo en cuenta que yo no me atrevo a confiar mucho en mi opinión si se tratan temas controvertidos, aún no he oído que se hable de un libro sin que se ofenda a alguien. Además, soy consciente de que algunos pueden molestar al ver su maravilla española convertida en un pasatiempo inglés; pueden permitir su relato en español, pero no lo «venderían» tan barato, ya que se lo habrían quedado para ellos. No quiero discutir la naturaleza de estos hombres, pero mi propósito era el de compartir mi placer con otras personas.

No me cabe la menor duda, querido lector, de que si, acostumbrado a temas más serios, le apetece divertirse con este tema español, aquí encontrará la respuesta justa a la malicia y a la cobardía, junto con la debida honestidad y coraje, de forma que pueda edificar con su ejemplo ambos sentidos. Y en lo que respecta a los temas que son más bien artificios para pasar el tiempo, representando una triste materia de conocimiento, él quita lo que puede enriquecer tales placeres con una lectura provechosa, de forma que ese forastero representa para usted un hombre honesto cuando lo necesite, y otras veces un buen compañero para entretenerle las noches aburridas, o una broma graciosa en su equipaje.

Y ahora me voy a referir a ciertas diatribas en relación a este relato, sobre si no es femenino que una mujer lo aborde o si éste requiere una edad más avanzada que la mía. Sobre estos dos aspectos, querido lector, he pensado ponerle sobre aviso, no vaya a ser que al enterarse de mi nombre y edad pueda sacar falsas conclusiones sobre mi osadía, de lo cual trato de librarme por medio de esta sencilla explicación. Y si por este mismo trabajo mereciera su aprobación, teniendo en cuenta que la iniciativa ha sido sólo mía, quedará muy complacida de su satisfacción.

Con mis mejores deseos.

A sus pies,

M.T.

2. Rachel Speght

(1597-c. 1630)

Rachel Speght era hija de un pastor, James Speght, que había publicado algunas obras devocionales. De sus cuatro hijos, ella fue la única que heredó sus libros, debido a su formación intelectual, y habiendo sido su madrina quien realmente potenció su talento.

Joseph Swetnam había escrito, bajo el pseudónimo de Thomas Tel-Troth, un panfleto misógino titulado *The Arraignment of Lewde, Idle, Froward and Unconstant Women: Or the vanitie of them, choose you whether* (1615), que provocó una serie de publicaciones a lo largo de 1617 en defensa de las mujeres. La primera la publicó Rachel Speght, *A Mouzell [muzzle] for Melastomus [black mouth]; The Cynicall Bayter of, and Foulle Mouthed Barker against Evshs Sex. Or an Apologetically Answer to that Irreligious and Illiterate Pamphlet made by Jo. Sw. and by him Intituled, The Arraignment of Women* (1617). Después apareció otra publicación firmada por Ester Sowernam (pseudónimo que juega con Swe[et]nam), cuyo título era *Ester Hath Hang'd Haman*. Y, en último lugar, se publicó la obra de Constantia Munda (también otro pseudónimo), *The Worming of a Mad Dogge*. Aunque en aquella época muchas de las contestaciones a las obras las llevaban a cabo los propios autores a petición de los editores, con fines comerciales más que ideológicos, no obstante se cree que las dos bajo pseudónimo las escribieron mujeres, por sus distintos valores y forma de pensar. Por lo tanto, de todas ellas la primera que contestó, además de ser la primera mujer inglesa en identificarse, fue Rachel Speght, gran poeta y polemista.

El papel de la mujer en la sociedad que describe Rachel sigue siendo prácticamente el mismo, a pesar de los siglos transcurridos. Debido a su formación cristiana, y como la mayoría de sus contemporáneas, reclamaba la igualdad espiritual, que llevaría a la igualdad social y política. Es más, llega a declararse defensora de aquellas a las que va dedicada su obra.

Los panfletos de aquel período se caracterizan por ser muy satíricos. Como la sátira tenía su origen en los clásicos, su tradición era patriarcal: a

saber, se criticaba a las mujeres, pero éstas no debían responder, y si se atrevían a hacerlo su reputación quedaba seriamente dañada. Por tanto, la reputación de las mujeres dependía no de lo que ellas dijeran o hicieran, sino de lo que de ellas dijeran los demás. Así, pues, las mujeres se encontraban atrapadas no sólo social y económicamente, sino también estilísticamente, obligadas al discurso patriarcal. No obstante, estudiando en profundidad los fallos en los escritos de sus oponentes, empezaron a contrarrestar por primera vez el lenguaje sexista a través de distintas tácticas como la repetición (hasta que la expresión en cuestión deja de tener sentido) o los juegos de palabras: de hecho, Speght publicó un breve escrito, *Certaine Quaeres to the Buyer of Women*, en el que critica con ejemplos los errores gramaticales de Sweetnam, al que presenta como «as/ass» y «wonderfool»¹. Es más, las renacentistas inglesas tuvieron que adaptar los silogismos característicos de estos panfletos al interés de la condición femenina, pues dicho género siempre se basaba en calumnias supuestamente ingeniosas y bromas pesadas sobre las mujeres; estas escritoras convirtieron la lógica en su principal arma contra la tradición, la costumbre. En el caso concreto de Rachel, interpreta libremente las Escrituras desde un punto de vista protestante y femenino, presentando una alternativa a la misógina versión de la creación según el Génesis y a la debida sumisión de las mujeres a sus maridos según San Pablo; emplea la historia de la creación para demostrar que la mujer se creó de Adán para ser su igual, no para que la pisoteara.

Rachel Speght también escribió una obra poética con motivo de la muerte de su madre, *Mortalities Memorundo* (1621). En ese mismo año se casó con William Proctor, con quien tuvo dos hijos, no volviendo a publicar.

A continuación pasamos a la traducción de su obra. El tono general es bastante calmado, en comparación al prefacio. Su narración sobre la naturaleza del hombre y de la mujer se remonta al Génesis, obviamente desde el punto de vista femenino. El valor de estas primeras defensas de las mujeres está más en cómo abordan el tema que en lo que dicen. Desde finales del siglo XVI, las mujeres guiaban las oraciones en las reuniones, pero hasta mediados del siglo XVII no aparecen las predicadoras. Se trata de la primera publicación semi-religiosa escrita por una mujer.

¹ Juegos de palabras que significan «burro» y «tonto», respectivamente.

**Un bozal para el calumniador, el cínico acosador y el malhablado
pregonero contra el sexo de Eva, o una respuesta apologetica para el
irreligioso e inculto panfleto de Io. Sw., titulado La acusación de las
mujeres (1617)**

(Traducción de Virginia López Sánchez)

Proverbio 26.5: Contesta a los insensatos con su misma insensatez,
para que no se creen sabios.

**A todas las señoras virtuosas, honorables o respetables,
y a todas las demás del sexo de Eva que temen a Dios
y que aman su justa reputación, gracia y paz
a través de Jesucristo, para la gloria eterna**

Como dice el símil del sabio y erudito Lactancio, al igual que el fuego (aunque sólo sea una pequeña ascua encendida) si no se sofoca puede provocar gran revuelo y daño, igual de peligrosos pueden resultar con el tiempo los escándalos y las difamaciones de los malévols si no se cortan de raíz en su primera aparición. Considerar esto, justas, honorables y respetables señoras, me ha llevado (a pesar de ser joven y la más falta de méritos de entre miles) a enfrentarme a un enemigo furioso con nuestro sexo, para que no continúen sus injustas imputaciones sin respuesta y siga considerándose vencedor; como los historiógrafos cuentan del trabajo de la víbora, que en invierno vomita a causa del veneno pero en primavera vuelve a succionar el veneno de nuevo, esto lo convierte en doblemente mortal. Y éste, nuestro molesto enemigo, tan sólo pensando en transmitir a la mujer un veneno aún más peligroso del que ya ha espumajeado con su inculto panfleto titulado *La acusación de las mujeres*, puede convertirse en algo mucho más contagioso, según ya ha amenazado.

En segundo lugar, de dejar algún pasaje sin respuesta, viendo que *taeren* es *quasi consentir*, el ignorante puede creer que sus diabólicas infamias son verdades infalibles; por el contrario, deben percibir que no son sino la escoria de las mentes paganas, o un edificio sin cimientos (por lo menos, desde el punto de vista de las Sagradas Escrituras) que el viento de la verdad de Dios debe derrumbar.

Una tercera razón por la que me aventuro a tirar esta piedra al jactancioso Goliat es por dar consuelo a las mentes del sexo de Eva, tanto ricas

como pobres, eraditas como incultas, con este antídoto: si el temor a Dios reside en sus corazones, ellas podrán con todos sus adversarios; si son estimadas e importantes ante los ojos de su misericordioso Redentor, no deben temer los dardos de la envidia ni de los detractores. Por vergüenza y desgracia, dijo Aristóteles, es el final de los que disparan las flechas emvenenadas.

Por ello, digno de imitación es el ejemplo de Séneca quien, cuando le dijeron que cierto hombre gritó en su contra, hizo este humilde comentario: algunos perros ladran más a lo cotidiano que a lo maldito, y algunos hablan mal de otros no porque el difamado se lo merezca sino porque la costumbre y corrupción de sus corazones ya no les dejan hablar bien de nadie. Declaro esto como un paradigma a seguir por toda mujer, sea noble o no: que no se llenen de cólera frente a nuestro iracundo adversario, sino que lo consideren de acuerdo con el retrato que él ha dibujado de sí mismo, sus propios escritos serán el emblema de un monstruo.

Esta es la apología breve (justa, honorable y respetable) que inicié sin considerarme más capaz que otras, pero al percibir que nadie de nuestro sexo se enfrentaría contra nuestro gran enemigo entre los hombres, sin asustarme de nada al saberme armada con la verdad (la cual, aunque se culpe a menudo, nunca debe avergonzarse) y con la palabra del Espíritu Santo, junto con el ejemplo de virtuosos alumnos como escudo, no tenía ni una pizca combatir contra nuestro malvado adversario. Y si al hacer esto el juicioso me censura por obtener la victoria y contentar al equivocado, habré conseguido alcanzar tanto la meta que perseguía como el premio que deseaba.

Pero si Zoilo me juzga de presuntuosa por dedicar esto a personajes de tan alto rango, por mi falta de documentación y por mis años, yo me disculpo. Ver que el «acosador de la mujer» ha abierto su boca, tanto contra ricos como pobres, me llevó a esto. Y en cuanto a mi falta de conocimiento y edad, necesito mucha protección contra los malos consejos que a veces hincan sus malolientes dientes a ambos lados de la verdad. Por todo ello, al igual que la mente de Decio se escuda bajo César, he decidido refugiarme bajo vuestras alas, personajes honorables, frente al insistente calor de este dragón fiero y furioso, deseando que ustedes no miren tanto *ad opus* como *ad animum*, y sin dudar de la aceptación y censura de todas las virtuosamente afectadas, honorables y respetables.

Humildemente a su servicio, Rachel Speght

[...]

Para el mayor de los idiotas que haya plasmado su pluma en papel, cínico «acosador de las mujeres» y misógino metamorfoseado, Joseph Swetnam

De aguas estancadas, que pronto se pudren, no se puede esperar ningún buen pescado, porque sólo generan criaturas venenosas o malolientes, como las serpientes, víboras y demás. De igual manera, no puede salir nada mejor de una mente holgazana y corrupta que la furia (usando sus propias palabras) que le ha llevado a abrir sus puertas. En los desechos de sus locas reflexiones ha empleado usted tales irregularidades, y seguido un método tan desordenado, que no dudo que cualquier erudito le hubiese criticado. Usted se parece al pintor que intenta pintar el arco de Cupido, olvidando la cuerda; en su agonía por inventar un relato contra las mujeres, cae en errores gramaticales por todos sitios. Pero al igual que el vacío hace más ruido, lo mismo se puede decir de usted.

Usted cree que ha presentado muchas proposiciones de gran daño para la mujer, pero por lógica la conclusión iría en contra de su propio sexo. Sus asuntos requieren tanta discreción que dudo que pueda un burro. Pero nievo en la obligación de decirle, por pertenecer a una minoría, que su corrupto corazón y su maldita lengua son instrumento del diablo.

Al denominar a su virulenta espuma «acoso de las mujeres», se presenta simplemente como un cínico, pues no hay otro perro o toro que les acose sino usted. Debería ponerse el bozal que Santiago quería que llevaran todos los cristianos: «No habléis mal los unos de los otros» (Sant 4, 11); de esta manera, no se parecería tanto a la serpiente de Pórfiro que, a pesar de estar llena de veneno mortal, no hace daño más que a sí misma. Usted, habiendo traspasado no sólo los límites de la humanidad sino también de la cristiandad, ha hecho más daño a su propia alma que a la mujer. Primero, al deshonor al Señor blasfemando y pervirtiendo las Escrituras, lo que —según el testimonio de San Pedro (1 Pe 3, 16)— supone la destrucción de aquellos que lo hacen. En segundo lugar, con sus discursos despectivos y oprobiosos, contra el excelente trabajo de Dios, que perfeccionó con gran amor el bienestar del hombre. En tercer y último lugar, con sus expresiones paganas, símiles y ejemplos, usted mismo se ha delatado ante el mundo, y no dudo de su demérito. Puede que la gente vulgar, que no tiene más conocimientos que los que usted ha demostrado en su libro, le aplauda por sus esfuerzos.

Con respecto a su «obsesión» o consejo a las mujeres de que cualquier cosa que piensen de su obra deberían callársela, ya que al criticar pueden

dejar sus sufridas espaldas al descubierto (en alusión al refrán: «si tocas un caballo malherido, te dará una coxa»), yo respondo —a modo de apología— que aunque todos los caballos malheridos dan coxes, no todos los que dan coxes están malheridos. Igualmente podríamos decir que las personas que se han quemado temen el fuego, y que sólo temen el fuego los que se han quemado, siguiendo la inculca conclusión a la que usted ha llegado antes.

Con su título lo que pretende es acusar a la mujer de indecente, frívola, rebelde e inconstante, olvidando distinguir entre buenas y malas, condenando a todas en general y aconsejando a los hombres que tengan cuidado y no se unan con ninguna de estas mujeres: buenas o malas, virtuosas o viciosas, ricas o pobres; pero San Pablo, previendo esta doctrina de maldad, advierte al respecto.

También promete usted elogiar a las mujeres sabias, virtuosas y honestas, pero acaba otorgando a todas las peores calificaciones y los epítetos más sucios que jamás se pueda imaginar. En esto podría usted compararse con el que coloca sobre la puerta de una casa el letrero de «Casa virtuosa para entrar», pero si la puerta está abierta resulta que no es mejor que el boquete de un perro o una mazmorra oscura.

Además, si sus palabras son ciertas, de que escribió con la mano y no con el corazón, usted es un hipócrita. Parece como si su pluma divulgara los secretos de su mente, y que ésta no fuera sino un pequeño mortero con el que pintarrajea la pared que se intenta derribar.

Le dejamos a Él la venganza por su maldito trabajo, pues será la apropiada. Los escritores cuentan con maldiciones para no heredar el reino de Dios, por lo que queda a la piedad de ese justo juez capaz de salvar y destruir.

Su inmerecida amiga, Rachel Spight

[...]

**Un bozal para el calumniador, el acosador
y malhablado pregonero contra el sexo de Eva**

Proverbio 18.22: «El que encuentra esposa, encuentra buena cosa, la bendición del Señor».

Si es legítimo comparar al alfarero con sus obras de barro, o al arquitecto con su edificio, entonces debo de alguna forma equiparar el amor de

Dios por el hombre cuando creó a la mujer con el amor de Abraham por su hijo Isaac, a quien, al no tomar como esposa a una de las hijas de los cananitas, le otorgaría a una de su propia familia (Gen 24, 4).

Dios todo poderoso, lleno de piedad (Ef 2, 4), habiendo creado todas las cosas de la nada y al hombre a su imagen y semejanza (Col 3, 30/10) (que es como el apóstol lo expone), «en sabiduría, todo honradez y verdadera santidad», Señor sobre todas las cosas (Ef 4, 24), para evitar la soledad en la que se encontraba, no teniendo a nadie con quien comerciar o conversar aparte de las criaturas, como había creado macho y hembra de todas las criaturas y el hombre se había quedado solo sin compañera, le pareció bien al Señor crear una para él. Con este fin, Dios sumió a Adán en un sueño profundo (Gen 2, 20), sacándole una costilla de un costado, de la que formó a la mujer, mostrando así que el hombre era una criatura imperfecta antes de que la mujer se creara, y los unió en matrimonio.

De este modo comprobamos el amor de Dios por el hombre, al proveerle con una compañera antes de darse cuenta de que la quería, creada especialmente para él. Aunque tenía poder sobre las criaturas y todas estaban a su servicio, Adán no encontró una compañera hasta que se creó a la mujer (Gen 2, 20). Como el hombre no era digno de ese favor de Dios, sino que se debió sólo a su misericordia, debo recordar palabras que los judíos pronunciaron cuando vieron a Jesucristo sollozar por Lázaro: «Contemplad como le quería» (Jn 11, 36): contemplad con gran estima el amor de Dios, sí, el gran amor que desde el principio ha sentido por el hombre. Como parece en todas las cosas tan próximo a su amor por Jesucristo, por amor al hombre, para que no estuviera solo cuando todas las demás criaturas tenían pareja para procrear, creó a la mujer para su consuelo, para compartir sus penas y alegrías, como buena compañera que soporta parte de la carga (1 Cor 11, 9). Sobre la excelencia de esta estructura, me refiero a la mujer, cuya creación original se debió al amor de Dios, me voy a extender.

Sobre la excelencia de la mujer, las razones de su creación y el afecto que deben tenerse marido y esposa

Una vez concluida la creación, Dios mismo dio su aprobación al decir que «todo estaba muy bien» (Gen 31). «Todo», incluida la mujer, que es la criatura más excelente bajo el reino de los cielos, excepto para el hombre. He aquí las objeciones:

Primero, que la mujer, aunque creada de manera correcta, hizo caso de las tentaciones del diablo, provocando muerte y miseria a toda su descendencia.

En segundo lugar, que «Adán no fue engañado, pero la mujer sí, y de ahí su pecado» (1 Tim 2, 14).

En tercer lugar, que San Pablo dijo: «Sería mejor para el hombre no tocar a la mujer» (1 Cor 7, 1).

En último lugar, que Salomón, que parecía hablar en contra de nuestro sexo, dijo: «He encontrado a un hombre entre mil, pero no he encontrado a ninguna mujer entre la misma cantidad» (Ecles 7, 30).

A la primera de las objeciones contesto que Satán atacó primero a la mujer porque era más fácil vencer la más vulnerable: siendo ella el sexo más débil, era también la más fácil de seducir, al igual que un cuenco de cristal se agrieta antes que uno de piedra. A pesar de todo, el pecado de Adán y Eva es simultáneo; el ambicioso deseo de ser como Dios es lo que la llevó a comer, algo muy parecido a lo que le paso a él, tal y como se puede comprobar en la siguiente ironía: «Contemplad, el hombre se ha convertido en uno de nosotros» (Gen 22), no porque fuese verdad, sino porque se desaprobaba su deseo de alcanzar una perfección superior a la que Dios le había otorgado.

La mujer pecó, es cierto, al no creer en la palabra de Dios sino en las promesas de Satán de que «ella no moriría» (Gen 3, 4), pero lo mismo hizo el hombre. Si Adán no hubiese aprobado lo que Eva había hecho, en vez de seguir sus pasos tenía que haber actuado como su cabeza frenándola, así hubiese cumplido con el mandamiento de su creador. Si un hombre se quema la mano con fuego, no culpamos al fuelle que avivó el fuego sino a él mismo por no ser capaz de evitar el peligro; sin embargo, si el fuelle no hubiese avivado el fuego, éste no habría ardido. ¿Entonces por qué se condena a la mujer de la transgresión del hombre? Con su libre albedrío, del que había disfrutado el hombre antes de su caída, podría haber evitado quemarse o chamuscarse con el fuego amablemente ofrecido por el diablo y avivado por Eva. No obstante, a pesar de ello, después dijo: «La mujer que me otorgaste me ha dado de comer del árbol y yo comí» (Gen 3, 12). Aunque se le impuso un castigo tanto a él como a la mujer, la culpa solamente se le echó al sexo femenino, pero por el pecado del hombre se afligió al mundo entero. Y él, siendo más capaz que la mujer para resistir la tentación, al ser el sexo más fuerte, fue llamado primero a dar cuentas, pues a quien más se le da, más se le exige; al ser soberano de todas las criaturas, debía haber rendido mayor obediencia a Dios.

Como se ha confesado ya, la verdad es que la mujer fue la primera en pecar, pero no encontramos ninguna mención de desnudez espiritual hasta que el hombre pecó. Entonces se dice: «sus ojos se abrieron» (Gen 3, 7). los ojos de su mente y conciencia, después se percibieron desnudos, lo que quiere decir que no sólo fueron privados de su integridad original, sino que también sintieron la rebelión y desobediencia de sus miembros en los trastornados movimientos de su nueva naturaleza corrupta, lo que les hizo avergonzarse y cubrir su desnudez. Entonces (y no antes) se dice que lo vieron, como si el pecado fuese imperfecto e incapaz de privar del don recibido, o de la muerte de toda la humanidad, hasta que el hombre (en el cual yacía el poder de la generación) pecó. Así, pues, San Agustín diferencia la ofensa de Adán y Eva de la siguiente manera: «El hombre pecó contra Dios y sí mismo, la mujer en contra de Dios, de sí misma y de su marido»; sin embargo, no había ninguna mala intención al ofrecerle para comer la fruta, sino un deseo de hacer a su marido partícipe de la felicidad que pensaba que podrían alcanzar comiendo del fruto. Darle a Adán de la compota que Satán le había servido, cuya amargura ella no había percibido antes de que él la probara, fue lo que hizo que su pecado fuera mayor. Por ello, no debe ser aborrecida por quien debe honrarla (1 Pe 3, 7). Dios hizo la primera promesa a la mujer en el paraíso, que por su semilla se rompería la cabeza de la serpiente (Gen 3, 15). Por lo cual Adán llama a Eva Vida, pues, aunque la mujer había sido en una ocasión su pecado, también traería la salvación a lo largo de la vida (Gal 4, 4). Así, pues, se dijo que él era el Salvador, al considerar a las mujeres iguales a los hombres; la culpa del pecado no debía imputarse a él sino a voluntad por la que Eva pecó. No obstante, tomando forma de hombre declaró que su misericordia era igual para ambos sexos. Por lo tanto, por la semilla bendecida de Eva, como afirma San Pablo, «el hombre y la mujer son sólo uno en Jesucristo» (Gal 3, 28).

A la segunda objeción contestó que el apóstol no libra al hombre del pecado al entender que la mujer fue la primera en pecar. Decir que el hombre fue engañado estaba lejos de su intención, porque más tarde dijo «con Adán todos morimos, por lo que con Cristo debemos renacer» (1 Cor 15, 22).

Con respecto a la tercera objeción, «sería mejor para el hombre no tocar a la mujer», el apóstol no hace una prohibición tajante sino que lo aconseja a los corintios (1 Cor. 7, 27), ya que entonces eran perseguidos por los enemigos de la Iglesia. Por esta causa, y no por otra, dijo: «¿Estás libre de esposa? No busques esposa», refiriéndose a mientras las perturbaciones

continuaran; «pero si te casas no intentes liberarte, si te casas no pecas sino aumentas tu cuidado, porque el casado se preocupa de las cosas del mundo. Y espero que no os costara serle fiel al Señor sin reparos, pues el tiempo se detiene para aquellos que tienen esposas pero actúan como si no las tuvieran, pues los perseguidores os privarán de ellas con encarcelamiento, destierro o muerte». Así, pues, el apóstol no prohíbe el matrimonio sino que recomienda a los corintios abstenerse hasta que Dios, con su misericordia, frenase la furia de sus adversarios; según escribió Eusebio, Pablo más tarde se casaría, lo que es muy probable, dada su pregunta: «¿No podemos guiar a una esposa como a una hermana, al igual que al resto de los apóstoles, y como a la hermandad del Señor y a Cefas?» (1 Cor 9, 5).

La cuarta y última objeción es la de Salomón: «He encontrado a un hombre entre mil, pero no he encontrado a una mujer entre la misma cantidad» (Ecles 8, 30). Como respuesta, si miramos la historia de su vida, encontramos una observación a esta enigmática frase. Según se contaba, Salomón tenía setecientas esposas y trescientas concubinas, que sumaban un total de mil. Estas mujeres no apostaban su corazón a la perfección exigida por el Señor su Dios (1 Re 11, 30), por lo que tenía motivo más que suficiente para decir que entre su millar de mujeres nunca encontró una honrada. Él nunca dijo que entre un millar de mujeres un hombre nunca encontraría una merecedora de elogio, sino que usa la primera persona del singular: «yo no he encontrado», refiriéndose a su propia experiencia. Esta afirmación forma parte de la confesión de sus locuras anteriores, siendo su arrepentimiento el propósito del *Eclesiastés*.

Con la ayuda de Dios, habiendo apartado las piedras con las que algunas habían tropezado y otras se habían roto las espinillas, procederé hacia mi objetivo, que es descifrar la excelencia de la mujer. Sobre su creación me detendré, primero en la causa eficiente, que es Dios; segundo, en la causa material, o de lo que ella estaba hecha; tercero, en la causa formal, o la moda y proporción de sus rasgos; cuarto y último, en la causa final, el fin o propósito por el que se creó.

Para empezar con la primera, la causa eficiente de la creación de la mujer fue Jehová el eterno, cuya verdad se manifiesta en la narración de los seis días de la creación de Moisés: «Dios los creó hombre y mujer» (Gen 1, 28 [27]). Y David, exhortando a todos, la tierra cantará al Señor (tierra que representa a todas las criaturas que viven en la tierra, sin importar su nación o sexo), nos da esta razón: «Porque el Señor nos ha creado» (Sal 100, 3). Entonces ese trabajo no puede ser nada más que bueno, muy bueno, pues lo ha realizado un excelente trabajador como el Señor; Él,

siendo un glorioso creador, necesita una criatura mercedora. No puede salir agua amarga de una fuente dulce, ni mal trabajo de un buen trabajador, pues no hay nadie mejor que Él (Sal 100, 4, Mt 19, 7).

En segundo lugar, la causa material, o la materia con la que se creó a la mujer, fue refinada, si se me permite. El hombre fue creado del polvo de la tierra (Gen 2, 7), pero la mujer se creó a partir del hombre, después de que éste tuviese alma. Aunque no se creó del pie de Adán para ser su inferior, ni de su cabeza para ser superior, sino de su costado para ser su igual, si él es señor, ella pueda ser señora. Así dijo Dios, refiriéndose tanto al hombre como a la mujer: «Dejémosles gobernar sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre cada animal que se mueva por la tierra» (Gen 1, 26). Con tales palabras les otorga la misma autoridad, y somete todas las criaturas a ellos. Esto, si se considera adecuadamente, enseña a los hombres a considerar a sus mujeres tan bien como Adán a Eva: «Ésta es hueso de mis huesos, carne de mi carne» (Gen 2, 23); también a no desear para ellas algo que no quieran para ellos mismos. El hombre debe amar, porque aquel que ama a su esposa se ama a sí mismo (Ef 5, 28); nunca ha odiado el hombre a su propia carne, que es la mujer, a menos que fuese un monstruo.

En tercer lugar, la causa formal, moda y proporción de la mujer era excelente. Ella no era como las bestias de la tierra, las aves del cielo, los peces del mar o ninguna otra criatura inferior, sino que era la única criatura semejante al hombre. Al igual que Dios dio al hombre un gran semblante para mirar al cielo, lo mismo hizo con la mujer. Y al igual que el temperamento del hombre es excelente, lo mismo es el de la mujer. Mientras las otras criaturas, por su basta naturaleza, tienen excedentes (las aves sus plumas, las bestias su pelaje, el pescado sus escamas), el hombre y la mujer sólo tienen una piel limpia y suave (Gen 1, 26) y, además, ambos fueron creados a imagen y semejanza de Dios; en resumen, todas las partes de sus cuerpos, tanto externas como internas, se complementan.

Por último, la causa final o fin por el que la mujer fue creada, fue para glorificar a Dios, usando todas las partes de su cuerpo, sus poderes y facultades en este honor. Su voz para rezar, como Miriam y el resto de su compañía (Ex 15, 20); su lengua no debe pronunciar palabras de conflicto, sino buenos consejos para su marido, al cual no debe despreciar. A Abrahán se le aconsejó escuchar a su esposa Sara (Gen 21, 12); a Pilatos le advirtió su mujer que no tuviera nada que ver con la condena de Cristo (Mt 27, 19), y pecó por no escucharla; Lía y Raquel aconsejaron a Jacob hacer caso de las palabras del Señor (Gen 31, 16). Sus manos debían abrirse, todo lo

posible, para contribuir al servicio de Dios y de sus afligidos sirvientes; como la pobre viuda que arrojó a dos chiquillos a la mina (Lc 8), y como María Magdalena, Susana y Juana, la esposa del criado de Herodes, entre otras muchas que sirvieron a Cristo. Su corazón debía guardar como un recipiente la palabra del Señor, tal y como María guardó como un tesoro las enseñanzas de Cristo (Lc 1, 51 [45]). Sus pies debían ser ligeros para ir en busca del Señor a su santuario, como la prisa que se dio María Magdalena para buscar a Cristo en su sepulcro (Jn 20, 1). Finalmente, ningún poder externo ni interno debe hacer de la mujer una holgazana, sino dedicada al servicio de Dios, a la gloria de su creador y a la tranquilidad de su propia alma.

El otro fin para el que se creó a la mujer es para que fuera compañera y ayudante del hombre, y si ella debe ser «ayudante» y sólo «ayudante», entonces deben culparse todos esos maridos que dejan todo el peso de los quehaceres domésticos en sus esposas. Los compañeros de yugo se apoyan los unos a los otros en sus preocupaciones, penas y calamidades. Pero si ponemos a buyes diferentes bajo un mismo yugo, el más grande soportará la carga más pesada. Así, pues, el marido, siendo el más fuerte, debe soportar la mayor carga que su esposa. De ahí que el Señor dijera a Adán: «Debes ganarte el pan con el sudor de tu frente, hasta que te conviertas en polvo» (Gen 3, 19); y San Pablo dijo que «el que no proveyese en su casa era peor que un infiel» (1 Tim 5, 8). La naturaleza ha enseñado a las criaturas sin razón a ayudarse las unas a las otras, como el palomino que, cuando su hembra está cansada de incubar los huevos, él ocupa su lugar para que en su ausencia no pueda pasarles nada malo, hasta que la madre vuelve de nuevo con fuerzas. El gallo siempre ayuda a la gallina a hacer su nido y, cuando ésta se sienta a incubar los huevos, él es el que sale a buscarle comida, ya que ella no puede. El canino del gallo ayuda a la gallina a defender a sus polluelos del peligro, y pondrá su vida en peligro para salvarle la vida a ella y a sus crías. Entonces, si criaturas sin razón y sólo por instinto sienten tanto afecto por el otro y desean ayudarse, yo debo deducir —y *minor ad minus*— que más aún deberían el hombre y la mujer, que son criaturas con conocimiento, ayudarse en todas las cosas; ellos, teniendo la ley de Dios como guía, su palabra como luz que ilumina sus pasos, por el camino deberían tomar mayor parte de la carga del otro que las otras criaturas. Así que la mujer no debe decirle al marido, ni éste a su mujer, «no te necesito» (1 Cor 12, 21). Son como los miembros del cuerpo, entre los que existe tal relación que si uno sufre, todos los demás lo padecen. Por lo tanto, aunque Dios ordenara a Abrahán abandonar su país y reino, no le ordenó aban-

donar a su mujer, quien siendo «carne de su carne y hueso de sus huesos» debía acompañarle en todo lo que aconteciese, ya fuese alegría o tristeza. De ahí que Salomón exclamara: «¡Ay de aquel que está solo!» (Ecles 4, 10), pues cuando tenga malos pensamientos, problemas y miedos querrá una compañera que lo levante del foso donde se ha caído (Ecles 4, 10). Una buena esposa, dijo Plauto, es la riqueza de la mente y el bienestar del corazón y, por tanto, apropiada para el marido. Y la «mujer», dijo Pablo, «es la gloria del hombre» (1 Cor 11, 7).

El matrimonio es una época feliz, y el paraíso de este mundo cuando existe amor. Nuestro bendito Salvador honró a un matrimonio con el primer milagro (Jn 2), y dicho milagro no puede compararse al estado del matrimonio. Para Cristo, que convirtió el agua en vino, una bebida mucho mejor que —como dijo el Salmista— «alegra el corazón del hombre» (Sal 104, 15), el hombre cambia con el matrimonio de soltero a marido, un estado mucho mejor; pasa de una vida solitaria a una alegre unión con la criatura que Dios había creado expresamente para el hombre. El gozo de esta gran bendición hizo que Pericles fuera más reactivo a dejar a su mujer que a morir por su país, y que Antonio Pio exclamara contra la muerte por privarle de su querida y amada esposa: «¡Oh, cruel muerte sin corazón, que me has privado de mi esposa, a quien yo estimaba más que a mi propia vida!»; «una mujer virtuosa», dijo Salomón, «es la coronación del marido» (Prov 12, 4), metáfora con la que mostraba tanto la excelencia de la esposa como cómo debe tratarla el marido. Un rey no pisotea su corona sino que la tiene en gran estima, la alza con cariño y mucho cuidado como símbolo de su reinado; por eso, cuando David destruyó a Rabbah (1 Cron 24, 2), él le quitó la corona de la cabeza al rey. Así, pues, los maridos no deberían tratar a sus mujeres como vasallas sino como lo que son, «coherederas de la gracia de la vida» (1 Pe 3, 7), y con toda indulgencia y persuasión deberían conducir las por el camino correcto para que no se desvíen, soportando sus debilidades, como hizo Elcaná con la esterilidad de su esposa (1 Sam 1, 17).

El reino de Dios se compara con el matrimonio del hijo de un rey (Mt 22 [2]); Juan calificó la conjunción de Cristo con su elegido como un matrimonio (Ap 19, 7); y muchas veces nuestro bendito Salvador en los cánticos compara su inexpresable amor hacia la Iglesia como a un esposo disfrutando con su esposa, y a menudo le llama hermana y esposa, con lo que se demuestra que Dios «no hace distinción de personas», naciones ni sexos (Rom 2, 11); por lo que, sea hombre o mujer, quien «crea en el Señor Jesús se salvará» (Jn 3, 18), y si el amor de Dios, incluso desde los ori-

genes, no hubiese sido tan grande hacia la mujer como hacia el hombre, entonces no hubiera salvado del diluvio a tantas mujeres como a hombres. Cristo, que tras resucitar se apareció a una mujer antes que a nadie, declara que los beneficios de su muerte y resurrección estaban a disposición de todos los que creyeran, tanto mujeres como hombres, ya que Él había muerto por ambos sexos. Aunque es verdad que «el hombre es la cabeza de la mujer» (1 Cor 11, 3), no obstante el título de supremacía no es para dominar, mandar ni emplear a su mujer como sirvienta sino que, por el contrario, tiene obligaciones hacia ella. Al igual que la cabeza del hombre debe pensar en la seguridad de todo su cuerpo, el esposo debe proteger a su mujer de cualquier daño, porque él es su cabeza «como Cristo es la cabeza de su Iglesia» (Ef 5, 23), a la que amó profundamente y por la que dio su vida (Job 2, 4), la cosa más preciada que el hombre tiene en este mundo. «Ningún hombre consigue más amor que cuando da su vida por la de un amigo» (Jn 15, 13), dijo nuestro Salvador. Este precedente supera a todos los demás, requiere gran benignidad y un afecto extraordinario, ya que «el hombre debe amar a su esposa como Cristo amó a su Iglesia» (Ef 5, 25). En segundo lugar, al igual que la cabeza no debe herir ni luchar contra sus miembros, los cuales «siendo muchos» —como dijo el apóstol— «forman un solo cuerpo» (1 Cor 17, 20), el esposo no debe deshacerse de toda su amargura y crueldad, amándola y honrándola como al sexo más débil (1 Pe 3, 7).

En tercer y último lugar, como él es su cabeza, debe hablarle de su Creador (1 Cor 14, 35), para que ella se convierta en una piedra sólida de la casa de Dios. La mujer debe poner especial cuidado para lograr este fin, «ya que crecen en edad, al igual que en gracia y conocimiento, sobre Jesucristo nuestro Señor» (1 [2] Pe 3, 18).

Así, pues, si los hombres recordasen sus deberes como cabeza, algunos no andarían creyéndose señores y gobernantes, y cada acto que ordenaran —legítimo o no— sería un descrédito y un ultraje. Ellos deben pensar que «la obediencia a Dios es el primer deber de la mujer» (Ef 5 [22]). Aquí se dio una lección al hombre que no debe olvidar, que al igual que el Señor ordena que se haga lo correcto y bueno, no más debe pedir el marido, pues si la mujer cumple lo malo que le pida su marido, ella le obedecerá como hizo con Ananías (Act 5, 2); pero para que no parezca parcial el elogiar tanto a la mujer (aunque no más de lo que las Escrituras permiten), añado que no todas las mujeres son virtuosas, porque entonces serían mejores que los hombres, y como entre los hijos de Adán hay un Caín y un Abel, y entre los de Noé un Cam y un Sem. Así que hay

dos tipos de hombres y mujeres, buenos y malos, que Mateo recoge en los capítulos 5 y 20 (vv. 33) como «ovejas» y «cabras». Si las mujeres no fuesen pecadoras, entonces no necesitarían un Salvador; la Virgen María, modelo de piedad, «se regocijó en Dios su Salvador» (Lc 1, 47), *ego*, era pecadora.

En la revelación, a la Iglesia se la llama esposa de Cristo, y en Zacarías a la maldad se la llama mujer (Zac 5, 7 [8]), lo que demuestra que las mujeres son tanto piadosas como lo contrario, porque Cristo no «separa la cizaña del buen grano» (Mt 3, 12), ni el oro de sus impurezas. Pero debe dejarse de confundir a la virtud con la maldad (Gen 18, 25), o a las buenas mujeres con las malas, como hace el «cosador» de las mujeres. Aunque haya algunas ovejas con sarna en el rebaño, no debemos concluir que el resto también la tiene. Y aunque algunos hombres abusen de las criaturas de Dios, no debemos imaginar que todos los hombres lo hagan, porque por la misma regla podríamos condenar a las mujeres en general por los pecados de otras en particular. En este libro he hablado del tipo bueno, y así me gustaría que pareciera a todo el que lo leyera, de lo contrario, como dice el profeta Isaías, «hablaría bien del mal» (Is 5, 20), y justificar la maldad es un hecho abominable para el Señor» (Prov 17, 15).

El epílogo o resultado de las premisas

Grande fue la ingratitud del mayordomo del Faraón a José, pues a pesar de los grandes favores que había prometido compensar, después se olvidó de él (Gen 11, 23). Pero mucho mayor es la ingratitud de los hombres hacia Dios cuando habla en contra de la mujer, pues fue creada por Dios para confortar al hombre. ¿Qué mayor descrédito puede tener un trabajador que le digan que lo ha hecho mal? ¿O qué mayor descortesía para quien hace un regalo que el que lo recibe le diga que no le importa nada, porque no lo necesita? ¿Y qué mayor ingratitud para Dios que los oportunos discursos y las desgraciadas invectivas que algunas diabólicas criaturas vierten sobre la mujer?

La ingratitud es, y siempre lo ha sido, un vicio tan odioso que Cicerón dijo: «Si uno duda qué nombre dar a un malvado, llámalo persona ingrata, pues será suficiente». Los persas llegaron a promulgar una ley para condenar a muerte, como a criminales, a los desagradecidos ante un regalo. Y «amor», dijo el apóstol, «significa cumplimiento de la ley» (Rom 13, 10). Donde se hospeda la ingratitud, el amor queda desterrado. Por lo tanto,

que los hombres tengan cuidado con la ingratitud, especialmente la superlativa, que es la dirigida al Señor, palpable al condenar y maldecir a las mujeres. El pecado de estos hombres, si se les puede calificar de hombres, sin duda Dios vengará algún día. Entonces ellos se darán cuenta de que hubiese sido mejor haber nacido mudos e incapacitados, que hacer uso de su lengua y mano, la una repudiando y la otra escribiendo contra el trabajo de Dios, su propia carne, me refiero a la mujer, la cual Dios había creado con la misma dignidad que a ellos, tanto temporal como eterna, de seguir en la fe. La gracia de Dios siempre otorga la gloria de su creador y el bienestar de sus almas a través de Cristo. Amén.

Para Dios, el único sabio, en su gloria ahora y siempre. Amén.

[...]

3. Priscilla Cotton y Mary Cole

(1664) - (c. 1660)

Durante la Guerra Civil inglesa que tuvo lugar a mediados del siglo XVII, muchas mujeres abanderaron distintas sectas radicales a través de escritos religiosos, especialmente las cuáqueras. Aunque la defensa más conocida sobre el derecho de las mujeres a predicar fue la que más adelante presentamos de Margaret Askew Fell Fox, el panfleto de Priscilla Cotton y Mary Cole, *To the Priests and People of England We Discharge our Consciences and Give them Warning* (1655), no sólo fue anterior sino que además presentaba el argumento de manera especialmente enérgica y audaz.

No se dispone de ningún dato biográfico de estas dos autoras, tan sólo que Priscilla publicó de manera individual *As I was in the Prison-House* (1656), *A Brief Description* (1659) y *A Visitation of Love* (1661). La obra conjunta, que escribieron cuando se encontraban presas en la cárcel de Exeter, forma parte del debate existente en la época sobre el lugar de las mujeres dentro del discurso religioso: su derecho a predicar y a administrar la Iglesia. Para su defensa se basaban en la existencia de mujeres profetas en las Sagradas Escrituras, empezando por el Evangelio según San Pablo. Pero estas autoras van incluso más lejos, al citar otros textos que hacen necesario que se reinterprete su mensaje: «Dijisteis al pueblo que las mujeres no debían hablar en la iglesia, cuando no se puede hablar aisladamente de lo femenino, ya que todos somos uno —tanto hombres como mujeres— en Cristo Jesús». Ellas insisten en que debe hacerse una interpretación metafórica del texto. «Mujer» debe entenderse como «debilidad», una de las cualidades más asociadas con la femineidad aún hoy en día. Por su lado, si el «hombre» en su mejor estado representa la vanidad, la debilidad y la mentira, entonces no deben ser profetas ni los hombres ni las mujeres, ya que lo que profetizarían no sería de inspiración divina sino humana. No obstante, con la ayuda de la iluminación interior, cualquiera puede profetizar, ya que sus palabras dejan de ser «débiles». A saber, ellas argumentaban que sin Dios todos los hombres se verían reducidos a ser muje-

res: «El hombre en su mejor estado no es más que vanidad, debilidad y mentira. [...] De este modo, la mujer, o lo que es lo mismo la debilidad, que es el hombre, que en su mejor estado o mayor conocimiento no es más que vanidad, debe recubrirse con el velo del Espíritu, [...] de forma que no se vea su desnudez [...]. Por tanto, podéis comprobar que en las Escrituras es a la mujer, es decir, a la debilidad, ya sea masculina o femenina, a lo que se le prohíbe predicar en la iglesia; [...]. En realidad sois vosotros las mujeres a las que se les prohíbe predicar en la iglesia, os habéis convertido en mujeres». Su ingeniosa defensa se caracteriza por un estilo irónico, sosteniendo que las mujeres están justificadas espiritualmente para hablar y ostentar poder, tal y como podemos comprobar en los siguientes extractos.

*Volcamos los dictados de nuestras conciencias y amonestaciones
en los sacerdotes y laicos de Inglaterra (1655)*

(Traducción de M.^a Dolores Narbona Carrión)

Amigos:

No envidiamos ni sentimos rencor alguno por ninguna criatura, sacerdote o laico, pero debemos recordaros vuestra condición, sin ningún tipo de parcialidad ni hipocresía, a la vez que deseamos la felicidad eterna. Arremetemos contra vuestro mayor enemigo, que se convertirá en un continuo dolor y tormento si no conseguís destruirlo vosotros mismos. Recordad que están presentes en el mundo tanto la semilla de la mujer como la de la serpiente; existe la generación de Caín y la del justo Abel. Así, pues, depende de todos vosotros reconocer a qué generación pertenecéis, pues los falsos profetas y la generación que hizo que mataran a los auténticos profetas del Señor no sospechaban que formaban parte de la raza de Caín. Tampoco sabían los escribas y fariseos que a través de sus sacerdotes condenaron a muerte a Cristo, que formaban parte de la generación de Caín, ya que adornaban los sepulcros de los justos y decían que si hubiesen vivido en la época de sus padres no los habrían matado. Aun, así, Jesucristo dijo que haría responder a aquella generación de toda la sangre derramada desde el justo Abel, y que ellos eran hijos de los asesinos de los profetas. ¿No resulta extraño que los cultos sacerdotes y escribas, que sabían hebreo

y griego además de latín, no descubrieran, tras estudiar en profundidad los textos originales de las Escrituras de los profetas sobre Jesucristo, que Él era el auténtico Mesías y que además ellos, que leían la Buena Nueva cada sábado y que hablaban de Cristo, lo harían asesinar y lo llevarían a la muerte: Ahora es el mismísimo Jesucristo quien da la razón al Padre y agradece que se lo ocultara todo a los sabios y prudentes, y lo revelara a los humildes, porque esa era la voluntad del Padre, y las Escrituras consideran ignorantes a los que sabían hebreo, griego y latín, porque, de haberlo sabido, no habrían crucificado al Señor de la vida y la gloria.

[...]

Objeción: ¿Pero los sacerdotes no se declaran en contra de las malas obras?

Respuesta: Sí, lo hacen. Los escribas y fariseos empleaban buenas palabras y hablaban del Mesías, pero destruyeron la sustancia de lo que proclamaban. Asimismo, los sacerdotes hablan con palabras de verdad, buenas en sí, pero aniquilan, persiguen, acosan y encarcelan la sustancia y la vida de lo que hablan, de forma que aquél que escapa del mal se convierte en presa de sacerdotes y laicos. Y algunas veces, mientras persiguen la semilla justa, cuando la luz de sus conciencias les dice que es inocente, a pesar de ello siguen en su empeño en contra de la luz de sus propias conciencias, como hicieron los perseguidores de Esteban (Act 11: 19).

[...]

Así que ya sabéis que podéis ser, y de hecho sois, ignorantes, aunque os tengáis por sabios. Hombres y mujeres imbéciles pueden dilucidar más que vosotros sobre el misterio de Jesucristo, ya que los apóstoles, considerados analfabetos por los escribas, y María y Susana (a las que no dardarías de calificar de mujeres imbéciles, si estuviesen aquí ahora), todos ellos sabían más sobre el Mesías que todos los sabios sacerdotes y rabinos, pues es el Espíritu lo que sondea todas las cosas. Sí, podéis saber las cosas profundas de Dios y, a la vez, matar al justo pensando que hacéis un buen servicio.

[...]

Pablo y Apolo (1 Cor 3, 5) estaban bien instruidos y, además, eran elocuentes, según las Escrituras. Sin embargo, Pablo consideraba que todo eso era basura comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo, como indica en el segundo capítulo de su Carta a los Corintios; y Apolo deseaba aprender de sus oyentes Áquila y Priscila, que eran montadores de tiendas. Y los sabios, que estudiaban curiosas artes, quemaron sus preciados libros

cuando conocieron a Jesucristo. Así, pues, si vosotros prestarais atención a Jesucristo y obedecierais sus dictados en vuestras conciencias, os volveríais humildes y temerosos de Dios, buscando la sabiduría y el conocimiento verdaderos, y no necesitaríais tantos escritores ni libros; no tendríais que dedicar vuestras mentes al estudio, sino que descubriríais al profesor que lleváis dentro de vosotros mismos y que ahora tenéis arrinconado; os dedicaríais a la predicación y seríais testigos de la fe de la que habláis; eliminaríais de vuestros corazones la envidia, el orgullo y la maldad; trataríais de vencer a la gloria y al honor mundanos que ahora tanto estimáis; y al contemplaros a la luz de Jesucristo, no os pondríais por encima de la herencia de Dios, ni pasaríais por delante de vuestros hermanos con orgullo y arrogancia, sino que os convertiríais en siervos de todos por amor.

[...]

Así, pues, rebajaos vosotros, los que edificáis entre las estrellas con vuestras artes y conocimientos, pues es precisamente el orgullo y la sabiduría lo que os ha pervertido. Habéis seguido el camino de Caín, entre envidias y maldades, y habéis corrido ambiciosamente en busca de la recompensa de Balán con codicia, y si no os arrepentís, pereceréis en la negación de Kora¹. Si un hijo o una hija se apartan del Señor para sumarse a la asamblea del pueblo a través de un mensaje del Señor Dios, no admitís que puedan proclamar una doctrina con sentido, pues os sentís culpables y teméis que ellos declaren contra vuestra maldad.

Encolerizasteis a la gente diciéndoles que eran peligrosos los cuáqueros, haciéndoles temerosos miedo, y encolerizasteis a los magistrados diciéndoles que deberían perseguirnos por ser agitadores de masas y por acabar con la paz. Y así vuestros afanes ponen en práctica vuestra malicia, de manera que vuestra inmundicia no se puede advertir aunque vuestra vergüenza sea evidente.

Pero Dios hará que os olviden algún día, que se aparten y alejen de vosotros, a pesar de que por ahora hayáis dominado a los magistrados, al pueblo, la casa de reuniones, aunque todo haya sido vuestro y os hayáis sentido reina y señora de todo, a pesar de que hayáis ostentado una gran preeminencia y hayáis tenido acceso al trono de Dios, a las conciencias de la gente y nada de lo que hayáis dicho haya podido ser refutado.

Si les decíais que lucharan y pelearan, ellos os obedecían; si les decíais que persiguieran y encarcelaran, ellos lo hacían, de forma que arriesgaban

¹ A Kora y a sus seguidores se los tragó la tierra como castigo por haberse rebelado a la autoridad de Moisés.

sus cuerpos y almas con tal de satisfacer vuestra envidia, y por vuestro orgullo condenasteis a otros.

Dijisteis al pueblo que las mujeres no debían hablar en la iglesia (1 Cor 14, 34), cuando no se puede hablar aisladamente de lo femenino, ya que todos somos uno —tanto hombres como mujeres— en Cristo Jesús. Lo que las Escrituras prohíben es la debilidad que implica la palabra mujer, lo demás lo habéis tergiversado vosotros, como seguís haciendo a causa de vuestra ignorancia. De hecho, las Escrituras dicen que todos y cada uno (1 Cor 14, 31) de los miembros de la iglesia pueden profetizar, y vosotros juzgáis el que las mujeres puedan estar en la iglesia al igual que los hombres; lo que las Escrituras dicen es que la mujer no puede profetizar sin cubrirse la cabeza para no deshonrar a su cabeza (1 Cor 11, 5).

Ahora vais a descubrir lo que quiere decir esa cabeza. Dejemos que os respondan las propias Escrituras: la cabeza de cada hombre es Jesucristo (1 Cor 11, 3). El hombre en su mejor estado no es más que vanidad, debilidad y mentira. Así, pues, si alguien predica en la iglesia, sea hombre o mujer, y no sale a relucir más que la sabiduría humana, y Cristo (que es la auténtica cabeza) no se descubre, no aparece por completo, entonces se deshonra a Cristo, la cabeza. De este modo, la mujer, o lo que es lo mismo la debilidad, que es el hombre, que en su mejor estado o mayor conocimiento no es más que vanidad, debe recubrirse con el velo del Espíritu, una vestimenta de justicia, de forma que no se vea su desnudez ni aparezca el deshonor. Por tanto, podéis comprobar que en las Escrituras es a la mujer, es decir, a la debilidad, ya sea masculina o femenina, a lo que se le prohíbe predicar en la iglesia.

Está muy claro que ni Pablo, ni Apolo, ni la mismísima iglesia de Jesucristo compartían con vosotros ese orgulloso espíritu envidioso, ya que consideraban que Cristo estaba tanto en los hombres como en las mujeres. En efecto, Pablo ordenó a Timoteo que ayudara a las mujeres que trabajaron con él en el Evangelio; Apolo prestó atención a una mujer, siendo instruido por ella; Jesucristo se apareció primero a las mujeres y las envió a contar su resurrección al resto de los apóstoles; y Felipe contaba con cuatro vírgenes (Act 21, 9) que predicaban.

En cambio vosotros hacéis distinción de personas, sois parciales en todas las cosas y juzgáis de forma injusta, mientras que Dios no hace distinción entre los seres humanos. En realidad sois vosotros las mujeres a las que se les prohíbe predicar en la iglesia, os habéis convertido en mujeres, pues dos de vuestros sacerdotes vinieron a predicarnos y, cuando no pudieron soportar una juiciosa respuesta y la doctrina completa en torno a ellos, nos protesta-

ron con palabras rucias, ya que no pueden dirigir otras (que tratan clara y exclusivamente sobre ellos), y huyeron corriendo de nosotras. De esta manera, dejando que la luz de vuestras conciencias juzgue lo que hemos escrito, seguimos estando prisioneras en la cárcel de Exeter² por la palabra de Dios.

² Cotton y Cole, como otros muchos cuáqueros, fueron encarceladas.

4. Margaret Lucas Cavendish, Duquesa de Newcastle (1623-1673)

Cavendish era la hija menor de una familia aristocrática de Colchester (Essex). Recibió formación académica en casa, convirtiéndose en la primera noble inglesa que defendió a las mujeres a través de sus publicaciones. En *A True Relation of My Birth* (1656), la primera autobiografía secular publicada por una mujer inglesa, Margaret Cavendish (1994a:181) confiesa: «En lo que respecta a los tutores, aunque contábamos con todo tipo de virtudes (como canto, baile, música, lectura, escritura, y demás), sin embargo no se nos instruía con seriedad, se trataba más de cumplir una formalidad que de nuestro beneficio; a mi madre no le importaba tanto cómo bailábamos, tocábamos el piano, cantábamos o charlábamos en distintos idiomas como que creciéramos con virtuosidad, modestia, civismo, honorabilidad y con principios honestos».

Aunque en la Corte la consideraban demasiado excéntrica por sus escritos y modo de vestir, gracias a su ingenio se convirtió en Dama de Honor de la reina Henrietta Maria. De hecho, cuando estalló la guerra, la acompañó a Francia, donde conoció a William Cavendish (Duque de Newcastle), un héroe monárquico treinta años mayor que ella, con el que se casó en 1645. Vivieron exiliados en el continente unos quince años, durante el gobierno de Cromwell, pasando todo tipo de penurias.

Tras la Restauración volverían a Inglaterra, donde ella —con el gran apoyo de su marido— continuó con la carrera literaria que había iniciado en el exilio. Fue una escritora muy prolífica, publicando obras de teatro, poesía (algo inconcebible para una mujer de aquellos tiempos), meditaciones filosóficas y varios ensayos científicos sobre todo tipo de temas (desde historia natural hasta física atómica); de hecho, en 1667 fue como invitada a la Real Academia de las Ciencias.

La obra de Margaret Lucas Cavendish denuncia no sólo la opresión de los más necesitados, sino también de las mujeres. Obviamente, debido a la época, su defensa era aún confusa y a veces incluso contradictoria. Asimis-

mo, su clasismo es fruto de su educación y cultura. No obstante, fue ella la que abrió el camino a feministas de la talla de Mary Astell. En el prefacio a *The Worlds of Olio* (1655), Cavendish (1994b: 47-49) dice: «No se puede esperar que yo escriba con tanta sabiduría e ingenio como los hombres, al ser del sexo femenino, cuya inteligencia la naturaleza ha mezclado con elementos de los más fríos y tontos [...]. Y aunque parezca natural que las mujeres sean más débiles que los hombres, tanto en cuerpo como en mente, y que la mujer más sabia nunca lo sea tanto como el más sabio de los hombres, no siempre se cumple la regla y algunas son mucho más sabias que algunos hombres».

A continuación presentamos el texto de «Female Orations» (1662), que formaría parte de una publicación posterior titulada *Orations of Divers Sorts, Accommodated to Divers Places*, donde presenta las costumbres y los prejuicios que habían llevado a las mujeres a la falta de poder. Su estilo se caracteriza por su ironía e imaginación. En resumidas cuentas, se trata de una serie de meditaciones filosóficas sobre el tradicional feminismo de la igualdad; no obstante, en el título emplea el adjetivo «femeninas» al no existir aún el término feminismo.

Discursos femeninos (1662)

(Traducción de Miriam López Rodríguez)

I. Damas, señoras y otras mujeres de menor alcurnia, pero igualmente importantes:

Me ha costado trabajo reunirlos a todas y ojalá consiguiera persuadirlas para organizar regularmente asambleas, encuentros y reuniones entre aquellas de nuestro sexo, de modo que podamos aconsejarnos con prudencia las unas a las otras para ser tan libres, felices y famosas como los hombres, no como ahora, que vivimos y morimos como si fuéramos animales en lugar de seres humanos. Los hombres son felices y las mujeres somos desgraciadas; ellos poseen toda la calma, el reposo, el placer, la fortuna, el poder y la fama, mientras que las mujeres nunca descansamos, no tenemos alivio para nuestro dolor, nos sentimos melancólicas por la falta de placeres e inútiles por la ausencia de poder, y morimos en el olvido al carecer de

fama. Sin embargo, los hombres son tan desaprensivos y crueles con nosotras que nos quitan todas las libertades y no nos permiten asociarnos libremente entre nosotras sino que —de buen grado— nos entierran en sus casas o camas, como en una tumba. La verdad es que vivimos como murciélagos o búhos, trabajamos como animales y morimos como gusanos.

II. Damas, señoras y mujeres de menor alcurnia:

La dama que les ha hablado en el discurso anterior lo ha hecho con sabiduría y elocuencia, expresando nuestra infelicidad, pero no nos ha ofrecido remedio ni nos ha mostrado el modo de escapar de nuestras desdichas. No obstante, si pudiera o decidiera ser nuestra guía, para sacarnos del laberinto en el que nos han metido los hombres, no sólo la elogiaríamos y admiraríamos sino que la adoraríamos como a una diosa. Los hombres, que son no sólo nuestros tiranos sino también nuestros demonios, nos mantienen en el infierno del sometimiento, en el que no puedo ver redención ni escapatoria. Podemos quejarnos y lamentarnos, pero eso no nos hará libres; podemos murmurar y clamar contra los hombres, pero no prestan atención a lo que decimos. En resumidas cuentas, para los hombres nuestras palabras son sonidos vacíos; nuestros suspiros, pequeños golpes de viento; nuestras lágrimas, chubascos inútiles; y nuestro poder es tan nimio, que los hombres se rien de nuestra debilidad.

III. Damas, señoras y mujeres de menor alcurnia:

Los discursos anteriores eran manifestaciones contra los hombres en las que nos lamentamos de su condición y protestamos por la nuestra, pero no tenemos motivos para hablar mal de los hombres que nos admiran y aman. Ellos son nuestros protectores, nos defienden y mantienen, admiran nuestra belleza, nos aman, nos protegen de los males y nos defienden de los peligros, trabajan para mantenernos a nosotras y a nuestros hijos; surcan los mares y exploran grandes territorios para traernos rarezas y curiosidades, excavan hasta el mismísimo centro de la tierra para ofrecernos oro, se sumergen en el fondo del mar para proveernos de joyas, construyen casas para nosotras; cazan, pescan, crían animales y cultivan plantas para alimentarnos. Todo esto no lo podríamos hacer nosotras y, aún así, nos quejamos de los hombres, como si fueran nuestros enemigos, cuando en realidad no

podríamos vivir sin ellos. Esto muestra nuestra ingratitud e inconstancia. Tenemos más motivos para quejarnos de la naturaleza que de los hombres, ya que ella los ha hecho más ingeniosos, imaginativos e inteligentes que a las mujeres; las mujeres no tienen ingenio ni fuerza, por lo que serían seres inútiles de no tener hijos. Por tanto, amemos, alabemos y elogiemos a los hombres, ya que sin ellos seríamos las criaturas más desdichadas que la naturaleza haya creado o pudiera llegar a crear jamás.

IV. Nobles damas, señoras y mujeres de menor alcurnia:

La oradora anterior dice que carecemos de ingenio y fuerza; si es así es porque no nos preocupamos por lo primero y no utilizamos lo segundo, ya que la fuerza se incrementa con el ejercicio y el ingenio se pierde por falta de conversación. Para demostrar a los hombres que no somos tan débiles ni tan tontas como la oradora anterior dice que somos, practiquemos la cetrería, cacemos, corramos y hagamos todo el ejercicio que hacen los hombres; conversemos en los campamentos militares, en la corte y en las ciudades, en colegios, universidades y juzgados, en tabernas, prostíbulos y casas de juego; todo ello hará que tanto los hombres como nosotras mismas averigüemos cuál es nuestra fuerza y nuestro ingenio. ¿Cómo vamos a saber de qué somos capaces si nunca lo intentamos? ¿Cómo nos van a conocer los hombres si nunca nos ponen a prueba? Por lo tanto, mi consejo es que imitemos a los hombres de modo que nuestras mentes y nuestros cuerpos parezcan más masculinos, y nuestro poder aumente con acciones.

V. Nobles, honorables y virtuosas mujeres:

El discurso anterior pretendía persuadirnos de que cambiáramos las costumbres de nuestro sexo, lo cual es una sugerencia extraña y poco inteligente, ya que no podemos cambiar de sexo ni podemos convertirnos en hombres y, por lo tanto, actuar como hombres con cuerpos de mujeres es absurdo y antinatural. De hecho, propone que copiemos los defectos de la naturaleza y nos convirtamos en hermafroditas, ni mujeres ni hombres sino criaturas corruptas e imperfectas. Por lo tanto, permítanme que las persuada, dado que no podemos alterar nuestra naturaleza, para no alterar nuestras vidas y para comportarnos de manera aceptable tanto para Dios como para los hombres, es decir, siendo modestas, castas, comedidas, hu-

mildes, pacientes, pias, buenas amas de casa, limpias y calladas. Todo eso nos hará conseguir los elogios de los hombres y la bendición del cielo, amor en este mundo y gloria en el venidero.

VI. Mujeres respetables:

El discurso de la oradora anterior intentaba persuadirnos de que no sólo sería un insulto y una deshonra, sino también antinatural, que las mujeres imitasen el comportamiento de los hombres; también podríamos decir que es un insulto, una deshonra y antinatural imitar a los dioses, pero eso nos es ordenado tanto por los dioses como por sus ministros. ¿Por qué no imitar a los hombres cuando eso resulta más fácil y natural que imitar a los dioses? ¿Cómo pueden las criaturas terrestres imitar a las deidades celestiales? No obstante, una criatura terrestre sí puede imitar a otra, aunque sean diferentes. Por lo tanto, dado que todas las imitaciones deben ser para mejorar y no para empeorar, las mujeres deberían imitar a los hombres, ya que son un grado más perfecto que nosotras. Las mujeres masculinizadas deberían ser elogiadas del mismo modo que los hombres afeminados criticados, ya que ellas avanzan hacia la perfección mientras que ellos se pierden en la imperfección. A través de nuestro esfuerzo podemos ser, al menos, iguales a los hombres en perfección y poder.

VII. Nobles damas, honorables señoras y respetables plebeyas:

El discurso de la oradora anterior intentaba persuadirnos para que seamos lo que la naturaleza nunca quiso que fuéramos, masculinas. Pero, ¿por qué querríamos ser masculinas, cuando nuestro propio sexo y condición son mucho mejor? Porque si bien los hombres tienen más valor, también tienen más peligros; y si los hombres tienen más fuerza, también tienen más trabajo que las mujeres. Si ellos son más elocuentes, nosotras tenemos una voz más armoniosa; si los hombres son más activos, las mujeres somos más elegantes; si los hombres tienen más libertad, las mujeres tenemos más seguridad. Nosotras no luchamos en duelos ni en batallas, no hacemos viajes largos ni peligrosos, no trabajamos en la construcción ni en minas o canteras buscando metales, piedras o carbón, tampoco malgastamos ni acortamos nuestras vidas con estudios universitarios ni discusiones escolásticas, no nos quemamos la cara en forjas de herreros ni en hornos de al-

quinistas, ni hacemos otros cientos de actividades que hacen los hombres y que sólo marchitarían la belleza de las mujeres, estropearían nuestra complexión y acabarían con nuestra juventud, haciendo que pareciéramos viejas cuando aún fuésemos jóvenes. Por tanto, las mujeres no tienen motivo para quejarse a la naturaleza o al dios de la naturaleza porque, aunque los dones otorgados a las mujeres son diferentes a aquellos de los hombres, los de las mujeres son mejores; las mujeres nos hemos visto favorecidas por la naturaleza mucho más que los hombres al habernos sido concedidos la belleza, la elegancia y un atractivo tan insinuante y tentador que los hombres no tienen más remedio que admirarnos, amarnos y desearnos. Con tal de poseernos ponen a nuestra disposición su poder, sus personas y sus vidas, convirtiéndose en esclavos de nuestra voluntad y nuestro placer; además, nos convertimos en sus santas, a las que adoran y rinden tributo. ¿Qué mejor que ser las tiranas, el destino y las diosas de los hombres?

5. Margaret Askew Fell Fox

(1614-1702)

Familiar de Anne Askew, mártir protestante de la época del rey Enrique VIII, Margaret Askew se casó con el juez Thomas Fell, de Swarthmore Hall, en 1632, con el que tuvo nueve hijos. En 1652, tras conocer a George Fox, que una vez viuda llegaría a ser su segundo marido en 1699, se unió a los cuáqueros, atraída por su apoyo a la formación de las mujeres.

Margaret Askew Fell Fox empezó coordinando los viajes de los pastores de la primera generación de cuáqueros, llegando a convertirse en una figura clave. No sólo lucharía para que liberaran de la cárcel a sus compañeros, sino que ella también fue detenida varias veces por convocar reuniones ilegales en su casa.

Aparte de una serie de trabajos doctrinales fundamentales para los cuáqueros, durante su primer encarcelamiento escribió cuatro tratados, entre ellos *Women's Speaking Justified, Proved and Allowed of by the Scriptures, All such as Speak by the Spirit and Power of the Lord Jesus* (1667), uno de los primeros documentos que presentan a la mujer como igual al hombre: «De este modo se demuestra que la Iglesia de Cristo se representa como a una mujer, por lo que aquellos que hablan contra el discurso de esta mujer, hablan contra la Iglesia de Cristo y la descendencia de la mujer, que también es Cristo; es decir, aquellos que hablan contra el poder del Señor y el espíritu del Señor en boca de una mujer, simplemente por razón de su sexo o porque se trata de una mujer, no teniendo en cuenta la descendencia ni el espíritu ni el poder que ella representa, hablan contra Cristo y su Iglesia, y son descendientes de la serpiente, en la que habita la maldad. Dios Padre no hizo ninguna diferencia en la creación ni después entre hombre y mujer, sino que siempre por misericordia y bondad tuvo compasión por los débiles».

Obviamente, la obra no es un tratado feminista estrictamente hablando, pero sí una gran defensa de la igualdad espiritual de las mujeres y de su papel activo en la religión. Aunque mujeres de otras sectas abordarían el tema

de manera más radical, Margaret Askew fue la primera que le dedicó mayor extensión. Ella defendería el papel de las mujeres como predicadoras de la Iglesia, reinterpretaba las Escrituras y demostrando igualdad de capacidad para recibir inspiración divina. Por consiguiente, su defensa del género femenino sigue siendo religiosa.

La voz de las mujeres justificada, probada y permitida por las Escrituras; todas las cosas dichas por el Espíritu y el poder del Señor Jesús (1667)

(Traducción de M.^a Isabel Romero Ruiz)

Cómo las mujeres fueron las primeras que predicaron la nueva de la resurrección de Jesús, ya que fueron enviadas por el propio Jesucristo, antes de Ascender ante el Padre (Jn 20, 17).

Ha sido una objeción en la mente de muchos, y varias veces ha sido objeto de reprobación por parte del clero, de los sacerdotes y de otros, que las mujeres hablen en la iglesia; por eso, en consecuencia, son condenadas por entrometerse en los asuntos de Dios. La base de dicha objeción se encuentra en las palabras del apóstol en la primera Epístola a los Corintios (14, 34-35), y también en lo que escribió a Timoteo en la primera Epístola (2, 11-12). Pero veremos con claridad hasta qué punto las intenciones del apóstol en estas Escrituras se malinterpretan, lo veremos claramente cuando corresponda. Primero, permítanme aclarar cómo el propio Dios ha manifestado su voluntad y opinión en lo que se refiere a las mujeres.

Al principio, cuando «Dios creó al hombre a su propia imagen, a imagen de Dios, Él los creó hombre y mujer; Dios los bendijo, y les dijo: sed prolíficos y multiplicaos; y Dios continuó: contemplad, os he dado todas las plantas, etc.» (Gen 1). Aquí Dios los une a su propia imagen, y no hace los distingos ni las diferencias que los hombres hacen porque, aunque ellos sean débiles, Él es fuerte; como Él dijo al apóstol: «Su gracia es suficiente, y su fuerza se manifiesta en la debilidad» (2 Cor 12, 9). Y a estos ha elegido el Señor, incluso a «las cosas débiles del mundo, para confundir a las cosas que son poderosas; y las cosas que son despreciadas, Dios las ha elegido, convirtiendo en nada lo demás» (1 Cor 1). Y Dios no ha hecho ninguna diferencia entre hombre y mujer, tal y como los hombres establecerían.

Es cierto que la serpiente, que era más sutil que cualquier otro animal del paraíso, fue a la mujer con sus tentaciones, y con una mentira; su suti-

leza percibió que ella era más débil, o la más inclinada a escucharle, y le dijo: «Si comes, tus ojos se abrirán; y la mujer pensó «que la fruta era buena para ser sabias». Entonces la tentación se apoderó de ella, y efectivamente comió, y se la pasó a su esposo, que también comió; por lo tanto, ambos fueron tentados con la transgresión y desobediencia. Y Dios le preguntó a Adán, que se escondió cuando escuchó su voz: «¿Has comido del árbol del que te ordené que no debías comer?»; y Adán le contestó: «La mujer que me diste, me dio de comer del árbol, y yo accedí». Y el Señor interpeló a la mujer: «¿Qué es lo que has hecho?»; y la mujer le respondió: «La serpiente me engañó, y yo comí». Aquí la mujer le dijo la verdad al Señor. Vean lo que el Señor (15) sentenció a la serpiente: «Crearé enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y la de ella; magullará tu cabeza, y tú magullarás su talón» (Gen 3).

Permitid que esta palabra de Dios, que existía desde el principio, acalle las bocas de todos aquellos que se oponen a que las mujeres hablen en nombre de Dios. Como Él interpuso enemistad entre la mujer y la serpiente, si la descendencia de la mujer no habla, la de la serpiente hablará. Dios estableció hostilidad entre las dos descendencias, por lo que queda de manifiesto que aquellos que hablan contra la voz de la mujer, y de su descendencia, hablan en nombre de la envidia descendiente de la vieja serpiente. Y Dios ha cumplido su palabra y promesa: «Cuando llegó el momento, envié a su hijo, nacido de mujer, de forma lícita, para que pudiéramos recibir la adopción de los hijos» (Gal 4, 4-5).

Además, el Señor está satisfecho cuando habla de su iglesia, pues menciona el nombre de mujer a través de sus profetas diciendo: «Te he llamado como a una mujer desamparada, triste de espíritu, y como a la esposa de la juventud» (Is 54); de nuevo: «¿Cuánto tiempo vagarás sin rumbo, tú, reincidente pecadora? Como el Señor ha creado algo nuevo en la Tierra, una mujer guiará a un hombre» (Jer 31, 22). Y David, cuando estaba hablando de Cristo en su iglesia, dijo: «La hija del Rey toda llena de gloria, con trajes de oro, será traída ante el Rey; con alegría y regocijo serán traídos, entrarán en el palacio del Rey» (Sal 45). Y también el rey Salomón en su Cantar, donde habla de Cristo y su iglesia, dice: «Si tú no lo sabes, oírás tú la más dulce entre las mujeres, sigue por el camino las huellas del rebaño» (Cant 1, 8. c. 5, 9). Y Juan, cuando comprobó el milagro en el cielo, vio «a una mujer vestida con el sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre la cabeza; pero apareció otro milagro en el cielo, un gran dragón rojo listo para devorar a su hijos», aquí aparece la envidia del dragón (Re 12).

De este modo se demuestra que la iglesia de Cristo se representa como a una mujer, por lo que aquellos que hablan contra el discurso de esta mujer, hablan contra la iglesia de Cristo y la descendencia de la mujer, que también es Cristo; es decir, aquellos que hablan contra el poder del Señor y el espíritu del Señor en boca de una mujer, simplemente por razón de su sexo o porque se trata de una mujer, no teniendo en cuenta la descendencia ni el espíritu ni el poder que ella representa, hablan contra Cristo y su iglesia, y son descendientes de la serpiente, en la que habita la maldad. Dios Padre no hizo ninguna diferencia en la creación ni después entre hombre y mujer, uno que siempre por misericordia y bondad tuvo compasión por los débiles. Del mismo modo su hijo, Jesucristo, confirma lo mismo; cuando los fariseos fueron a él y le preguntaron «si era lícito que un hombre repudiara a su esposa», él les contestó: «¿No habéis leído que Él, que los creó, los hizo hombre y mujer y que, por esta razón, el hombre dejará a su padre y a su madre para unirse a su esposa, y los dos se convertirán en una sola carne? De manera que ellos ya no son más dos, sino una sola carne. Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre» (Mt 19).

De nuevo Jesucristo, cuando fue a la ciudad de Samaria, donde el pozo de Jacob (Jn 4), estaba satisfecho de predicar el Evangelio eterno para una mujer, cuando ésta le dijo: «Yo sé que cuando el Mesías llegue, que se llama Jesucristo, Él nos dirá todas las cosas», Jesús le contestó: «El que te habla es Él». También cuando Marta dijo que ella sabía que su hermano se levantaría de nuevo el día del Juicio Final, Jesús le respondió: «Yo soy la resurrección y la vida; aquel que crea en mí, aunque esté muerto, vivirá, y quienquiera que viva y crea, jamás morirá. ¿Lo crees?»; ella le contestó: «Sí, Señor, creo que tú eres Cristo, el Hijo de Dios». Aquí ella manifestó su verdadera y salvadora fe, y en esa época pocos creían tanto en Él (Jn 11. 25-26).

También la mujer que se acercó a Jesús con una caja de alabastro llena de un unguento muy valioso, que vertió sobre su cabeza mientras Él se sentaba a la mesa, es prueba de que ella sabía más del poder secreto y de la sabiduría de Dios que sus discípulos, los cuales se indignaron con ella; y, por ello, Jesús preguntó: «¿Por qué molestáis a la mujer, porque ha hecho una buena obra conmigo? Verdaderamente os digo, dondequiera que este Evangelio se predique en el mundo, allí también se contará lo que esta mujer ha hecho (Mt 26. Mc 14, 3). Lucas contó algo más: «Ella era una pecadora que se quedó por detrás llorando, empezó a lavarle los pies con las lágrimas y a limpiarlos con su pelo, besándoselos y poniéndoles su unguento». Y cuando Jesús comprobó el corazón del fariseo que le había in-

vitado a su casa, aprovechó la ocasión para decirle a Simón: «Simón, ¿has visto a esta mujer? Tú no me diste agua para los pies, pero ella me los ha lavado con lágrimas y me los ha secado con su pelo; tú no me diste ningún beso, pero esta mujer —desde que llegué— no ha dejado de besarme los pies; tú no unguiste mi cabeza con aceite, pero esta mujer me ha embalsamado los pies; por lo tanto, te digo que sus pecados, que son muchos, le son perdonados, porque ella ha amado mucho» (Lc 7, 37).

También hubo muchas mujeres que siguieron a Jesús de Galilea, cuidándole, permaneciendo a lo lejos cuando fue crucificado (Mt 28, 55; Mc 15). Incluso las mujeres de Jerusalén lloraron por Él, ya que les dijo: «No llores por mí hijas de Jerusalén, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos» (Lc 23, 28). «Y algunas mujeres fueron curadas de malos espíritus y enfermedades, como María Magdalena, Juana la esposa de Cusa, el mayordomo de Herodes, y muchas otras que le habían ayudado algo» (Lc 8, 2-3).

De esta forma comprobamos que Jesús recibía amor y gracia de las mujeres, que no lo despreciaba, conforme está recogido en las Escrituras: Él recibió tanto amor, amabilidad, compasión y tiernos cuidados de las mujeres como de otros, tanto en vida como después de que fueran crueles con Él. De hecho, María Magdalena y María la madre de Santiago sabían dónde había sido enterrado, y cuando pasó el domingo, María Magdalena, María la madre de Santiago y Salomé llevaron hierbas aromáticas con las que ungirle; por la mañana muy temprano, el primer día de la semana, fueron al sepulcro a la salida del sol y se preguntaban quién iba a quitar la piedra de la entrada al sepulcro, pero cuando miraron, la piedra se había movido, y era muy grande» (Mc 16, 1-4; Lc 24, 1-2). «Bajaron al sepulcro y —como Mateo había dicho— el ángel había quitado la piedra, pero le dijo a las mujeres: no temáis, yo sé a quién buscáis, a Jesús el Crucificado: Él no está aquí, ha resucitado» (Mt 28). Según Lucas, «allí permanecieron junto a ellas dos hombres con vestiduras brillantes, y como estaban perplejas y asustadas, los hombres les dijeron: Él no está aquí, recordad lo que os dijo cuando fue a Galilea, que el Hijo del Hombre debía ser entregado a manos de los pecadores, y ser Crucificado, para el tercer día levantarse de nuevo; ellas recordaron sus palabras, regresaron del sepulcro y contaron todo a los once y a todos los demás».

Fueron María Magdalena, Juana, María, la madre de Santiago, y las otras mujeres que estaban con ellas las que contaron esto a los apóstoles, y sus palabras les parecieron un cuento sin sentido, por lo que no las creyeron. Tened presente esto aquellos que despreciáis la debilidad de las mujeres y

que os considerarís tan sabios. Pero Jesucristo no lo hace, porque Él hace uso de los débiles. Cuando se encontró con las mujeres después de haber resucitado, les dijo: «¡Os saludo a todas!» Y ellas fueron, le abrazaron los pies y le veneraron; luego continuó Jesús: «No tengáis miedo, id a decirle a mis hermanos que vayan a Galilea, que allí me verán» (Mt 28, 10; Mc 16, 9). Y Juan cuenta que cuando María estaba llorando en el sepulcro, Jesús le dijo: «Mujer, ¿por qué lloras?, ¿qué buscas? Como ella suponía que era el jardinero, Jesús la llamó María, ella se volvió y le contestó Rabino, que quiere decir Maestro; Jesús prosiguió: no me toques, porque todavía no he ascendido a mi Padre, pero ve a mis hermanos y díles que ascendiendo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios» (Jn 20, 16-17).

Considerad esto los que despreciáis y os oponéis al mensaje de Dios nuestro Señor a través de las mujeres. ¿Qué ocurre entonces con la redención de toda la humanidad, si ellos no creen el mensaje que el Señor Jesús envió a través de estas mujeres en lo que concierne a su resurrección? ¿Y si estas mujeres no hubiesen actuado con ternura y profundo amor?, pues habían recibido su misericordia, gracia, perdón de los pecados, virtud y curación (al igual que muchos hombres). ¿Y si sus corazones no hubiesen permanecido tan unidos a Él por amor? Ellas no se separaron como hicieron los hombres, sino que se sentaron a observar y esperar, llorando junto al sepulcro hasta la hora de su resurrección, preparadas para llevar su mensaje, tal y como se cuenta. Además, ¿cómo pudieron enterarse sus discípulos, si no estaban allí?

¡Oh, bendito y alabado sea el glorioso Señor! Esto puede exclamar toda la humanidad, aunque la sabiduría del hombre, que nunca conoció a Dios, siempre está preparada para excluir a los débiles; no obstante, la debilidad de Dios es más fuerte que los hombres, y la estupidez de Dios es más sabia que los hombres (1 Cor 1, 25). Y en los Hechos 18 podemos leer cómo Áquila y Priscila atrajeron a Apolo y le definieron a Dios perfectamente, como un hombre elocuente y poderoso en las Escrituras; además, no vemos que Él despreciara lo que Priscila dijera, y era una mujer como muchas de ahora.

Pasamos a las palabras del apóstol, base de la objeción contra la voz de las mujeres, especialmente a 1 Cor 14, pues permite que se realice una lectura seria del capítulo y se deduzca la intención del apóstol con estas palabras; el apóstol está exhortando a los corintios a la caridad y a desear regalos espirituales, y no a hablar en una lengua desconocida ni a ser hijos de la incompreensión o de la malicia, sino a ser hombres del entendimiento. Según él, los espíritus de los profetas debían estar sujetos a las profetas,

porque Dios no es el autor de la confusión sino de la paz, concluyendo: «Que vuestras mujeres se mantengan en silencio en la iglesia», etc. Claramente se ve que las mujeres, al igual que algunos otros entre ellas, se encontraban confusas, ya que él dice: «¿Cómo ocurre esto hermanas? Cuando os reunís, ¿cada uno de vosotros tiene un Salmo, una doctrina, una lengua, una revelación y una interpretación? Que todas las coas se hagan para edificar». Aquí no hay construcción, sino confusión, por lo que él continúa: «Si algún hombre habla en una lengua desconocida para dos, o como mucho para tres, que alguien traduzca, pero no hay intérprete que se mantenga en silencio en la iglesia». Aquí al hombre se le manda mantener silencio, al igual que a la mujer, cuando hay confusión y desconrol. Pero el apóstol añade: «También se les manda ser obedientes según la ley; y si ellas quieren saber cualquier cosa, que les pregunten a sus esposos en casa, porque es una vergüenza que éstas hablan en la iglesia. Y parece que tales mujeres estaban hablando entre los corintios, mientras los apóstoles les recomendaban que se alejaran de la malicia, de las disputas y de la confusión; y él les predicó la ley, pues ésta decía: «Con hombres de otras lenguas y otros labios predicaré a estas personas» (vers. 2).

¿Y qué tiene que ver todo esto con la voz de las mujeres? Que tiene que predicar el Evangelio eterno, pues con ellas se cumple la promesa del Señor, y su Espíritu recae sobre ellas según su palabra (Act 2, 16-18). Y si el apóstol hubiese detenido a aquellas sobre las que el Espíritu del Señor había recaído, por qué pregunta: «Si cualquier cosa se revela a alguien, ¿debes decir que primero se calme, para después todos profetizar?» Aquí no decía que aquellas mujeres a las que se les había revelado el Espíritu del Señor no debían profetizar, sino las mujeres que estaban fuera de la ley y en la transgresión, que se encontraban en disputas, confusión y malicia. Si él hubiese detenido las oraciones o profecías de las mujeres, por qué dijo: «Cada hombre que ora o profetiza con la cabeza cubierta deshonra su cabeza, pero cada mujer que ora o profetiza con la cabeza descubierta deshonra su cabeza. Juzgad vosotros mismos. ¿Es apropiado que una mujer ore o profetice descubierta? Al igual que la mujer no es nada sin el hombre, tampoco el hombre es nada sin la mujer con el Señor» (1 Cor 11, 3-4, 13).

También en otra parte de las Escrituras, en 1 Tim 2, se recomienda que la oración y la súplica se lleven a cabo en todas partes, elevando las

manos santas sin ira ni dudas; de la misma manera, también se dice: «Las mujeres deben vestir con atuendo modesto, con vergüenza y sobriedad, con el pelo sin acicalar con oro, perlas o ninguna costosa pompa». Y continúa: «Que las mujeres aprendan en silencio con sumisión, pues no soporto que una mujer enseñe ni usurpe la autoridad del hombre si no es en silencio; porque Adán fue creado primero y luego Eva, y Adán no fue el engañado sino la mujer en la transgresión». Aquí el apóstol habla en concreto de la relación de una mujer con su marido, para que sea sumisa y no enseñe ni usurpe su autoridad, y acto seguido menciona a Adán y Eva. Pero llevándolo a un extremo, como los que se oponen a la voz de las mujeres querían, ellas tampoco deberían predicar ni hablar en la iglesia. Además, el apóstol enseña cómo vestirse, qué ponerse y qué no ponerse a aquéllas que no llevaban atuendo modesto y que no tenían vergüenza y sobriedad, las exhortaba a no llevar el pelo adornado con oro o perlas ni una vestimenta costosa; tales mujeres no usurparían la autoridad del hombre, sino que aprenderían en silencio con la sumisión propia de las mujeres que profesan bondad a través de buenas obras.

¿Y qué significa todo esto para aquéllas a las que se les ha otorgado el poder y el espíritu del Señor Jesús, y a las que se les ha dado el mensaje del Señor Jesús? ¿Deben de dejar ellas de predicar la palabra de Dios por culpa de las mujeres indecentes e irreverentes de las que habla el apóstol en estos dos fragmentos de las Escrituras? ¿Y cómo están los hombres de esta generación tan ciegos que sacan estas Escrituras, tergiversan las palabras de los apóstoles y corrompen su intención? Por estas Escrituras tratan de impedir el mensaje y la palabra de Dios a través de las mujeres, condenándolas y despreciándolas. Si el apóstol hubiera querido detener la voz de las mujeres y no les hubiese permitido hablar, ¿por qué iba a pedir a su sincero compañero que ayudara a estas mujeres que trabajaban con él sobre el Evangelio (Fil 4, 3)? ¿Por qué se reunían los apóstoles a orar y suplicar con las mujeres, con María la madre de Jesús y con sus hermanos (Act 1, 14) si no les estaba permitido? ¿Y por qué las mujeres también tenían unión y fraternidad con el Espíritu de Dios dondequiera que éste se revelara? Toda esta oposición y negación de la voz de las mujeres surgió del abismo y del espíritu de la oscuridad hace cientos de años en la noche de apostasía, puesto que las revelaciones cesaron y se escondieron. Y de esta manera el Espíritu ha limitado y cercado todo dentro de su vínculo y ámbito, por lo que no soporta que nadie hable, excepto aquellos que el Espíritu de la oscuridad aprueba, sea hombre o mujer.

Aún perdura la miseria de esas etapas pasadas, de la época del reino de la bestia que Juan vio surgir del mar y de la tierra con siete cabezas y diez cuernos (Ap 13). En la gran ciudad de Babilonia, la mujer estuvo mucho tiempo sentada sobre la bestia de color escarlata, repleta de blasfemia, con siete cabezas y diez cuernos. Y esta mujer se arregló y adornó con oro, perlas y piedras preciosas, con una copa de oro en la mano llena de abominaciones, haciendo que todos los pueblos bebieran de la copa de la fornicación. Todo el mundo se ha quedado maravillado con la bestia, y ha adorado al dragón que le dio el poder a la bestia; y esta mujer se ha emborrachado con la sangre de los santos y de los mártires de Jesús. Ésta ha sido la mujer que ha estado hablando y usurpando la autoridad durante cientos de años, dejando que tiempos pasados testifiquen cuántos han sido matados y asesinados; cada religión y profesión matándose y asesinandose entre sí, sin unirse los unos con los otros. De esta forma, el espíritu de la verdad y el poder del Señor Jesucristo han estado bastante perdidos; y esta madre de las prostitutas se ha sentado como una reina y ha dicho que ella no ve ninguna pena. Sin embargo, sus días han sido largos, incluso cientos de años, puesto que se le había dado poder a la bestia para continuar cuarenta y dos meses, y para hacer la guerra contra los santos y vencerlos. Y todos aquellos que han habitado la tierra le han adorado, nombres que no están escritos en el libro de la vida del Cordero, asesinado desde la creación del mundo.

Pero bendito sea el Señor, su tiempo ha terminado, tras más de mil doscientos años la oscuridad ha acabado, la noche de la apostasia toca su fin, la verdadera luz brilla ahora, la luz de la mañana, la brillante aurora boreal, y el descendiente de David ha resucitado, gloria al Altísimo por siempre jamás. La alegría de la mañana ha llegado, y la novia, la esposa del Cordero, se está preparando, como una mujer que se arregla para su marido; y a ella se le permite llevar lino, limpio y blanco, el lino fino que corresponde a los santos. La bendita Jerusalén está descendiendo desde el cielo del Señor, con la gloria de Dios, y su luz es como una piedra de jaspé, clara como el cristal.

Y ésta es la mujer libre, de la que nacen todos los hijos de la esperanza, no los hijos de la esclava Hagar, que engendra lucha y esclavitud, la Jerusalén que vive en esclavitud con sus hijos; ésta es la Jerusalén libre, la madre de todos nosotros. Y por eso esta mujer esclava y sus hijos, que han nacido de la carne, han estado persiguiendo a aquellos que han nacido del Espíritu. Pero ahora esta mujer esclava y su semilla van a desaparecer, pues nos han mantenido mucho tiempo sometidas y esclavas; esta mujer esclava

y su prole van a ser expulsados, pues nuestra ciudad santa, la nueva Jerusalén, está bajando del cielo, y su luz brillará por toda la tierra como una piedra jaspé, transparente como el cristal, que trae independencia y libertad, y la perfecta redención para toda su semilla. Ésta es esa mujer a imagen del Dios eterno, que Dios ha poseído, posee y poseerá para siempre.

Se podría añadir más al respecto, tanto del Viejo como del Nuevo Testamento, donde es evidente que Dios no estableció ninguna discriminación, sino que otorgó su Espíritu tanto al hombre como a la mujer (como, por ejemplo, a Débora, Hulda y Sara). El Señor habla por boca del profeta Isaías: «Escúchame tú que persigues la justicia, tú que buscas al Señor, mira la roca de la que fuiste tallado y el agujero de la fosa de la que fuiste sacado, mira a Abrahán tu padre y a Sara que te llevó en su seno, puesto que el Señor confortará a Sión, etc.» (Isa 5). Ana la profetisa, una viuda de cuarenta y cuatro años que no se marchó del templo sino que sirvió a Dios con ayuno y oraciones, noche y día, entrando en el momento en que el viejo Simeón cogía al Niño Jesús en brazos, ella le dio las gracias a Dios y les habló de Él a todos los que buscaban la redención en Jerusalén (Lc 2, 36-38). Y Felipe el evangelista, en cuya casa entró el apóstol Pablo, que era uno de los Siete (Act 6, 5), tenía cuatro hijas que eran vírgenes y que profetizaban (Act 21).

Sirva esto para detener al espíritu que limite el poder del Señor Jesús, cuyo Espíritu se vierte sobre la carne tanto de hijos como de hijas, ahora en su resurrección. El Señor Dios en la creación, cuando hizo al hombre a su propia imagen, lo hizo hombre y mujer. Jesucristo, como el apóstol dijo, nació de una mujer; el poder del Altísimo la cubrió, el Espíritu Santo la penetró, y aquello sagrado que nació de ella se llamó Hijo de Dios. Mientras Él estuvo en la tierra, manifestó su amor y voluntad tanto a la mujer de Samaria como a Marta y a su hermana María, y a varias otras como se ha demostrado; después de su resurrección también se manifestó a ellas antes que a nadie, incluso antes de ascender al Padre. Cuando Jesús subió a los cielos, el primer día de la semana se apareció, primero, a María Magdalena (Mc 16, 9). Y de esta forma el Señor Jesús ha manifestado su poder, sin tener en cuenta a las personas. Por eso deben callarse todas las bocas que limitan a aquel cuyo poder y espíritu es infinito, vertido sobre toda la carne. He aquí la respuesta a estas dos Escrituras, que se han convertido en un obstáculo, y de las que los ministros de la oscuridad han hecho una montaña. Pero el Señor está solucionando todo esto y despejando el camino.

6. Bathsua Reynolds Makin

(c. 1600-c. 1675)

Bathsua Reynolds era hija de un profesor de Londres que le enseñó siete lenguas extranjeras; dominaba el inglés, el latín, el griego y el francés, y tenía conocimientos de hebreo, sirio, español y alemán. Llegó a dar clase de idiomas en el colegio de su padre. En 1622 se casó con Richard Makin y tuvo nueve hijos, por lo que continuó dando clases sólo de manera intermitente. En torno a 1640, antes de la Guerra Civil, pasó a ser tutora de la princesa Isabel, hija de Carlos I.

Con tan sólo dieciséis años Bathsua Reynolds Makin publicó, bajo la supervisión de su padre, *Musa Virginea*, obra poética en varios idiomas dedicada a la familia real. También se le adjudica *Index Radiographia* (c. 1617), uno de los primeros sistemas de taquigrafía inglesa, del que apenas se conserva nada; se trataba de un método más rápido que los anteriores, pues transcribía por primera vez la palabra hablada.

Makin mantuvo correspondencia con la famosa académica holandesa Anna Maria van Schurman, una de las primeras en teorizar sobre la necesidad de educar a las mujeres, ofreciéndoles un colegio en que poder hacerlo. Fue precisamente en la Restauración cuando Makin publicó *An Essay to Revise the Antient Education of Gentlewoman in Religion, Manners, Arts and Tongues* (1673), obra dirigida a la clase alta, en la que argumentaba que en la Antigüedad a las mujeres se las formaba en letras, y adjuntaba como apéndice un prospecto de su colegio. Bathsua emplea diversas técnicas para convencer al lector de que no es dañino formar a las mujeres. En primer lugar, pone como ejemplo a mujeres clásicas y contemporáneas instruidas (como la reina Isabel I), cuya formación benefició no sólo a ellas mismas sino también a su comunidad. Asimismo, utiliza preguntas y respuestas sobre aquellas objeciones que los hombres ponían a la educación de sus hijas. Y también explica un pragmático método de enseñanza de lenguas extranjeras, mucho más intensivo y efectivo que el que se había venido utilizando con los niños; en vez de memorizar la gramática latina, Makin proponía

conseguir una buena base en lengua inglesa antes de pasar al latín, y subsecuentemente al francés y al griego. Adelantándose a su época, consideraba el aprendizaje de las lenguas no como un fin, sino como un medio para aprender. A continuación pasamos a un extenso fragmento de esta obra.

Ensayo para restablecer la antigua educación de las damas en religión, modales, artes y lenguas, con respuestas a las objeciones contra este tipo de educación (1673)

(Traducción de Pilar M.^a Hijano Hijano)

A todas las damas ingeniosas y virtuosas, en especial a su Majestad Lady Mary, hija mayor de su Alteza Real el Duque de York

La tradición, cuando está arraigada, tiene una influencia poderosa, la misma fuerza de la naturaleza. Se ha generalizado la bárbara tradición de apenas educar a las mujeres, y esto ha prevalecido tanto que realmente se cree (sobre todo los bebedores corruptos) que las mujeres, a diferencia de los hombres, no están dotadas de razón, por lo que no son capaces —como ellos— de progresar a través de la educación. Se considera algo monstruoso pretender lo contrario. Se piensa que una mujer erudita es como un cometa, pues augura desgracias siempre que aparecen. Ofrecer al mundo la educación liberal de las mujeres supone desfigurar la imagen de Dios en el hombre, pues hará a las mujeres tan superiores y a los hombres tan inferiores que, como fuego en el tejado de una casa, prenderá el mundo entero en llamas.

Habitualmente se dicen estas cosas y otras aún peores; en realidad, muchos de los que se creen sabios piensan que contradecir esto es una osadía, que quien lo intente sólo encontrará una gran oposición. Por tanto, damas, imploro la cándida opinión de vuestro sexo, cuyos intereses reivindico. En especial, suplico el favor de su alteza real, la persona más eminente y cuyo apoyo bastará para protegernos. Lo que he escrito no está exento de humor, para poder explicar la cantidad de trivialidades que se pueden decir con respecto a este tema. Estoy segura de que las mujeres antiguamente eran educadas en el conocimiento de las artes y las lenguas y, gracias a esta educación, muchas destacaron. Estoy convencida de que supondría un

gran progreso que las mujeres fueran educadas así ahora. Ellas gozarían de honor y encanto, sus relaciones se beneficiarían y la nación entera avanzaría. Soy consciente de que nos encontramos en una mala época para establecer esto, pues no sólo se desprecia y desuelda la sabiduría sino también la propia virtud, al considerarlas pedantes y propias de la gente vulgar. No conozco mejor manera de reformar estas injusticias que la de persuadir a las mujeres para que desdeñen aquellos juguetes y nimiedades con los que ahora pierden el tiempo, para lograr conseguir las grandes cosas que aquí proponemos; esto reformará a los hombres o hará que se avergüencen por haber reivindicado su soberanía sobre personas más sabias y virtuosas que ellos.

Si se crearan un número considerable de escuelas para educar a las damas con ingenio pienso que, por un lado, los hombres se avergonzarían de su propia ignorancia y, por otro, a la próxima generación le costaría mucho trabajo luchar contra los reproches. Seguro que me encontraré con muchas burlas e insultos de hombres desconsiderados e incultos, que premian su propia lujuria y placer más que su beneficio y satisfacción. Esto es lo que menos me preocupa, siempre que cuente con vuestro favor. Este discurso puede ser un arma en vuestras manos para que os defendáis, mientras que os esforzáis por pulir vuestras almas para glorificar a Dios y responder al fin de vuestra creación, ayudar a vuestros maridos. No permitáis que vuestra condición de damas se vea ofendida, pues yo no alego (como algunos han hecho con ingenio) la preeminencia femenina. Si se pide demasiado, te pueden negar todo. Dios ha puesto al hombre a la cabeza. Si se os educa e instruye —como yo propongo— os aseguro que os alegraréis y estaréis satisfechas de ser de ayuda, pues vuestros maridos os consultarán y pedirán consejo (por lo que ellos se alegrarán si sois sabias), a pesar de que ellos lleven la voz cantante y vosotras aceptéis sus decisiones. Mi objetivo es lograr de esta manera educar a todas las damas, éste es el deseo de Vuestra Servidora.

Para los lectores

Confío no tener que rogar a las damas que se armen de paciencia para leer detenidamente este opúsculo, a quienes dirijo y, en verdad, con cuyo apoyo cuento, porque defendiendo vuestra causa contra esta tradición enferma que os perjudica y que los hombres no permitirán que desaparezca. Deseo que los hombres no prejuzguen ni desechen este libro al ver el título. Si he

probado —con fundamento— lo que pretendo, si he contestado con justicia imparcial las objeciones que se han hecho a mis afirmaciones y si he propuesto algo que pueda beneficiar a la humanidad, no lo rechacen. Si esta forma de educar a las damas se generalizara (pero parece ser que no), el mayor daño que se pueda prever sería el de inculcarles a vuestros hijos mayor diligencia para progresar en las artes y en las lenguas. Ellos deben superar a las mujeres en todas partes y lugares. Este es mi gran propósito. Soy como un hombre que no sugeriría nada que perjudicara al sexo. Proponer que las mujeres rivalicen en el aprendizaje hará que se corteje a Minerva con ahinco, no vaya a ser que ésta las tenga más a su favor. Realmente pienso que esta es la mejor manera de despejar las nubes de ignorancia y de parar las riadas de libertinaje, para que la próxima generación sea más sabia y virtuosa que la anterior. Es fácil criticar y bromear con un tema de tal naturaleza, burlarse de las mujeres ignorantes para convertirlas —a propósito— en esclavas. Al espíritu varonil no le favorece en absoluto pisotear a quienes están por debajo de ellos. Prohibo las burlas y los reproches. Permitamos a algunos que se sientan ofendidos y que jueguen limpio, que refuten mis afirmaciones con argumentos sólidos en esta batalla contra el sexo débil. Creo que puedo prometerles ser su defensora.

Para mi honorable y respetable amiga, y demás

19 de mayo de 1673

Señora:

He oído sobre su discurso de educación para las damas en artes y lenguas, y me pregunto quién puede pensar en tales trivialidades. Las mujeres no desean aprender; son inferiores, poseen una naturaleza débil y voluble. Tienen otras cosas a las que dedicarse y no les importa si no estudian. El fin del aprendizaje es el de poder desempeñar cargos públicos, para lo que las mujeres no están preparadas. Va en contra de la tradición que las mujeres hablen en la iglesia. A la esposa de Salomón no la elogiaban por las artes y lenguas, sino por cuidar de sus sirvientes. Y lo que es peor de todo, ellas son de naturaleza tan enfermiza que harán mal uso de su educación, volviéndose tan intolerablemente orgullosas que nadie podría vivir con ellas. Si atendieran todas estas cosas, no serían atractivas.

Enviamos a nuestros hijos a la escuela durante siete años y, sin embargo, como mucho uno de cada cinco consigue aprender el idioma y nada

en absoluto de artes. Las niñas, como mucho, disponen de la mitad del tiempo que ellos. Si fueran capaces, y tuvieran tiempo, no me puedo imaginar el bien que se les haría. Si les sirviera de algo, ¿dónde serían instruidas? De su conversación con los chicos sacarán más perjuicio que beneficio.

No tengo nada en contra del sexo contrario, sin embargo tengo una respuesta justa a todo esto, de lo contrario habría educado a mis hijas como hicieron nuestros antepasados.

Siempre estaré a su disposición.

Su estimado amigo.

Señor:

Todos los hombres deberían esforzarse fervientemente por dedicar sus vidas a estos nobles y excelentes fines, para los que el omnipotente los creó, que son la gloria de Dios, la felicidad eterna de sus inmortales almas y ser útiles. Una generación desaparece y otra llega; sin embargo, la tierra, el teatro en el que actuamos, permanece siempre. No todas las obras de los hijos de los hombres perduran, no sólo los presentes y futuros honorarios o perjuicios que causen, sino tampoco la influencia que ejercieran como ejemplo en años venideros. La cosecha de la felicidad absoluta y de las tribulaciones dependerá de la época de cultivo. Generalmente la vida transcurre como comienza: *Quo sensel est imbuta veteri sensuibus Odorem Tertia diu.*

Grande es la fuerza del color original, sea bueno o malo, que las cosas cogen. Al igual que las plantas superan a aquellas que crecen asilvestradas en los jardines, o como las bestias cambian a través de un control (prueba de ello es el perro del filósofo), de la misma manera los hombres mejoran con la educación liberal, siendo más intelectuales y morales. Todo esto nos lleva a concluir que se debe cuidar mucho a los hombres, sin embargo en su carta duda de las mujeres. Pienso que se les debería cuidar aún más, pues parece ser que el demonio comenzó con Eva y se propagó a sus hijas. Cuando los hijos de Dios alojaron a las hijas de los hombres, la maldad se multiplicó a un ritmo acelerado. Fue el consejo maldito de Balaán lo que pervirtió a Israel a través de las mujeres idólatras de Balac. La espantosa Jezabel provocó que Ajab fuera más malvado de lo que jamás hubiera imaginado. Dios ordenó estrictamente a los israelitas que no se casaran con mujeres paganas. Cuando el propio Salomón (el hombre más sabio) hizo esto, ellos pronto apartaron su corazón de Dios. Las mujeres malas, débiles para resistirse, son fuertes para tentar al diablo. Por tanto, sin duda alguna, se las debe cuidar y adornar oportunamente con piedad y virtud.

Vuestra gran pregunta es si educar a las mujeres en artes y lenguas es una novedad jamás aplicada antes. Esta es su gran duda, pues las mujeres son inferiores y no son capaces de mejorar a través de la educación. Si pudieran mejorar, ¿les beneficiaría? De beneficiarse, ¿dónde se les impartiría esa educación? ¿Deberían ir a la escuela junto con los chicos y convertirse en insolentes más que en eruditas?

Al menos habéis congregado una legión de objeciones. Contestaré por partes a sus preguntas y, después, responderé a sus objeciones.

En la Antigüedad las mujeres fueron educadas en artes y lenguas

Apenas hay información de la manera en que las mujeres fueron educadas en la Antigüedad. Por lo tanto, mi testimonio será puntual y circunstancial.

De hecho, si se puede deducir de las Sagradas Escrituras que las mujeres se ocupaban de la mayor parte de los asuntos que ocurrían en el mundo, incluso de los relacionados con la religión. Miriam se asemeja a Moisés y a Aarón, porque era una gran poeta y filósofa. Antigüamente la sabiduría y la religión en general iban aunadas al verso. Las mujeres conocieron a David cantando canciones triunfantes, compuestas —como ellas mismas— por un gran espécimen de educación liberal.

Débora, la libertadora de Israel, sin duda alguna era una erudita sobre justicia. Juldá, la profetisa, vivió en un centro donde suponemos que las mujeres eran instruidas en buena literatura. Podemos estar seguros de que era una mujer muy sabia, pues el rey Josías envió a Jalcías, el sumo sacerdote, y a los nobles de su corte para consultarle un caso de dificultad y peligro (2 Cr 34, 20-22).

En el Nuevo Testamento encontramos a Ana, una profetisa. Pablo (Rom 16, 1) aconsejó a Febe, que no era sólo una sierva de Cristo sino también diaconisa de la iglesia de Cencreas. En el versículo 12 nos cuenta que Trifena, Trifosa y Pérside trabajaron mucho por el Señor. Y Priscila instruyó a Apolo.

La abuela de Timoteo, llamada Loide, y su madre Eunice no sólo eran mujeres amables, sino que también eran eruditas, instruyendo a Timoteo en las Sagradas Escrituras desde que era un niño (2 Tim 1, 5; 3, 15). Los hijos de la señora elegida, que caminaron por la verdad, fueron instruidos por ella misma. Cuatro hijas de Felipe eran profetisas (Act 21, 9). Aunque las mujeres no hablaban en la iglesia, sólo aquellas extraordinariamente capa-

citadas por Pablo (1 Cor 11, 5) ya que él dice expresamente que no deben rezar ni profetizar con las cabezas al descubierto, se presupone que ellas podían hacer estas cosas. No discutiré lo que estos textos dicen sobre oración y profecía, pues simplemente sirve para afirmar que las mujeres muy capacitadas participan en la vida pública.

Podemos deducir de las Historias de las Musas que este tipo de educación era muy antigua. Todos coinciden en que los héroes eran hombres famosos de una época determinada y, por tanto, canonizados después de muertos. Por la misma razón podemos afirmar que Minerva y las nueve Musas fueron mujeres famosas por su sabiduría en vida y, de igual modo, que fueron adoradas cuando murieron.

No hay ninguna duda de que los griegos y romanos, cuanto más prósperos, más educaron a sus hijas, por lo que muchas de ellas fueron famosas por su sabiduría. Como, por ejemplo, Sempronia, Cornelia, Lelia, Mutia, Cleobulina, Casandra, Terencia, Hortensia, Sulpicia, Porcia, Helvigia, Enonia, Paula, Albina, Pella, Zenobia, Valeria, Proba, Eudocia, Claudia y muchas otras.

Las sibilas nunca podrían haber inventado su verso heroico, ni Safo sus versos sáficos, de haber sido analfabetas. ¿Crecéis que Corina, si no hubiera sido instruida en letras, podría haber derrotado tres veces a Pindaro en un solemne concurso con su excelente poesía lírica, que nadie más se atrevió a imitar?

Tuvo lugar otro concurso entre veinte damas griegas y otras veinte romanas que sobresalían por su sabiduría. Las damas romanas fueron las mejores oradoras, mientras las damas griegas eran las mejores filósofas. Esto demuestra claramente que todas ellas fueron instruidas con toda clase de buenas obras.

Las mujeres educadas en artes y lenguas han sido eminencias en estas disciplinas

Sería muy pesado si nombrase a todas las personas que han destacado por su sabiduría. Sólo mencionaré a aquellas pocas damas que igualaron a la mayoría de los hombres.

Se dice de Zenobia, reina de Palmira, que no sólo destacó en artes y armas, sino que su sabiduría —como la luz del sol— influenció a todo su pueblo, que sólo fue conocido en su época. Olimpia Fulvia Morata, tutora de la emperatriz de Alemania, tenía conocimientos de francés, latín y ale-

mán. Era tan buena en griego que leía sus discursos en ese idioma; también era una reconocida experta en Teología.

Lady Jane Grey, distinguida Maurata, también entendía hebreo. En el *Libro de los Mártires* hay un gran discurso sobre su sabiduría (con la cual ella disfrutaba enormemente) y devoción. La actual Duquesa de Newcastle supera a muy importantes hombres con toga por su talento natural más que por cualquier tipo de instrucción. Y no puedo olvidarme de la Condesa Dowager de Hathington, a veces instruida por Mrs. Makin. Domina el latín, griego, hebreo, francés y español, y es muy competente en letras al servicio de la divinidad, en donde —me atrevo a decir— sobresale.

La princesa Isabel, hija del rey Carlos I, cuya institutriz fue Mrs. Makin, a la edad de nueve años sabía escribir, leer e incluso entendía algo de latín, griego, hebreo, francés e italiano. Si hubiera llegado a vivir más tiempo, ¡qué milagro habría sido para nuestro sexo! La princesa Isabel, la hija mayor de la reina de Bohemia, aún viva, es una experta en todo tipo de literatura. Mrs. Thorold, hija de Lady Car de Lincolnshire, sobresalía en Filosofía y en toda clase de sabiduría. Y no puedo, sin agravio, dejar de nombrar a las hijas de Lady Millmay y del Dr. Loves; su valía y excelencia en sabiduría aún están frescas en la memoria de muchos hombres.

Cornelia leyó en público discursos sobre Filosofía en Roma. Ella crió a sus hijos, los Gracos, de tal manera que ellos fueron los únicos hombres célebres entonces. Cicerón la admiraba por varias de sus obras.

La sede papal no pudo evitar ser invadida por una mujer cuya sabiduría superaba la de todos los hombres de su época, tal y como declaran Volateran, Sigeberto, Platina y otros que han escrito sobre la vida de los obispos romanos. Bocaccio, en su libro *De Claris Mulieribus*, la recuerda por este mismo motivo.

Roswitha de Gandersheim, de origen sajón, vivió bajo el reinado de Lotario I. Fue elocuente en las lenguas romana y griega, y practicó toda clase de buenas artes. Compuso muchas obras y contó con gran reconocimiento por parte de los lectores. Una de ellas invitaba a la castidad, a la virtud y al culto a la divinidad. Ella publicó seis comedias, además de un magnífico poema en verso hexámetro sobre las leyes heroicas del emperador Otón I y otros.

Isabel de Suavia, con gran fervor, imitó el estudio y la práctica de Roswitha. Escribió mucho en latín, en concreto una obra titulada *Del camino al cielo*, y también un volumen de epístolas, además de muchos otros libros.

No puedo dejarme atrás a Constancia, esposa de Alejandro Sforza. Era tan erudita que, de repente y sin premeditación, era capaz de disertar sobre

cualquier argumento, tanto teológico como filosófico. Además, leía frecuentemente las obras de San Jerónimo, Ambrosio, Gregorio, Cicerón y Lactancio. Fue muy admirada por su improvisación en verso. Su hija Bautista, que la igualó en fama y mérito, fue reconocida entre las mujeres más eruditas e ilustres.

Cristina, la última reina de Suecia, conocía varias lenguas, estaba muy versada en política y familiarizada con la mayoría de las letras y las ciencias. En primer lugar pensé en la reina Isabel, pero la menciono la última a propósito, como broche final. El mundo entero puede dar prueba de su gran erudición. Ella solía disertar con los embajadores extranjeros en sus idiomas. Mr. Ascam, su tutor, decía que ella leía más griego en un día que el latín que podían leer muchos de los eruditos de su época en una semana. Como se puede comprobar, algunas mujeres han sido muy competentes en todo tipo de sabiduría. Ahora pasará a mostrar cómo han sobresalido en campos determinados, como en Idiomas, Oratoria, Filosofía, Teología y, por último, Poesía.

Las mujeres han sido buenas lingüistas

Se suele decir, como reproche en contra de las mujeres, que tienen demasiada lengua, pero no es un delito que tengan muchas lenguas. Si lo fuera, muchos hombres estarían encantados de ser culpables de ello. La lengua es la única arma que las mujeres poseen para defenderse y, de hecho, han necesitado utilizarla con destreza. Muchos dicen que la mujer tiene suficiente con una lengua, nada más lejos de la verdad. El que una mujer entienda varias lenguas duele un poco a nuestros caballeros, pues ellos poseen poco más que los conocimientos de su madre y sólo comprenden su lengua materna. De hecho, éstos normalmente hacen esta objeción para ocultar su propia ignorancia. Las lenguas se aprenden para las cosas. Ahora, como antes, aprender lenguas se ha convertido en un requisito primordial para comprender las letras. Por tanto, es un elogio para las mujeres a continuación mencionadas que destaquen por su dominio de las lenguas.

Existe una antigua copia de la *Septuaginta*, enviada por el patriarca de Alejandría al rey Santiago y escrita por una mujer llamada Tecla, que era tan fiel y excelente que los autores de la Biblia Políglota la eligieron, en lugar de otras copias orientadas, para su impresión.

Anna Maria Schurman de Utrecht (llamada por Spahemur, *ultimum Natium in hoc sex convium, et decimum Musum*: la obra maestra de la naturale-

za entre las mujeres, superando a las mismísimas Musas) ha publicado diversas obras en latín, griego, francés y persa. Tenía conocimientos también de árabe y, además, fue una excelente poeta. Amalasueta, reina de los ostrogodos e hija de Teodorico, fue una gran profesora de latín y griego. Asimismo, hablaba perfectamente todas las lenguas bárbaras que se utilizaban en el Lejano Oriente.

Por su excelencia en idiomas, la mayoría de las personas indicadas constituyen ejemplos eminentes, al igual que Maurata, Lady Jane Grey y las tres Isabeles, entre otras.

Las mujeres han sido buenas oradoras

Valerio Máximo nos cuenta que Amesia, una modesta dama de Roma, cuando fue acusada de un gran crimen y estaba lista para asumir la sentencia del pretor, ella se abrió paso entre la multitud y sin abogado defendió su causa con tanta efectividad que el sufragio público la absolvió de todo entredicho, y desde entonces se la conoce como Andrógina. Hortensia, la hija de Quinto Hortensio, fue igual que ella. Cuando los tribunos de la plebe impusieron una gran multa a las matronas romanas, y todos los abogados y oradores temían hacerse cargo de la defensa, esta discreta dama defendió a las mujeres de una manera tan acertada y audaz ante el triunvirato que les perdonaron la mayor parte de la multa impuesta.

Algunos han elogiado la elocuencia de Gaya Africana. Como no apruebo el uso que hizo de ésta, por tanto, dejémosla aparte. Por su lado, Tulia, instruida por su madre Terrenita, fue considerada por su elocuencia tanto como su padre, Cicerón.

Varias de las personas que he mencionado fueron muy elocuentes, pero en concreto, Maurata, Cornelia y la reina Isabel. Suponemos que Schurman y el resto de las personas que escribieron tan elegantemente eran capaces de hablar con elocuencia en cualquier ocasión.

Se duele decir en contra de las pobres mujeres que puede que comprendan lenguas y las hablen con fluidez, debido a su predisposición natural a ser charlatanas, pero que rara vez se encuentra en sus locas cabezas juicio sólido o profunda lógica. Por tanto, pasará a demostrar que ellas sí han sido buenas en Lógica, Filosofía, Matemáticas, Teología y Poesía.

Las mujeres han entendido de Lógica

Para aquellas mujeres que la tengan en sus cabezas, la Lógica es la llave que les permitirá abrir la puerta de otras ciencias. Algunas mujeres la han tenido a su disposición y han sido muy hábiles en disputas públicas.

Hiparquia, con un sofisma, calló a Teodoro. Lo que pudo hacer Teodoro sin ser tachado de injusto, lo puede hacer Hiparquia sin ser tachada de injusta. Si cuando Teodoro se hirió a sí mismo no obró injustamente, luego tampoco Hiparquia obra injustamente al herir a Teodoro. Teodoro no opuso resistencia y, al igual que nuestros caballeros holgazanes, salió de la sala y dijo: dejad que las mujeres atiendan su hilado.

Margarita Sorocchia, una dama de Roma, se considera tan buena sofista que generalmente actúa como presidenta de la Academia de la Dialéctica entre las escritoras más eruditas en conocimiento y Filosofía, e incluso Teología.

Aquellos que lean *Decretions*, de Schurman, llegarán a la conclusión de que ella entendía muy bien los principios y la práctica de la Lógica. Por su lado, Cecilia hizo cosas singulares gracias a su gran destreza en Lógica, en concreto, gracias a su sólido razonamiento, pues convirtió a su hermano Tiburcio Valeriano de la idolatría pagana a la fe cristiana.

Algunos piensan que apenas me he ceñido al tema: la Lógica predispone a discutir, algo a lo que las mujeres tienden por naturaleza. Por tanto, paso a demostrar que las mujeres han sido muy competentes en las partes más sólidas del saber, donde se necesitan los pensamientos más importantes y mayor juicio. Ellas han sido buenas filósofas, buenas en Aritmética, buenas teólogas y poetas.

Las mujeres han sido profundas filósofas

De los numerosos ejemplos anteriormente indicados se deduce que las mujeres fueron buenas filósofas. Sin repetirlos de nuevo, paso a nombrarlas: Roswitha, Isabel de Suavia, Constanca, su hija Baptista, Anna Maria Schurman y Margarita Setacchia, entre otras. Todas las mujeres que de aquí en adelante se mencionan fueron consideradas ilustres en Teología y debieron poseer gran competencia en Filosofía, por ejemplo Tibiola, Marcela y Eustaquio.

Aganolda estaba tan ávida de saber que se vistió de hombre. Logró tanta perfección en Filosofía Natural y en la práctica de la Física que fue

envidiada por todos los de la facultad y demandada por fraude. Para justificarse, reveló que era mujer.

Miriam era una gran filósofa, como lo fue también la reina de Saba, de lo contrario nunca se hubiera atrevido a probar la sabiduría de Salomón en los asuntos secretos y a través de duras preguntas. Por su lado, Nicotrata, llamada por algunos Carmenta, inventó el alfabeto griego y añadió algunas letras latinas.

Aspasia, una cortesana de Mileto, era tan culta que instruyó a Pericles, de manera que de un gran soldado salió un excelente filósofo y uno de los mejores oradores de Grecia; después, se casaría con él. Sócrates reconoce que imitó a Aspasia en su *Fanlatas Política*, y tampoco se avergüenza de llamar maestra a Diotima. Ambas mujeres fueron tan eruditas que enseñaron a este gran filósofo.

Arete logró tanta perfección en Filosofía que instruyó a su hijo Aristipo, quien por tanto recibió el nombre de instruido por su madre (sobre doce personajes griegos). Después de la muerte de su padre, ella erigió una Escuela de Filosofía, donde normalmente leía a un atestado y asiduo auditorio.

Leoncio, una cortesana griega, era tan considerada en meditación filosófica que no temió escribir un libro en contra del honorable Teofrasto. Asimismo, Damo, la hija de Pitágoras, y su madre, también eran excelentes filósofas. A su vez, Pitágoras manifiesta con frecuencia que Temistoclea le aconsejó y le ayudó.

Sería demasiado pesado si hablara detenidamente del conocimiento de Adesis, de la sabiduría de Hermodias, del progreso de Temiste en la Filosofía pitagórica, de las obras de Genebria o de la gran elocuencia de las dos hijas de L. Craso.

Casi me olvidé de Cristina, reina de Suecia, que en filología y filosofía superó a la mayoría de los grandes estudiosos europeos. Por su lado, Porcia, la hija de Catón, fue la mejor filósofa de su época.

Algunas mujeres han entendido de Matemáticas

Las Matemáticas requieren tanta seriedad como cualquier arte o ciencia, y algunas mujeres también han logrado un extraordinario conocimiento de esta disciplina.

Hypatia de Alejandría, hija de Teón, escribió sobre Astronomía. Era profesora de la Escuela de Alejandría, frecuentada por muchos honorables

estudiosos. Después, fue lamentablemente eliminada y masacrada por aquellos que envidiaban la fama que alcanzó por su sabiduría. Asimismo, una dama de la Antigüedad, cuyo nombre he olvidado, fue tan experta en Matemáticas que imprimió varias tablas.

Si existe alguien que piense que todo este conocimiento es meramente humano, confieso que el gran fin de las artes y de las lenguas es lo que nos permite reconocer a Dios en Jesucristo, al que debemos glorificar y del que debemos gozar para siempre. [...]

Muchas mujeres han mejorado su conocimiento humano, por lo que a través de la bendición de Dios han obtenido el conocimiento espiritual. Fabiola, una matrona romana, logró tanta perfección en el conocimiento de las Escrituras que obtuvo un reverente respeto por parte de los eruditos de su época. San Jerónimo le dedicó un libro titulado *De Virtu Saecerdotali*.

Marcela, una romana, destacó tanto en su conocimiento sobre Teología, que San Jerónimo la menciona en muchas de sus Epístolas. Le escribió varios libros: uno, *De Mundi Contemptu*; otro, sobre uno de los diez nombres de Dios entre los hebreos; un tercero, sobre la fe; el cuarto, sobre la blasfemia en contra del Espíritu Santo; y muchos otros.

Eustaquio, la hija de Paula la matrona romana, fue una teóloga tan destacada y tenía tanta experiencia con la Escrituras y con los dialectos del griego, latín y hebreo, que la llamaron el nuevo prodigio del mundo.

Para suplir la carencia de ejemplos en este apartado, reflexionaremos sobre las personas anteriormente mencionadas. Tanto la reina Isabel como Lady Jane Grey destacaron por sus conocimientos religiosos. Roswitha, Isabel de Suavia, Constancia, la esposa de Alejandro Sforza y su hija Baptista sobresalieron tanto en Teología como en Filosofía. A su vez, las obras de Anna Maria Schurman, aún existentes, ponen de manifiesto que era una gran teóloga.

Concluiré con Isola Navarola [véase Isotta Nogarola (1418-1466), *Her Immaculate Hand*], quien escribió muchas epístolas elocuentes. Era una experta en Filosofía y Teología, como demuestra en ese libro que escribió en forma de diálogo entre Adán y Eva sobre quién pecó primero y más, y como también demuestra en otros libros.

Las mujeres destacaron en algo más: la Poesía. Esta excelencia en Poesía las lleva a reivindicar su condición de mujeres en todo lo mencionado con anterioridad. Ser un poeta no es gran cosa, pero llegar a ser un Poeta Laureado requiere grandes dotes naturales que sólo Dios otorga: *Poesia nascitur, non fit*. Un hombre de clase social baja, con diligencia, educación, tiempo y práctica podrá alcanzar un nivel competente en Oratoria; por

tanto, se dice: *Orator fit*. Sin embargo, ninguna instrucción ni educación del mundo, ni el esfuerzo, el tiempo o la paciencia podrán infundir en imuginación sublime, esa gran memoria y ese excelente juicio que necesitan aquellos coronados con laureles. El hecho de que las mujeres hayan sido buenas poetas aflige extremadamente a aquellos hombres que las consideran cosas alheas, apas sólo para disertar sobre sus gallinas, patos y gansos, jamás para entrometarse en las artes y lenguas. Abandonados por su excesivo orgullo, ellos se volverán locos.

Si demuestro que las mujeres han sido buenas poetas se confirmará todo lo que he dicho antes, ya que además de dotes naturales se requiere un progreso general y universal en toda clase de saber. Un buen poeta debe conocer las cosas artificiales junto con los distintos términos pertenecientes a todas las facultades, a las cuales deben aludir. Los buenos poetas deben ser estudiosos universales, capaces de utilizar una frase que cautive y de expresarse con emotiva elocuencia.

Las mujeres han sido buenas poetas

Ruego a los hombres que se armen de paciencia si soy un poco pesada en este punto, ya que hay muchas cosas en juego. Dudo que las mujeres se conformen con oír sólo lo que su sexo reivindica.

Comenzaré por Minerva, la diosa de la sabiduría. Conocida entre las diosas por su excelencia y astucia en poesía y en letras, también se dice que fue su inventora.

Existieron tres Corinas famosas por su poesía. Una vivió en la época de Augusto y era muy querida por Ovidio. La segunda, llamada Corina Teopía, fue elogiada en los libros de los poetas antiguos, en especial por Estacio. La tercera, la más ilustre, era Corina de Tebas, hija de Archelaguero y Procracio, y alumna de Miriis; ella arrebató en cinco concursos la Palma a Píndaro, príncipe de los poetas, y publicó cinco libros con excelentes epigramas.

Erina, llamada Tella, era de la isla de Telos, que no estaba muy lejos de Cnido. Ella floreció en la época de Dion de Siracusa, y publicó un excelente poema en la lengua dórica, además de diversos epigramas. Se decía que su estilo se aproximaba a la majestuosidad de Homero. Murrió con sólo diecinueve años.

Safo, hija de Escamadrommo, vivió en la época de Tarquinio Prisco; ella fue la que inventó el verso sáfico y descubrió que se podía tocar el

arpa con una pluma. Hubo también otra Safo, llamada Mítelna, de mucho después, que publicó muchos poemas excepcionales y famosos entre los griegos y, por tanto, tuvo el honor de convertirse en la décima Musa.

Proba Valeria Flacona, una matrona romana, vivió en la época de Honorio y Teodosio hijo. Compuso un poema religioso sobre la vida, obras y milagros de Cristo; también parafraseó los versos de Homero, por lo que tituló a su obra *Homeneuchreuta*. [...]

Casi me olvidó de las Sibilas, nombre que hace referencia a las mujeres inspiradas por los dioses. Al igual que al hombre que hace predicciones se le llama profeta, a la mujer que predice el futuro se le denominaba Sibila. Exusieron doce y todas eran poetas. Sibila de Libia inventó el verso heroico. Sibila de Delfos era tan buena poeta que Homero se apropió de muchos de sus versos. Todas transmitían sus oráculos en verso. Si sus versos no eran tan fluidos como los de Homero y Hesiodo, su oratoria normalmente estaba en extasis. [...]

Cleobulina era hija de Clevulo Lindo, uno de los siete sabios griegos. Ella imitó, y algunos piensan que equiparó, a su padre. Destacó por sus enigmas y acertijos. [...]

No puedo olvidar a Helpis, la esposa del famoso filósofo y poeta Boecio Severino, ya que existen muchos Himnos a los Apóstoles que Gyraldo y los mejores escritores constantemente le adjudican. [...]

Debo mencionar juntas a Filenia y Astenisa, pues ambas eran buenas poetas y se imitaban mutuamente.

Hildegarda de Maguncia destacó tanto por su sabiduría y devoción como por su poesía. Sus obras se aprobaron en el concilio celebrado en Tréveris, donde estaba presente Bernardo de Claraval.

Aristófanes habla mucho de Clitigora de Lacedemonia. Sin embargo, Estrabón en su *Homérica* habla más de Hestia de Alejandría.

De las nueve poetas líricas, Antipatro de Tesalia otorga el primer lugar a Paxilla Sición. Ella vivió en la Olimpiada número treinta y dos.

Sería muy monótono si descubriera lo que Séneca dice de Míceala, Aristófanes de Garexena y Celio de Musea, o lo que Textor recuerda de Méroc.

Cornisicina, Lucía Mima, Casandra y Megalóstrata fueron buenas poetas. Pola Argemaria, esposa del célebre poeta Lucano, fue famosa por su excelente sabiduría, ya que ayudó a su marido en los tres primeros libros de *Farsalia*.

Me limitaré a mencionar a las poetas Anile, Nosis, Mim de Bizancio y Damófila, porque quiero centrarme en aquellas que nos son más cercanas.

Hay que tener presente que estos numerosos ejemplos de mujeres eruditas son la prueba evidente de que fueron educadas de forma liberal.

Lorenza Sfoza es ahora famosa en Italia por varios himnos que compuso con diferentes tipos de versos, en especial con excelentes versos sáficos.

La poeta Mrs. Broadstreet, ahora en Norteamérica, es una eminencia, sus obras dan fe de ello.

No necesitamos más elogio para Mrs. Phillips que el de Mr. Cowley, que dice que se arranca el laurel de su frente para coronarla como se merece. Además, sus obras impresas hablan por sí solas.

Sir John Harrington, en su alegoría sobre los treinta y siete libros de Aristo (que recomiendo al lector), elogia a las cuatro hijas de Sir Anthony Cook y también a Lady Russel, Lady Bacon y Lady Killebrew, a quienes destaca como poetas.

En el mismo lugar, el autor nos recomienda a una gran dama italiana, Vittoria, que escribió extensamente y con sabiduría sobre la memoria de su difunto marido. Junto a ella debemos situar (y con esta comparación no tengo ánimo de menosprecio) a la bella y erudita Lady Mary, Condesa de Pembroke, honorable hermana del incomparable Sir Philip Sidney.

Tanto Lady Jane Grey como Lady Arabella tuvieron un gran talento para la poesía.

Los dos discursos que la reina Isabel pronunció en las Universidades son testimonio de su oratoria. Aquella ingeniosa imaginación y aquellos deleitantes poemas, que llevaban su nombre, demuestran que era una buena poeta.

Las tres hijas de Lord Burghlies destacaron por su sabiduría y fueron notables poetas, como demuestran los siguientes versos. Silesia se encontraba en Cornwall, ya que su marido tenía que enviar a los embajadores; su hermana Mildreda estaba en la corte, pues tenía interés en impedir la Embajada de su hermano. Silesia escribe a Mildreda:

*Si mihi, quem cupio dominum, Mildreda, renittas.
Tu bona, tu melior, tu mihi sola soror.
Sine male cunctando retines, vel trans mare mittas.
Tu mala, tu peior, tu mihi nulla soror.
At si Cornubian, tibi pax fit, et omnia lata.
Sine mare, Silesia nuntio bella. Vale.*

Puede que los estudiosos de la Antigüedad se pregunten por qué a las Virtudes, a las Disciplinas, a las Nueve Musas, a las Patronas de todas las

Buenas Letras y a las Tres Gracias las representan el sexo femenino con retratos de doncellas, no teniendo denominación masculina ni efigies de hombres. ¿Por qué los cristianos en todos sus libros y escritos que consignan a la posteridad continúan con la misma práctica? ¿Por qué se dice que la sabiduría es la hija de lo supremo, y no el hijo? ¿Por qué la fe, la esperanza y la caridad (sus hijas) se representan como mujeres? ¿Por qué las siete Artes Liberales se representan con formas femeninas? Sin duda alguna, la razón es ésta: las mujeres inventaron muchas de estas artes y fueron sus promotoras; además, las han estudiado y han logrado destacar en ellas. Y quedando adornadas y embellecidas por estas artes, como testimonio de nuestro agradecimiento por su invención y en honor a su gran competencia, convertimos a las mujeres en emblemas, al no haber jeroglíficos representativos más apropiados.

Debo añadir una valiosa observación para honrar y elogiar el sexo femenino. Las mujeres denominaron los lugares del mundo. Asia se llama así por la ninfa Asia, la madre de Epimeteo y Prometeo; Europa por la hija de Agenor; Libia, que está en África, por la hija de Épafo; y América, recientemente descubierta, tiene la figura femenina.

Es habitual que los hombres se enorgullecen y alardeen de la sabiduría, el valor y la riqueza de sus antepasados, de lo sabios que fueron sus ancestros, de las hazañas y las grandes posesiones que consiguieron, pero ellos mismos se han degenerado y convertido en ignorantes, cobardes, mendigos y bebedores libertinos.

Espero que las mujeres hagan buen uso de todo lo que he dicho. En vez de reivindicar el honor de lo que sus antepasadas hicieron, ellas deberían trabajar para imitarlas, aprendiendo las artes que su sexo ha inventado, estudiando aquellas lenguas que han comprendido y practicando virtudes ensombrecidas. El conocimiento de las letras y las lenguas, la práctica de la virtud y la piedad las hará (digan lo que digan los hombres) honorables.

Debemos tener cuidado con la educación de las mujeres. [...]

No quiero decir que sea necesario para la esencia o la salvación de las mujeres ser educadas de esta manera. Aquellas que nacen en la miseria, no tienen posibilidad de educación. Las de clase social baja, aunque tengan oportunidad, no lo lograrán: *Ex quois ligno non fit Minerva*. Lo que quiero decir es que las personas que Dios ha bendecido con las cosas de este mundo, si son de buena familia, deben ser educadas en sabiduría; a saber, es mucho mejor que pasen la juventud siendo instruidas en cosas que normalmente las damas aprenden en las escuelas. Deberían pasar la mayor parte del tiempo adquiriendo artes, lenguas y conocimientos útiles, en vez de

jugar durante tan preciados minutos simplemente puliendo las manos o los pies, rizándose el cabello, vistiéndolo y adornando sus cuerpos; pues, mientras tanto, están descuidando sus almas, apenas se esfuerzan por conocer a Dios, a Jesucristo, a ellas mismas y a las cosas de la naturaleza, las artes y las lenguas. No estoy en contra de que se eduque a las mujeres para que tengan una apariencia bonita y decente, para sus necesidades y su pulcritud, para comprender todo lo relativo a su sexo. Pero cuando todo esto está atendido por completo, y si tienen dones de naturaleza y distinción, entonces se deberían esforzar por cosas superiores. Enseñar a las damas sólo a jugar y a bailar, a pintarse el rostro, a rizar y cepillar su pelo y a llevar ropa alegre no es realmente adornar sino más bien adular sus cuerpos y, lo que es peor, envilecer sus almas. Esto, como la copa de Circe, las devuelve a sus esencias; a pesar de que su interior es su dios, se vuelven despreciables, si lo es la lujuria se vuelven libidinosas, y si lo es el orgullo se convierten en diablos. Sin duda, esta degeneración de las mujeres comenzó con los paganos y los bárbaros; continuó con los hindúes, que convirtieron a sus mujeres en meras esclavas, llevándolas a la monotonía. Esto se practicó entre los cristianos apóstatas y degenerados, y ahora forma parte de su religión. Por tanto, debería haber alguna forma de corregirlo, lo que minaría a los que luchan contra nosotros, como Satán contra Adán, seduciendo a nuestras mujeres, quienes a su vez después seducen con gran facilidad a sus maridos.

Si Dios hubiera querido que las mujeres fueran como el ganado, no las habría creado razonables divulgadoras. Con un poco más de inteligencia que los beduinos o los monjes (que utilizan los indios para muchos cometidos) les habría bastado para adaptarse a la lujuria, al orgullo y al placer de los hombres, especialmente para aquellos que desean que continúen siendo ignorantes para poder tiranizarlas.

Dios quiso que la mujer fuera una abnegada ayudante del hombre en su conversación, en los asuntos de familia y Estado, y cuando él más lo necesitara (en la enfermedad, en la debilidad, en su ausencia, en la muerte, etc.). Cuando las mujeres desatendemos las cosas que Dios nos ha dado, renunciamos a su bendición, le somos desagradecidas, también somos crueles y nos perjudicamos a nosotras mismas.

Recuerdo el discurso en *Ennemi* entre un abad y una erudita. Ella da muchas razones por las que las mujeres deben ser eruditas: para conocer a Dios, su Salvador, para comprender su Sagrada Palabra, para admirarlo en sus maravillosas obras y también para administrar mejor los asuntos de la casa entre la multitud de sirvientes, ya que venerarían a sus dueñas si son

superiores en conocimiento; además, ella sintió una gran satisfacción al leer a los buenos autores en su tiempo libre. El abad le responde a ella de esta manera: si las mujeres son eruditas, nunca deberían estar sometidas, ya que él había comprobado que lo que más odiaba en el mundo era un monje erudito que, desde los decretos de Pedro y Pablo, siempre estuviera contradiciendo a su superior. No le importaba si sus monjes se convertían en seres despreciables, siempre que obedecieran y no molestaran con sus placeres. Sin duda alguna, si esa generación de bebedores (que niega el saber a las mujeres) hablara, reconocería que si a las mujeres se les permitieran las artes, éstas llegarían a ser más sabias que ellos mismos (algo intolerable), y entonces no serían tan sumisas y esclavas como hoy día. Por tanto, es una perversión restaurar la antigua costumbre de educarlas.

Al comprobar que la naturaleza produce mujeres tan competentes, que con frecuencia igualan y a veces superan a los hombres en todo lo que se proponen, ¿qué razón se puede dar para que no se preparen?

Nada hay más excelente que un hombre; su excelencia no consiste en una piel suave ni en un semblante erguido, sino en un alma moderada, y el arte mejora la excelencia de la razón. La sabiduría perfecciona y adorna el alma, algo a lo que todas las criaturas aspiran; es más, una parte importante de la imagen de Dios en la creación del hombre consistía en el conocimiento. El pecado empañó esto. ¿Por qué no nos esforzamos en reparar lo que debería ser perfecto en el cielo a través de la instrucción?

Nadie niega que la comprensión de las cosas más importantes corresponde a las mujeres como, por ejemplo, el conocimiento de Dios, la mediación de su palabra, la contemplación de sus obras, y todas ellas se han ocupado preferentemente de los asuntos de la Iglesia. En el Antiguo Testamento nos encontramos con Miriam, Débora, Yael, Judit y Esther. En el Nuevo Testamento están la Virgen, Ana, Febe, Priscila, Loide, Eunice, la señora elegida, etc. Todas ellas fueron útiles y serviciales para la Iglesia. Entonces, ¿quién les puede prohibir que estudien Artes, Lenguas, Historia, Filosofía y demás? Nadie puede venerar la majestuosidad de Dios, ni admirar sus maravillosas obras, a no ser que conozcan algo de Él y de sus obras.

Esta nación se libró de los daneses gracias al valor, la confidencialidad y la fidelidad de las mujeres, y también se libró de lo peor, de la esclavitud danesa, gracias a una mujer.

¿Y alguien desea saber con precisión en qué deberían ser instruidas?

Mi respuesta es la siguiente. No puedo decir dónde las mujeres pueden empezar a ser admitidas, ni de qué parte del conocimiento excluirlas según sus capacidades. De alguna manera, puede que les resulte útil la En-

ciclopedia del Conocimiento. De hecho, se debe respetar la naturaleza y la dignidad de cada arte y ciencia, porque están supeditadas más o menos a la religión, y puede que les sea útil dependiendo de su nivel. No se les debería negar el conocimiento de la Gramática ni de la Retórica, ya que éstas les predisponen a hablar con habilidad. Se les debe permitir la Lógica, porque es la llave para todas las ciencias. Deben estudiar la Física —en especial— de lo visible, como las hierbas, las plantas, los arbustos, las medicinas, etc., porque esto les complacerá en gran medida y ayudará a otros. El estudio de las lenguas, en especial del griego y del hebreo, les permitirá entender mejor las Escrituras.

Las Matemáticas y, sobre todo, la Geografía, les resultarán útiles; esto le da vida a la Historia. La Música, la Pintura, la Poesía, etc. son un gran ornamento y un gran placer. Hay cosas más prácticas, y no tan materiales, porque normalmente a las mujeres se les niega los empleos públicos en el campo y en los tribunales. Sin embargo, tampoco en esto han sido inferiores a muchos hombres. Prueba de ello es Semíramis, entre los babilonios; la reina de Saba, en Arabia; Miriam y Débora, entre los israelitas; Catalina de Médicis en Francia; y la reina Isabel de Inglaterra.

Valerio Máximo nos cuenta que ha habido varias mujeres que, con gran éxito y elogios, defendieron sus propias causas, como Amenia Sentia y Hortensia, hija del rey Hortensio.

Amalasantha, reina del imperio gótico italiano y contemporánea de Justiniano, fue muy apreciada por él, como consta en las Epístolas que Casiodoro escribió.

Zenobia, a través de su sabiduría, y Prudencia hicieron famoso a su país. En los últimos tiempos hay varios ejemplos de mujeres que, mientras que sus maridos servían al rey y a su país, defendían sus casas y hacían de todo como los soldados, con prudencia y valor equiparable a los hombres. Comparecían ante consejos y defendían sus causas con gran éxito.

Este tipo de educación resultará muy útil para las mujeres.

1. Los beneficios serán para ellas mismas.

En general serán capaces de comprender, leer, escribir y hablar su lengua materna, algo que no pueden hacer bien sin preparación. Podrán proyectar sus pensamientos, que son muchos y activos, sobre algo. Su cualidad de mujer las ata a las tareas domésticas. Si la sabiduría fuera su compañera, el deleite y el placer serían sus servidores, ya que no hay mayor placer, ni nada más apropiado para una mente ingeniosa, que lo que se encuentra en el conocimiento. Es la primera fruta del cielo y los destellos de la gloria

que esperamos. En todos existe un deseo innato por saber, y esta satisfacción es un gran placer. Los hombres son tan crueles que les permiten a ellas mirar desde lo lejos para que sean conscientes de que no saben. Es un gran tormento martirizarlas de esta manera.

Ésta supondrá una salvaguardia en contra de las herejías. A los hombres se les proporcionan las artes y las lenguas para callar las bocas de sus adversarios. Las mujeres deben ser eruditas para no oír a los seductores.

Es inimaginable la cantidad de personas de valía que se han dejado llevar fácilmente por distintas doctrinas al no poderse defender con estas armas. Me refiero a ser instruidas con sencillas reglas de Lógica para distinguir entre un argumento verdadero y convincente de una falacia vana y crítica. Se les proporcionaría ejemplos de las fantasías más frecuentes de los falsos seductores. Los herejes entran en sus casas con sigilo y se llevan prisioneras a las mujeres ingenuas, después a sus maridos y a sus niños. Como el diablo hizo con Eva, ellos lo hicieron con sus descendientes.

Es más, una mujer instruida de esta manera que utilice modestamente su sabiduría es, aparte de envidiada, venerada por la mayoría de los hombres buenos y sabios; asimismo, es admirada, e incluso adorada, por plebeyos e iletrados. Las aristócratas, en concreto, al carecer de esta educación, no tienen otra cosa que hacer y se ven obligadas a pasar el tiempo jugando a las cartas, a los dados y a otros juegos, o se ven involucradas en banales romances, en vez de emplear el tiempo deleitándose en conocer las artes y lenguas o en atender a otros.

Séneca intenta por todos los medios consolar el sufrimiento de su madre Helvigia, cuando lo desterraron, recordándole que había sido educada de forma liberal, por lo que iba a tener la oportunidad de mejorar y de consolarse estudiando Filosofía.

No podemos ser tan estúpidos como para creer que Dios da a las damas grandes patrimonios, ellas simplemente pueden comer, beber, dormir y levantarse para jugar. Sin duda alguna, no deberían vivir de esta manera. Dios, que tiene en cuenta cada pensamiento, por vano que sea, con toda seguridad tendrá en cuenta a aquellas personas que dedican toda su vida a no hacer nada, a jugar y charlotear. Las pobres mujeres no hacen otra cosa más que dar malas excusas hasta su último día, justificando sus vanas vidas, diciendo que no fueron educadas mejor. No me puedo ni imaginar la respuesta que los hombres les darán para negarles tajantemente progresar, no vaya a ser que ellas acaben siendo más sabias que ellos.

Solteras, sobre todo casadas y viudas

Respecto a las solteras que son capaces de subsistir sin depender de nadie, tienen más oportunidades que los hombres si permanecen tiempo suficiente en ese estado, mejorando los principios que han mamado y madurando las semillas de la sabiduría sembradas en sus mentes a corta edad. Además, éste será un entretenimiento honesto y provechoso en el que poder pensar y desahogar sus peores razonamientos. Las doncellas que no pueden subsistir sin depender de alguien, como las sirvientas, deben elegir buenos lugares en los que atender a personas honorables o deben trabajar en parvularios para enseñar lenguas a los niños mientras que los lleven en brazos. Estos cuando sean mayores probablemente no soportarán el aburrimiento de la escuela.

El famoso Lord Mountagu, para asombro de todos, progresó de esta manera, lo que le hizo odiar para siempre toda educación pedante. Julio César también recibió tal sello cuando estuvo en el parvulario; él fue el que recibió la pureza de la lengua latina en su época. Las casadas, en virtud de su educación, deben ser útiles a sus maridos en sus ocupaciones (como las mujeres holandesas), y también a sus hijos, instruyéndolos antes de ser admitidos en la escuela, como fue el caso tanto de César como de Lord Mountagu.

No necesito demostrar cuántas personas, educadas de esta forma, fueron capaces de entender y administrar sus asuntos al quedar viudas.

2. Las mujeres educadas de esta manera beneficiarán a sus familiares.

Es una gran bendición de Dios, para cualquier familia, contar con una buena esposa como cabeza de familia. Es innegable que es presagio de ruina cuando se envía una irritante Jezabel a un indulgente Ajab.

Atalia, casada con Jorán, llevó la ruina a la casa de Josafat. ¿Cuántas mujeres, por su mala formación, han arruinado a sus familias? Los hombres que no encuentran conversación agradable o entretenimiento en casa, lo buscan fuera por inero hastío y, por consiguiente, descuidan los negocios, gastan el patrimonio, destruyen sus cuerpos y —con frecuencia— condenan sus almas.

Los italianos huyen de sus mujeres porque a ellas se les niega todo el conocimiento necesario, alcanzable sólo mediante la instrucción, para ser útiles. Sin embargo, ellos cortejan, adoran y glorifican a sus cortesanas, a pesar de ser simples prostitutas, ya que ellas son pulidas con una mejor educación.

Muchos eruditos casados con mujeres ilustres las han instruido en toda clase de conocimiento, sobre todo para que pudieran conversar con ellos, para granjearse su cariño y el de la sociedad, y para que otros las admiraran. La mujer es la gloria del hombre. Nos alegramos cuando nuestros hijos son ilustres y cuando nuestras mujeres son excelentes en cuerpo o mente.

Antes he consentado cómo ellas deben desarrollar la sabiduría de sus hijos, especialmente en lenguas. Lo vuelvo a mencionar por tener suficiente importancia como para volver a incidir sobre ello. Tulia jamás habría sido tan elocuente de no tener a una madre tan erudita como Hortensia. Los Gracos, Baptista, Damar, Aristipo y Eustaquio, antes citados, nunca habrían sido tan ilustres en artes y lenguas si sus madres, Cornelia, Constanca, Arete y Paula, no les hubieran enseñado.

La sabiduría del rey Lemuel fue extraordinaria. Sin embargo, él reconoce que fue la instrucción de su madre la que sembró sus semillas (Prov 31). Así, pues, Salomón ordena a sus hijos que atiendan a la instrucción de sus madres, en la que él encontró tantas buenas cosas.

Además, la madre es la única persona que puede causar una profunda impresión en los hijos. Lo que una madre prudente y virtuosa recomienda como precepto y ejemplo permanece para siempre. Prueba de ello lo encontramos en Lemuel y sus proverbios, muchos de los cuales mamó de la leche de su madre. A Timoteo le enseñaron las Sagradas Escrituras, desde que era un niño, tanto su abuela Loide como su madre Eunice. Asimismo, suponemos que los hijos de la señora elegida caminaron por la verdad desde que su madre les instruyó, ya que ellos hablaban la lengua de Canaán y su madre era de Ashdod.

3. Las mujeres instruidas de esta manera beneficiarán a la nación.

Si repasamos detenidamente la historia, aquellos países en los que las mujeres son infravaloradas siempre fueron, ahora son y siempre serán los peores; por ejemplo, Rusia, Etiopía y todas las naciones bárbaras del mundo. Una de las mayores razones por las que nuestros vecinos, los holandeses, son cada vez más admirados es por el gran esmero que han puesto en la educación de sus mujeres, de ahí que sean consideradas más virtuosas y —con toda seguridad— más útiles que cualquier otra mujer del mundo. No podemos esperar superar la ignorancia, el ateísmo, lo profano, la superstición, la idolatría y la lujuria que reinan en la nación si no es a través de la educación prudente, sobria, piadosa y virtuosa de nuestras hijas. Su sabiduría despertará a nuestros hijos, a los que Dios y la naturaleza han hecho superiores, como simple emulación.

Si hubiera un número suficiente de mujeres instruidas para los parvularios de las familias nobles, sus hijos mejorarían en el conocimiento de las lenguas antes de que se dieran cuenta. Repito esto por tercera vez, porque es muy importante y de gran preocupación.

Aún está presente el recuerdo de la reina Isabel. Su sabiduría la capacitó para gobernar, dominando el cetro de su nación con tanto honor como cualquier otro hombre del pasado.

Parece ser que fueran las mujeres las que empezaron y llevaron a cabo la mismísima reforma religiosa. Mrs. Ann Askew, ilustre por su sabiduría y piedad, cultivó de tal manera a la reina y a las damas de la corte con preceptos y ejemplos, que más tarde rubricó su profesión con sangre. Parece que su mano plantó la semilla de la Reforma.

Enrique VIII comenzó la política de Estado y demostró una verdadera devoción por las relaciones femeninas. Esto fue desde el principio hasta que su hija, la reina Isabel, lo llevó a la cima.

Mi propósito no es poner de manifiesto lo que se debería decir en honor de las mujeres. *«Decir, en modestas y pocas, que muchas han sido, lo extraordinarias en el amor a sus maridos, su constancia en la religión, cuánto han cumplido con sus padres y lo beneficiosas que han sido para su país.»*

Las Escrituras mencionan a la esposa en Abel Bet Maacá, que pagó el rescate de la ciudad mediante la espada de Joab con la cabeza de Saba, cuando todos los hombres se encontraban en un laberinto y no sabían lo que hacer. Débora jugó un papel más decisivo a la hora de librar Israel que Barak. Si no hubiera sido por la manera tan sabia en la que calmó a David, Nabal y su casa se habrían destruido. Todos los judíos habrían sido exterminados si no hubiera sido porque Esther aventuró su vida a los pies de Asuero.

Mi intención no es la de igualar a las mujeres con los hombres, y mucho menos la de hacerlas superiores. Ellas son el sexo débil y, sin embargo, capaces de hacer grandes cosas, igual que los mejores de los hombres.

Hércules y Teseo eran muy valientes; Manalipe e Hipólito eran un poco inferiores a ellos. Zeuxis y Timantes eran magníficos pintores, como Timarese, Iren, Lula, Marcia y muchas otras.

En poesía se debe comparar a Safo con Anacreonte, y a Corina con Píndaro. Tulia era elocuente como Cicerón. La hija de Catón no fue inferior a éste en teoría y práctica de la Filosofía. Semíramis fue como Alejandro en magnificencia. Los Tanaquil, tan políticos como Servio Tulio y los Porcea fueron tan generosos como los Bruto.

De todo esto deduzco que las mujeres no son criaturas ingenuas y alocadas, según creen muchos hombres orgullosos e ignorantes, como si

ellas fueran incapaces de mejorar a través del conocimiento e incapaces de digerir las artes y la solidez de juicio. Muchos hombres dicen de sí mismos que son tan inseguros y tan poco constantes, que se sienten abatidos con tal torrente de miedo, amor, odio, lujuria, orgullo y demás pasiones excesivas, que son incapaces de practicar ninguna virtud que requiera grandeza de espíritu o firmeza de resolución. Echemos un vistazo a la historia y encontraremos bastantes ejemplos de mujeres ilustres que los refuten.

Antes de detenerme en las objeciones, plantearé lo que he intentado demostrar. Lo que yo quiero defender es que las mujeres de familias de alto linaje, indiferentes ante el aprendizaje, a las que Dios ha bendecido con patrimonios, que no son célebres en el mundo pero que tienen libertad y oportunidades desde la infancia, y que pueden ser instruidas en cosas útiles para las mujeres, deben mejorar su educación en religión, artes y lenguas, en vez de pasar la mayor parte de su juventud preocupándose por las galas, por vestirse y adornarse como los niños de Bartolomeo, por pintar y bailar, por hacer flores con paja de colores, por construir casas de papel pintado y por todo este tipo de trivialidades.

Objeción: Nadie quiere decir que las damas deban ser educadas banalmente sino que deben practicar con la aguja y hacer las cosas que incumben a las buenas amas de casa, que es para lo que las mujeres están particularmente cualificadas.

Respuesta: No sé lo que se quiere decir con esto, pero sé lo que en general se hace. En la mayoría de las escuelas que educan a este sexo, poco más proponen los educadores y poco más esperan los padres. Por lo que puedo observar, cuanto menos solidez tiene esta enseñanza, más se frecuenta. Admito que las mujeres deben llevar a cabo todas las cosas que les incumben como mujeres, pero lo que quiero decir es que deben de pasar la mayor parte del tiempo puliendo sus mentes, aprendiendo todas esas cosas que puedan hacerles a ellas, y después a sus familiares, honorables, agradables y fructíferas.

Antes de continuar respondiendo al resto de las objeciones, deseo que se preste atención a cualquier cosa que se diga en contra de esta forma de educarlas, ya que frecuentemente se las incita en contra de la educación de los hombres.

Objeción: Si educamos a nuestras hijas en sabiduría, nadie se aventurará a casarse con ellas.

Respuesta:

1. Existen muchos hombres ingenuos (Dios lo sabe) que se creen sabios, que no se atreverán a casarse con una erudita, a menos que quieran ser superados.

2. Como algunos maridos se pervierten, desean que sus esposas sean castas y sus hijos virtuosos. Así que algunos hombres, conscientes de su necesidad (causada por el abandono de sus padres), elegirán a una erudita de quien enorgullecerse y con la que puedan suplir sus defectos a través de su prudencia.

3. Con toda seguridad los eruditos elegirán lo mismo, porque ellas les convienen. Algunos hombres que se casan con mujeres de la nobleza han mejorado en artes y lenguas, adaptándose mejor a su conversación.

4. Por esta razón, en el pasado se preferían a estas mujeres. Atenaide, hija de Leoncio el filósofo, fue destituida por su padre. Su hermana Plácida la tenía en gran consideración por su sabiduría. Se casaría con el emperador Teodosio, que se quedó cautivado por su valía. Su educación la capacitó para su honorable puesto, pues se la recuerda por ser una excelente emperatriz. Después de su bautizo se llamó Eudocia.

Constantino se casó con Helena, la hija de Loide, más por su sabiduría que por otras destrezas. Es probable que Hortensia, Terencia y Tulia, entre otras, nunca se hubiesen casado con tan magníficos hombres si no hubiera sido por su educación. Si esta forma de educar a las damas se estableciese ahora, no habría tantas mujeres cultas preferidas por los eruditos, tan corruptos como los tiempos.

Objeción: Va en contra de la costumbre educar a las damas de esta manera.

Respuesta: Deben erradicarse las malas costumbres, de lo contrario nunca surgirán cosas buenas. He demostrado que ésta es una costumbre pagana, o aún peor, propagada por un mal terreno.

Objeción: La buena esposa de Salomón fue elogiada por su rápido progreso, por emplear a sus sirvientes y por hacer prendas por las que su marido era reconocido en la Asamblea. Parece ser que era una mujer ilustre, que tenía muchos sirvientes, y su marido era magistrado, y los tribunales de jurisdicción de ambos estaban en la Asamblea. No se hace mención de las artes ni de las lenguas.

Respuesta: Parece ser que los aristócratas eran más diligentes en aquella época que hoy día. No tengo intención de dificultar las labores de las

amas de casa, ni siquiera de mencionarlas. Mi objetivo son las personas cuyo ocio supone una carga.

Además, si la esposa de Salomón hubiera tenido más habilidad con las artes y las lenguas, sus siervos la hubieran venerado más, y con conocimientos económicos habría sabido cómo dirigir mejor una familia tan ilustre. Salomón describe a una mujer diligente. Lo que sugiero es que las personas deben hacer todo lo relacionado con estas cosas. Los que nieguen esto no merecen respuesta, sino que se les debe tratar con desdén, como a aquel duque que pensaba que las mujeres eran lo suficientemente sabias como para conocer las interioridades de sus maridos.

Existen personas infructuosas y, sin embargo, satisfechas con esta parodia de la buena educación, que desean que sus hijas se vestan como marionetas en vez de adornarse por dentro con sabiduría; dejémosles disfrutar de su comedia. No obstante, nunca se preguntan si dichos tíos se casarán con bufones, ni si tendrán y criarán a una generación de babuinos, que tienen un poco más de inteligencia que los monos y los caballitos de juguete. No puedo dejar de criticar esta torpeza bárbara, pues degenerará en brutalidad.

Objeción: Las mujeres son de naturaleza enfermiza y harán mal uso de su educación: serán orgullosas y no obedecerán a sus maridos; serán pragmáticas y alardearán de sus mejoras. La enfermiza naturaleza que hay dentro de ellas, cuanto más se eduque, más malvada se volverá.

Respuesta: Se trata de una objeción recurrente, y cada terco que patee sobre ello creerá que ninguna mujer podrá refutarla. Iré por partes:

1. Harán mal uso de su sabiduría. Al igual que los hombres. Esto es atrocemente simple y va en contra del uso de algo que es necesario y muy conveniente, alegando que se hará mal uso de ello. Conforme a este razonamiento, ningún hombre debería ser educado liberalmente, nunca más se deberían tomar bebidas alcohólicas en el mundo, ni miles de cosas así.

2. Son de naturaleza enfermiza. Esto es una insolencia. Como si todo el sexo femenino, o la mayoría, tuviera esa malicia infundida en su naturaleza y constitución, y como si por esa educación (que consigue, en general, que los hombres progresen) ellas fueran a empeorar.

*Ingenias didicisse sedititer artes
Enollit mores, nec sinit esse senos.*

3. Serán orgullosas y no obedecerán a sus maridos. A esto respondo que lo que se ha dicho de la Filosofía es la verdad de la sabiduría. Un poco de Filosofía aparta al hombre de Dios, pero mucha le volverá a acercar. Un poco de sabiduría, como el lastre en un barco, se asienta y hace que la persona se mueva mejor en su condición social; no es saber demasiado, sino demasiado poco lo que causa irregularidad. Este mismo argumento se debe aplicar a los hombres: cualquier cosa que responda a su favor, defenderá a las mujeres.

Permitámosles, a aquellos que deseen responder, que lean detenidamente el diálogo del abad ignorante y de la mujer erudita de Erasmo. Puede que un magistrado ignorante, o que un ministro, alegue algo contra cualquier progreso en el conocimiento de aquellos por debajo de ellos, por si acaso llegaran a ser más sabios, o que los ridiculicen. No nieguen a sus mujeres el derecho de instruirse tanto como les sea posible. Sin embargo, los hombres tienen esta obligación, para ser más sabios que ellas. Si esto no satisface, permitamos que los hombres ingenuos dejen a las mujeres sabias solas; el precepto es que todos sean unidos de la misma manera.

Objeción: El fin de la sabiduría es el de la vida pública, para lo que las mujeres no están capacitadas. No deben hablar en la iglesia, por lo que es más apropiado que los hombres representen a la comunidad en vez de ellas.

Respuesta: Puede que no hablen en la iglesia, pero ellas pueden preguntar a sus maridos en casa; yo abogo por la instrucción privada, no por el empleo público. Sin embargo, no hay tanta contradicción entre estos términos. Miriam y Débora fueron inspiradas por Dios de manera extraordinaria, al igual que Aarón y Barak. Puede que en algún momento las mujeres tengan la oportunidad de ocuparse de los asuntos públicos (como las viudas y las esposas) cuando sus maridos están ausentes, pero en especial aquellas personas nacidas para gobernar. La Ley Sálica no ha imperado en todo el mundo, y hay buenas razones para ello; las mujeres en el trono han sido tan gloriosas a la hora de gobernar como muchos hombres, tal y como antes he demostrado. Pero, dejando todo esto a un lado, en el aprendizaje hay otras finalidades, además de alegar ante la Asamblea y de aparecer en el púlpito. Las mujeres discretas, como he expuesto, se complacen de muchas maneras y benefician a otras. Esta objeción va en contra del razonamiento de que los hombres poseen una habilidad especial.

Objeción: Ellas no atenderán los asuntos domésticos.

Respuesta: Se considera que los hombres están más capacitados para los asuntos del país, dada su educación liberal. La mayoría de los artilugios ingeniosos, incluso en agricultura y comercio, han sido inventados por estudiosos. De igual modo, un caballero que tenga que dirigir los asuntos del país no debe ser estudioso, ya que dedicaría más tiempo a estudiar con detalle el libro que a atender a sus labradores.

Objeción: Ellas tienen otras cosas que hacer.

Respuesta: Puede que a aquellas que tienen otras cosas que hacer les interese todo lo que he mencionado. La cuestión está en las ociosas, ¿No hubiera sido mejor que se hubieran dedicado a la buena literatura en vez de a jugar con paja o a no hacer nada (el verdadero origen de este daño)?

Objeción: Las mujeres no desean aprender.

Respuesta: Ni tampoco algunos chicos. Supongo que, tal y como están estructuradas las escuelas hoy día, nadie dejará en barbecho a los niños que no dan fruto para instruir a aquellas que en la actualidad no lo agradecen.

Pero como ya he dicho, en las mujeres, al igual que en los hombres, hay un deseo innato de saber. Si los caminos hacia el templo de Pallas son tan aburridos y complicados que desconciertan y cansan a sus servidores, si se disfraza el aprendizaje de una forma tan grotesca y monstruosa que aterroriza a los niños, no tengo nada más que añadir a todo esto, tan sólo que deberían reformar sus escuelas, o de lo contrario pensemos que ellos (el varón y la hembra) no tienen ningún deseo de ser instruidos.

Objeción: Las mujeres son de origen humilde.

Respuesta: Como lo son también muchos hombres. Sólo abogamos a favor de las que tienen origen noble. Por cierto, algunas mujeres son tan capaces de aprender y han logrado tanta excelencia como la mayoría de los hombres, prueba de ello son los ejemplos que antes he presentado.

Si es verdad que pertenecen a estratos sociales más bajos que los hombres, es aún más necesario que ellas progresen por todos los medios. Las muletas son para las personas enfermas.

Objeción: Las mujeres son de naturaleza más débil, de complexión más delicada y tierna, no son tan rígidas y sólidas como los hombres.

Respuesta: Si su naturaleza es débil, serán más capaces de tener buenas ideas; si son débiles, nos debería resultar más vergonzoso desatenderlas y

usurparles el beneficio de la educación, mediante la que se pueden fortalecer.

Objeción: Va en contra de la tradición educar a las damas de esta manera; aquellas que lo intenten, se volverán grotescas.

Respuesta: Este argumento solía utilizarse con los irlandeses, no por usar huellas en el arado y en la carreta, sino por tirar de los caballos por las colas, pues era su tradición. Se deben erradicar las malas costumbres (cuando sea evidente que lo son) o, de lo contrario, las buenas costumbres nunca se empezarán a utilizar. Es evidente que se trata de una mala costumbre perpetuada sobre una base poco sólida. Dejad que las mujeres sean ingenuas para convertirlas fácilmente en esclavas.

[...]

Espero que a través de este discurso pueda persuadir a algunos padres para que tengan más cuidado con la educación de sus hijas. Puede que se preocupen o intenten un buen futuro para ellas, lo que a veces puede ocasionarles la ruina. Aquí encontrarán un sino seguro y un modo fácil de hacerlas excelentes. ¿Cuántos nacidos bajo grandes fortunas, cuando su riqueza se ha gastado, se han mantenido a sí mismos y a sus familias gracias a la sabiduría?

Espero que al menos alguna de estas consideraciones lleve a unas cuantas de este despreciado sexo a valorarse de verdad, de acuerdo con la dignidad de su creación, ya que pueden —con honesto orgullo y magnanimidad— desdeñar ser sometidas y rebajarse a insensateces, vanidades, nimiedades e insignificancias, pues no guardan relación ninguna con sus nobles almas, en absoluto inferiores a aquellas de los hombres e igualmente apreciadas por Dios en Cristo, quien no hace distinción entre varón y hembra.

Permítanos hacer un análisis generoso, comprobando cómo los hombres en esta era han invadido los vicios de las mujeres, en noble venganza; volved a asumir aquellas virtudes que los hombres, a veces injustamente, usurparon para sí, pero que deberían haber dejado que fueran para ambos sexos.

Epílogo

Si alguien se pregunta dónde se lleva a cabo esta educación, aquí están los datos. Hay una escuela para damas recientemente creada en Tottenham-High-Cross, a cuatro millas de Londres, en la carretera a Ware, en la que Mrs. Makin trabaja de institutriz, quien también fue tutora de la prin-

cesa Isabel, hija del rey Carlos I. Aquí las damas, por la gracia de Dios, son instruidas en los principios de la Religión y en todo tipo de educación virtuosa, en particular en todas aquellas cosas generalmente enseñadas en otras escuelas, en la mitad del tiempo. La otra mitad del tiempo se debe emplear en aprender las lenguas latina y francesa, junto con otras operativas como el griego, el hebreo, el italiano o el español, en las que estas damas adquieren un conocimiento bastante competente.

Las damas de ocho a nueve años, que saben leer bien, se pueden instruir en un año o dos —según su origen— en las lenguas francesa y latina a través de unas reglas sencillas y breves (adaptadas a la Gramática de la lengua inglesa) que permiten memorizar lo que se ha aprendido y recordar lo que se ha olvidado, al igual que aquellos que aprenden Música a través de las notas. Aquellas que dediquen más tiempo pueden elegir aprender las otras lenguas antes mencionadas.

Se deben preparar vitrinas para que a través de la contemplación de las cosas las damas puedan aprender nombres, características, valores y vida de las hierbas, arbustos, minerales, metales y piedras.

Las que quieran pueden aprender a moldear, confitar, amasar y cocinar. Aquellas que dispongan de más tiempo pueden adquirir conocimientos sobre Astronomía y Geografía, y en especial Aritmética e Historia.

Las que piensan que un idioma es suficiente para una mujer deben abstenerse de otros idiomas y sólo aprender Filosofía experimental, o sólo un poco de las otras cosas antes mencionadas. El ritmo será de veinte lecciones *per annum*, pero si se da un gran avance en Lenguas y en las otras materias antes indicadas, este plan puede aumentar. No obstante, los padres juzgarán lo que se espera de los educadores.

Aquellos que piensen que esto es improbable, o que no se puede llevar a la práctica, pueden acudir cada martes a la Cafetería de Mr. Mason en Cornhill, cerca del Royal Exchange, y cada jueves a Bolt-in-Tun en Fleetstreet, entre las tres y las seis de la tarde, donde alguien designado por Mrs. Makin explicará todo esto con más detalle.

7. Mary Astell

(1666-1731)

Mary Astell nació en una familia burguesa anglicana y conservadora de Newcastle upon Tyne. Pese a no contar con la formación de las aristócratas, llegó a ser filósofa gracias a sus lecturas sobre los neoplatónicos renacentistas de la Universidad de Cambridge, que hicieron de filtro entre la religión anglicana y la filosofía racionalista. Conservadora en política y ferviente anglicana, pero innovadora en lo moral y pedagógico, unificó sus convicciones filosóficas y religiosas en una visión «feminista», pues sostenía que el uso de las facultades intelectuales —tanto del hombre como de la mujer— era el mejor medio de servir a Dios. Fue la primera inglesa que se declaró y militó abiertamente como feminista, utilizando ese término. Aunque en su época ser mujer intelectual y soltera se consideraba una doble anomalía, no se achantó. Propuso la solidaridad femenina, que las mujeres se ayudaran entre sí, lejos de la competencia que caracteriza a los hombres.

En 1684 se trasladó a Londres, al barrio de Chelsea, donde había muchos colegios para señoritas. Las dificultades económicas la unieron a un Club de mujeres de la alta burguesía, la llamada «gentry», solteras o viudas progresistas que se reunían para estudiar y debatir. Entre sus amistades cabe destacar a Elizabeth Elstob y Lady Mary Wortley Montagu.

Aunque escribía de forma anónima, la autoría de Mary Astell era ampliamente conocida. En la primera parte de *A Serious Proposal to the Ladies for the Advancement of their True and Greatest Interest by a Lover of Her Sex* (1694), varias veces reeditada, intenta ampliar las opciones de las mujeres protestantes más allá de ser madre o monja. Propone una especie de institución o monasterio secular femenino de educación superior pues, en su opinión, la instrucción era sinónimo de libertad para las mujeres lejos de los lazos familiares y matrimoniales. Obviamente, se trataba de un «retiro» utópico, en el que se impartiría un programa religioso (anglicano) y otro secular. Evidentemente, la publicación de esta obra provocó reacciones ne-

gativas, pero también favorables. Daniel Defoe aprobó el programa presentado para la institución, aunque él daba primacía al temario secular sobre el religioso. Pero este proyecto recordaba mucho a los monasterios católicos, apostólicos y romanos, por lo que — pese a su necesidad— no contó con ningún respaldo.

Como ya hemos visto en Bathsua Reynolds Makin, la polémica sobre la educación de las mujeres no era algo nuevo. Su primera defensora había sido Anna Maria van Schurman, famosa profesora de la Universidad de Utrecht, cuya obra *De ingenii mulieris ad doctrinam et meliores litteras aptitudine* se tradujo al inglés como *The Learned Maid, or Whether a Maid May Be a Scholar* (1659). Pero fue Astell la única que propuso una institución de educación superior, ya que van Schurman hablaba de educación privada y Makin de internados para «damas» de ocho y nueve años de edad en los que aprender tareas domésticas. El hecho de que ella no mencionara a sus predecesoras pudo deberse, simplemente, a su puritanismo y preferencias parlamentarias. Mary tenía como modelo la Escuela de Port Royal, fundada por una mujer a principios del siglo XIII y reformada por otra a finales del XVI, especialmente diseñada como lugar de retiro para las mujeres que no quisieran convertirse en monjas; de hecho, de esta academia salieron los filósofos franceses más destacados de la época, René Descartes y Antoine Arnauld.

Astell, tras comprobar el rechazo a su proyecto, respondió con una extensa segunda parte titulada de *A Serious Proposal to the Ladies Wherein a Method is offer'd for the Improvement of their Minds* (1697), de estilo menos arcaico. No obstante, se trata de una publicación más controvertida desde el punto de vista filosófico, pues se dedica a dar instrucciones a las mujeres de cómo pensar de manera clara y lógica. Lo que empezó siendo una simple propuesta para crear una institución femenina, acabó como una gran defensa filosófica sobre la igualdad intelectual de las mujeres según la epistemología cartesiana; se basó en la razón para demostrar cómo la costumbre era el obstáculo que impedía a las mujeres desarrollar las capacidades racionales que Dios les había dado. Una de sus principales teorías fue que la naturaleza y el comportamiento del sexo femenino no son «naturales», sino producto del medio. Sin embargo, su aportación a la filosofía moderna pasa desapercibida a lo largo de la historia, ya que ésta se centra en el enfrentamiento entre los filósofos platónicos de Cambridge y los empíricos seguidores de Locke.

Más adelante, en *Some Reflections upon Marriage* (1700), Mary aborda el tema del matrimonio desde la perspectiva de una mujer, dada la dificultad

de encontrar una pareja adecuada (decente, responsable, amable, considerado y cariñoso). Tras condenar a los hombres que se casan por dinero o por la belleza, aconseja a las mujeres a que no lo hagan por obligación o necesidad, a que tomen sus decisiones basándose en la razón, algo que les resultaría más fácil si tuvieran estudios. No critica la institución del matrimonio, sino la moral que subyace bajo ésta. El apéndice, prefacio a su tercera edición de 1706, contribuye a la tradición de la polémica feminista.

En conclusión, Astell en sus libros, dirigidos expresamente a lectoras, lleva a cabo el primer análisis feminista de las cuestiones más importantes de la época: la educación femenina, la subordinación de las mujeres y el contrato matrimonial. Sentó así los cimientos de la lucha por la emancipación, exigiendo una mayor libertad, educación e igualdad para las mujeres. Aunque se consideraba metafísica más que activista, en los últimos años de su vida recondujo el proyecto de fundar una institución femenina, creando un colegio de caridad para niñas que perduró hasta finales del siglo XIX.

A continuación presentamos la traducción sobre el retiro religioso, que pertenece a la primera parte de *A Serious Proposal to the Ladies*. De nuevo, como la Duquesa de Newcastle, no se dirige a las mujeres en general sino a una clase determinada, a las «damas»; se le achaca que sólo defendiera la formación de las mujeres adineradas, pero este hecho guarda relación con el contexto social de la época.

Para ella la religión era vital, pero también consideraba que las mujeres sólo podrían servir verdaderamente a Dios si desarrollaban sus capacidades intelectuales, en contra de lo que opinaban sus contemporáneos, que creían que el deber religioso de las mujeres se reducía a obedecer a sus maridos.

Mary Astell presenta la tesis de que Dios ha dotado a todos los seres humanos de la misma capacidad intelectual, ya sean ricos o pobres, hombres o mujeres. Con un estilo arcaico e irónico aborda aspectos de todo tipo, políticos, económicos, religiosos, sociales, intelectuales, estéticos, nacionales y sexuales, con el único fin de defender los derechos de las mujeres.

*Una seria propuesta para las damas,
con el fin de progresar en su verdadero y gran interés (1694)*

(Traducción de Miriam López Rodríguez)

Damas:

[...] Espero que sean amables con la propuesta que aquí expongo, cuyo único fin es incrementar vuestro atractivo y aumentar vuestro valor para que no puedan volver a ser despreciadas. Su objetivo es convertir en duradera y permanente esa belleza que la naturaleza no puede asegurarles, dejándola fuera del alcance de la vejez y la enfermedad al transferirla de un cuerpo corrompible a un alma inmortal. [...] Recuerden a las famosas de antaño como Orinda, Dacier y demás¹; piensen en cómo se sigue hablando de ellas mientras que de ustedes, por muy conocidas que sean ahora, no se dirá nada una vez que estén enterradas y olvidadas. [...] ¿Cómo pueden contentarse con estar en el mundo como tulipanes en un jardín, para adornar y nada más?

[...]

Espero que me perdonen la aparente grosería de esta propuesta, que se basa en la suposición de que existe algún fallo en ustedes que necesitan corregir. Mi intención no es exponer sus fallos sino corregirlos. Estar exentas de cometer errores es un privilegio con el que muy pocas cuentan, lo realmente malo es creerse por encima de ellos y ser demasiado obstinada para cambiar. Incluso los hombres, con lo precisos que pueden parecer y con lo mucho que se divierten con nuestros fallos, a menudo son culpables de errores más graves, sobre todo teniendo en cuenta las ventajas de las que disfrutan, lo que les hace menos excusables. Pero no pretendo corregir sus errores, ya que ellos son —o al menos eso creen—

¹ Katherine Philips (1631-64) fue una dama inglesa que escribió con el pseudónimo de Orinda; sus primeras obras, publicadas en 1661, le dieron fama como poeta, pero murió de viruela en la cima de su carrera. Anne Lefèvre Dacier (1654-1720) fue una estudiosa francesa, traductora de los clásicos; hija de Tannequy Lefèvre, famoso erudito, se casó con el alumno más destacado de su padre, André Dacier en 1683. Tras la muerte de su padre, se trasladó a París en 1672 donde, junto con su futuro esposo, editó una serie sobre autores clásicos. En 1684 la pareja se retiró para dedicarse al estudio de la Teología, anunciando en 1685 su conversión al catolicismo, por lo que el rey les concedió una pensión. En 1699 Anne Dacier publicó su traducción de *La Ilíada* y en 1708 la de *La Odisea*, que suscitó cierta polémica.

demasiado sabios para recibir consejos de una mujer. Mi deseo más ferviente es que ustedes, damas, sean tan perfectas y felices como sea posible en este mundo imperfecto. [...] Quizás los hombres se quejen de que les enseñen a ustedes doctrinas falsas; mediante seducciones han conseguido convertir en deleznable a algunas de nosotras, y pretenden hacer lo mismo con todas. Así, pues, debemos agradecerles que intenten convertirnos en seres despreciables y que nos hayan negado los medios para mejorar. Por tanto, en lugar de cuestionarnos por qué no todas las mujeres son buenas y sabias, tenemos razones para preguntar cómo es que algunas lo son. Si a los hombres se les hubiese prestado tan poca atención y se hubiese dejado de lado su formación, quizás no serían tan superiores a aquellas a las que menosprecian y estarían sumidos tanto en la estupidez como en la brutalidad.

[...]

Aunque hombres con más ingenio que sabiduría, y quizás con más malicia que otra cosa, han dicho que las mujeres son por naturaleza incapaces de actuar con prudencia, o que están destinadas a actuar tontamente, no puedo sino disentir. [...] Hay ejemplos en todas las épocas que rebaten la malicia de dicha afirmación.

La incapacidad, si es que existe, no es natural sino adquirida; [...] no hay razón alguna por la que las mujeres deban contentarse con ser un cero en el mundo, sin ningún valor a menos que acompañen a otro.

[...]

Una podría pensar que los padres harían todo lo posible por educar a todos sus hijos, no sólo por el bien de las criaturas sino también por el de ellos, ya que, del mismo modo que el hijo varón asegura la continuidad del apellido familiar, gran parte del honor de la familia depende de las hijas.

[...]

La ignorancia es la causa de la mayoría de los vicios femeninos, el orgullo y la vanidad lo son de los demás. Los tres son el resultado de degenerar y corromper la generosidad. Dios ha concedido a todas las criaturas racionales el deseo de mejorar y perfeccionarse². [...] Aquella que comprenda dónde reside la perfección de su naturaleza, centrará sus pensamientos y esfuerzos en adquirir tal perfección. Sin embargo, la que haya

² Este mismo argumento de que la sociedad ha dedicado todos sus esfuerzos en formar a la mitad del género humano, olvidándose de la otra mitad, fue presentado también por Judith Drake en su *Ensayo en defensa del sexo femenino* (1696), que algunos —entre ellos Locke— consideran obra de Astell.

sido mantenida en la ignorancia, aceptará lo primero que se le dé en cuanto parezca mínimamente que es lo que desea; su falta de buen juicio y preparación no le permitirá distinguir entre verdad y apariencia. Como consecuencia lógica, la que no tiene dentro de sí nada de lo que estar orgullosa valorará la belleza, el dinero y lo que con ellos se pueda conseguir; asimismo, se sentirá en deuda con aquél que le diga que ya posee las perfecciones a las que aspira.

[...]

Cuando a una pobre jovencita se le enseña a valorarse sólo por sus ropajes y a pensar que está bien cuando tiene suficiente vestuario, cuando oye decir que lo único que necesita saber es cómo vestirse para conseguir gustarle a él, que es él el que debe ocuparse de aprender, que él la puede acotar de malgastar su dinero y esfuerzo en dichas cosas cuando se sobrepase, cuando ve que los vanidosos y despreocupados son el centro de atención y reciben la admiración de todos, no es de extrañar que sus inocentes ojos queden deslumbrados por la pompa y el boato y que, careciendo de formación que le permita juzgar todo eso debidamente, aspire a convertirse en eso mismo.

[...]

Y ahora que hemos descubierto la enfermedad y su origen, debemos aplicar algún remedio; una sola medicina no es lo suficiente fuerte como para curar una enfermedad tan complicada, requiere un tratamiento completo. ¿Y qué no haría toda buena mujer con la esperanza de ayudar a la mayor parte del mundo y de mejorar a las de su sexo con más conocimientos y con la verdadera religión?

[...]

La propuesta es erigir un monasterio, o si lo prefieren (para evitar ofender a los escrupulosos e imprudentes con términos que, aunque inocentes en sí, han sido mal utilizados por los supersticiosos) lo llamaremos un lugar de retiro religioso, el cual tendrá dos funciones: la de refugio lejos del mundo para las que lo deseen y la de institución en la que se nos enseñará a hacer el mayor bien posible. Una institución de este tipo sería, si no me equivoco, el mejor método para enmendar el presente y mejorar el futuro.

[...]

Por tanto, damas, se las invita a un lugar que tan sólo las mantendrá apartadas del camino del pecado; no se les negará su grandiosidad, sino que cambiarán la pompa y el boato del mundo, los títulos vacíos y las propiedades por la verdadera grandeza de ser capaz de menospreciar todo eso.

Sólo renunciarán a la cháchara de gente insignificante por una conversación ingeniosa, al ingenio por la verdadera sabiduría, a los chismes por los discursos educativos, a los falsos pitopos de aquellos que simulando amarlas y admirarlas sólo buscan satisfacer sus fines innobles. [...] Feliz retiro que las llevará a un paraíso como el que Eva perdió, en el que disfrutarán de placeres que —a diferencia de los mundanos— no les defraudarán, que no empañarán sus apetitos a causa del desagrado que producen, ni las llevarán en busca de nuevas delicias que una vez obtenidas son tan vacías como las anteriores; muy al contrario, estos placeres las harán realmente felices y las prepararán para seguir siéndolo. Aquí no hay serpientes que las engañen mientras disfrutan de los deliciosos jardines. En esta amigable sociedad no habrá tentaciones sino amor y buenas obras que las mantendrán tan entretenidas que no sentirán la más mínima inclinación por esas locuras que, en su ignorancia, llamaron amor, aunque no hay dos cosas más distintas que el amor verdadero y esa pasión animal que pretende emularlo. La única rivalidad que habrá aquí será por el amor de Dios, la única ambición conseguir su favor, para lo cual no hay mejor recomendación que amarse las unas a las otras. [...] No estarán pendientes de incrementar sus fortunas sino de desarrollar sus mentes, considerarán que no hay mayor grandeza que comportarse como el dócil y humilde Jesús, por lo que sólo se retiran del ruido y de los problemas, de los caprichos y de la tentación, para disfrutar en paz de sí mismas y de los placeres sencillos que proporciona la amistad sincera y desinteresada. [...] En otras palabras, el lugar al que se las invita es una antesala del cielo, cuyo ocupación será también glorificar a Dios, amarse las unas a las otras y comunicar a otras esos conocimientos útiles que se vayan adquiriendo con el estudio y la contemplación.

[...]

Pero como no fuimos creadas para nosotras mismas, ni realmente podemos glorificar a Dios y aliviar nuestras almas si no damos muestras de caridad y beneficencia a otros [...], su retiro no significa tener que elegir entre las buenas obras de una vida activa o el placer y la serenidad de una vida pasiva sino que será una mezcla de ambas, conservando todas las ventajas y evitando los inconvenientes de cada una. [...] Será un Seminario con el que poblar el reino de damas pías y prudentes, cuyo buen ejemplo influirá en el resto de las de su sexo de tal modo que las mujeres no serán consideradas nunca más animalitos inútiles e impertinentes, como lo han sido hasta ahora por culpa del comportamiento inadecuado de muchas.

[...]

Un gran fin de esta institución será alejar esa nube de ignorancia en la que nos ha envuelto la tradición y decorar nuestras mentes con conocimientos útiles, para que las almas de las mujeres no sean lo único en ellas que queda sin adornos y descuido. No pretendemos que nuestros religiosos pierdan su tiempo y se preocupen por estas cosas sin importancia, ya que se ha puesto de moda aprender, la pertinencia de lo cual ya ha sido excelentemente expuesta por una ingeniosa pluma³; por el contrario, las mujeres que acudan a este retiro procurarán averiguar verdades necesarias, algo sobre lo que puede informarles el autor anteriormente aludido. Dicho tipo de estudio no será demasiado complicado para la «virtuosa», ya que no se pretende que pase las horas aprendiendo palabras sino cosas y, por tanto, no necesitará saber más idiomas de los necesarios para conocer a los autores útiles. Tampoco tendrá que dedicarse a un gran número de libros, sino a comprender y digerir unos pocos elegidos. Permitámonos obtener ideas correctas y familiarizarse realmente con la naturaleza de aquellos objetos que se le presenten, ya que después no importará si es capaz de decir lo que la gente de moda ha comentado sobre ellos. Para comprender perfectamente el cristianismo, tal y como lo define la Iglesia Anglicana, será suficiente con confirmarle la verdad, aunque no tenga una lista de los errores a los que se opondrá. En efecto, el hecho de que estuviese tan fuera de moda que las mujeres recibieran una buena formación amedrentó mi propuesta, por lo que me gustó muchísimo encontrar más tarde a un ingenioso autor (cuyo libro he conocido después de escribir esto) que comparte mi opinión⁴. Este autor cuenta la reputación que tenía la educación hace unos ciento cincuenta años: «Estaba tan de moda, que el bello sexo parecía creer que el griego y el latín la hacía más atractiva; Platón y Aristóteles, sin traducir, eran adornos frecuentes en sus tocadores. Uno puede pensar, por los efectos que eso tuvo, que era el modo correcto de educarlas, ya que no hay evidencias históricas de tantas grandes mujeres en ninguna otra época como las que existieron entre los años 1500 y 1600».

Dado que Dios ha concedido a las mujeres, al igual que a los hombres, almas inteligentes, ¿por qué no se les debería permitir que las desarrollaran? Dado que no nos ha negado la facultad de pensar, ¿por qué no centrar nuestros pensamientos en Él (al menos como gesto de gratitud) en vez de en tonterías, diversiones y asuntos seculares? Habiendo sido el alma creada para la contemplación de la verdad, así como para la realización del

³ La de John Norris en *Reflections upon the Conduct of Human Life*.

⁴ *Reflections upon Ancient and Modern Learning*, de William Wotton, pp. 349-350.

bien, ¿no es cruel e injusto excluir a las mujeres de que conozcan la primera y disfruten de lo segundo? Especialmente porque la voluntad es ciega y no puede elegir sino la dirección del entendimiento o, para hablar con más propiedad, dado que el alma siempre decide de acuerdo con lo que entiende, si entiende algo mal actuará mal. Al igual que la práctica incrementa y exalta cualquier facultad, la falta de uso la disminuye y anquilosa. Por tanto, si utilizamos nuestro entendimiento poco o nada, pronto no nos quedará ninguno. Cuanto menos se use el poder deliberador, más posibilidades hay de que se tomen decisiones erróneas. ¿Qué es sino la falta de una buena formación la que hace que la mayoría de las conversaciones femeninas sean tan insípidas y tontas, y su soledad sea tan insoportable? Es necesario que aprendan para hacerlas más agradables y útiles para los demás, para darles cosas con las que entretenerse cuando estén solas y para que eviten aquellas tonterías que hacen para pasar el tiempo. Puesto que nuestra felicidad en la siguiente vida depende de cómo seamos en ésta, no podremos obtener la felicidad sin buenas costumbres y templanza. Nuestra beatitud consiste en contemplar la verdad y belleza divinas, y realizar el bien. ¿Puede la ignorancia ser la preparación correcta para ir al cielo? ¿Es posible que aquella, cuya mente ha estado ocupada sólo con tonterías, pueda deleitarse con verdades nobles y sublimes? Seguir así nos impide mejorar nuestros intelectos, a menos que aceptemos la paradoja de Mahoma de que las mujeres no tienen alma. En un momento en el que la mayoría acepta que hasta las bestias la tienen, decir esto sería anti-filosófico y descortés. Hay un tipo de aprendizaje que es peor que la mayor de las ignorancias: una mujer puede estudiar obras de teatro y romances durante toda su vida, llegando a saber mucho sin ser por ello más sabia. Ese tipo de conocimiento sólo sirve para ponerla en el camino de las tonterías, pero ¿cómo culpar a quien no se le ha dado otra oportunidad? Una mente racional se mantendrá ocupada, nunca se sentirá satisfecha sin hacer nada. Si no se consigue darle una buena formación, es como decorar una habitación con lo que vas encontrando.

No pretendemos que las mujeres enseñen en la iglesia ni que usurpen el poder allí donde no les está autorizado; permitánnos sólo comprender cuáles son nuestras obligaciones para no tener que confiar en lo que otros nos dicen que son, que sepamos lo suficiente como para poder formarnos una idea cierta de lo que es el cristianismo, algo tan necesario como protegernos de los peligros de estos días en los que los embaucadores engañan a las mujeres tontas metiéndose en sus casas; y déjennos adquirir, también, conocimientos prácticos que nos convenzan de la necesidad de vivir en

santidad y de que no hay peor herejía que una vida malvada y alejada de Dios. Dado que la mayoría de las damas entienden francés, creo que mejorarían su nivel si estudiaran Filosofía (tal como he oído que hacen las francesas) en lugar de leer novelas y romances. Es extraño que estemos tan dispuestos a imitar las modas y sus esnobismos, rechazando aquello que sí merece ser imitado. ¿Por qué no puede ser tan elegante entender de Filosofía francesa como estar al día en su moda? Dejemos que las famosas Madame Dacier, Scudery y nuestra propia Orinda se conviertan en ejemplo a seguir por las damas inglesas⁵.

Las damas —de eso estoy segura— no tienen por qué rechazar esta propuesta, pero no sé cómo se tomarán los hombres que se invada su coto privado y que las mujeres prueben de ese árbol del saber que han monopolizado tan injustamente. No obstante, deben perdonarme si muestro por mi sexo la misma preferencia que ellos muestran por el tuyo, ya que creo que las mujeres son capaces de aprender igual que los hombres. No puedo ver ningún mal en ello puesto que, en lugar de hacerse daño las unas a las otras con conversaciones vanas y poco caritativas, podrían informarse e instruirse entre sí. El propio Espíritu Santo dejó escrito que Priscila, junto con su marido, catequizó al elocuente Apolo, y el gran Apóstol no vio mal ninguno en ello⁶. Por tanto, sería muy conveniente que nuestras damas pasasen parte de su tiempo en este retiro, adornando sus mentes con conocimientos útiles.

[...]

El hecho de que esta institución se dedique a actividades útiles y piadosas no implica que no pueda haber también formas de entretenimiento inofensivas e ingenuas que animen al cuerpo sin enervar la mente, como por ejemplo la música. [...] Ni Dios ni los hombres sabios nos van a tener en mayor estima por mostrar una severidad afectada o un resentimiento cínico.

[...]

En cuanto al alojamiento, la ropa y la dieta serán elegidos por las damas que se unan al proyecto. No tengo ninguna duda de que decidirán lo que sea más sencillo y decente, lo que demande la naturaleza y no el lujo.

[...]

⁵ Madeleine de Scudery (1607-1701) fue una poeta y novelista francesa que estableció su propio salón literario bajo el pseudónimo de Sapo; sus larguísima novela fueron muy populares, siendo todas ellas traducidas al inglés.

⁶ En Act 18, 2 un elocuente orador llamado Apolo, que sólo había recibido cierta formación de Juan Bautista, fue educado en el cristianismo por Priscila y su marido Aquila, ambos seguidores de San Pablo.

Y para terminar, con vistas a que todos estos objetivos se puedan cumplir de manera efectiva, se cuidará que nuestras religiosas estén bajo la tutela de personas con vidas irreprochables, de prudencia consumada, piedad sincera y seriedad natural; que no sean novicias de una orden religiosa, sino que hayan pasado la mayor parte de sus vidas en el estudio y la práctica del cristianismo; que hayan vivido mucho, cualquiera que sea su edad.

[...] Que toda aquella que resida bajo este sagrado techo sea una criatura encantadora y afable, que las posibles faltas que traiga sean corregidas con dulzura y no con severidad, mediante amonestaciones amistosas y no reprobaciones autoritarias. La piedad no será impuesta sino insinuada con la muestra continua de la belleza de la religión, mediante la conversación ejemplar y el sermón más poderoso de todos: una vida ejemplar.

[...]

Además de esos deseos de emular a las que llevan una vida ejemplar, también tendremos la oportunidad de establecer la más pura y noble de las amistades, una bendición que no se puede pagar con todas las riquezas del mundo.

[...]

Y si, tras mencionar tantas ventajas espirituales, fuera necesario indicar también algunas terrenales, he de decir que aquí las herederas estarán a salvo de las intrigas de los hombres. [...] La que venga aquí no será inducida ni obligada a casarse, no será vendida ni comprada, no se la obligará a casarse por su propio bien cuando no lo desee.

[...]

Si alguien tiene objeciones de que una mejor formación convertirá a las mujeres en vanidosas y arrogantes, y que en lugar de corregir su orgullo lo incrementará, debo admitir que unas nociones rudimentarias pueden tener ese efecto, ya lo hemos visto en los hombres en cuanto aprenden algo de Ciencias. Pero yo no haré que las damas se contenten con aprender lo justo para presumir, sino que no descansen hasta que alcancen un buen nivel⁷. Y entonces, cuando más sepan, podrán decir como Sócrates que no saben nada, nada que ver con el orgullo y la ostentación. [...] Cuzito más sepan menos tenderán a la charlatanería y sus vicios hermanos, porque sabrán discernir que la parte más difícil de una buena formación es saber cuándo abrir la boca y cuándo mantenerla cerrada, no hablar por hablar.

⁷ De hecho en la página 296 de *The Christian Religion* (1705), Auld asegura que la Ciencia era una disciplina especialmente apta para las mujeres en retiro, debido a la disposición reflexiva de la que disfrutaban.

Los hombres, si saben lo que les conviene, no tienen ninguna razón para oponerse a que las mujeres reciban mejor formación, ya que esto los rescatará a ellos de su actual situación. Las mujeres ejercemos una gran influencia sobre los hombres desde la infancia, época en la que la madre tiene muchas oportunidades de formar la mente del hijo, quien mostrará tales efectos el resto de su vida. [...] Y si no forma a un niño, se casará con él [...], y una buena esposa puede hacer maravillas con un mal hombre: éste tiene que ser realmente bruto para no sentir el efecto de sus inocentes artes, de esa suave persuasión que usará ella para convencerlo. [...] La conversación ingeniosa hará la vida del hombre más cómoda y entretenida en casa, evitando que se vea tentado a buscar la diversión fuera. El único peligro es que la esposa sea más erudita que el marido, pero de eso sólo se le puede culpar a él, ya que al ser hombre no carece de oportunidades de mejorar, a menos que sea un auténtico burro, en cuyo caso si que necesita a una mujer sabia que lo gobierne y que mediante la prudencia evite que se conozcan sus defectos, supliéndolos.

[...]

Para terminar, si esta propuesta, que no es más que el simple borrador de un ensayo y que podría ser mucho más bella de haberla escrito una pluma mejor, induce a otros a querer mejorarla, habré logrado mi fin. Ya que imperfecta como es, la que la escribió espera que unas manos amables la completen y terminen. Si no se logra tal cosa sólo se habrán desperdiciado unas cuantas horas, el trabajo no será totalmente en vano, ya que ha permitido a su autora expresar una serie de buenas intenciones y lo mucho que desea ayudar a mejorar la situación de las damas.

Su humilde servidora.

8. Elizabeth Carter

(1717-1806)

Elizabeth Carter, hija de un predicador protestante junto al que vivió toda su vida, fue educada sin distinción de sexo. Su padre le enseñó latín, griego y hebreo, y ella a su vez aprendió francés, italiano, español, portugués, alemán y algo de árabe. Elizabeth Carter destacaría no sólo por sus conocimientos lingüísticos, sino también por pertenecer al famoso grupo de feministas intelectuales denominado «Bluestocking». Llegó a ser económicamente independiente. Íntima amiga de Elizabeth Robinson Montagu, apoyaba cambios sociales, pero con reservas.

Tradujo del francés, y también del italiano *Sir Isaac Newton's Philosophy Explained for the Use of the Ladies, in six Dialogues on Light and Colour* (1739) de Francesco Algarotti. Sin embargo, Elizabeth destaca por su ya clásica traducción de la obra completa de Epicteto, *Works of Epictetus* (1757-58). También contribuyó a la *Gentleman's Magazine* y en *The Rambler*, a petición de Samuel Johnson, que la consideraba una de las mejores eruditas de griego. Su prolífica e intelectual correspondencia, recogida en *Translating Epictetus, From Elizabeth Carter's correspondence with Catherine Talbot and Thomas Secker* (1749-1757), incluye tanto su teoría como su práctica de la traducción. Aunque por regla general los traductores del siglo XVIII no estaban muy preocupados por la exactitud y adaptaban los textos al gusto de la época, ella intentó ser precisa, a la par que presentar una versión inglesa legible para sus contemporáneos de uno de los autores más complejos de la Antigüedad.

Detrás de muchas de las traductoras inglesas se escondían verdaderas escritoras, siendo la poesía de algunas de ellas muy apreciada. Richard Samuel incluyó en 1779 entre sus Nueve Musas vivas de Inglaterra a Carter. A continuación presentamos varias cartas de *A Series of Letters between Mrs. Elizabeth Carter and Miss Catherine Talbot* (1741-1770), y, también para ilustrar su especial relación con la señorita Catherine Talbot (1721-1770) una contestación de esta última a Carter, y en primer lugar una carta de la seño-

ra Carter al señor Wright. Otros amigos con los que mantuvo correspondencia fueron Horace Walpole, Samuel Richardson, Edmund Burke y Hannah More.

*Colección de cartas entre la señora Elizabeth Carter
y la señorita Catherine Talbot (1741-1770)*

(Traducción de Rosa M.^a Muñoz Luna)

De la señora Carter al señor Wright

28 de enero de 1741

Estimado señor:

No sé si debe Vd. felicitarne por mi gran éxito del pasado domingo, porque ¿qué es lo que he ganado? Sólo un poco más de impaciencia, que ya era enorme, por lo que ahora está fuera de control. La señorita Talbot es mi mayor pasión; pienso en ella todo el día, sueño con ella todas las noches y, de una manera u otra, siempre termino hablando de ella en todas las conversaciones. Si dice que ella sostiene una lucha en contra de mis más fervientes admiradores, ha de saber que no puso objeción alguna al artículo. Vd. la verá mañana (una suerte que envidia más que todo el oro del mundo); haga el favor de comunicarle mil alabanzas y disculpas de mi parte por perseguirla de la manera en la que lo he hecho (y que pretendo seguir haciendo, aunque temo que me considere una influencia maligna y problemática, algo con lo que jamás se habrá topado).

¿No tengo otra posibilidad de hablar con ella más que a través de estúpidas charlas con mis admiradores? ¿Acaso es tan inaccesible? Ya no puedo aguantar más este jugar a Piramo y Trife. ¿Es que ya no debo ni soñar con un acercamiento a ella antes de unirnos como dos estrellas que brillan en el cielo, una vez que pasemos a mejor vida?

Podría continuar dándole vueltas al tema, pero debo bajar de las nubes y de la señorita Talbot, para volver de nuevo a Vd. e informarle en el lenguaje de los simples mortales que dejé mi tarjeta en su puerta esta tarde. Si no tiene comprometidas sus artes de adivinador mañana a mediodía, la señora Rooke me ruega que le diga que desca verfe.

[...]

De la señora Carter a la señorita Talbot

Deal, 5 de noviembre de 1741

Señora, en lugar de disculparme por no haber contestado antes a su carta, quizás alardee —y con razón— de esta falta al ser una auténtica mortificación y abnegación por mi parte. Pero no tengo intención de hacer un panegírico de mi fortaleza, aunque pienso que lejos de molestarle, esto le ha evitado —hasta ahora— el tener que leer una carta bastante insignificante.

Sus deseos no han sido más que un gran triunfo, puesto que una serie interminable de éxitos me ha producido una total aversión al juego de alfileret. Después de esto, no necesito decirle que tengo una pelea tras otra con todos mis juguetes. Mi pelota y mi raqueta están olvidadas, e incluso mi juguete favorito, una pluma, yace tranquila desde hace tanto tiempo que ahora me resulta una novedad; quizás me distraiga durante una semana, cosa que creo que Vd. lamenta saber, por lo que pedirá a las estrellas de corazón que yo no emplee todo ese tiempo en atormentarla. Pero sinceramente querida, aunque esto sea propio de mis inhumanas inclinaciones, Vd. no temería nada si supiera cuán extremadamente preocupada estoy en estas regiones de oscuridad y aburrimiento ininterrumpido, un lugar en el que no ha ocurrido nada importante desde la llegada de Julio César y donde todo lo que sucede a diez millas de distancia es tan ajeno como si pasara en la Conchinchina; resumiendo, un lugar donde el nombre de la señorita Talbot es el de una extraña, y su personalidad se considera ficción. *On voit par là, Mademoiselle que la Renommée (même la vostre) a ses bornes, et qu'il y a au monde des coeurs et des esprits qui ne reconnoissent pas votre pouvoir*¹. La gente de aquí no corre el más mínimo riesgo de perder la cabeza por nadie, sino que continúa tan silenciosa en sus asuntos como si nada. Nadie parece perder el rumbo, correr hacia la puerta o quedarse sentado en silencio en una habitación llena de gente pensando absorta en Vd., excepto mi solitaria existencia que (como se puede comprobar en la descripción) tiene la cualidad de parecer medio loca cuando no la veo y —como sabe por experiencia propia— extremadamente tonta cuando lo hago.

No hacía falta que pidiera disculpas por sus acciones a una persona que no puede alardear de haber hecho cosas ni la mitad de importantes; sin

¹ Se ve por allí a la señorita cuya fama (al igual que la vuestra) tiene sus límites, y hay un mundo de corazones y espíritus que no reconocen vuestro poder.

embargo, no puedo menos que pensar que soy dueña de alguna decisión al seguir el consejo de mi médico, saliendo a montar a caballo de cuatro a cinco cada mañana, y así he pasado ociosamente todo el verano cuidando de mi salud e ignorando por completo mis capacidades intelectuales. El tiempo ahora reduce mi ejercicio a un solitario paseo a la luz de la luna por la orilla del mar, por el momento mi entretenimiento favorito, ya que me alivia la melancolía el ver ese elemento que me ha separado para siempre de mi amado hermano.

Creo que no le importará que vuelva a estas silenciosas actividades lo antes posible, es más, le alegrará saber que ya voy a entregarme a ellas, querida señorita Talbot y compañía.

De la señora Carter a la señorita Talbot

Deal, 24 de mayo de 1744 (cuatro de la madrugada)

Querida señorita Talbot:

Tengo una gran necesidad de visitarla (cual aparición a esta hora inoportuna), algo que me puedo permitir, pues no le hará daño, ya que puedo hablarle tanto como desee sin riesgo de perturbar sus sueños o privarle de un agradable descanso.

Le estoy infinitamente agradecida por su carta, aunque tengo ciertos reparos en responder a parte de ella, puesto que hay muy pocas personas en el mundo ante las que soy capaz de quedar en ridículo. Se me hace muy raro que deba contarle una locura que he tenido la suficiente prudencia de ocultar al resto del mundo. Sin embargo, si Vd. tiene curiosidad sobre una persona tan insignificante como yo, será un placer para mí satisfacerla, por lo que riase de mí tanto como estime oportuno si es que lo va a hacer a solas.

La causa del ataque de cólera que Vd. me preguntaba residía en ciertos temores, ya que una persona a la que aprecio mucho se iba a casar y —según he leído en un libro— aquellos que se casan están muertos y enterrados para todas sus relaciones anteriores. No podía imaginar en renunciar a una amistad que ha supuesto una de las épocas más brillantes de mi vida sin sentir una profunda inquietud; hablar con ella de forma aburrida, formal e indiferente, como si fuera cualquier conocida, sería un cambio que no podría soportar bajo ninguna circunstancia. Y ahora que Vd. me ha incitado a contar ese sinsentido, ármese de paciencia puesto que deberá escuchar la historia hasta el final y con todo lujo de detalles; uno de ellos es que me

habría librado inmediatamente del dolor que me producía esta infundada sospecha si lo hubiera hablado antes con mi amiga. Sin embargo, una horrible terquedad (que me empujó en calificar de orgullo loable) me impidió hacerle ninguna pregunta y también obtener información por cualquier método indirecto. Por tanto, a no ser que ella tuviera la suficiente perspicacia como para descubrir mi malestar, y el buen carácter como para liberarme de él, debería habérmelas ingeniado para convencerme de que el romance era verdadero; pero ya habrá oído Vd. que me volví salvaje por el bosque, saltando de árbol en árbol cual ardilla, y alimentándome de nueces y bellotas. No sé si Vd. se reirá de mí o me tenderá lástima por la extraña naturaleza

de esta amistad pero, ya que le he confesado abiertamente mi debilidad, espero que sea caritativa y me aconseje cómo vencerla. De lo contrario, alguna desgracia se cernirá sobre mí —a buen seguro— tarde o temprano.

[...]

Mi hermana ha pedido excusas por no acompañarme en mis paseos hasta que aprenda a volar, pero alguien de nuestro grupo me dijo anoche que ella ya no se atrevía a venir porque nuestro último paseo le dejó los huesos completamente dislocados. Así, pues, ahora no dependo de nadie excepto de mi hermana más pequeña, que tiene la fortaleza de un pequeño caballo galés; ella va andando detrás de mí con gran presteza, y me ha prometido que nunca me abandonará, aunque tenga que ir hasta el Polo Norte. Como cada día vamos mejorando nuestra itinerante vida, propongo tener el placer de desayunar con Vd. alguna mañana en el condado de Oxford, tras lo cual iría a cenar con la señorita Ward en Londres, tomaría el té con la señorita Lynch en Canterbury y soñaría con Vd. durante toda esa noche en Deal.

No sé qué contarle ahora, pues ya estoy cansada de hablar de mí. Puedo entretenerla hablándole del dulce acento de Kietlenski, Wilkousi, Lawoyksi y compañía, un grupo de oficiales polacos que fueron capturados por un inglés y traídos aquí como prisioneros. Los veo a menudo; como no entienden a nadie, no encuentran aquí a nadie con quien hablar excepto a mi padre. Es bastante entretenido escuchar la confusión de idiomas entre ellos: uno habla latín, otro francés, un tercero habla polaco, el cuarto danés y el último algo que no suena a ninguna lengua en particular. Pero lo que más me divertió fue escuchar a uno de ellos (que es gran amigo de polémicas) hablar durante un tiempo considerable sobre religión en francés con una persona que no sabía ni una palabra en ese idioma; ésta, a su vez, respondía y citaba en inglés, lengua que él no entendía, por lo que no hay duda de que la conversación fue muy constructiva para ambos.

lha a contarle muchas cosas más, pero afortunadamente mi hermana ha venido y me ha dicho que, quienquiera que sea la persona a la que le estoy escribiendo esta despiadada carta, nadie podría tener la paciencia suficiente como para leerla. Por eso sigo su consejo y con esto termino.

De la señorita Talbot a la señora Carter

Cuddesden, 27 de junio de 1744

Espero que Vd. sea consciente, mi querida señorita Carter, de que me he tomado el tiempo suficiente como para pensar qué consuelo puedo ofrecerle en caso de que el desastre que Vd. teme ocurra, que su desgraciada amiga abandone nuestra sociedad de solteras. Realmente no pudo ser más oportuna al estar con ella de antemano, aunque siempre he observado que los que van a iniciar un viaje están menos afectados a la hora de partir que aquellos que se quedan en la misma situación y sin una variedad de objetos nuevos con los que disipar su tristeza. De esta manera podrá Vd. estar segura de contar con una amiga inseparable, ya que he leído en un libro titulado *David Simple* que los amigos verdaderos sólo se encuentran en esas circunstancias. Si este plan no le gusta, hágase católica romana y métese en un convento, donde encontrará una hermandad de amigas recluidas del resto del mundo.

Si esta idea no le va, ¿por qué entonces, querida señorita Carter, debemos rebajar nuestro concepto de amistad a la vida cotidiana y contentarnos con amar a las personas bajo circunstancias frustrantes y extrañas que prohíben toda posibilidad de pasar juntas nuestras vidas? Dejemos que la gente que se encuentre en esa situación se alegre de haberse conocido lo suficiente como para prodigarse afecto mutuo, y a continuación renuncien al disfrute pleno de esa amistad por ser contradictoria con un mundo como éste, acomodándose a las retorcidas vueltas de esta vida con la misma calma y filosofía con la que esos cambios supuestamente nos van perfeccionando.

Todavía no he agotado más treinta minutos, ¿verdad? ¡Ay! ¡No es verdad que mi seria y profunda intromisión en el tema hace que parezca que me ha afectado mucho? Una de mis amigas preferidas y más queridas lleva varios años casada, y me he dado cuenta de que este cambio ha alterado la frecuencia y facilidad con la que nos veíamos, algo que me priva de los mejores y más felices momentos de los que siempre he disfrutado. Sin embargo, nuestro mutuo cariño permanece como antes; y, de hecho, si este

amor ella lo compartiera con muchas personas en vez de con una sola, no sentiría celos en lo más mínimo, puesto que —a mi juicio— no caben monopolios en una amistad. Además, la gente que me quiere de verdad, en el grado moderado que me merezco, son libres de amar a tantos otros como deseen, y eso sólo me proporciona muchas más personas a las que querer. A ella la veo feliz comportándose de manera apropiada a su situación. A veces nos quejamos de la distancia que hay entre nosotras, pero ante todo somos personas razonables y satisfechas.

A todo esto, Vd. todavía no ha venido a desayunar conmigo con esas botas de siete leguas que parece haber cogido prestadas de los cuentos de hadas. Con respecto a su hermana, si viene con Vd. me dejaré llevar por los instintos y no la dejaré entrar, pues sería insensato dejar pasar el daño que me hizo poniendo fin a su carta cuando Vd. iba por el buen camino de prolongar mi entretenimiento. Sin embargo, probablemente ceda si Vd. media y si me promete que no va a arrancar de raíz ninguno de mis queridos olmos cuando venga hacia aquí. Me aportan una sombra tan agradable, en este caluroso verano, que no perdonaría el separarme de ellos tan fácilmente, ni siquiera para pasar una hora con Vd. Bajo su cobijo converso con diversos autores y paso el tiempo en una pereza entretenida; empiezo el día un par de horas después que Vd., y lo paso en una actitud apática que no encaja con esas bellezas que sirven de inspiración, especialmente en verano.

Hay momentos en los que incluso el esplendor del cielo, las vastas extensiones de césped crecido, el verdor de las arboledas, la armonía de los sonidos rurales y la fragancia universal del aire templado no nos producen ninguna sensación agradable.

¿Qué es lo que atraen esas flores con su dulzura?

Ese prado y esas margaritas, ¿por qué no sonrían?

No nos producen absolutamente nada, excepto una desagradecida terquedad en el humor. Este pensamiento expone la felicidad humana a la luz más mortificante. Si estas bellezas extremas, los placeres más inocentes, son tan imperfectas, tan tristemente insatisfactorias, ¿dónde encontraremos al que huye para ser feliz? Sólo allí donde no se sienta fugitivo ni inseguro nunca jamás.

Como ve, hoy me apetece sermonear, y haga lo que haga me seguirá sintiendo así en todo momento. ¡Adiós! En este momento dejo de confiarle a esta pluma.

De la señora Carter a la señorita Talbot

Deal, 12 de agosto de 1752

Querida señorita Talbot:

Muchas gracias por esa quinta página, que me convenció de que Vd. se encontraba bastante bien. ¡Qué lástima que haya tenido que estar encerrada en una habitación con personas tan rastreras como el coronel Philips y Jack Connor! Fue inhumano recluirla con tal compañía; nunca tendrá mi consentimiento para pasar otra semana en Surrey, a menos que Vd. tenga la paciencia suficiente como para caminar tranquila y seriamente por el mundo de la mano de John Bunyan.

Se ríe de mí por mi caridad hacia todo tipo de personas, al igual que muchos amigos se burlan de mi compasión con todo tipo de libros y, sin embargo, me cuesta mucho trabajo creer a alguien que dice que no es mala persona. No considero a la llamada Teresa Constancia una santa, ni siquiera «el orgullo de su sexo», tal y como la calificó el capitán escocés del gran escándalo protagonizado por una amiga mía; seriamente pienso que, según lo que ella misma ha contado en más de una ocasión, parece ser una mujer muy mala. He oído que ahora dirige un internado en Jamaica, si es que es capaz de hacerlo. ¡Una excelente academia para chicas jóvenes!

La visita de la señorita Mulso fue realmente agradable, aunque demasiado corta. Tiene una claridad mental fuera de lo común, una conversación viva y agradable, y su conducta parece regirse por los mejores y más nobles principios. A menudo habrá oído comentarios sobre ella de una amiga común de ella y Vd., y siento no decir que mía, aunque mantengamos una relación de lo más cordial y escribimos postdatas muy agradables la una acerca de la otra.

¡Se toma Vd. mis locuras demasiado en serio! Aquel dudoso párrafo suyo realmente me asustó, aunque no sé cómo ni por qué. Por un momento había olvidado por completo que algunos tipos están casados, que otros ya salieron disparados dispuestos a romperse el cuello en busca de una mujer en algún país lejano, y que de todos ellos no hay ninguno en el mundo que se preocupe lo más mínimo por mí. Hasta que no vi el nombre de Richardson, bastante inofensivo por cierto, no me vinieron a la cabeza todos estos agradables pensamientos.

No sé cómo agradecerle la manera en que Vd. habla de estas insignificantes cartas, cuyo mérito no es otro que el haberme proporcionado excelentes respuestas. A menudo me pregunto qué feliz idea me llevó en un

principio a molestarla con una carta tan impertinente, y cuánto le debo por la manera en que trató aquella misiva, dándome tan afectuosos ánimos, que fue la manera de empezar a conocer a una familia cuya estima considero uno de los principales privilegios de mi vida, por cuya amistad he estado tan sumamente agradecida, y gracias a cuyos talentos y ejemplo he tenido la oportunidad de mejorar tanto. Siempre siento con gratitud la deuda que tengo con el señor Wright. Él fue el primero que avivó mi curiosidad por Vd., y quien amablemente hizo todo lo que estaba en su mano para satisfacerla. Todas las esperanzas que me había dado tuvieron lugar, pues algunas veces la realidad supera la imaginación, verdad útil y agradable por la que Vd. me felicita cortésmente, aunque a decir verdad nunca he esperado ni deseado tal cosa. Sé que habrá estado enfadada conmigo durante este último minuto o más, pero su extremada tozudez me obliga a decir todo esto. ¿Por qué no me deja que disfrute de mi opinión sobre Vd., teniendo en cuenta lo valiosa que es para mí y lo inofensiva que es para Vd.? Todos los argumentos que utiliza para demostrar su insignificancia no me sirven en absoluto, ni siquiera es posible que la convencan a Vd. Sin embargo, entiendo que en cada mente exista algún capricho, alguna rareza que —de un modo u otro— contradiga el pensamiento del resto.

Aunque podría estar hablando de la señorita Lynch durante horas, no sé qué contarle sobre la señora Bargrave excepto lo que ya le he dicho con gran alegría, que por encima de todo ella está muy feliz. Rara vez recibo noticias de su propia mano, no sé de ella ni siquiera cada seis meses, pues nunca le ha entusiasmado escribir y ahora es más descuidada que nunca.

[...]

Vd. es muy amable al llamarme la atención sobre mis estúpidos miedos con mi alumno y demostrarme que debo intentar por todos los medios superarlos. Le dejaré ir a las carreras de caballos, aunque estoy más que segura de que en la mitad del espectáculo querré que la música se acabe y estaré deseando escuchar cómo atunde mis oídos con el latín y el griego.

De la señora Carter a la señorita Talbot

Clarges Street, 3 de febrero de 1764

Mi querida señorita Talbot:

Dos días de sol albergaron en mí la esperanza de que su viaje a Canterbury fuera más ameno. Espero que llegara sana y salva, antes del des-

alentador clima de la noche pasada. Confío en que las carreteras de Kent dieran a la señora Talbot oportunidad de caminar por en medio del carruaje. Igualmente deseo que todos sus temores y fatigas del viaje estén ya superados. Me alegra pensar en la cordial bienvenida que seguro que su Excelencia le dio con motivo de su visita y, a pesar de todos los escrúpulos de Vd., estoy segura de que él no se habrá molestado en absoluto.

Ayer cené con la señora Montagu, Lord Bath, Lord Littelton y Sir James Macdonald. No sé si alguna vez le habré mencionado a este joven tan extraordinario. Todavía no tiene veintidós años, pero tiene un juicio tan formado y tal variedad de conocimientos, que es realmente sorprendente. Sus modales son agradables, y no muestra el más mínimo descaro ni presunción. Es el soberano de la isla de Skye, de la que ha hecho un plan para mejorar y urbanizar. Como es conveniente que lleve a cabo este propósito, se ha puesto a aprender gaélico, lengua que entiende perfectamente. Esto me dio la oportunidad de preguntarle algunas cosas sobre la traducción de *Ossian*, que el señor James afirmaba que era inferior al original. Le pregunté si el señor Macpherson no había añadido algunos adornos en los epítetos, pero él lo negó rotundamente. [...]

De la señora Carter a la señorita Talbot

Clarges Street, 6 de febrero de 1764

Mi querida señorita Talbot:

Estoy encantada de saber que llegó sana y salva a Canterbury y de que su Excelencia está mejor. Desde la última vez que le escribí, creo que no he recibido recados para Vd. en mis viajes a Londres y Westminster. De buena gana aprovecharía su ausencia para relacionarme con el resto del mundo, pero llueve continuamente y es imposible pasear por la calle. Sea cual sea mi estado de ánimo, no quisiera tenerme que quedar en casa, pero tampoco mancharme hasta el cuello por las sucias calles.

Lo que está de rabiosa actualidad en París es comerlo todo a la Grecque¹. Esa debe ser la moda también en Londres, puesto que no hay hombre apuesto que pueda ser feliz sin una mujer a la Grecque. Espero tener pronto la oportunidad de ir a las mejores fiestas porque, aunque no soy Minerva, puede que al menos me vaya tan bien como a su lechuga.

¹ N. de la T.: Cocinado en salsa aromatizada de aceite de oliva y limón, y servido frío.

¡Sólo piense cuántos duelos se librarán por mí!, ¡cuántos adversarios serán ahogados a tiros como coladores! Cuando haya disfrutado de unas cuantas docenas de estos encuentros, propongo quedarme con el superviviente más rico antes que cambie la moda, alardear de Vd. en el desayuno de una diligencia y estar de vuelta en la ciudad a tiempo para ir a la ópera.

La semana pasada llegó el señor Wilkes, junto con dos sirvientes, a Deal en su diligencia. Uno de los criados dijo que la herida de su señor estaba completamente curada. Últimamente he oído que Churchill ha ganado 3.500 libras esterlinas en dos años con los picaros versos que garabatea. ¡Bendita época de virtud y genios en la que Wilkes es un patriota y Churchill poeta! Acabo de enterarme de que ayer hubo riña en la Cámara de los Comunes. El señor W. Meredith presentó una moción de censura en la que solicitaba una orden judicial de arresto de Wilkes ante la Cámara. El señor G. Saville le respaldó, pero el señor Greville y el Ministro de Justicia se opusieron. El señor Conway y Lord G. Sackville hablaron especialmente bien. Ante una reacción minoritaria inesperada, su amigo de Bristol, *l'amiable serlent*, fue a toda prisa a una taberna cercana para ver si encontraba allí a algún otro miembro de la Cámara. Resultó que había dos que acudieron inmediatamente, y que ambos pertenecían a esa minoría.

De la señora Carter a la señorita Talbot

9 de febrero de 1764

Dos días de dolor de cabeza son la causa de este retraso, y de no haberme enterado todavía dónde han atracado los yates. Durante la cena en Witham, la princesa parecía estar triste, por lo que el príncipe le preguntó: *Eh qu'avez vous dout ma chère princesse? Est ce que vous manquez vos gardes. Nous sommes tous egaux ici. Mais consolez vous, quand vous serez a B. vous en aurez*¹. La princesa rio y se puso muy contenta. Creo haber repetido las palabras tal y como las oí, y tengo razón para pensar que fueron realmente pronunciadas así.

Las invenciones políticas del día a día han sido variadas y muy ingeniosas. La oposición, para tener una excusa justa para ahorcar al ministro, ha hundido el yate, ahogando al príncipe y a la princesa. La mayoría ha ca-

¹ «¿Qué le pasa a mi querida princesa? Así Vd. le falta el respeto a sus protectores. Todos estamos igual. Consolase cuando Vd. esté con B., cuando Vd. le tenga».

lificado al duque de C. de gordo e hidrónico. Espero que el hecho de que el príncipe y su acompañante llegaran a tierra a salvo, a pesar de haberse ahogado, sea tan cierto como que el duque huyera cabalgando después de que le mataran. Desde H. de C. hasta las mujeres que compran en el mercado de St. James, no ha habido una caída tan grande como para dañar el cuello de nadie. Estas mujeres vociferaban desafortadamente su deseo de que aquellos que habían mandado al príncipe y a la princesa al mar con ese temporal estuvieran donde les correspondía. La ley sobre el matrimonio va a ser estudiada por el comité de la Cámara el miércoles. En este momento acabo de recibir la buena noticia de que los yates han llegado a Helvoet; uno de ellos levantó un mástil.

Y con esto le he contado todas las noticias que puedo recordar, por lo tanto *adieu*. Seguiré piano, piano, con mi historia de los incas.

9. Lady Mary Pierrepont Wortley Montagu (1689-1762)

Mary Pierrepont pertenecía a la nobleza. Desde pequeña le fascinaba la literatura, por lo que decidió estudiar latín a escondidas, con el propósito de poder leer a Ovidio. Cuando su padre lo descubrió, cedió a que le dieran clases y así aprendió italiano, francés e, incluso, turco. Siempre defendió la educación de las mujeres.

A pesar de que su padre decidió que debía casarse con un adinerado lord, Mary Pierrepont se fugó y casó en 1712 con Edward Wortley Montagu, que consideraba que las mujeres debían tener formación. Fue la única mujer que escribió en *Spectator*, en concreto, una carta satírica en 1714, como si fuera la Presidenta de un club de viudas. Le uniría una gran amistad con Mary Astell, famosa por su defensa de los derechos de las mujeres.

Montagu era muy popular dentro del círculo cultural de la época tanto por su belleza como por su ingenio. Alexander Pope se enamoró de ella, dedicándole poemas. Sin embargo, al comprobar que ella se reía públicamente de su amor, empezó a atacarle en diversas obras literarias.

En 1716 su marido fue nombrado embajador en Turquía, desde donde ella mantuvo una animada correspondencia con los amigos en Inglaterra sobre sus impresiones de Oriente, de ahí que destaque dentro de este género con *Turkish Embassy Letters*, publicadas por expreso deseo tras su muerte. No obstante, debemos diferenciar entre correspondencia y la «epístola» literaria inglesa (carta pública en forma de poema), género que también practicó.

Como era una mujer independiente y muy adelantada a su época, en lugar de permanecer aislada, como la mayoría de las esposas europeas, sintió mucha curiosidad por aquel país. No sólo intentó comprender la cultura turca, sino que aprendió su lengua. Es más, tras descubrir que los turcos inoculaban la viruela, en 1718 decidió importar esa práctica a Occidente a través de Inglaterra; sin embargo, a pesar de sus investigaciones, no consta

como descubridora de la vacuna de la viruela, enfermedad muy temida, de la que su hermano murió y ella misma quedó señalada desde 1715.

Lady Mary ayudó al partido de su marido en 1737 publicando, de forma anónima, un periódico contra el popular *Common Sense*, de la oposición; el suyo se denominó *The Nonsense of Common Sense*. A su vez, tradujo del francés *Contre les Femmes*, de Boileau. Asinismo, tradujo del latín a Virgilio, la *Metamorphosis*, de Ovidio y el *Enchiridion*, de Epicteto, que reflexionaba sobre los sexos. Sus cartas también contienen pasajes sobre la tarea de la traducción, cuya práctica no es literal ni responde a ninguna de las categorías presentadas por Dryden (1992) en el prefacio a sus *Ovid's Epistles* (1680): metáfrasis, paráfrasis o imitación.

Montagu pasaría sola sus últimos veinte años de vida, entre Francia e Italia. No obstante, la relación con su marido continuó por correspondencia. Sólo volvió a Inglaterra para morir. Fue una mujer moderna, que no siguió ninguno de los cánones sociales establecidos para las mujeres. Como dice en una de sus cartas: «Para hacer honor a la verdad, no hay ningún otro lugar en el mundo en el que nuestro sexo sea tan despreciado como en Inglaterra. [...] pienso que se trata de la mayor de las injusticias ser excluidas de la diversión del dormitorio, y dudo que los mismos estudios que elevan el carácter del hombre puedan herir el de la mujer. Nosotras somos educadas en la más absoluta ignorancia, y no se escatima nada a la hora de reprimir nuestra razón natural; si algunas pocas llegan más allá de las instrucciones de sus institutrices, nuestro conocimiento debe permanecer oculto y ser tan inútil al mundo como el oro en la mina».

A continuación presentamos un artículo publicado en el periódico *The Nonsense of Common Sense* del 24 de enero de 1738, y tres cartas escritas a su hija Mary, Condesa de Bute, en 1752 y 1753, donde queda patente no sólo su gran estilo sino también la preocupación que sentía de que sus nietas recibieran una buena formación. Lord Bute se convertiría en primer ministro, por lo que para su mujer era muy importante guardar las formas; como su madre era motivo de escándalo continuo, llegó a quemar muchos de sus escritos, entre otros, su diario.

*En un periódico denominado
The Nonsense of Common Sense
(24 de enero de 1738)*

(Traducción de Raquel Ruiz García)

Como ya he manifestado, siempre me he declarado amiga, aunque no llego al punto de admiradora, del bello sexo; y como tal, me llena de indignación el bárbaro tratamiento que las mujeres han recibido en el *Common Sense* del 14 de enero y el falso consejo que su autor les da. Él, o bien las conoce muy poco o, al igual que el curandero interesado, prescribe medicinas capaces de dañar su constitución. Es bastante evidente para mí, por la gran parcialidad con la que habla de óperas y por la ira con la que ataca tanto a la tragedia como a la comedia, que se trata de un intérprete de ópera; y quienquiera que lea su periódico con atención, estará de acuerdo conmigo. De lo contrario, ningún ser vivo podría afirmar la inocencia de una diversión creada para ablandar la mente y calmar el sentido, sin ninguna pretensión moral, y asimismo declamar con tanta vehemencia contra las obras de teatro, cuyo fin es mostrar las fatales consecuencias del vicio, advertir al inocente contra las trampas de una *Domina* bien diseñada. En éste se pueden comprobar los insultos a los que queda expuesta una mujer de inteligencia, belleza y calidad humana, al ser seducida por la falta ternura de un galán cortés y vanidoso; de hecho, yo creo que la comedia ha ayudado más a las damas en busca de placeres, tan cerca de la vergüenza y la pena, que todos los sermones que hayan escuchado en su vida. Pero este autor no parece pensar que sea posible frenar a través de la razón o la reflexión la propensión de ellas a la galantería. Él sólo desea que ellas dediquen todo su tiempo a toda clase de tonterías; en resumen, él les recomienda que se entreguen al cotilleo, al escándalo, a la mentira, y a toda una tropa de imbecilidades producto de su virtud.

Estoy a favor de tratar a las mujeres con más dignidad y, como me declaro protectora de todos los oprimidos, me ocuparé de ellas de manera especial. Me figuro que me tacharán de puro quijotismo, pues me arriesgo a enfrentarme a la parte más fuerte de la humanidad con un casco de papel sobre la cabeza. Confieso que se trata de una empresa en la que no puedo prever apenas ningún éxito; según un autor que he leído en alguna parte:

El mundo todavía seguirá gobernado por criados
y tontos, compiniendo para ser esclavos.

Sin embargo, yo mantengo el carácter de un moralista, y emplearé todas mis fuerzas en aliviar al afligido, en vencer prejuicios vulgares, independientemente de lo que se trate. Entre los errores más universales se encuentra el tratar al sexo más débil con tal desprecio, pues tiene una influencia muy mala en su conducta. ¡Cuántas mujeres consideran excusa suficiente decir que son mujeres para entregarse a cualquier locura que les pase por la cabeza! Esto las convierte en miembros inútiles, y en una carga para sus propias familias, donde el sabio esposo cree que desvirtúa su opinión si en cualquier momento se digna consultar la de su esposa. Así, pues, se desperdicia la razón que la naturaleza haya otorgado a las mujeres, y sus malvados dueños esperan de ellas una obediencia ciega; por otro lado, también muestran una complacencia ciega todos los que son indulgentes, que dicen con frecuencia que debe aceptarse la debilidad de las mujeres, pues es molesto e inútil hacerlas entrar en razón.

Yo atribuyo gran parte de esta forma de pensar, que no es casi nunca discutida, bien a la ignorancia de los escritores (la mayoría de los cuales son insignes universitarios que nunca han mantenido conversaciones más sofisticadas que con las personas que les hacen la cama), o bien al objetivo de vender sus obras, que generalmente es el único fin de escribir, sin tener en cuenta la verdad o las funestas consecuencias que conlleva la propagación de nociones erróneas. Un periódico elegantemente escrito, aunque tal vez trate de algunos viejos conceptos vestidos con palabras nuevas, tanto en rima como en prosa (digo rima, porque no he visto que se hayan escrito versos en muchos años) bien para ridiculizar o declamar contra las damas, es bienvenido en los salones de café, donde apenas hay un hombre entre diez que se figure que tiene alguna razón para maldecir a parte del sexo de forma más sincera. Quizás la fortuna de su hermana se devanezca con el dinero que se debería haber entregado al mozo de cuerdas; o una madre anciana, incapaz de nada, mantenga la unión con el hijo que promete, pues quiere llegar a un acuerdo con su amante; o un joven apuesto sea molestado por su esposa, ya que permanecerá viva para obstaculizar su huida con la gran fortuna, con dos o tres mujeres enamoradas. Estas son desgracias considerables, suficientes para exasperar los temperamentos más tranquilos hasta el punto de despreciar el sexo femenino, por no hablar de inconvenientes menores que son muy provocadores en el momento en el que se padecen.

Cuántos caballeros atractivos han sido despiadadamente abandonados por muchachas casquivanas y coquetas, tras haberles hecho reverencias en media docena de óperas; es más, permitieron que les dejaran una segunda vez. Incluso después de darles esperanza, estando muy cerca del compromiso, ellas han rechazado sus cartas de amor y tal vez se han casado con otros hombres delante de sus narices. Qué bien recibe uno o dos pareados que desprecien a las mujeres dicho enamorado, y con qué consuelo lee — en muchos autores profundos— que ellas nunca serán complacidas más que por hombres engreídos; en consecuencia, él debe el fracaso a la brillantez de su entendimiento, que se encuentra más allá de la comprensión de la mente femenina. El terrateniente se ratifica en su elección de preferir la conversación de sus perros de caza a la de su esposa; y los amables guardianes encuentran justificación al malgastar su tiempo y bienes en una parcela de «abandonados», cuando ven que ni el nacimiento ni la formación pueden convertir a ningún miembro del sexo contrario en criaturas racionales, pues ellas no tienen más valor que lo que se ve en sus rostros.

De aquí surge el fervor con el que tales difamaciones se leen; pero yo preguntaría a los que las aplauden si es probable que estas nociones, por naturaleza propia, produzcan algún efecto bueno que reforme al vicioso, instruya al débil o guíe al joven. Yo no le diría todos los días a mi criado, de tener alguno, que todos sus hermanos son una banda de sinvergüenzas, que mentir y robar son cualidades propias de su profesión; en su lugar, me sentiría muy feliz por ellos si se limitaran a mentiras inocentes y sólo robaran los restos de las velas. Por el contrario, yo diría en su presencia que el nacimiento y el dinero son accidentes de la fortuna, que ningún hombre tiene que ser despreciado por deseárselos; que un honesto y fiel criado es de más valor que un noble insolente y corrupto; y que la verdadera diferencia entre un hombre y otro reside en su integridad, la cual —de una forma u otra— generalmente encuentra su recompensa en el mundo, pues no puede fallar al darnos el placer más sublime (por medio de la conciencia de la virtud) que todo hombre se siente tan feliz de poseer.

Con esta gentileza trataría a mis inferiores, con una estima aún mayor le hablaría a esa bonita mitad de la humanidad que se distingue por sus enaguas. Si yo fuera un ser divino, recordaría que en la creación ellas fueron designadas como ayuda para el otro sexo, y nada se hizo sin un fin en la creación. Es verdad que la primera mujer tenía tan poca experiencia que escuchó y se dejó persuadir por un hombre indeciso e im-

pertinente, y que él triunfó convenciéndola de que ella no era tan sabia como debía ser.

Los hombres no tienen el suficiente sentido común como para demostrar ninguna superioridad en sus argumentos, esperan que los demás se rindan ante ellos, ya que — como son hombres — toda la razón concedida a la humanidad les corresponde a ellos. Yo pienso seriamente de otra forma. Se puede mostrar mucha grandeza mental en la sumisión y también en el poder, pues algunas mujeres han padecido toda una vida de privaciones con tanta filosofía como con la que Catón cruzó los desiertos de África, y sin el apoyo que él tuvo con la visión de la gloria, suficiente para que la mente humana supere cualquier dificultad o peligro. Pero ésta no es la situación de una mujer cuya virtud tan sólo debe brillar para sus adentros, que pierde ese nombre cuando la expone ostentosamente al mundo. Una dama que ha cumplido su deber como hija, esposa y madre despierta en mí tanta veneración como Sócrates o Jenofonte, y mucha más que la que podría sentir por Julio César o el cardenal Mazarín, aunque el primero fue el que más personas esclavizó en su país y el último el mayor pícaro de su amo.

Una mujer realmente virtuosa, en toda la extensión de la palabra, tiene una virtud más pura que la que cualquier filósofo haya demostrado jamás, puesto que ella sabe (si tiene sentido común, y sin él no puede haber virtud) que en la humanidad hay demasiados prejuicios contra su sexo como para darle cualquier tipo de fama, que sería un buen incentivo para cualquiera de sus grandes acciones. Tengo en mente escribir una serie de retratos de damas meritorias, en los que no hablaré nada del fuego de sus ojos ni de la pureza de sus rostros sino de aquellas alabanzas propias de una criatura racional y sensata, de virtudes por elección y no de bellezas por accidente. Ruego que no me malinterpreten pensando que estoy infravalorando sus encantos; una mente bella, en un cuerpo hermoso, es uno de los objetos más extraordinarios por naturaleza. No quiero que otorguen tanto valor a una cualidad que sólo puede ser útil para una misma, para que no descuiden lo que puede ser beneficio para miles, por precepto o por ejemplo. No habrá ocasión para divertirse con bagatelas cuando se consideren capaces de hacer no sólo lo más amable sino lo más admirable, ser personalidades en la vida. Empezad, damas, por pagar a esos autores con odio y desprecio, pues con una risa de admiración os arrojarían por debajo de la dignidad de la especie humana.

Cartas a su hija Mary, Condesa de Bute (1752 y 1753)

(Traducción de Raquel Ruiz García)

A la Condesa de Bute

Brescia, 10 de octubre de 1752

Esta carta será muy aburrida o penosa, quizás ambas cosas. Actualmente no estoy de muy buen humor, por estar a punto de pelearme con mi amigo y benefactor, el cardenal Querini. Él es verdaderamente un hombre generoso y amable, que emplea su gran renta en lo que él considera un servicio a su país, además de contribuir en gran medida a la construcción de una nueva catedral, la cual ocupará el primer puesto de las mejores iglesias (donde él ya tiene el placer de contemplar su propio busto, cuidadosamente realizado tanto por dentro como por fuera). Él ha fundado una magnífica facultad para cien alumnos, a la cual no dudo que dotará de manera muy gentil, al mismo tiempo que ha ampliado y embellecido su palacio episcopal. Él ha unido a éste una biblioteca pública, la cual —cuando yo la vi— era una habitación muy hermosa; ahora está terminada, amueblada y abre dos veces a la semana con personal cualificado. Ayer llegó aquí uno de sus principales capellanes con una larga y halagadora carta, que concluía deseando que le enviara mis obras; al haber dedicado una de sus estanterías a libros en inglés, él quería que mi trabajo apareciera en el lugar más destacado. Quedé enmudecida durante un tiempo tras esta asombrosa petición; cuando me recuperé de la incómoda sorpresa (previniendo las consecuencias), respondí que yo era perfectamente consciente del honor que se me dispensaba, pero que juraba que nunca había publicado ni una sola línea en toda mi vida. Se me contestó en un tono frío que su Eminencia podría enviar a recoger mis obras a Inglaterra, pero que tardarían mucho tiempo en llegar y que correrían algún riesgo; que él se había enorgullecido pensando que yo no rechazaría tal favor, y que no debía avergonzarme de ver mi nombre bajo una colección en la que él sólo admitía a los autores más destacados. No sirvió de nada esforzarme para convencer al capellán. Él no quiso quedarse a cenar, a pesar de que lo invité con insistencia, y se marchó con los aires del que piensa que tiene razón para sentirse ofendido. Sé que su maestro sentirá lo mismo, y que yo le pareceré un monstruo de ingratitud, que es —en mi opinión— el más negro de todos los vicios y que soy completamente incapaz de tener (verdaderamente podría llorar de disgusto).

Con seguridad nadie ha tenido jamás tan variadas provocaciones para publicar como yo. He visto cosas que he escrito tan distorsionadas y falsificadas, que apenas las reconozco. Con frecuencia he visto poemas, que jamás he leído, publicados con mi nombre, y otros que si fueron escritos por mí, bajo el nombre de otro. En medio de todas estas mortificaciones me he tranquilizado pensando que no las merecía, no habiendo nunca aspirado a la vanidad del aplauso popular, pero pienso que mi filosofía no es suficiente al perder a un amigo, llegando a convertir en enemigo a alguien a quien estoy agradecida.

Desde que estoy en Italia confieso que, con frecuencia, he sido alabada por los libros que he dado al público. Al principio solía negarlo con cierta cordialidad pero, al descubrir que no convenía a nadie, últimamente me contento con reírme cuando se menciona, al saber que una mujer instruida está lejos de ser ridiculizada en este país, pues las familias más poderosas están orgullosas de tener escritoras femeninas. Una dama milanesa, que ahora es profesora de matemáticas en la Universidad de Bolonia, fue invitada de un lado a otro mediante una carta de lo más agradecida del Papa actual, quien deseaba que ella aceptara la presidencia no como recompensa por su mérito sino para hacer honores a una ciudad bajo su protección. Para hacer honor a la verdad, no hay ningún otro lugar en el mundo en el que nuestro sexo sea tan despreciado como en Inglaterra. No me quejo de los hombres por haber acaparado el gobierno; al excluírnos a nosotras de todo tipo de poder nos evitan muchas fatigas, muchos peligros y muchos crímenes. La pequeña proporción de autoridad que me ha tocado (sólo unos pocos niños y criados) ha sido siempre una carga y nunca un placer, y creo que todo el mundo lo ve así, todo el que actúa desde la máxima (que yo considero un deber indispensable) de que quien quiera que esté bajo mi poder está bajo mi protección. Aquellos que encuentran satisfacción infringiendo privaciones y viendo miseria pueden experimentar otras sensaciones, pero yo siempre he sido partidaria de la corrección, incluso cuando es dolorosa tanto para el que la imparte como para el que la sufre; por eso estoy satisfecha con el estado de servidumbre en el que nosotras nos encontramos, aunque pienso que se trata de la mayor de las injusticias ser excluidas de la diversión del dormitorio y dado que los mismos estudios que elevan el carácter del hombre puedan herir el de una mujer. Nosotras somos educadas en la más absoluta ignorancia, y no se escatima nada a la hora de reprimir nuestra razón natural; si algunas pocas llegan más allá de las instrucciones de sus institutrices, nuestro conocimiento debe permanecer oculto y ser tan inútil al mundo como el oro en la mina. Ahora

estoy hablando de las ideas inglesas, que pueden desaparecer de aquí a algunos años, junto con otras igualmente absurdas. Me parece que la prueba más palpable de un claro entendimiento es Longino (ampliamente reconocido como uno de los grandes hombres en la Antigüedad), al estar por encima de los prejuicios vulgares, pues escogió como ejemplos de escritura a un judío (por aquel tiempo la gente más despreciada de la tierra) y a una mujer. Nuestros intelectuales más modernos no se podrían citar, pues reconocerían haber leído obras de criaturas despreciables, aunque tal vez se rebajarían a apropiarse de ellas, al mismo tiempo que declararían no tener conocimiento. Este tema se me va a ir de las manos, no te molestaré más con esto.

A la Condesa de Bute

Louvere, 28 de enero de 1753

Querida niña:

Me has dado una gran alegría con el relato de tu hija mayor. Me agrada especialmente oír que es buena en Aritmética, pues es la mejor prueba de que tiene entendimiento; el conocimiento de los números es una de las principales diferencias entre nosotros y las bestias. Si algo se lleva en la sangre, puedes estar tranquila de que tus hijos tendrán gran sentido común. Tanto la familia Wortley como la mía han producido algunos de los hombres más grandes de Inglaterra, me refiero al Almirante Sandwiche y a mi abuelo, que se distinguió con el nombre del Sabio William. He oído cómo calificaban al padre de Lord Bute como un genio extraordinario, aunque no tuvo muchas oportunidades de demostrarlo; y su tío, el actual Duque de Argyll, tiene una de las mejores cabezas que jamás he conocido. Por esta razón, presupongo que Lady Mary no sólo es capaz sino que también desea aprender; en tal caso, deja que disfrute con ello por todos los medios. Me contestarás que no lo hice en tu educación; tus perspectivas eran muy diferentes a las de ellas. Dado que tus circunstancias podían atraer las más altas ofertas, parecía que tu fin era aprender cómo vivir en el mundo, al igual que el de ella es saber cómo disfrutarlo. Es error común de constructores y padres seguir el plan que consideran hermoso (y, tal vez, así lo sea), sin considerar que lo rechazado puede ser bonito. De ahí que veamos tantos edificios levantados cuyos dueños nunca pueden habitar, pues son demasiado grandes para sus fortunas. Las vistas paisajísticas yacen sobre brezales, por lo que se

inventan apartamentos de gran frialdad en Italia que resultan matadores en el norte de Gran Bretaña. Así, pues, cada mujer se esfuerza por convertir a su hija en una bella dama, cualificándola para un lugar que jamás ocupará, y a su vez incapacitándola para el retiro para el que está destinada. Aprender, si ella tiene verdadero interés, no sólo la contentará sino que será feliz haciéndolo. Ninguna diversión es tan barata como leer, ni ningún placer tan duradero. Ella no querrá nuevos modelos, ni lamentará la pérdida de diversiones caras o las compañías variadas, al poder divertirse con un autor en su dormitorio. Para hacer esta diversión completa, se le debe permitir que aprenda idiomas. He oído quejas de que los chicos pierden muchos años en el mero aprendizaje de palabras; esto no es inconveniente para una chica, cuyo tiempo no es tan precioso. Ella no puede progresar en ninguna profesión, y por esta razón tiene más horas: como tú dices que su memoria es buena, ella la empleará muy adecuadamente de esta forma.

Hay dos aspectos con los que se debe ser cauto en este tema. En primer lugar, que ella no piense que ha aprendido cuando pueda leer latín o, incluso, griego. Es más adecuado que los idiomas se consideren como vehículos de aprendizaje más que como aprendizaje en sí mismo: como se puede observar en muchos profesores, aunque tal vez sean críticos con la gramática, resultan ser los individuos más ignorantes sobre la tierra. El verdadero conocimiento consiste en saber cosas, no palabras. Descarta que un lingüista la capacite para leer libros en la lengua original, pues con frecuencia se corrompen y malogran las traducciones. Una explicación de un par de horas cada mañana lograría esto más pronto de lo que te puedas imaginar, y ella tendría diversión suficiente para pasar a la poesía inglesa, que es una parte mucho más importante en la formación de una mujer que lo que generalmente se supone. Muchas damiselas se han visto arruinadas por una bella copia de versos, de los que se habrían reído si hubieran sabido que habían sido robados de Waller. Recuerdo que cuando era niña salvé a una de mis compañeras de la destrucción, pues me comunicó que estaba bastante entusiasmada con una epístola. Como ella tenía buen gusto, observó que los versos no eran tan suaves como los del prior o del Papa, aunque tenían más pensamiento y espíritu. Ella estaba extraordinariamente encantada con tal demostración de sentimientos y pasiones por parte de su amado, y un poco complacida con sus propios encantos, que tenían fuerza suficiente para inspirar aquello. En la mitad de su triunfo le demostré que las cartas habían sido copiadas de los poemas de Randolph, y el desafortunado transcriptor fue despedido con el desprecio que se merecía. A decir la verdad, el pobre plagiador fue muy desafortunado al caer

en mis manos, pues ese autor ya no estaba de moda y habría escapado a un lector menos universal que yo. Deberías animar a tu hija a hablar contigo de lo que lee y, puesto que tú eres muy capaz, ten cuidado en que no confunda la locura coqueta con el ingenio y el humor, o la rima con la poesía, que son errores comunes de la gente joven y traen consigo toda una cadena de malas consecuencias.

Lo segundo de lo que debes advertirle, y lo que es más necesario, es que esconda todo lo que aprenda con tanto cuidado como escondería la deshonestidad o la cojera: el alarde sólo puede atraer la envidia, y consecuencia el odio más empedernido, todo con lo que bromean al menos tres cuartas partes de sus amistades. El uso del conocimiento en nuestro sexo, además de diversión en soledad, es para moderar las pasiones y para aprender a estar contentas con poco dinero, lo que son verdaderamente los efectos de una vida de estudio; y esto puede ser preferible incluso a esa fama de la que los hombres se han apropiado y que no se molestarán en compartir con nosotras. Me dirás que no he observado esta regla en mí misma, pero te equivocas, un accidente inevitable me ha dado la reputación que tengo. Yo siempre la he evitado, hasta pensé que era una desgracia. Explicar este párrafo conllevaría un gran debate, lo que no me molestaré en realizar, ya que mi objetivo es sólo decir lo que considero útil para la instrucción de mi nieta, que me importa mucho. Si ella tiene la misma inclinación (yo diría pasión) que yo por aprender Historia, Geografía y Filosofía, la aprovisionaré con materiales para pasar toda una vida más alegremente que la mayoría de los mortales. Creo que hay pocas cabezas capaces de hacer los cálculos del señor Isaac Newton, pero el resultado de ellos no es difícil de entender para una capacidad moderada. No temas que esto pueda afectar al carácter de Lady X, de Lady Y o de la señora de Z; esas mujeres son ridículas, no porque tengan conocimientos sino porque no los tienen. Una de ellas se cree una gran historiadora, después de haber leído la Historia romana de Echard; otra una profunda filósofa, al haber aprendido de memoria algunos ensayos ininteligibles de Pope; y la tercera un ser divino, con la fuerza de los sermones de Whitfield, por lo que las escuchas berreando de política y controversia.

Es un dicho conocido de Tucídides que la ignorancia es osada, y el conocimiento reservado. En realidad es imposible avanzar sin reconocer con humildad la ignorancia humana más que el saber. Al mismo tiempo que recomiendo libros, no excluyo el trabajo ni el dibujo. Pienso que es escandaloso que una mujer no sepa cómo usar una aguja, y que el hombre no sepa usar la espada. Una vez me aficioné mucho al lápiz, por lo que me su-

puso un gran sufrimiento que mi padre despidiera a mi tutor por haber progresado considerablemente durante poco tiempo. Mi excesiva ansia de aprender había debilitado mis ojos, lo que hizo necesario dejarlo, y el único beneficio que conseguí fue mejorar la mano. Veo, tal y como es ella, que la práctica la convertirá en una escritora preparada; ella puede conseguirlo ayudándote como secretaria, cuando tu salud o los asuntos te impidan escribir, y la costumbre hará que se convierta en una diversión agradable para ella. Ella nunca tendrá suficiente para el lugar de la vida que probablemente sea su destino. El último fin de tu educación era convertirte en una buena esposa, y tengo el placer de oír que lo eres; tú deberías hacerla feliz para el estado virginal. No diría que es más feliz, pero sí indudablemente más seguro que cualquier matrimonio. En una lotería, donde hay (calculando bajo) diez mil para un premio, la elección más prudente es no aventurarse. Yo he estado siempre tan completamente convencida de esto que, a pesar de las halagüeñas perspectivas que tenía para ti (puesto que nunca intenté sacrificarte por mi vanidad), pensé que era de justicia ponerte delante todos los peligros que conlleva el matrimonio; quizás pienses que lo hice de la manera más ruñ. Tal vez tú tengas más éxito al instruir a tu hija; ella tiene tanta compañía en casa que no necesitará buscarla fuera, por lo que asimilará con más diligencia las nociones que tú consideres adecuadas. Puesto que tú estabas sola en la familia, habría sido una gran crueldad que no tuvieras compañeros de tu edad, especialmente teniendo tantos parientes cercanos, y no me sorprende de que sus opiniones te influyeran. No sentí comprobar que no estabas dispuesta a permanecer soltera, ya que no era la intención de tu padre, y me contenté con intentar hacer tu estancia en la casa cómoda, para que no te dieras prisa en abandonarla.

Quizá pienses que se trata de una carta muy larga. Espero que tu amabilidad la excuse, estando dispuesta a darte toda prueba que tenga en mi poder de que soy tu muy afectuosa madre.

A la Condesa de Butø

Louvere, 10 de julio de 1753

Querida niña:

No he recibido tu carta del 12 de mayo hasta ayer, 9 de julio. Me sorprende que te quejes de mi silencio. Nunca he dejado de contestar tu co-

reco tras recibirlo, pero me temo que al dirigirlo a Twickenham (pues no tengo otra dirección tuya), tus criados de allí pueden haberlo olvidado.

He estado seis semanas, y aún permanezco en mi granja. Creo que ya te he contado que está a una milla del castillo, y que se encuentra en mitad de una aldea muy grande; una vez fue una gran ciudad (aún conserva parte de su muralla), pero no tiene el terreno suficiente como para hacer un parque, lo que sería mi mayor diversión, resultando complicado pasear e incluso ir en carruaje de noche. He arreglado una habitación para mí en esta granja: es decir, he esparcido juncos por el suelo, he cubierto la chimenea con musgo y ramas, y la he adornado con montones de vasijas de arcilla (que se fabrican aquí a la perfección) llenas de flores. También he puesto algunas sillas de paja y un sofá cama, que es todo mi mobiliario. Esta parcela es tan bonita, que me temo que apenas podrás dar crédito a mi descripción, la cual puedo asegurarte que es muy fiel, sin ningún tipo de imaginación. Está sobre un banco, formando una especie de península, que se eleva a cincuenta pies del río Oglio, al que puedes descender a través de simples escalones de césped; y bien tomando el aire en el río (que es tan grande como el Támesis en Richmond) o caminando por una avenida de doscientas yardas por la orilla del río, te encuentras con un bosque de unos cien acres, que ya había sido preparado para pasear y cabalgar a caballo cuando yo vine. Sólo he añadido quince emparrados en diferentes puntos, con asientos de césped. Estos se construyeron fácilmente, pues aquí hay una gran cantidad de madera y también de parras salvajes (que se retuercen hasta los árboles más altos), de las que se hace un buen vino que se llama «brusco». Te escribo ahora desde uno de estos recodos, donde hay una sombra espesa y el sol no es molesto ni al mediodía. Otra parcela está al borde del río, donde he instalado una cocina a modo de campamento; allí puedo pescar peces, prepararlos y comerlos inmediatamente, y al mismo tiempo ver los barcos que ascienden o descienden cada día hacia o desde Mantua, Guastalla o Pont de Vie, todas grandes ciudades. Este pequeño bosque tiene una alfombra, en las distintas estaciones, de violetas y fresas; está habitado por una legión de ruiseñores y también lleno de piezas de caza de todo tipo, excepto ciervos y jabalíes (pues los primeros se desconocen, y no hay espacio suficiente para los otros).

Mi granja era una sencilla viña cuando cayó en mis manos hace un par de años, y con poco dinero se ha transformado en un jardín que (aparte del mejor clima) me gusta más que el de Kensington. Las viñas italianas no se plantan como las de Francia sino en grupos, atadas a árboles (normalmente frutales) plantados en hileras iguales, formando como guirnaldas

que yo he convertido en galerías de sombra, bajo las que puedo caminar sin que me incomode el calor. He construido un comedor de vegetación, capaz de soportar un tablero de veinte cubiertos. Todo el campo mide trescientos diecisiete pies de largo y doscientos de ancho. Como puedes comprobar no es grande, pero está tan bellamente dispuesto (a pesar de que lo diga yo) que no conozco ningún otro jardín rústico tan agradable, con toda clase de frutas y tanta variedad de vinos. Te enviaré una muestra, si no temiera que en la aduana tuvieras que pagar demasiado.

Creo que la descripción te da tan sólo una incompleta idea de mi jardín. Tal vez tenga más éxito con la descripción de mi tipo de vida, que es tan rutinaria como la de cualquier monasterio. Normalmente me levanto a las seis y, tan pronto como desayuno, me pongo al frente de mis costureros hasta las nueve. Después inspecciono la granja y me doy una vuelta por el corral, lo que es toda una investigación. Por el momento tengo doscientos pollos, además de pavos, gansos, patos y pavos reales. Todo esto ha prosperado gracias a mi cuidado; mis abejas y gusanos de seda se han duplicado y, según me dicen, si no pasa nada, mi capital también se duplicará en dos años. A las once en punto me retiro con mis libros, y trato de no deleitarme en ese placer más de una hora. A las doce normalmente como, y duermo después de almorzar hasta las tres. Luego mando llamar a algunos de mis viejos sacerdotes, y juego a las cartas, hasta que refresca lo suficiente como para salir. Alguna noche camino por el bosque, donde con frecuencia ceno; otras veces, tomo el aire a caballo, y otras me acerco al agua. La pesca de esta parte del río me pertenece, y el pequeño bote de mi pescador (en el que tengo un toldo verde con cuerdas de laúd) me sirve de barcaza. Él y su hijo me hacen de remeros gratis, ya que él consigue mucho dinero con el pescado, que le cedo a condición de tener todos los días un plato en mi mesa. Aquí hay cantidad de todo tipo de peces de río, excepto de salmón, aunque tenemos una clase de trucha grande parecida; como yo he perdido casi el paladar, apenas noto la diferencia.

Ambas estamos donde nos corresponde por la edad; tú entre lo hermoso, lo galante y lo alegre; yo en el retiro, donde disfruto de la diversión que la soledad me permite. Confieso que a veces deseo un poco de conversación, pero al reflexionar me doy cuenta de que el comercio del mundo me proporciona más inquietud que placer, y la tranquilidad es toda la esperanza en la que una se puede deleitar a mi edad. Mi carta es de una longitud desmesurada, te pido perdón por ello, pero tenía en mente darte una idea de mi forma de pasar el tiempo. Querida niña, tómallo como una muestra del amor de tu afectuosa madre.

10. Catherine Sawbridge Macaulay Graham (1731-1791)

Hija de financieros liberales, Catherine Sawbridge posiblemente recibió clases particulares e hizo uso de la biblioteca familiar. Se casó con un destacado médico escocés, George Macaulay, que la apoyaría en su labor intelectual. Formó parte del círculo «Bluestockings», destacando como historiadora y pensadora. Como republicana muy pragmática, era consciente de que siempre habría desigualdades si no se educaba a las mujeres.

Macaulay recoge en ocho magníficos volúmenes *The History of England from the Accession of James I to that of the Brunswick Line* (1763-83), que abordan tanto la Guerra Civil como la Revolución de 1688. Esta obra tuvo una gran repercusión en la política inglesa del siglo XVIII, llegando a ser muy popular en Francia y en Norteamérica. De hecho, mantuvo correspondencia con John Adams y Benjamin Franklin.

A pesar de que el género histórico-filosófico era exclusivo de hombres, Catherine Sawbridge Macaulay publicó otros trabajos como *A Modest Plea for the Property of Copyright* (1774), *An Address to the People of England, Scotland and Ireland on the Present Important Crisis of Affairs* (1775) y *Treatise on the Immutability of Moral Truth* (1783).

Aunque contaba con gran prestigio, el ir contra las convenciones de la época al casarse en segundas nupcias con un cirujano mucho más joven que ella, William Graham, hizo que empezara a recibir ataques misóginos, tal y como también le ocurriría a Mary Wollstonecraft. Esta última llegaría a ejercer una gran influencia sobre ella, llegándola a citar en *Rights of Woman*. Es más, Wollstonecraft escribió una reseña de la obra que aquí ofrecemos, «*Letters on Education with Observations on Religious and Metaphysical Subjects*» (*Analytical*, septiembre de 1790), en la que plasmó el punto de partida de la autora de la siguiente manera: «La mujer tiene todo en su contra». Como veremos a continuación, Macaulay negaba que existieran diferencias innatas entre los sexos, y abogaba contra la discriminación de las mujeres y a favor de la coeducación.

*Cartas sobre educación,
con observaciones acerca de asuntos religiosos y metafísicos (1790)*

(Traducción de Alba Martín de Pedro)

Prefacio

El arte más importante de la vida es instruir de forma útil la mente humana para que ésta sea su principal inquietud. Algunos de los literatos más distinguidos han admitido esta verdad, plasmando su genialidad en la creación de reglas de disciplina que domestiquen la nada dócil mente humana, y que la sometan a los dictados de la virtud. En este aspecto hemos aprendido de nuestros ancestros, pero es a los metafísicos a quienes debemos los primeros rayos de luz sobre las operaciones mentales, que son las que nos permiten un éxito razonable.

Sin un conocimiento adecuado sobre el poder de asociación, a través del cual una sola impresión desemboca en otra gran cantidad de ideas que se suceden imperceptiblemente formando una combinación inseparable, el arte de la educación pública, si bien puede ser útil, no conforme a lo que él considere importante, y sus instrucciones tampoco serán de utilidad para que el control de las facultades mentales derive en una actuación consecuente con las leyes de la virtud y la prudencia.

Si los partidarios de la libertad y la necesidad dejasen a un lado sus sutiles investigaciones, con las que nunca conseguirán una mejora real, y en su lugar reconociesen los principios que gobiernan la mente, tendríamos la tranquilidad de delegar la educación a hombres de conocimiento, sabiduría y talento, a la cabeza de la república de las letras. La cultura de ese ser «artificial» (el hombre de naturaleza social) es tan compleja, hay tantas maldades que evitar y tantos objetivos a los que aspirar, hay una maquinaria tan delicada sobre la que actuar y tanto que aprender de las causas externas, que la inventiva de los eruditos tendría que trabajar durante siglos para llegar a un sistema educativo perfecto.

Es digno de consideración todo trabajo publicado sobre educación que aporte ideas que puedan llevarse a la práctica. La autora de estas cartas no pretende sino ofrecer algunos consejos sobre el asunto que nos ocupa, e ilustrar algunas de las cuestiones anteriormente indicadas. Si la novedad de estas indicaciones llegara a ser una objeción a esta obra, habría de te-

nerse en cuenta que lo novedoso siempre resulta alarmante al ignorante y al que está lleno de prejuicios, y que una moral enseñada sobre principios inmutables es diferente de aquella basada en las opiniones contrarias del egoísta.

La única guía de la que se ha servido la autora para formular sus consejos ha sido una plena convicción en que la equidad y la bondad de Dios llevan a la pureza y a la benevolencia, por la que los preceptos de nuestra religión son sumamente distinguidos. En primer lugar, con el convencimiento de que estos atributos de la divinidad son los únicos sobre los que podemos construir una moral firme que haga al hombre inofensivo y práctico, o que convenga a mentalidades totalmente opuestas. En segundo lugar, con el convencimiento de que los preceptos del Evangelio se basan en los verdaderos intereses del hombre, teniendo igual respeto por su felicidad tanto secular como espiritual.

En el empeño por dar una opinión sobre esta perfecta equidad y bondad de Dios, se cae irremediamente en cierta censura sobre aquellos principios de la religión y aquellas formas de fe que lo presentan, siendo parcial en la distribución de recompensas y castigos. Pero como la autora nunca se ha dedicado a atacar las opiniones religiosas de otros, ni ha expresado animadversión, tiene el derecho a esperar la misma benevolencia y candor de aquellos que difieren de ella.

La autora es consciente de que introducir ideas sensatas en el culto divino, con el fin de inducir al sentimiento religioso y de elevar la mente a la contemplación de Dios, ha provocado los mayores abusos en la religión. Sin embargo, ha de recordarse que en una teoría especulativa sobre la educación, cuyos principios han de tenerse en cuenta por tender a lo sublime, a lo supremo, a lo refinado y a ablandar la mente, la influencia de tales impresiones no se puede pasar por alto. Su adopción y puesta en práctica deben dejarse al juicio de otros y para ese momento favorable en el que el conocimiento esté demasiado difundido entre la sociedad como para que dé motivos para aprensiones como la de resucitar idolatrías, y para cuando los grandes y los ricos, cansados de su presente libertinaje, deseen adaptar alguna de las artes ornamentales a la religión.

Los que no estén de acuerdo puede que pongan objeción a las reglas de educación de la autora con la siguiente argumentación: el plan sólo pueden llevarlo a cabo los extremadamente ricos, pues los necesitados o aquellos con riqueza moderada encuentran casi imposible el mero hecho de intentarlo debido a sus circunstancias. La respuesta a esta objeción es sencilla: son sólo los opulentos los que pueden recoger los frutos más se-

lectos del trabajo y aprovecharse del ingenio de sus semejantes. Si se le diese la debida atención a la educación de los grandes y se siguiesen unas mejores reglas, se elevaría la virtud de las clases subordinadas, no habría fin a la hora de formular reglas educativas para las diferentes circunstancias del ser humano. Los sistemas generales sólo están relacionados con principios generales, que tienen que llevarse a la práctica según los criterios individuales y las particularidades de cada situación.

De esta manera, habiéndose esforzado por despejar las principales objeciones contra una obra que aporta pensamiento original, la autora piensa que es de su incumbencia exponer al público las razones que le indujeron a volver a publicar algo que ya había tratado. En primer lugar, los principios y las reglas de educación que aquí se exponen están basados en observaciones metafísicas. En segundo lugar, la sincera crítica a estas observaciones hizo que la autora esperara que, si se corregían los errores más importantes, la obra valiera la pena para aquellos grandes pensadores que disfrutaban de disquisiciones metafísicas. Por último, la circunstancia que corroboró estos motivos fue una carta escrita sin intención de que se publicara, que apareció en *Gentleman's Magazine* en septiembre de 1789. Esta carta se encontró entre los papeles de un caballero muy célebre en el mundo literario, al que ella no tenía el placer de conocer. A continuación se incluye un extracto de esta carta con respecto a la inmutabilidad de la autora: «Por fin he visto el trabajo metafísico de la señora Macaulay Graham. Su obra es admirable, teniendo en cuenta su sexo, y con esto espero no herir los sentimientos de las damas, pues estoy seguro de que ellas mismas son conscientes de que sus talentos no se adaptan a especulaciones abstractas. Al volver a leer con detenimiento el libro de Macaulay Graham, descubrí más de lo que había hecho en una primera lectura superficial. Esta vez, tras leerlo con la debida atención, me vi recompensado con satisfacción y entretenimiento. No sólo es una gran escritora sino también una perspicaz pensadora. Su estilo es, en ocasiones, muy animado y fluye como el de Cicerón» («Cartas originales de Mr. Badock», *Gentleman's Magazine*, septiembre de 1789). La autora considera que la imparcialidad de Mr. Badock es más que suficiente para volver a publicar las partes más importantes. Tan sólo queda añadir que ella se ha esforzado por corregir los errores que él apuntó, tanto como sus habilidades le permitieron.

Carta I: Introducción

Hortensia, así que aprueba usted lo que he escrito hasta ahora a favor del futuro de las bestias, pero cree que la doctrina de esta novela las presupone mejores que la criatura favorecida, el hombre, ya que el instinto de aquellas es lo suficientemente fuerte como para evitar hacerles caer en cualquier mal que no se les imponga desde fuera, mientras que la razón hace al hombre tan impotente que le convierte en autor de su propia miseria.

Este reconocimiento a favor de la parte inferior del reino animal, tan vergonzoso para los prejuicios y el orgullo de nuestra especie, me resulta halagador, pues considero que fui la primera persona que dirigió su atención hacia la más sublime de las cuestiones, a saber, el acuerdo entre el gobierno providencial de Dios y nuestra percepción de su infinita benevolencia. Efectivamente estoy de acuerdo con usted en que me provoca un sentimiento tanto de desprecio como de enfado cuando oigo a la criatura vana y contradictoria, que es el hombre, dirigirse a Dios como divinidad de toda perfección, pero con poco respeto a las diferentes especies de sus compañeros los animales, asignándose una eternidad de felicidad más allá de lo que pudiese imaginar. ¿Qué era el hombre antes de su creación sino polvo? ¿Puede el más insignificante de los insectos ser menos que él? ¿Y si hombre y bestia hubieran estado en igualdad de condiciones antes de que la todopoderosa orden se decretara? ¿Qué motivo, merecedor de la sabiduría divina, podría haber influido en Dios para establecer una línea divisoria tan grande entre sus criaturas?

La voz unánime de la revelación proclama a Dios como padre universal de la creación. Y con esto, Hortensia, me refiero a una relación de mayor ternura que la que solemos establecer con el creador de la naturaleza. Casi todas las sectas cristianas, para elevar la perezosa virtud de sus devotos, han presentado a un Dios justiciero, de forma que su benevolencia se ha confinado a un reducido campo de acción; y se le presenta como el que destina a la mayor parte de la raza humana a una eternidad de tormentos, mientras que las puertas del paraíso están abiertas sólo para unos pocos elegidos. Hasta tal punto es así que el regalo de la vida eterna resulta un peligroso privilegio, igualándose la balanza entre nosotros y la creación animal de forma palpable.

Esta es la melancólica visión de gran parte del mundo religioso, mientras que —a ojos del filósofo moderno— Dios es infinito sólo en cuanto a sus atributos naturales. Al no ser capaces de encontrar una razón más satis-

factoria para introducir el mal natural y moral, limitan el poder y la benevolencia de Dios a algo que encaja con todos los propósitos de la senatez.

El filósofo contempla la naturaleza como a un monstruo que está continuamente devorándose y regurgitando con entusiasmo o placer. Mira con complacencia a miríadas de seres a los que se les ha dado la vida simplemente para servir como apoyo a otras criaturas, que a su vez deben pagar un tributo igualmente doloroso a las rígidas leyes de la naturaleza. El filósofo se deleita al contemplar la fortaleza del león, dotado de poderes destructivos sobre todas las especies existentes ya que, aunque las circunstancias las protegen de la voracidad de este animal, el reflexionar sobre su irresistible poder hace aún mayor la grandeza de su creador.

Encontrarás, Hortensia, muchas reflexiones como éstas ligadas a los escritos filosóficos tanto actuales como antiguos, pues los clásicos (que no estaban iluminados por la revelación espiritual) seguían el simple razonamiento metafísico y hasta la época de Sócrates, excluían toda idea de moral de su filosofía. Así, pues, aunque admitían la existencia de un principio inmaterial en todo ser vivo, lo atribuían a una eterna sucesión de circunstancias que afligían y degradaban la existencia terrestre. Era recompensa para los virtuosos volver a formar parte de la naturaleza divina, por lo tanto, con la pérdida de la identidad, la recompensa para el hombre bueno no era sino una simple desventaja. El genial entendimiento y la benigna mente de Sócrates rechazaban un sistema tan degradante para la divinidad, considerando en profundidad la naturaleza de la virtud moral y concibiéndola no sólo como de origen divino, sino como merecedora de formar parte de la esencia divina.

El rayo de esperanza que esta visión de los hechos inspiró en los virtuosos, generalizó su influencia cuando fue confirmada por la revelación cristiana. Pero el gusto por la novedad, junto con los abusos de la religión, han hecho que vuelvan los errores que oscurecieron la época del paganismo. El infiel trata en vano de aprovecharse de nuestra credulidad con una falsa admiración por las groseras formas de expresión de la naturaleza. No, tenemos que desechar de nuestra mente los deseos más naturales y fuertes con esa bondad que dignifica la naturaleza del hombre, debemos horrorizarnos al ver las deformidades que una sabia providencia ha creído conveniente difundir en su obra. Sí, Hortensia, no tengo el menor reparo en calificar de «deformidad» el fenómeno del mal, como dicen las doctrinas de los infieles; pero cuando lo contemplamos a través de los ojos de la fe racional, cuando lo consideramos como un prelude necesario para futuras bendiciones, su fealdad se convierte en belleza, orden y armonía.

Si tuviese que arrepentirme de alguna curiosidad que me haya hecho sobrepasar los límites de la educación femenina para adentrarme en las profundidades de la ciencia, sería de esta opinión más liberal, secundada necesariamente por una idea del carácter de Dios diferente a la que se presenta en los libros de nuestra fe. Aquí, en vez de a ese ser frío e inexorable cuyas perfecciones acaban con la esperanza del que lo adora, nos dirigimos a un Dios cuyo poder es sólo igualado por su benevolencia, a un Dios que —como se dice— nos cuida con la ternura de un padre terrenal a quien no le pasa desapercibida ni la caída de un gorrion.

Esta declaración debe significar algo más que la básica idea filosófica de la onnipresencia de Dios. Siempre he estado a favor de la opinión de que la mente liberal y cándida puede cambiar el destino de la creación animal, por lo que me pregunto a menudo por qué el clero no ha puesto mayor énfasis en que extendamos nuestra benevolencia a los animales irracionales, y por qué no se ha condenado aún de forma más vehemente la crueldad que se ejerce contra ellos, pues se opone tanto a los dictados de la religión natural como a la que nos ha sido revelada. Las pruebas que se podrían obtener de la razón perderían su fuerza si no se amparasen en la perfecta benevolencia de Dios; un atributo que, cuando se modifica por la concepción humana, responde a las ideas más puras de beneficencia. Tendría pocas esperanzas si en algún momento pensase que Él pudiera ser benevolente de una manera tan parcial como para primar la felicidad de una parte de la creación, sacrificando al resto a las garras de la muerte y a la furia de monstruos despiadados que, como Proteo, asumen una innumerable variedad de formas para torturar y destruir a miles de seres vivos que, de poder vivir su existencia pacíficamente, honrarían y darían esplendor a la naturaleza.

No se preocupe, Hortensia, su amiga no va a entrar en giros poéticos; perdone esta figura retórica para evitar repeticiones tediosas.

[...]

Me parece oírle decir: «¿Dónde va tan rápido? De acuerdo, hasta ahora ha dicho bastante, pero ¿qué ha hecho sino ilustrar una postura ya expuesta en la carta a la que me respondió? ¿Soluciona esto mi problema? ¿No tendría mayor valor ofrecer una idea correcta de la equidad de Dios? Y si la benevolencia de Dios se extiende a todas sus criaturas, ¿por qué sigue siendo el instinto animal lo suficientemente fuerte como para evitar que caiga en el mal, salvo que le sea impuesto por una fuerza ajena? ¿Por qué es la razón tan importante en el hombre como para hacerle responsable de sus propias desdichas?»

No tenga prisa, amiga mía, deje que me recree un poco en una contemplación tan maravillosa. Sin embargo, tengo que admitir que estaba tan embebida en este tren de ideas que casi se me había olvidado su duda que, no obstante, no creo que gane fuerza sobre la más correcta de las ideas que podamos tener de nuestro Creador. Pero para satisfacer sus dudas, debo tratar de explicar de la manera más clara posible las ideas que tengo sobre la benevolencia infinita y la perfecta equidad. Ante todo, sería inconsistente que con estos atributos se creara un ser vivo sin la intención y el poder de concederle la felicidad, lo cual se traduce en el disfrute seguro e ininterrumpido de aquellas satisfacciones que normalmente se asocian a los beneficios de la vida. Si los poderes de Dios hubieran sido tan limitados como para haberle sido imposible dar vida a tal variedad de seres humanos que habitan la faz de la tierra sin que sus vidas fuesen acosadas por el terror, el dolor y la tortura, el don fatal no existiría, a menos que ese mal efímero fuese preludio de un buen final. Está quizás en la naturaleza de todos nosotros, los seres finitos, aprender haciendo comparaciones, y este conocimiento se paga caro, incluso con dolor. Y es en este razonamiento en el que baso mi opinión sobre el futuro de las bestias. Esta opinión no pretende limitar con reglas específicas la voluntad divina, pues no es necesario que la benevolencia infinita tan sólo otorgue felicidad, o que todas las criaturas de Dios sean absolutamente iguales.

Tenemos grandes razones para creer que existe una jerarquía que va desde la máxima excelencia del ser finito hasta las formas de vida más inferiores. Puede que sea la intención de Dios apoyar, aunque con alguna que otra variación, tal jerarquía a lo largo del curso infinito de la eternidad, pero esto no excluye que puedan disfrutar de felicidad incluso los seres del rango más bajo, pues si sus posibilidades de disfrute son más reducidas cuantitativamente, puede que sean mejores cualitativamente. Ya sé que es propio de los prejuicios del ser humano mirar con desprecio o con superioridad la supuesta menor capacidad para la felicidad de los animales; sin embargo, prestar mayor atención a la naturaleza de las bestias que a la creación me ha convencido de que la felicidad de las bestias, cuando permanece inalterable por males externos, es digna de consideración; un perro bien alimentado, y protegido de insultos e injurias, puede ser casi tan feliz como su amo.

Hay que reconocer que el don de la razón y los poderes de la imaginación sí que han causado estragos en la felicidad humana. Sin embargo, estos dones son absolutamente necesarios para apoyar el estado de preeminencia del hombre en el mundo, para que pueda encajar una mala experiencia en el futuro. Es cierto que, desde la creación, el hombre general-

mente ha ejercido su poder de manera que ha ocasionado la miseria a la mayoría de las especies, ensombreciendo su esperanza de vida futura. Sin embargo, esto no prueba que la razón y los dilatados poderes de la imaginación provoquen más mal que bien en cualquier ser que alguna vez los haya poseído. Estos dones no siempre han de ser origen del mal y, si la miseria los acompaña, suele ser siempre por causas fortuitas. Las facultades humanas crecen con la práctica y la formación hasta alcanzar la excelencia, lo que permite que el hombre sea quien forje su propia felicidad. Según Lord Monboddo, ésta es la característica más importante y distintiva de nuestra especie, el poder formarnos de manera continua, de forma que la naturaleza originaria acabe resultando tan poco evidente que apenas se pueda distinguir de lo que es adquirido.

La atención que le he prestado a mi propio carácter, Hortensia, y a los medios a través de los cuales se ha formado, me obliga a suscribirme sin reservas a ese dicho de la sabiduría escocesa que dice que el hombre, en su faceta social, es tan artificial como su retrato en el lienzo de un pintor. La naturaleza facilita las materias primas y la capacidad del trabajador, pero el efecto es producto del arte. A menudo me he sonreído al oír hablar a las personas sobre sus inclinaciones, pues estoy convencida de que éstas han cambiado tanto por la educación que sus formas primitivas apenas se distinguen. No, no hay virtud ni vicio humano que no poseamos; y, si las cualidades fuesen hostiles a la felicidad, deberíamos atribuir su malevolencia a la acción humana. No hay ningún desgraciado que termine su miserable existencia en la rueda de tortura por ofensas contra la sociedad que no culpe a la educación de todas sus fechorías, que no culpe al mismísimo gobierno por las leyes que tiene, y que no lance los peores insultos sobre aquellos a los que confió su infancia, o contra aquellos con los que se asoció en su juventud. El mismo maniaco, que consume su sórdida existencia en el frenesí de su locura, y el loco, aún más desafortunado si cabe, que conserva la suficiente razón como para adornar su infortunio con la deformidad de la infamia, podrían haber encontrado una cura o un remedio que suavizase sus enfermedades en la filosofía, siempre que hubiesen recibido este bálsamo antes de que las pasiones se hubieran afianzado en su mente.

Para aplacar el orgullo de la mente altiva, recuérdese que nuestros talentos, nuestros logros y nuestras virtudes se deben sobre todo al cuidado y a la sabiduría de otros, puesto que cuando se consiguen por nuestro esfuerzo, casi siempre es a costa de nuestra propia paz e inocencia. Si éste es el caso, y de hecho lo es, la historia del hombre prueba de sobra por qué:

aunque el juez descuidase su cometido, es el padre quien entrega su desdichada prole a la miseria, de cuyo destino es el único responsable. ¿Por qué no deja crecer la planta de la moralidad hasta su madurez y, de esta forma, por los poderes de la compasión hace uso del bien que se le ha otorgado y construye una fortuna de piedad o virtud para las necesidades de la época? Es de ignorantes privar al hombre de los medios de los que dispone, gracias a la capacidad de razonamiento, para asegurar su felicidad presente y futura.

Los clásicos ponían mayor cuidado en la moral de su prole que nuestros contemporáneos y, en consecuencia, eran más cuidadosos en sus planes de educación. A menudo he encontrado en las cartas de los grandes de Roma, en la época en que la república casi había alcanzado su mayor decadencia, los mayores sentimientos de ternura paternal y los mayores deseos por mejorar la educación de sus hijos. En los diálogos de Platón leemos que los atenienses no reparaban en gastos a la hora de dar la mejor educación a sus hijos; e, incluso, los europeos, tras el Renacimiento de las letras, hicieron de la educación de sus hijos su mayor preocupación. El desarrollo del conocimiento filosófico, retrasado por disputas nacionales y extranjeras, por las continuas guerras que se libraron entre naciones y familias, por los errores del paganismo y por supersticiones por lo general relacionadas con la cristiandad, hizo imposible que la educación de la época fuese lo suficientemente buena como para llevar a cabo los mejores propósitos.

Sin embargo, en estos días de la Ilustración, en los que nos hemos dado una idea de la maravillosa índole de la mente humana, puede hacerse mucho en materia de educación para la felicidad de la nación y los individuos. ¡Santo cielo! ¿Qué uso estamos haciendo de los avances del conocimiento? Una carrera de disipación por conseguir más riquezas desvía nuestra atención de la verdadera felicidad y nos hace insensibles a las desdichas ajenas. Siempre miramos más allá de lo que está a nuestro alcance, tratando de hallar bondad donde no la hay. Cada generación sigue intentando llevar a la siguiente hasta los abismos de la miseria que depara el error.

¡Oh, jueces! ¡Oh, legisladores! ¡Admitid, pues, el cambio de vuestros intereses! Considerad que, si tratáis de enseñar a otros, podréis descubrir verdades de gran importancia para vosotros mismos. Considerad que puede ser una satisfacción plena ser el instrumento del bienestar presente y futuro de innumerables seres. Y vosotros, padres, recordad que la miseria o bendición de vuestra posteridad dependerá en gran medida de vosotros mismos, y que desatender vuestra obligación como padres os hará culpables durante generaciones.

Carta XXI: La moral debe enseñarse a través de principios inmutables

Una cosa es, Hortensia, educar al ciudadano y otra educar al filósofo. El simple ciudadano aprenderá a obedecer las leyes de su país, pero nunca entenderá los principios sobre los que toda ley debe establecerse, y sin tal entendimiento nunca será verdaderamente moral o religioso con los principios racionales, y nunca tendrá la sabiduría necesaria para cooperar en cualquier plan de reforma. Pero ningún sistema de educación ha enseñado la moral de manera inmutable hasta ahora. Por lo tanto, todas nuestras nociones de lo que está bien y mal son inconsistentes e inestables. De ahí que el asesino en ocasiones sea alabado y en otras reprochado más allá de la tumba. No es sólo el hombre de mundo el que idolatra el poder, aunque vaya disfrazado de villano y persiga la deshonestidad unida a la debilidad, pues aquellos que tienen aparentemente el título de filósofos también pueden acabar deslumbrados por el resplandor del éxito y pueden tratar a personas con distinción conforme a cómo les sonría la fortuna.

Para ilustrar la observación que acabo de hacer, voy a seleccionar, de todas las inconsistencias que tiene el ser humano, los halagos del filósofo Jenofonte a Ciro, a quien propuso como modelo de perfección principescas. Es cierto que Ciro se representa siempre como moderado a la hora de saciar sus apetencias, liberal para sus seguidores y justo cuando la justicia correspondía a sus intereses; pero, como él mismo confiesa, nunca practicó ninguna virtud que se basase en otros principios que en los de la utilidad personal, e imponía a sus vasallos lo que él llamaba «esfuerzos» para disfrute propio. Resumiendo, Ciro no era liberal por generosidad, ni clemente por benevolencia, y los discursos que utilizó para esclavizar la mente de sus súbditos eran del mismo tipo que los que utiliza la cortesana para influir en los corazones de aquellos a los que seduce hasta su trampa. Ciro era, pues, maestro en todas aquellas artes necesarias para obtener y conservar para sí y sus sucesores un poder injusto; inflamaba con su ambición a todos sus helicosos seguidores para erradicar de sus mentes todo deseo de libertad e independencia. Su sistema político, en gran parte un atroz atentado contra los derechos de la naturaleza, estableció el más firme despotismo que jamás se haya conocido en Oriente, y con estas razones ha prevalecido en mayor o menor medida en la dinastía persa y en todos los gobiernos que se han construido sobre sus ruinas. A pesar de ello, Jenofonte y Cicerón, ambos republicanos y filósofos, ensalzan a Ciro. Pero si estos hombres hubiesen entendido la rectitud de los principios de la verdad, habrían per-

cibido que el poder nunca se obtiene de manera justa sino tras la conquista de aquellos que nos han atacado antes injustamente, o por la convicción del que es gobernado, de que bajo la autoridad se encuentra feliz y a salvo.

Ciro es uno de esos tiranos que se han propuesto como modelo y, con estas razones, logra imponerse a todos aquellos que no son capaces de reflexionar en profundidad. Estoy convencida de que si un César Borgia o una Catalina llegasen a unir sus cualidades para conseguir un éxito brillante, se habrían impuesto igualmente sobre el pueblo, pues —como observa muy justamente Helvecio— es sólo la debilidad del pobre desgraciado lo que los hombres desprecian, no su deshonestidad.

Para conseguir eliminar el sentir popular (que deja una profunda huella en el carácter humano) y para corregir muchas de las irregularidades y deformidades que surgen de un incorrecto sistema ético, la primera obligación de la educación debería ser la de enseñar la virtud, partiendo de principios inmutables, además de abolir la confusión entre las leyes y las costumbres en los principios de la equidad. Pero ya que ha tenido usted paciencia para seguir todo mi programa de educación, desde la infancia a la edad adulta, es justo que ahora yo escuche sus objeciones y valore si mi plan se basa en el error o en los principios de la razón y la verdad.

Primero, no hay más que una norma para la conducta de todos los seres racionales. Consecuentemente, la verdadera virtud de un sexo debe ser la misma para el sexo contrario, y viceversa: lo que se considera vicio para un sexo no puede tener distintas connotaciones para el sexo contrario.

Segundo, la verdadera sabiduría, que nunca se encuentra en disconformidad con la rectitud, es tan útil para la mujer como para el hombre, puesto que es necesario para conseguir la máxima felicidad, la cual tampoco podría coexistir con la ignorancia.

Y, finalmente, de la misma manera que al entrar en el otro mundo nuestro estado de felicidad dependerá posiblemente del grado de perfección que hayamos obtenido en éste, no podemos reducir en un sexo o en otro los medios por los que la perfección (sinónimo de sabiduría) se obtiene.

Hortensia, sería un mal gesto por mi parte que yo respondiese a todas las frívolas objeciones que el prejuicio ha dado para no educar a la mujer, pues no conozco aprendizaje que no libere la mente del error, ni que no engrandezca nuestro conocimiento. Así, pues, sería apropiado observar que las horas que las mujeres cultas pasan estudiando en retiro probablemente no se inmiscuyan tanto en sus ocupaciones como las crecientes y salvajes

distracciones de nuestro tiempo, pues la ligereza y la ignorancia siempre se encontrarán en contraposición a lo que es útil y precioso en la vida, que por el contrario será lo que haya que esperar del conocimiento verdaderamente ilustrado. Sin embargo, Hortensia, para ejemplificar lo que hasta ahora he propuesto, es necesario que le muestre que todos esos vicios e imperfecciones que generalmente se atribuyen al carácter femenino de ninguna manera están ligados al sexo, sino que son los efectos de las circunstancias y de la educación recibida. Pero dejemos estas observaciones para otro momento.

Carta XXII: No hay diferencias entre los sexos

La gran diferencia que se puede observar entre los dos sexos, la manera en la que se comportan en la vida social, Hortensia, ha dado lugar a demasiadas especulaciones sobre la naturaleza de la mente femenina. Pues, aunque la doctrina del carácter innato de las ideas y del afecto ha sido desmentida por los eruditos, pocas personas pueden razonar de forma suficientemente meticulosa y exacta sobre aspectos tan abstractos como para, a través de una cadena de deducciones, llegar a una conclusión que de alguna manera avale sus premisas.

Hace falta que pase tiempo para que la sociedad empiece a abandonar aquellas opiniones que le han enseñado a respetar. Conozco a muchas personas que seguirían de buena gana el curso de su argumentación hasta que percibiesen que se pretende destruir algún prejuicio con el que simpatizan, y entonces se retirarían o empezarian una contienda en la que el que compita por la verdad, aunque no pueda ser derrotado, será silenciado por el mero cansancio de responder reiteradamente con aseveraciones positivas. Por esta razón, la idea de la diferencia sexual en el ser humano ha prevalecido desde tiempos remotos, salvo excepciones, y el orgullo de un sexo y la ignorante vanidad del otro han ayudado a mantener una opinión que se rechazaría si se observase más atentamente o se razonase de manera más precisa.

Sin embargo, hay que reconocer que las virtudes de los hombres, aunque entremezcladas con una gran variedad de vicios y errores, han mostrado una imagen de mayor superioridad, audacia y consistencia que la que hasta ahora han manifestado las mujeres. Por eso, cuando se elogia una energía más que extraordinaria en la mente de una mujer se le suele calificar de masculina, y tanto es así que Pope ha llegado a decir elegantemente

que una mujer perfecta no es sino una versión más suavizada del hombre. Pero si tuviésemos en cuenta que sólo debe haber una regla moral con la que juzgar a todos los seres compuestos de la misma materia, y sometidos a similares leyes de la naturaleza, podríamos estar de acuerdo con la descripción del señor Pope o podríamos darle la vuelta y decir que un hombre perfecto es una mujer creada con un molde más basto. De hecho, las diferencias que subsisten entre los dos sexos son demasiado complacientes con el hombre como para deberse al azar. Como la sabiduría puede corregir lo que la casualidad ocasiona, según Pridé es mejor abandonar las posibles ventajas que puedan derivarse de la perfección de nuestros compañeros que reconocer que la naturaleza ha sido justa en la distribución de sus favores. Esta es la opinión de los hombres, pero observe lo dispuestas que están las mujeres a asumirla, no por humildad, se lo aseguro, sino meramente para defender con energía esas apreciadas vanidades que ocupan sus corazones. Al idolatrar su persona, malgastarán su vida en frivolidades y se entregarán a las gratificaciones de pasiones mezquinas, firmando la sentencia de su propia degradación.

Entre los defensores de la desigualdad de los sexos, Rousseau es el que más destaca por el entusiasmo de sus escritos y la elocuencia de su estilo. Nunca el entusiasmo y el amor por la paradoja, enemigos de la disquisición filosófica, se presentaron en mayor contraposición al pensamiento que en las definiciones de Rousseau acerca de la diferencia entre el hombre y la mujer. Comienza, pues, con la suposición de que la naturaleza realmente pretendía la subordinación de un sexo a otro, y que consecuentemente la parte sometida debe tener intelecto inferior; pero como el hombre es un ser imperfecto apto para asumir el papel de tirano caprichoso, la naturaleza, para equilibrar la situación, otorgó a la mujer gracia, atractivo y modales insinuantes para que la balanza se inclinase hacia el otro lado. De esta manera, la naturaleza frívolamente se desvía de su habitual comportamiento y hace su voluntad, lo cual produce confusión y desorden entre la sociedad. Rousseau se percató de esta objeción y, para obviarla, creó un ser moral fruto de la unión de los dos sexos que, por contradictorio y absurdo, supera cualquier acertijo metafísico que jamás se haya formulado en ninguna escuela. Resumiendo, no es la razón ni el ingenio, sino el orgullo y la sensualidad lo que definen a Rousseau, en este caso rebajando al genio a un licencioso pedante.

Pero cualquiera que sea el sabio propósito de la providencia en la disposición de las cosas, es cierto que siempre ha existido cierto grado de inferioridad en cuanto a la fortaleza física entre los sexos, y de esta ventaja la

humanidad ha abusado hasta tal punto que, durante las épocas poco civilizadas, acabó con todos los derechos naturales de la especie femenina y la redujo a un estado miserable de esclavitud. No voy a relatar aquí los sucesos que han contribuido a mejorar la condición femenina en Europa, pues sería ponerme a contar la historia de las mujeres; sólo pretendo trazar los orígenes de sus peculiares extravagancias y vicios, pues creo firmemente que éstos tienen su causa exclusivamente en la educación y en la situación femenina. Prueba de que la sabia y justa providencia no quería hacer de las condiciones de la esclavitud una ley inalterable para la naturaleza femenina es que, en la misma medida en que el sexo masculino ha tenido en cuenta su propia felicidad, se ha relajado en su tiranía sobre la mujer. Tal es su uso en el mundo y tal su influencia natural sobre la mente masculina que, si estas ventajas se ejercieran de manera apropiada, dirigirían todo lo importante en beneficio de su honor y felicidad. Sin embargo, hasta que llegue el momento en que las mujeres actúen con sabiduría, nos divertiremos hablando de sus disparates.

Hortensia, la situación y la educación de las mujeres es precisamente la que tiende a corromperse y a debilitar los poderes del cuerpo y de la mente. Partiendo de una falta noción de belleza y delicadeza, su sistema nervioso se degrada antes de que finalicen los cuidados maternos, y este tipo de depravación tiene más influencia sobre la mente, y en consecuencia sobre la moral, de lo que normalmente se percibe. Pero no importaría si tales causas sólo afectasen al sexo, pues su educación moral es casi más absurda, si cabe, que la física. Los principios y la naturaleza de la virtud, que nunca se explican de manera apropiada a los chicos, se mantienen casi en misterio para las chicas. Se les cuenta que deben abstenerse de esos vicios que se oponen a su felicidad personal o, de lo contrario, serán vistas como delinquentes a los ojos de Dios y del hombre. Pero todo lo que conforma la rectitud, todo lo que ennoblece nuestro ser y nos hace inocentes e influenciables o no se nos enseña, o se nos enseña de manera que no deja impronta en la mente. Es una obviedad que los defectos de la educación femenina han sido siempre un jugoso discurso para el moralista, pero ninguno de estos escritores ha propuesto nunca ninguna solución sensata. Mientras sigamos manteniendo la absurda idea de la superioridad sexual, esto irá en contra de perfeccionar la educación para uno u otro sexo. La sensata Addison censura lo absurdo de criar a una joven sin otro criterio que el de hacerla agradable para su marido, reduciendo algo que debiera ser de suma importancia en la feliz adquisición a las meras gracias de la persona.

Puede que ningún padre o tutor se exprese de la misma manera que Addison y, sin embargo, la admiración del otro sexo es el mayor honor que las mujeres pueden obtener. Y mientras esto se considere su máxima y la belleza como el mayor desiderátum del hombre, la vanidad y su compañera la envidia corrompen toda perfección innata o adquirida. Hortensia, tampoco puede usted negar que estas cualidades, cuando van unidas a la ignorancia, engendran y cimientan todos los vicios y las extravagancias propios del sexo femenino. Vicios y extravagancias que, por otra parte, han provocado que hayan sido consideradas desde tiempos inmemoriales lejos de posible educación, y que en la actualidad hayan sido objeto de censura y ridículo por escritores de toda clase, desde el filósofo de pensamiento profundo hasta el hombre actual y galante, quien, por cierto, a veces, se distingue a sí mismo con cualidades que no difieren mucho de las que desprecia en las mujeres. No podría ilustrar mejor la verdad que conllevan estas observaciones que con la siguiente descripción del educado y galante Chesterfield: «Las mujeres son sólo niños de un tamaño mayor. Tienen la misma cháchara entretenida, a veces poseen ingenio, pero nunca en mi vida he conocido a ninguna que tenga un razonamiento sólido, buen sentido o que actúe consecuentemente durante veinticuatro horas seguidas. Un hombre con sentido sólo tutea con ellas, juega con ellas, las halaga y complace de la misma manera que haría con un niño simpático, pero no les consulta nada ni les confía asuntos de importancia».

Carta XXIII: La coquetería

Aunque la situación de las mujeres en la Europa actual, si se compara con la despreciable condición de esclavitud de Oriente, pueda considerarse como estupenda, si prescindimos de esta comparación y analizamos el asunto desde un punto de vista positivo, no encontraremos ninguna razón para jactarnos de nuestros privilegios o del candor y de la indulgencia con que nos tratan los hombres. Con una exclusión total y absoluta de cualquier derecho político para el sexo en general, las mujeres casadas, cuya situación demanda una tolerancia especial, apenas si tienen derecho civil que las salve de las peores injurias y, aunque la galantería de algunas de las sociedades europeas ha producido necesariamente indulgencia, en otras sociedades se trata a las mujeres con una severidad y un rencor que choca con cualquier principio religioso y de sentido común. Errores, amiga mía, le oigo decir. Generaliza usted el asunto demasiado, sabiendo que si existe una falta que

la mujer de honor no puede cometer quedando impune es la de ser cogida *in fraganti* en relaciones amorosas ilícitas. Por lo demás podría mentir, defraudar, difamar e incluso arruinar a su propia familia con el juego, y la paz de otros tantos con su coquetería, si con ello preserva su propia paz y su reputación. Son privilegios gloriosos, Hortensia, pero mientras que el teatro y la novela sean las asignaturas favoritas del sexo bello, mientras que la admiración del hombre siga considerándose como el mayor honor para la mujer, mientras que el poder sólo se adquiera a través del encanto personal y mientras que la continua disipación acabe con la reflexión, el instinto natural y la adulación seguirán prevaleciendo y, cuando éste sea el caso, la autoprotección sugerirá estos métodos que probablemente oculten las más ruinosas ofensas, por muy despreciables y criminales que sean.

Los delitos que han cometido las mujeres para ocultar y tolerar sus defectos naturales sacuden los cimientos del sentido moral y, de hecho, cada aventura amorosa, aunque no acabe en horribles consecuencias, tiende de forma natural a devaluar la mente humana por su violencia contra la educación, por el secretismo con el que debe tenerse y por la degradante dependencia a la que la intrigante, si es una mujer de reputación, se ve sometida. La mentira, la adulación, la hipocresía, el soborno y una larga lista de los vicios humanos más mezquinos deben emplearse para preservar las apariencias. De ahí que la delicadeza de sentimiento disminuya de forma gradual, las advertencias sobre la virtud ya no se sientan, la mente se corrompa y se abra a cualquier solicitud que el apetito o la pasión presente. Éste es el curso natural de las cosas de los seres formados de acuerdo con el plan, pero deja lugar a la trivial y tonta observación de que la primera falta de castidad en la mujer tiene el poder de depravar su carácter. Estos frágiles seres no salen de la naturaleza. La mente humana está compuesta de materiales lo suficientemente nobles como para que no se corrompan con facilidad por lo que, con todas las desventajas de la situación y de la educación, las mujeres raramente son totalmente abandonadas, salvo que el venenoso rencor de su propio sexo las empuje a un estado de desesperación.

La superioridad de trato al sexo femenino, dice Rousseau, es una indemnización muy equitativa a su inferioridad en fortaleza. Sin esto, la mujer no sería la compañera del hombre, sino su esclava; es su arte y su aparente ingenuidad lo que permiten inclinar la balanza a su favor, gobernando, aunque finja obedecer. La mujer lo tiene todo en su contra, tanto los errores que ella misma comete como su timidez y debilidad. No tiene nada a su favor, salvo sutileza y belleza, ¿acaso no es razonable que cultive ambas?

Seguro que el juicio de Rousseau era lo suficientemente bueno como para evitar caer en este error, de no estar cegado por el orgullo y la sensualidad; el primero, tamizado por la superioridad y arrullado hasta la aquiescencia por los engatusamientos, y la segunda por la sola idea de que las mujeres utilizan todas las artes de coquetería para levantar las pasiones del sexo opuesto. De hecho, el autor desvela completamente sus sentimientos al admitir que una joven francesa cultiva sus talentos para agradar a su futuro marido con el mismo cuidado con el que una circasiana cultiva los suyos para entrar en un harén en Oriente.

Estos placenteros talentos son los que utilizan las mujeres en todas las cortes de Europa, quienes, por su atractivo femenino, no dejan lugar a la circasiana, siendo estas mismas artes (dirigidas a cautivar al hombre) las que corrompen la mente humana. La envidia, la malicia, los celos y el cruel deleite de inspirar sentimientos que —en principio— no quieren reciprocidad son las características de la coqueta, cuyo objetivo no es otro que el de someter al mundo entero a su humor. Sin embargo, en este vano intento estará sacrificando también su decencia y virtud.

Por las intrigas amorosas de las mujeres y por su afán de obtener poder e importancia, el mundo se ha llenado de violencia e injuria, y su ligereza e influencia han demostrado ser tan hostiles a la existencia y permanencia de una educación racional, que justifican plenamente la aguda sátira que el señor Pope hace sobre el sexo.

Pero oigo a mi Hortensia decir: «¿Hasta dónde le lleva este arrebató de moral? Esperaba una apología en vez de una difamación de las mujeres. De acuerdo con su descripción del sexo, el filósofo tiene más razón al lamentar la indulgencia que eso que usted ha denominado a veces 'la injusticia del hombre', al observar con mayor complacencia los desahridos modales de los antiguos griegos y el egoísmo del lujo asiático que la galantería de la moderna Europa».

Aunque a menudo me ha oído expresarme con entusiasmo sobre la naturaleza femenina, Hortensia, nunca he tratado de defender la conducta de las mujeres. Pero tampoco veo la hiosquedad de los modales griegos ni el egoísmo del lujo asiático como un remedio apropiado para el mal. Si pudiésemos analizar a conciencia las cuestiones domésticas de la Asia antigua y moderna, me atrevería a decir que comprobaríamos cómo pusimos en marcha las mujeres los primeros engranajes de la gran maquinaria de la sociedad, y en lo que respecta a los griegos, la peculiaridad de sus modales les habrían hecho indiferentes al sexo de no ser abiertamente manipulados por éste. Sólo transmitieron la confianza que deberían ha-

berle dado a sus mujeres a las cortesanas, de la misma manera que nuestros maridos ingleses lo han hecho con dulzura y complacencia; sacrificarían, pues, a una mujer de fortuna y a la familia por resentimiento o por cambios, a no ser que ella soportase con cristiana paciencia el ser suplantada por su criada como amante.

Como observa Rousseau, la providencia ordenó que las mujeres gobernasen de una u otra manera. Y todo lo que la reforma puede hacer es arrebatarse el poder de las manos del vicio y de la locura, devolviéndolo a donde, con toda seguridad, no sufrirá abusos.

Para hacerle justicia al sexo, se debe recordar que la historia posee igual número de ejemplos de abuso de poder por parte de hombres que de mujeres. Cuando a las mujeres se les haya enseñado sabiduría a través de la educación, felizmente cambiarán su influencia desde la sombra por privilegios irracionales, y la precaria soberanía de una hora junto con el más infame y mezquino de los seres por derechos establecidos que, independientemente de las circunstancias, puedan dar protección a ambos sexos.

Carta XXIV: Adulación, halagos y hombres disolutos

Tras todo lo que se ha dicho hasta ahora, Hortensia, la felicidad y la perfección dependen tanto de ambos sexos que, hasta que no se reformen, no habrá excelencia en ninguno de ellos. La cándida Addison ha confesado que, para embellecer a la amada, habría que darle una educación diferente al amante, y enseñar a los hombres a no seguir deslumbrándose con los falsos encantos de una belleza irreal. Hasta que esto ocurra debemos esforzarnos en paliar un mal que no podemos evitar, y en levantar tantas barreras contra la corrupción en la educación de las mujeres como nos sea posible y nuestro entendimiento nos permita. Como no doy crédito a la superioridad de un sexo sobre otro, no he hecho distinción en los principios fundamentales de la educación de ambos. Sin embargo, es necesario admitir la existencia de tal diferencia en la educación de la mente femenina, dada su peculiar situación.

Los frutos de la verdadera filosofía son la modestia y la humildad pues, conforme avanzamos en el conocimiento, las deficiencias se vuelven más evidentes y, al aprender a estimar en su justa medida lo que poseemos, encontramos poca gratificación en el orgullo. Con esta observación podemos afirmar, sin excepción, que el hombre vano u orgulloso es, en realidad, un ignorante. No obstante, si tuviésemos la suerte de tener a nuestro cargo a

una del sexo bello con un importante grado de encantos personales, no deberíamos recoger los frutos de la filosofía antes de temporada, ni esperar que las cualidades de la verdadera modestia y humildad se muestren antes de que la belleza se haya atenuado por el paso del tiempo. Pues, aunque agotemos todos los poderes de la oratoria y toda la fuerza de la argumentación en el intento de convencer a nuestra pupila de que la belleza es de poco peso en la balanza de la superioridad real, las alabanzas que oír en su favor le harán creer que tratamos de mantenerla en la ignorancia de lo que verdaderamente importa, pensará que se le está engañando, y reaccionará no dando crédito a nuestros preceptos y confiando en aquellos que le regalan el oído con desmesurados panegíricos sobre sus gracias cautivadoras.

De esta forma la vanidad se filtra en la mente, y de esta manera la hija sometida al abuso de poder paterno prestará total atención a los halagos de un bufón. Sería un alivio para este sexo que el daño acabase aquí, pero las zalamerías de la adulación nunca yerran al afectar al corazón y, cuando el amor se instala, el imperio de la razón queda condenado.

Para prevenir que nuestras bellas pupilas se conviertan en presa del futo, y para que esto sirva para henchir su triunfo o reparar su arruinada fortuna, es necesario darles una idea completa de su belleza y del poder que ésta tiene sobre la frágil mente del hombre. Tampoco tenemos tanto que temer de las intimaciones de un amigo juicioso como de las del adulator. La alta belleza es demasiado orgullosa como para escuchar la admiración del petimetre y del frívolo, nunca descenderá a las despreciables, traicioneras y peligrosas artes de la coquetería y, al mantener su corazón libre de las garras del amor, tendrá tiempo de cultivar esa filosofía que, bien entendida, es un fiel remedio del orgullo humano.

Pero lo más difícil en la educación femenina es inculcar a las mujeres una castidad que ponga su razón y sus sentimientos del lado de esta útil virtud, pues creo que hay más mujeres de entendimiento que cometen actos de imprudencia por ignorancia, por prejuicios y por la falsa habilidad de aquellos que las educan que por cualquier otra causa fruto de la naturaleza o de la casualidad.

Se puede formar a cualquier dócil idiota a que actúe o piense de determinada manera, pero un ser racional cuestionará y revisará las propuestas y, si detecta que se basan en la falsedad, las rechazará de inmediato. Cuando se le dice a una chica con espíritu y raciocinio que la castidad es una virtud, y que desear una vida sexual es un vicio, entonces puede que examine lo que se le dice bajo los principios de la religión, la moral y la razón para comprobar el grado de verdad de la proposición. Si tras razonar

se da cuenta de que no hay garantías de que la proposición tenga sentido, dudará de nuestra sabiduría o sinceridad y, al vernos como mentirosos o locos, empezará a confiar en el compañero de la hora aciaga, cuya coincidencia con sus opiniones pueden elevar su vanidad. De esta forma, abandonada a la naturaleza con una desafortunada traba en la mente, caerá víctima del primer ser que se haya fijado en ella.

Rousseau está tan seguro de esta verdad que se queja de la mente humana y, por ello, deja a la mujer fuera de toda obligación. Pero esto es ser tan fanático con la moral como algunas personas lo son con la religión, por lo que dudaría mucho de la realidad de una obligación que no pasase el examen de la duda; además, como intento inculcar a mis alumnas que actúen de forma racional y que no acaben en el harén de un sultán, les permitiré que usen la razón en todo lo relacionado con su obligación y felicidad, y no tendré reparo en cultivar esta única guía hacia la virtud. Les informaré de la gran utilidad de la castidad y la continencia, pues la una preserva el cuerpo saludable y vigoroso, y la otra la pureza e independencia de la mente, sin la cual es imposible poseer virtud o felicidad. La gran diferencia que se observa en las consecuencias por falta de castidad entre ambos sexos probablemente tuvo su origen en que las mujeres se hayan considerado como propiedad del hombre y, por lo tanto, sin derecho a disponer de su cuerpo.

La política anteriormente mencionada adoptó esta actitud cuando se abandonó el concepto de propiedad sobre la mujer, pero aún se mantiene en la sociedad el indisciplinado libertinaje de los hombres que, al no encontrar obstáculos en la delicadeza del sexo contrario, continúan desafiando las reglas morales y divinas, pues con apoyo mutuo y de la opinión en general usan su libertad con toda impunidad. Haré la observación de que esto hace que la situación de la mujer, en cuanto a su capacidad individual, sea muy precaria, ya que la fuerza que la naturaleza ha otorgado a la pasión amorosa para servir a sus propósitos la ha hecho la tendencia más difícil de gobernar de todas las que tenemos los seres humanos. Por lo tanto, las trampas a las que son sometidas continuamente las mujeres, por personas que no corren ningún riesgo al seducirlas, las expone a un peligro continuo; a su vez, la implacabilidad de su sexo, que teme por otro lado abandonar cualquier ventaja que le otorgue una prudencia superior, al menos en apariencia, hace que un paso en falso sea una desgracia irreparable.

Por estas razones la coquetería en la mujer es tan peligrosa como deshonrosa. Normalmente una coqueta encuentra su perdición en las mismas llamas que provoca para consumir a otros; si hay algo que pueda excusar la

bajera de la seducción femenina, son los cebos lanzados por las mujeres para provocar pasiones en los hombres.

Hortensia, no sé lo que pensaré de mi método, que debo reconocer que es singular, pero soy lo suficientemente optimista como para creer que voy a modelar con mis propias manos una belleza despreocupada, modesta, solemne, viril, noble, llena de fuerza y majestuosidad, con un poder que la defiende de las flechas más puntiagudas lanzadas por Cupido; una mujer cuya virtud no sea del tipo que caiga en una empedernida malevolencia contra su propio sexo, por efectos que incluso ella misma incite en los hombres pero que, al entender los principios de la verdadera religión y moralidad, considere la virtud y la verdad como cualidades indispensables en los virtuosos caracteres de ambos sexos; una mujer cuya justicia extienda su benevolencia a las debilidades de los justos, y que manifieste su resentimiento contra los que minan la felicidad femenina; en resumen, una mujer que no acepte a un hombre disoluto por marido o amigo. Y deje que le diga, Hortensia, si las mujeres tuviesen en cuenta la virtud de la castidad tanto como algunos pretenden a veces, hace tiempo que se habría reformado el mundo; pero, mientras que continuemos anhelando la falta de modestia en el hombre, esta amarga persecución no las salvará de la imputación de las propensiones ocultas con las que las acusa Pope.

11. Mary Ann Radcliffe

(c. 1745-c. 1810)

El padre de Mary Ann, un protestante muy mayor del que hasta el momento no se conoce el apellido, le dejó una gran herencia. No obstante, ella se casó en secreto con un católico veinte años mayor que ella, Mr. Radcliffe, que se dedicó a dilapidar su fortuna. Sin formación académica, como la mayoría de las mujeres de la época, se separó y tuvo que dejar a sus hijos para trabajar como dama de compañía, gobernanta y comerciante, para que pudiera sobrevivir la familia.

En 1792 Radcliffe escribió *The Female Advocate, or An Attempt to Recover the Rights of Woman from Male Usurpation* (publicado en 1799), ensayo a favor de las mujeres de clase obrera, pues a éstas no se les dejaba ejercer su derecho al trabajo y acababan como mendigas o prostitutas. Esta afirmación suponía una ruptura con la creencia tradicional de que la prostitución se debía a la mala moral de las mujeres. Mary Ann se adelantó a su tiempo al comprobar la estrecha relación que había entre la explotación económica y la opresión patriarcal: «No sé hasta qué punto se quería que la mujer fuera esclava del marido, pero tenemos la certeza de que ella fue creada para ser su amiga, su compañera y una parte unida o —de acuerdo con la expresión de los señores— su mejor parte. No obstante, con frecuencia la vemos hundándose bajo la carga familiar, mientras que el insensible marido prodiga lo que debe ser el alivio y el apoyo de la familia. Existen seres tan anormales que, dando pie a alguna pasión ilícita, pueden sin escrúpulo ni remordimiento pisotear todas las leyes, divinas y humanas, y con impunidad acarrear la miseria a aquellos a los que él debería mantener; a pesar de ello, San Pablo nos dice: 'si alguien no da para los suyos, especialmente para aquellos de su propia casa, ha rechazado la fe, siendo peor que un infiel'».

Como expone el subtítulo de la obra que aquí presentamos, se trata de una denuncia de cómo los hombres no sólo no permitían la educación a las mujeres sino que también se habían apropiado de las profesiones y los

negocios más propios de ellas. Mary Ann Radcliffe salió adelante, pero, como reconoce en el prefacio «No todas las mujeres poseen el espíritu de Amazona de Wollstonecraft». De hecho, describiría su soledad y depresión en poemas, además de en sus *Memoirs* (1810), libro en el que advertía del peligro de casarse —como ella hizo— de manera precipitada.

*La defensora de las mujeres, o un intento por recuperar
los derechos de las mujeres de la usurpación masculina (1792)*

(Traducción de Carmen Alba Atencia)

Primera parte: Las fatales consecuencias de los comerciantes que monopolizan los puestos de trabajo de las mujeres

Detallar la miseria humana en todas sus formas no está al alcance de nadie; tan complicados y misteriosos son los males de esta vida, y tan variadas sus desgracias, que no necesitamos recurrir a la ficción o al romance para encontrar angustia, para representar las aflicciones de nuestros congéneres. Sin embargo, por delicadeza, se ocultan los nombres, a menos que los que sufren sientan dolor al oír el melancólico recital de su pena; en tal caso, se deben seleccionar algunos ejemplos, dejando al sincero moralista comparar los maravillosos laberintos y las amplias extensiones a los que parte de nuestras compañeras han sido condenadas.

¿Y a qué se debe?

No por ley divina, que es o debería ser la regla principal de nuestras acciones, sino por un malicioso precedente que cae con todas sus fuerzas sobre esta parte de la comunidad, cuyos débiles poderes de resistencia, unido a una omisión, apenas pueden defenderlas. En consecuencia, aún no se ha pensado en ningún negocio que les conenga, aunque muchos otros que existen desde hace menos tiempo se han cambiado.

Cuando miramos a nuestro alrededor, no hay nada más evidente para el mundo que la aflicción de las mujeres; obviamente, no me refiero a aquellas a las que la amable providencia ha situado bajo el cuidado de un afectuoso padre, un cariñoso marido, un amigo o un hermano. Estas, muy a nuestro pesar, representan sólo una parte de la sociedad.

Aunque todos son de la misma naturaleza y han sido creados por el mismo poder divino, sus gozos difieren muchísimo: si las mujeres por naturaleza buscan protección en el hombre, ¿por qué, en nombre de la justicia, rechazan su ayuda? ¿No merece la atención de los hombres, en general, considerar de qué manera solucionar las quejas recibidas?

Quizás deba afirmarse, y muy justamente, que —dada la debilidad humana— existe un gran número de personas viciosas e indescables entre las mujeres, al igual que entre los hombres. Estamos de acuerdo, pero ¿no es mejor hacer caso omiso de cien culpables a que el castigo recaiga sobre una persona inocente? Además, ¿no hay posibilidad de discriminación positiva para aquellas que necesitan ayuda amistosa?

Hace algunos años, ¿quién podía haber imaginado que la Real Sociedad Humana iba a recuperar a tantas personas ahogadas? Eso prueba la viabilidad de este plan. Pero antes de proceder con el plan establecido de restaurar la paz y la felicidad de aquellos que, quizás en algún momento fueron felices, ahora son los seres más miserables, no puedo evitar dar un consejo fundamental. En primer lugar, limpiar; y, después, desarrollar el plan básico; antes de dar más pasos, preguntar qué se puede decir de los sombrereros, costureros y fabricantes de corsés, aparte de muchísimas otras profesiones más propias de mujeres que de hombres. Pero gracias a la nueva moda (que ha casi acabado con la vergonzosa costumbre de que los hombres lleven el pelo como las mujeres), con la aparición de los muños y demás en las mujeres, ¿dónde hay un Stevens ahora?: ¿tuvo alguna vez una oportunidad tan grande para demostrar su talento? Aunque las pelucas siguen estando de moda, ¿qué impide que una mujer dé su opinión sobre la cabeza de una señora, así como sobre la de un señor, que está mucho mejor dotado para un empleo más masculino?

«Mira», dice una observadora, «en las perfumerías, jugueterías y demás; mira sobre todo las revistas de las mercerías, en las que hay entre diez y veinte compañeros que miden seis pies, en lugar de las pobres mujeres, que podrían vender palillos de dientes o lazos igual de bien».

Sería muy bueno imponer alguna tasa a estos hombres, digo yo. No obstante, que una pobre mujer ataque a un grupo de hombres tan numeroso, por muy insignificante que sea, es complicado. Habiendo proyectado estos sentimientos en defensa de las oprimidas, la censura de la malevolencia no podrá con la verdad que, como el azote del cazador, sólo duele a aquellos a los que toca. No se puede establecer ninguna regla sin excepciones, como veremos a continuación. Clasificar al inocente como culpable haría injusta la causa.

¿Dónde están esos padres, maridos, hermanos y supuestos amigos de la virtud y felicidad? ¿Por qué no dan un paso adelante por la causa? Sin duda, hay muchos hombres de gran humanidad, pero aún —dado el curso de la costumbre— no se han percatado de la causa ni de sus fatales consecuencias, o bien no son conscientes de las angustias de nuestras compañeras. Ni los sufrimientos de estas pobres mujeres, ni el motivo de sus sufrimientos podrán conocerse, a menos que investiguemos.

Todos, en cierta medida, compartimos las típicas desgracias de la vida; son pocos, por muy desgraciadas que sean sus circunstancias, los que no puedan calificar a otros seres como malos, a menos que se encuentren en un estado deplorable.

Pero en el caso de estas pobres mujeres, ¿qué situación es parecida a la de ellas? Nacidas bajo la afligida mano del destino, ellas no están capacitadas para actuar ni buscar compensación; y esto, la parte del mundo que no lo padece y que tenemos gran motivo de temer, lo denominamos ociosidad y libertinaje.

¡Qué mente tan estrecha! ¡Qué insensible y despreciable mezquindad debe merodear en aquellos que pueden, con impunidad, insultar la angustia! ¡En cuántos ataques de desesperación han caído tantas mujeres desamparadas por estos despreciables insultos, injurias e, incluso, negligencias! Pues es en los duros momentos de angustia, cuando los sentidos están abiertos a la naturaleza, que todos los nervios están relajados y dispuestos a recibir el dardo fatídico.

Es cierto que ella permanece expuesta a la adversidad, rodeada de todas las desventajas, sin la ayuda de una formación o de protección (es decir, sin ningún arma o escudo de defensa), una situación que —como es normal suponer— daría pena a los corazones más obsesivos. Sin embargo, ¿cuántos son los casos de reprobación que cruelmente matan a estas pobres y desafortunadas víctimas? Y esos asesinos son los peores bajo el cielo. El criminal común se expone a las leyes de su país, pero el asesino que —bajo una capa de hipocresía— puede incordiar y difamar a las mujeres oprimidas, no merece más el valioso nombre de cristiano.

Sin lugar a dudas, por sabias y buenas razones, en el mundo debería haber una mezcla de personas. Nosotros, pobres mortales, sólo sabemos que se trata de un principio en el que todos los pensadores han estado de acuerdo, que nuestro actual estado, al otro lado de la tumba, está diseñado para mejorar. Entonces, ¿dónde pueden los de buena disposición encontrar una oportunidad mejor para defender al inocente y desprotegido, al ser elegidos entre la parte nociva de la humanidad con la que la adversidad les

ha obligado a convivir? Y ante situaciones que les permitirán seguir el camino de la virtud, ¿buscarán algún empleo honesto?

Pero para llevar a cabo un plan tan loable, queda investigar tanto lo humano como lo opulento, siendo de suma importancia no sólo el estado actual de las cosas sino el futuro. En épocas como la actual, en los departamentos militares y navales no se requiere ayuda de los hombres. Y en tiempos de paz, que siempre tenemos que desear, ¿no son, o no deberían ser, los productos propios del país lo primero en considerar?

En ambas situaciones es evidente que los hombres se pueden emplear en algo mejor que en cubrir los puestos de las mujeres. Según San Lucas, estas pobres mujeres pueden con justicia decir: «¡no puedo cavar, me avergüenzo de mendigar». ¡Con este malévol precedente, no hay otra alternativa para las pobres mujeres que la miseria o el vicio!

Si les parece, elijamos a una de estas angustiadas mujeres, de entre la prodigiosa multitud, para seguirla a lo largo de su humillante mendicidad. No hay duda de que el orgullo es la pasión predominante en el corazón humano, y que —en consecuencia— cualquier tipo de comentario es inútil; pero también debe ser cierto que, después de una vida de comodidad y riqueza, soportar una situación mortificante requiere mayor fortaleza. Esta pasión, que prevalece con toda una serie de guardianes, debe dominarse ante la terrible situación de la mendicidad, pues no puede evitar derribar los espíritus de estas infelices víctimas con la fuerza de las palabras o la pluma, y tan sólo debe concebirse —en parte— como sensaciones silenciosas en aquellos que pueden adoptar las aflicciones de los demás y seguir las pasiones de la mente humana.

¿Qué tipo de perturbación debe padecer una mente cuando la necesidad obliga a la pobre y desatendida víctima a seguir pasos tan degradantes para una existencia miserable! Mirad cómo le tiemblan las extremidades, apenas capaces de soportar la carga de desdicha, mientras ella pide limosna a un pasajero. Ella, que quizás hace poco tiempo cautivaba a sus amistades con su alegre conversación y virtuoso ejemplo, por un golpe adverso, de repente ha padecido el desprecio, el desdén y la marginación de los mortales.

Pero esta miserable fatalidad no se reduce tan sólo a la juventud; por la cruel mano del destino, la pobre y abatida madre, así como su hija, están condenadas a compartir las mismas desgracias y desdichas, quedando sus reputaciones estigmatizadas por la infamia. Y en este miserable estado permanecerán para siempre, hasta que el espíritu de la opresión y el prejuicio equivocado se erradiquen.

La pesada nube de distorsión desaparece tras una investigación adecuada de la causa, pues la angustia y la desdicha de estas pobres y abandonadas criaturas tiene su origen en este tipo de seres que «se comen el pan del hambriento y se toman la bebida del sediento». A estas pobres mujeres tampoco se les permite «coger las migajas de pan» que sobren.

Mientras tanto, si les parece, veamos otra perspectiva de esta pobre madre y de su miserable hija, en este triste y angustioso estado de mendicidad, para comprobar qué alivio consiguen con sus quejidos y suspiros; poco más hay que temer que el desprecio o los insultos. Incluso la mano caritativa, acostumbrada a dar a los necesitados, tan pronto observa juventud o capacidad laboral, instantáneamente se retira y reserva los pocos peniques para otra.

¡Madre mía! ¡Qué escena tan triste, en la que una pobre madre y su indefensa hija están perdidas a merced de un mundo que no siente! Ni su gentil educación ni su delicada constitución, destrozadas por la pobreza y las dificultades, pueden evitarla.

¡Oh, qué angustia, una situación como ésta! La madre, la cariñosa madre, con la amargura del afecto maternal, piensa una y otra vez en su querida niña, quizás en la única prometa que le queda de un último y amable compañero. Ella la ve todavía con los frutos de una piadosa educación, y la mira con un indescriptible cariño, «mientras todas las pasiones del alma le vibran por el pecho con una pena inútil» ante su próxima destrucción. En vano suplican a sus antiguos amigos, porque la voz de la censura les ha calificado de infames. ¡Buen Dios!, ¿qué pena puede igualar a ésta?

Son abandonadas por los amigos al reproche, al desprecio y a la censura de un mundo cruel, sin provisión ni ningún medio de subsistencia, ni el menor atisbo de esperanza. Aunque suene increíble, todavía sigue siendo así de miserable la situación de miles de mujeres indefensas.

No dejen que los insensibles y censores refuten tal afirmación hasta que se facilite a todas ellas los medios para ser trabajadoras y virtuosas. Pocas se consideran pecadoras incorregibles, con la consiguiente discriminación. Pero hasta que no se tomen medidas al respecto, es inhumano, despreciable, cruel e impropio de un cristiano cargar a las pobres mujeres de infamia, pues padecen desgracias y un malvado precedente. Su pasiva virtud roza la calumnia, rezando: «Padre, perdónalos, pues no saben lo que hacen». Intentan protegerse cristianamente a sí mismas y a sus hijos, conforme al consejo del sabio: «Si tienes hijos, enséñales desde la juventud». Aunque ella se queje de la niña en su interior, resulta que es su compañera en la desdicha y la anima a perseverar en la virtud y en la alegre esperanza.

Ella dice: «Mi querida hija, debemos valorar el mundo y sus objetos tal y como se merecen, recordando que somos peregrinas y forasteras. Debemos aspirar al glorioso premio y superar multitud de dificultades humanas, alegrándonos de que la mano que nos creó es divina. No dejes que nuestros pies se manchen del barro de los caminos del vicio, ni que la pureza de nuestras intenciones se manchen por un solo acto de desobediencia al Poder Supremo».

Y bajo el estimulante consuelo de una educación religiosa y piadosa, ella aún intenta perseverar en la virtud, aunque en medio de la pobreza; un estado que, salvo interferencia humana, nada puede evitar excepto la silenciosa tumba. ¡Oh!, no dejen entonces que nuestros oídos se contaminen con el aire envenenado de la censura, sino intenten remover la causa, así como el estigma que —como el péndulo de un reloj— pone las ruedas de la desdicha en movimiento!

Investigando seriamente la causa, ahondando profundamente en el origen de este sufrimiento, dejemos que la censura se quede donde debe. ¿No es suficiente, suficiente de verdad, que la inocente tenga que luchar contra las dificultades de la miseria y la necesidad, y además de la malevolencia?

Desgraciadamente, incluso en este despreciable estado, ellas son susceptibles de penas que ni siquiera se pueden imaginar, pues los medios que se ven obligadas a usar para conseguir la insignificante miseria que piden las exponen a cualquier rufián avaricioso, lo suficientemente vil como para arrastrar a estas pobres víctimas a sitios que no conocen.

¿Qué dice la ley del vagabundo? «Las personas que piden limosna en la calle son ociosas y desordenadas, y cualquiera que detenga y lleve a un mendigo ante la justicia obtendrá cinco chelines cuando se le encierre en un correccional».

Aparte de lo espantoso de la sentencia, ¿cuántas pobres habrán sido arrastradas por un insensible salvaje a cualquier repugnante prisión sin tener en cuenta las sensaciones refinadas o delicadas de unas u otras? ¡Santo cielo, con seguridad no necesita ningún poder de Sidonia para realizar tan trágica escena! Aquella que quizás fue criada con la dulzura y el esmero de un cariñoso padre, últimamente se consideró como un ornamento para su sexo, hasta que la presión de las desgracias la obligó a buscarse el pan, quedando reducida a una oscura prisión, donde estaba obligada a escuchar el oprobioso lenguaje de los seres más ruines, cuyos juramentos atraviesan su alma.

¡Buen Dios!, ¿es posible que veamos a nuestras congéneres tan degradadas? ¿Podemos entrever al ser tierno y delicado, anteriormente acostum-

brado a la seguridad y tranquilidad, que la naturaleza llevó a tomar parte en las desgracias de otros? ¿Podemos dejar que estos inocentes e indefensos seres pasen desapercibidos, sin compadecer su angustia ni preguntar el motivo? ¿No, es imposible, la mirada no puede nunca más evitar sus sufrimientos, ni los oídos sus desgarradores llantos de «ten piedad de mí! ¡Oh sí, amigos míos, tengan piedad de mí!»

¿No es esto realmente angustia? Con seguridad no puede existir algo más miserable que la situación de estas pobres mujeres a las que se les prohíbe trabajar, las necesidades básicas de la vida e, incluso, saborear un mínimo de bienestar.

[...]

Elas subsisten a un exilio miserable, en un lamentable calabozo, hasta que la ley se implante y sean liberadas. Se ve a la cariñosa madre, a la pobre madre, mirando una y otra vez a su desdichada descendencia, quejándose de una miserable existencia. Su pena la rodea como una sombría ráfaga de invierno, y siente sus agotados sentidos al borde de la locura pues, cuando la esperanza deja de ofrecer consolución, tiene lugar la depresión; y con todos los amargos recordamientos de la angustia, ella, como la pobre viuda bajo el sagrado mandato judicial, se pone a preparar su último puñado de comida, para que «ellas puedan comer y morir». Una liberación que de-sean de corazón, mientras permanezcan en estado de inocencia, antes que continuar viviendo en unos términos tan miserables.

Desgraciadamente, ellas ven cerca el momento en que deben decidir la espantosa alternativa entre el vicio o la muerte. ¿Qué conflictivo debe ser este temido momento desde hace tanto tiempo para un corazón que, en la temprana juventud, se educó para servir a su creador, y que todavía contiene el ardiente deseo de ser virtuoso!

¿Puede haber algún estado más angustioso para una mente delicada y susceptible que aquel entre el bien y el mal? Y qué espantoso debe ser, finalmente, escuchar a estas pobres víctimas de la miseria defenderse a sí mismas exclamando: «No busqué consuelo en el vicio, hasta que lo desecé en defensa propia para poder soportar una existencia que, aunque no quiero más, es mi responsabilidad preservar: no hay otro remedio para los enfermos como yo, pues como el sabio Salomón dice: ¡La extrema opresión nos desespera!»

¿Qué horrible y espantoso debe ser que, por absoluta necesidad, te veas obligada a soportar una miserable existencia, ante la pérdida de las cosas que más valorabas en esta vida, poniendo en peligro lo que aún es más precioso, su alma inmortal! Además, ¿qué agonía debe ser la de su alma en

este miserable estado, dada la horrorosa cercanía de la muerte! Una muerte que, aunque muy deseada en estado de inocencia, es temida con gran horror si se es culpable, cuando todos sus delitos aparecen de golpe. Rendida por su libertinaje y enfermedad, ella siente cerca el horroroso momento en que deba comparecer ante el gran tribunal.

¿Cuántas son sus arrepentidas lágrimas en una situación tan horrible? Ella exclama una y otra vez al gran Creador: «Oh Señor, no me reprendas en tu furia, no me castigues en tu cólera! ¿Quién puede soportar tu cara de indignación?» Y así, rodeada de todas estas deprimentes sensaciones que destroran el corazón, sin un amigo con el que consolarse y sin el inestimable consuelo de una cristiana que agoniza, cada uno de sus sentidos se ve atormentado por el horror, y su miserable situación poco difiere del infierno.

Mientras sus colegas del vicio gozan de una borrachera para desterrar de sus pensamientos la horrible escena, ella se encuentra «gimiendo sobre sus pobres restos de vida», sus miembros bañados en sudor y luchando con convulsiones, con insoportables dolores de punzadas e innumerables dardos de agonía atravesando su conciencia.

[...]

Así expira su agotada respiración, y ella muere con la amargura de la pena. Y parecido continuará siendo el destino (tal y como ha sido hasta ahora para muchas) tanto para madres como para hijas, a menos que la amable mano interfiere y rompa la cadena de miseria a la que tanto tiempo han estado sujetas.

¿Pero no es suficiente una investigación en serio de estas escenas de horror para despertar al ser humano más insensible? ¿Quién no haría todo lo posible para aliviar una angustia tan inaudita o para prevenir unas calamidades tan desastrosas y unas escenas de miseria y desdicha tan complicadas? El dicho dice: más vale prevenir que curar.

Se comenta que tan sólo la ciudad de Londres gasta más de veinte mil libras anuales en patrullas, alguaciles y serenos, y puede ser una cantidad incluso mayor; no obstante, se trata de una gran suma que se consigue a través de impuestos, y el honesto comerciante contribuye inevitablemente con una gran cantidad. ¿No estaría mejor empleada esa contribución si se diera a las pobres necesitadas? Son consideradas impropias de los asilos de los pobres, al ser supuestamente capaces de ganarse el pan fuera de casa.

Mientras siga prohibiéndose que las mujeres tengan empleo, debería tenerse que se dupliquen los habitantes inútiles. Pero tal es el vínculo del progreso, surgiendo de esta horrible usurpación, que es necesario ir al ori-

gen de estas verdades de melancolía para que la conexión se descubra en su totalidad. Nada más lejos de mi intención que ofrecer a los lectores un trabajo repleto de representaciones trágicas pero, a menos que una narración detallada dejara el asunto difícil de comprender, todavía sigo con mi plan; e incluso si mi búsqueda de la felicidad me llevara a un estilo excéntrico, debería recordarse como una causa excéntrica, con el deseo de ver a todos los habitantes de esta privilegiada isla como miembros útiles y felices de la sociedad, en lugar de ser arpias de la destrucción.

Está fuera de toda duda que la felicidad política y la privada están invariablemente relacionadas, y que la moralidad de esta nación es muy corrupta, se trata de algo demasiado visible, dado el gran número de mujeres desvergonzadas que infestan el país.

En cuanto a la cantidad de estos miserables seres, no es algo fácil de comprobar, pero se ven por todos lados, como la oveja sin pastor; en Londres, por ejemplo, hay cinco o seis mil. ¡Más aún, he leído y escuchado que diez mil! Pero no seré yo quien diga cómo se puede hacer ese cálculo; supongamos que sea la mitad de esa cantidad, ¿no son cinco mil mujeres desamparadas demasiadas para padecer tal mal? ¿No sería suficiente un número mucho menor para contaminar la moral de más de la mitad de los jóvenes de la ciudad? Sin moralidad, ¿cómo podemos aspirar a la felicidad o al bien público?

¿Qué clase de seres son aquellos que con impunidad pueden oprimir a estas desafortunadas mujeres, con la completa destrucción de toda la felicidad tanto nacional como doméstica? ¿Dónde está el corazón verdaderamente entusiasta ante la virtud y el bien de un país que sufrirá un precedente tan destructivamente opresivo sin tomar medidas en la causa?

Resulta que para la religión cristiana es importante ayudar a nuestros vecinos, tanto como podamos. No tiene excusa dejar de investigar estos agravios; las nubes que dan oscuridad se dispersarán, pues en la investigación está la base del conocimiento.

Las Sagradas Escrituras nos enseñan que «la Sabiduría está justificada en todos sus hijos», y en qué se apoya nuestro bien común sino en sabiduría y justicia, cuya investigación no permitirá al juicioso descubrir rápidamente una serie de agravios opresivos, aún no mencionados. Deja que él investigue la causa por la que tantísimos convictos han sido enviados al extranjero a costa de la nación, y comprueba si su relación con estas necesitadas mujeres no ha sido gran parte de su infortunio.

Desgraciadamente los jóvenes, al entrar en contacto con el mundo, están demasiado borrachos por los agradables pero nefastos placeres, hasta

que sus sentidos están tan intoxicados que corren sin saber a dónde; finalmente, se encuentran atrapados bajo la red que estas pobres mujeres abandonadas (o mejor dicho, los investigadores de su miseria) han lanzado tan astutamente para atrapar al incauto.

Sin duda, una consideración en serio llevará a una investigación y a una perseverancia en la búsqueda; seguramente podremos tener esperanza en un compromiso basado en las leyes de la humanidad, pues un bien general nunca puede fracasar. Los comerciantes más generosos no tardarán en renunciar a un privilegio basado en principios tan injustos, pues está muy lejos de mí suponer que todos los comerciantes afeeminados son igualmente culpables de un delito conocido. No existe ningún individuo acusado de delitos involuntarios; sin embargo, ¿no corresponde a cada miembro de la sociedad estar al corriente, especialmente cuando el asunto de la investigación es de tal magnitud como para sobrepasar el interés particular y por afectar a toda la comunidad?

Fuera de toda duda, muchos hombres, a través de la fuerza de la costumbre, ignoran el daño que están haciendo a sus compañeras y a la humanidad en general, cuyos detalles he reunido muy escrupulosamente: como dice Shakespeare: «No he atenuado nada, ni apuntado nada con malicia».

[...]

Entonces, deme permiso para preguntar qué disposición hay para las mujeres desafortunadas de esta época, entre las que se encuentran un gran número de viudas que justo en el ecuador de sus días, después de una vida de opulencia y quizás con todo tipo de comodidades, se encuentran deambulando en este valle de lágrimas, en el miserable y triste estado ahora mismo descrito.

Posiblemente sacadas de sus casas por una gran adversidad, desnudas y destituidas en la más inclemente estación del año, sin un futuro ni medios de ningún tipo para cubrir sus necesidades básicas, ya que todos los oficios están ocupados por estos usurpadores de los derechos de la mujer. Finalmente, bastante cansadas y muriéndose de hambre, el temido momento llega: «como un pájaro cazado, ella está exhausta de fatiga», y el cansancio la obliga a dejarse caer al suelo y a convertirse en la presa o el entretenimiento de cualquier estudiante.

¡Pobres criaturas desamparadas! ¿No volará nadie en su ayuda? Ellas seguramente tienen promesa de ayuda y compasión de cada uno, y me halaga que los generosos sentimientos de los humanos sean sensatos a sus sufrimientos, ya que todos los que deseen la virtud prestarán su ayuda para

abolir tan destructivo precedente; y cada dama que tenga el deseo de apoyar a su sexo, se retirará con indignación cuando estos autores de la destrucción femenina se ofrezcan para servirla.

No hay duda de la eficacia de estas reflexiones en una mente sensible y generosa, capaz de compartir las penas de otro. Sin embargo, ¿de qué sirve toda esa pena o compasión si no se intenta solucionar? Supongamos que ninguna dama permitiera que le atendiera nadie de la alta burguesía en las tiendas de estos afeminados comerciantes, ¿no sería un medio para obligar a todos aquellos que siguen la farsa tragicomedia a disfrazarse con trajes y enaguas?

Bromas aparte, créanme señoras, no se trata de una broma cuando las desafortunadas pobres mujeres se ven obligadas a ir sin ropa y a soportar un ejército de Hércules al otro lado del mostrador, que bien exponen la belleza del sostén de una señora o hacen comentarios sobre el mecanismo de un ventilador. ¡Vergüenza debiera darles su comportamiento! Que los hombres se comporten como tales, y que como hombres de honor mantengan la dignidad.

Al escucharles hablar, ellos manifiestan sus mejores sentimientos. ¿A qué tienden todas estas profesiones? ¿No es una incorrección que la misma persona, que manifiesta ser amiga de la sociedad civil, cargue contra las indefensas una insólita presión? Si les parece, pasemos a ver estas afirmaciones bajo la luz de la verdad imparcial.

[...]

¿En qué consiste la vida? En una mera supervivencia, si se compara con una vida de seguridad civil o de libertad, ninguna de las cuales experimentan estas desafortunadas mujeres. A pesar de que a veces las dificultades son instructivas, y en muchos casos pueden prevenir problemas imprevistos, ellas no pueden ni siquiera beneficiarse de su conocimiento, ya que no les está permitido hacer uso de sus talentos. Es realmente espantoso ver tal cantidad de desgraciadas deambulando sin empleo o sin ningún bienestar, bien vestidas a expensas de su virtud y paz mental, o bien en un estado tan miserable, triste y rastreto que apenas parecen de su sexo, sin nada más que preservar que una educación religiosa. ¿Qué es la vida sin esperanza? ¿Dónde se encuentra el más mínimo ípice de esperanza para ellas? No pueden evitar las miradas que por todas partes les atacan. Sin embargo, ¿qué curioso es que la opresión de estos hombres, que son los causantes de tanto daño, haya pasado desapercibida durante tanto tiempo!

¿Han entregado todos sus sentimientos sin reservas? ¿No proporcionaría luz e imparcialidad examinar estas atroces quejas? En la base de tanta

miseria sólo hay interés privado, acarreado las consecuencias más horrosas; el origen se encuentra en uno de los tres siguientes motivos: en una falta de reflexión, por ser un precedente de hace tiempo; en una ceguera premeditada, con objetivos; o en una franca necesidad de entender. Esperamos que el último sea la causa, pues estaría a su favor; donde poco hay, poco se puede pedir.

Pero vosotras, cuya comprensión ha sido tantas veces tergiversada, no sufráis más por un falso y erróneo prejuicio, ni dejéis que la inocente cargue con la culpa. ¡Por el amor de Dios, dejad a la inocente, aunque sea a riesgo de que el culpable quede impune! La misericordia es el mejor atributo del cielo, pues su grandeza roza lo celestial.

Tiene que ser hace mucho cuando tuvo lugar este destructivo precedente en que los hombres sustituyeron a las mujeres en sus profesiones. En sus orígenes puede que no provocara tantos males porque, cuando la fabricación y el comercio no estaban tan extendidos, la vida estaba más estipulada: mientras el padre y el hermano trabajaban en el negocio, la madre y las hijas hacían los quehaceres domésticos. De hecho, entonces ellas eran también fabricantes, y en consecuencia no perdían un empleo; ellas encontraron bastante que hacer en el hilado, en el punto, y preparando lo necesario para la familia, por lo que no se consideraba ninguna degradación.

Pero si en esta época tan refinada los comerciantes emplean a su mujer o a sus hijas en algo tan bajo, ¿qué iba a pensar la gente o dónde quedaría su honor? Por lo tanto, explorando sus consecuencias, no estamos convencidos de que la costumbre deba ser un derecho, pues ¿qué precedente o práctica debe mantenerse sobre principios injustos? Sin duda ha habido varios precedentes que parecían buenos en principio, pero que han producido mucho mal al final, como el que está en cuestión.

En sus comienzos, como he indicado antes, pudo ser y fue algo muy loable. En aquellos días, cuando todas las cosas estaban más estipuladas y el comercio no se encontraba tan universalmente extendido, el padre de familia se quedaba encantado de colocar a sus hijos en cualquier negocio, para que el hijo pudiera incrementar su pequeño capital y fuera capaz de asegurar el porvenir no sólo propio sino también el de una esposa a la que él estaba obligado a dar una dote.

¡Ay, qué diferente de hoy en día, en que son las mujeres las que dan la dote a sus maridos y, frecuentemente, compran una esclavitud tan dura! De hecho, la mayoría de las cosas parecen diametralmente opuestas a lo que fueron en épocas anteriores. Tan sólo necesitamos retroceder unos tres si-

glos para comprobar el gran cambio; por ejemplo, ¿qué ocurriría si hoy en día un trabajador recibiera como salario nada más que un penique al día, lo que solía ser lo normal en el reinado de Enrique VII, mientras que en el reinado de Enrique VIII no excedía de los tres medios peniques? Nadie debe permitir una recompensa tan pequeña en los tiempos actuales, insuficiente para subsistir y aún más para mantener una familia.

Al menos en aquella época era suficiente para vivir, incluso cómodamente, pero todos los artículos de consumo eran mucho más baratos que ahora. El trigo, por ejemplo, que podemos calificar como primer alimento de subsistencia, se vendía en el reinado de Enrique VII a tan sólo tres chelines por cuarto, y el resto de artículos eran igual baratos; esto refuerza nuestra idea de que, con el paso del tiempo, todas las cosas cambian.

Por lo tanto, con respecto al tema que nos atañe, si todas las cosas cambian con el paso del tiempo, ¿por qué excluir a las pobres mujeres de las mejoras? Es bien sabido que ellas no pueden defenderse. Por el contrario, siempre que haya un grupo de hombres (sin importar su conducta ni moralidad) que presente quejas, sin duda su caso es escuchado y considerado tanto desde una perspectiva política como humana.

Me alegraría creer que estas diferencias tienen lugar sólo por no conocer el verdadero estado de las injusticias; en todos los otros casos de opresión, excepto en el presente, ¿no encontramos siempre protección de la policía del país? En consecuencia no hay que temer, pues una investigación sería abrir la verja de la distorsión y llevará a las avenidas de la felicidad, tanto a estas pobres mujeres como a la comunidad en general.

A las más pobres, que nacen en un estado miserable, se les enseña desde pequeñas a sobrevivir; deben conseguir pan, y toda la instrucción que ellas posiblemente reciban se reduce a cómo obtenerlo. En consecuencia, si con trabajo obtienen lo suficiente para subsistir, ellas se quedan tranquilas, sin preocuparse lo más mínimo por el mañana.

Pero la pobre desafortunada que ha conocido días mejores, al ser criada y educada con ternura y atención, siente que sus rotos sueños no pueden aliviarse más. En efecto, se siente incapaz de luchar contra las dificultades, especialmente cuando se da cuenta de que todos sus esfuerzos son inútiles; y lo que es todavía peor, corriendo de aquí para allá en busca de pan (que no es capaz de conseguir), la voz de la censura o el destructivo suspiro de la calumnia han arrojado un veneno sobre su persona, siendo despreciada por todos, tal y como se ha descrito en las páginas precedentes, y quedando irremediabilmente condenada a hundirse y a no resurgir nunca, porque ¿quién admitirá a una mujer de mala reputación en su casa?

¡Oh, cruel censura! ¿Cuál debe ser la sensación de la inocencia oprimida bajo la censura de la culpabilidad! ¿Qué es lo que ellas sienten cuando simplemente se las califica de vagas y desordenadas aunque traten por todos los medios de conseguir empleo?

Bajo tales desgracias, ellas deben sobrellevar sus penas en silencio, sin que se conozcan ni las compadezcan. Con frecuencia deben poner cara de alegre serenidad, mientras sus corazones están rotos por la secreta pena. Así, ellas pasan el tiempo con pena, hasta que encuentran una alternativa fatal: o bien ser pasivas bajo los horrores de una prisión, o bien subsistir bajo el infernal tejado del vicio a cambio de protección.

Cuando se presenta tal alternativa, ¿qué se espera?

¿Deberían evitar lo último por lo primero? ¿Cuál es la ventaja?

Creo que está admitido que todas las prisiones y los lugares de reclusión son pobres escuelas de virtud, pues la juventud y los inexpertos, e incluso aquellos de edad más avanzada, rara vez vuelven al mundo sin estar en cierto grado contaminados: no se debe suponer que esas pobres miserables son invulnerables. De hecho, si llegaran a superar estos trances imposibles, sería casi imposible que escaparan de la destrucción. Tras la muerte de familiares, la deslealtad de los amigos, las desgracias y la vergüenza, ¿dónde van a encontrar una tabla de salvación?

[...]

12. Mary Wollstonecraft

(1759-1797)

Nacida en un suburbio industrial de Londres, Wollstonecraft desde pequeña tuvo que padecer los privilegios de los que era objeto su hermano y que defender a su madre de la violencia de su padre alcohólico. Autodidacta, como chica de clase media sólo podía trabajar de institutriz, dama de compañía o maestra, oficios que desempeñó desde los dieciocho hasta casi los treinta años, edad a partir de la cual empezó a vivir de sus escritos: cuentos, novelas y ensayos.

Mary conoció en 1787 a Joseph Johnson, editor liberal para el que empezó a trabajar con críticas y traducciones en su revista radical *Analytical Review*. En efecto, tradujo del francés al inglés *On the Importance of Religious Opinions* (1788), de Jacques Neckker y *Young Gurdison* (1790), de Madame de Cambon, obras que la formaron políticamente. Como opinaba que para conseguir la emancipación de las mujeres, éstas debían estudiar, en 1789 compiló *The Female Reader; or Miscellaneous Pieces, in Prose and Verse; Selected from the Best Writers, and Disposed under Proper Heads, for the Improvement of Young Women*, serie de lecciones morales de distintas fuentes (desde la Biblia hasta Shakespeare) para las jóvenes.

En 1789 publicó su primera colección de ensayos a favor de los derechos de las mujeres, *Thoughts on the Education of Daughters; With Reflections on Female Conduct, in the More Important Duties in Life*, sobre la cuestión del empleo femenino. De hecho, Wollstonecraft dedicó su libro a Talleyrand, redactor de la «Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano» (1789), de la que había excluido a las mujeres; ella pretendía que Francia ideara un sistema de enseñanza nacional sin distinción de sexo, denunciando la injusticia de la sociedad francesa al consentir semejante laguna en la nueva Constitución.

Mientras Mary Astell proponía a las «damas» que fundaran su propia universidad, Mary Wollstonecraft exige al Estado un sistema de educación igualitario, ya que éste es el responsable de la igualdad política y legal de las

mujeres. También lo responsabiliza de la reforma del matrimonio (trato de las mujeres y divorcio) mediante leyes. Wollstonecraft fue una democrata radical que estableció las bases del feminismo moderno. Con su radicalismo, va un paso más allá que Astell. No obstante, ambas coinciden en su convicción de que la inferioridad de las mujeres era debida a la falta de una educación y no por cuestiones naturales. Asimismo, Mary Wollstonecraft, como buena democrata, empezó a analizar la situación de la mujer de clase media, no limitándose a la de la nobleza.

En 1790 Edmund Burke ataca a la Revolución Francesa con el libro *Reflexiones sobre la Revolución Francesa*, a la que Wollstonecraft replica con la *Vindicación de los derechos del hombre*, obra filosófica radical en la que defiende la igualdad y libertad de todos los individuos y en la que denuncia la discriminación que padecen las mujeres inglesas; en esta obra habla en nombre de la razón, a pesar de que argumente emocionalmente.

En 1792 publica su famoso libro *A Vindication of the Rights of Woman* (*Vindicación de los derechos de la mujer*), traducándose tres años después en Francia, Alemania e Italia, llegando incluso a los Estados Unidos. Se trata de un ensayo político-filosófico del período revolucionario entre la Declaración de la Independencia norteamericana y la Declaración francesa de los Derechos. En este texto ataca la errónea noción sobre la capacidad femenina, que mantiene a las mujeres en la ignorancia y en una dependencia similar a la de la esclavitud. Defiende que un ama de casa educada crearía un ambiente cultural en el hogar del que todos los integrantes de la familia se verían beneficiados (hijos, esposo y, sobre todo, la mujer).

Amiga de Mary Hays, e inspirada en las *Letters on Education* de Catherine Macaulay, a Mary Wollstonecraft se la considera la primera gran feminista porque en su libro trata valientemente todas las cuestiones que afectaban a las mujeres, desde la educación hasta su situación en la sociedad, concluyendo que la verdadera libertad exige la igualdad de hombres y mujeres. Wollstonecraft fue la primera que consideró a la mujer como una clase oprimida y comparó su situación con la esclavitud; también fue la primera mujer que se atrevió a calificar el matrimonio como «prostitución legal» (capítulos 4 y 9). Por todo ello, estos dos libros la convirtieron en una de los pensadores más influyentes de la época, junto a Burke y Rousseau.

Mary Wollstonecraft tuvo dos hijas de padres distintos. La primera, Fanny, con el escritor estadounidense Gilbert Imlay. La segunda, Mary, con el filósofo anarquista William Godwin, con quien acabó casándose en 1797, pero viviendo independientemente. Murió tras el parto de su segunda hija, la futura Mary Shelley, autora de *Frankenstein*, obra que representa-

ría la subyugación de la mujer. En 1798 Godwin publicaría las *Memorias de la autora de la «Vindicación de los derechos de la mujer»*.

A continuación presentamos la Introducción de esta obra, donde hace una impactante crítica de Rousseau. Asimismo, presenta con gran fuerza estilística el tema de la identidad, que sería desarrollado por las feministas del siglo XIX: «¿Quién ha erigido al hombre en único juez, si la mujer comparte con él el don de la razón?» Se trata de una alternativa racionalista a la lógica masculina que hasta entonces había dominado en la cultura occidental; el intelecto, la virtud y la libertad conforman las tres caras de la religión de la razón: la Ilustración. Se dirige no sólo a las mujeres de clase alta, sino especialmente a las de clase media, que conformarían la base de los movimientos feministas. Su estilo es emocional, pues trata de cuestiones que le atañen especialmente, de manera personal. Esto es una novedad, pues el discurso masculino siempre había sido aséptico.

Vindicación de los derechos de la mujer (1792)

(Traducción de M.^a Teresa Silva Ros)

Introducción

Después de considerar la historia y de contemplar el mundo actual con gran preocupación, las emociones más melancólicas y una triste indignación han deprimido mi ánimo, y he suspirado cuando me he visto obligada a confesar que tanto la naturaleza ha hecho una gran distinción entre los hombres como que la civilización, que hasta ahora ha tenido lugar en el mundo, ha sido muy parcial. Tras ver varios libros que tratan el tema de la educación, pacientemente he observado la conducta de los padres y la administración de los colegios. ¿Y cuál ha sido el resultado? Una profunda convicción de que la descuidada educación de mis compañeras es mi gran fuente de tristeza, y que las mujeres son representadas como débiles y desgraciadas por una serie de causas debidas a una conclusión precipitada. En realidad, la conducta y los modales de las mujeres prueban que sus mentes no están bien porque, como flores que se plantan en una tierra demasiado buena, la fuerza y la utilidad se sacrifican por la belleza, y las hojas ostentosas, después de haber agradado al escrutinio, se marchitan, quedándose

en el tallo mucho antes de llegar a la madurez. Una causa de esta estéril floración la atribuyo a un falso sistema de educación, según los libros escritos sobre el tema por los hombres que, considerando a las féminas más como hembras que como criaturas humanas, estaban más ansiosos por convertirlas en señoras seductoras que en esposas cariñosas y madres racionales. El sexo ha sido tan disorientado por este engañoso homenaje que las mujeres civilizadas del presente siglo, salvo unas cuantas excepciones, sólo desean inspirar amor, cuando por el contrario deberían buscar una ambición más noble y también respeto para sus talentos y virtudes.

Por lo tanto, en un tratado sobre los derechos y modales femeninos no se deben pasar por alto las obras que se han escrito para su mejora, especialmente cuando se afirma que las mentes de las mujeres se debilitan por un falso refinamiento, que los libros de instrucciones escritos por hombres de talento han proporcionado la misma tendencia que las producciones más frívolas y que (al estilo del mahometismo) a las mujeres se las trata como a seres subordinados y no como parte de la especie humana; se permite que una inverosímil razón sea la distinción que eleva a los hombres por encima de la creación animal, poniendo un centro natural en una mano débil.

Sin embargo, por el hecho de que sea mujer, no quiero que mis lectores piensen que voy a abordar de forma violenta la cuestión sobre la superioridad o inferioridad del sexo; pero como el tema se encuentra en mi camino, y no puedo dejarlo pasar sin poner a prueba la tergiversación de mi razonamiento, me detendré un momento para dar mi opinión en pocas palabras. En el mundo físico se observa que la mujer en cuestión de fuerza es, en general, inferior al hombre. Esta es la ley de la naturaleza, y no parece estar suspendida o abogada en favor de la mujer. Por lo tanto, un grado de superioridad física no puede negarse, ¿es una noble prerrogativa? Pero no contentos con esta preeminencia natural, los hombres se empeñan en situarnos aún en un nivel más bajo, meramente para representarnos como objetos atractivos durante un momento; y las mujeres, embriagadas por la adoración de los hombres bajo la influencia de sus sentidos, no buscan obtener un interés duradero en sus corazones ni llegar a ser amigas de las criaturas compañeras que encuentran entretenimiento en su compañía.

Soy consciente de una deducción obvia. Por todas partes he oído exclamaciones contra las mujeres masculinas, ¿pero en qué se basan? Si con ese apelativo los hombres intentan difamar en contra de su ador por la caza y el juego, me uniré con la mayor cordialidad a ellos; pero si es en

contra de la imitación de las virtudes masculinas o, mejor dicho, del logro de sus talentos y virtudes, ejercicio que ennoblece el carácter humano y que eleva a las mujeres en la escala de los seres animales cuando se les denomina comprensivamente humanidad, pienso que todos aquellos que las contemplan con una mirada filosófica deben desear conmigo que cada día sean más y más masculinas.

Naturalmente, esta discusión divide el tema. Primero, consideraré a las mujeres a la luz de las criaturas humanas, quienes, en común con los hombres, están en la tierra para desarrollar sus facultades; después, señalaré su peculiar designación.

También deseo evitar caer en el mismo error en el que han caído muchos respetables escritores, puesto que la instrucción que se ha dado a las mujeres hasta ahora ha sido más para las señoras, si exceptuamos el pequeño consejo indirecto esparcido por Sandford y Merton¹; dirigiéndome a mi sexo en un tono más firme, presto especial atención a aquellas de clase media, porque parecen encontrarse en el estado más natural. Quizás las semillas del falso refinamiento, de la inmoralidad y de la vanidad han sido sembradas por los seres grandes. Los débiles y artificiales, elevados por encima de los intereses y afectos de los de su raza, de una forma antinatural y prematura socavan la mismísima virtud y extienden la corrupción por toda la sociedad. Como uno de los grupos de la humanidad reivindica con más fuerza la piedad, la educación de los ricos tiende a convertirlos en vanidosos e inútiles, y la mente abierta no se fortalece con la práctica de las obligaciones que dignifican al ser humano. Sólo viven para divertirse y, por la misma ley que invariablemente produce determinados efectos en la naturaleza, pronto se limitan sólo a una diversión estéril.

Como propongo una revisión aparte de los distintos rangos de la sociedad, y del carácter moral de las mujeres en cada uno, de momento esta indicación es suficiente. Sólo he aludido al tema porque me parece que la esencia de una introducción es proporcionar un relato rápido de los contenidos de la obra que introduce.

Espero que mi propio sexo me disculpe que trate a las mujeres como criaturas racionales, en lugar de adular su fascinante elegancia, viéndolas como en un estado de perpetua infancia e incapaces de estar solas. Honestamente deseo señalar en qué consiste la verdadera dignidad y la felicidad humana. Ojalá persuadiera a las mujeres para que se empeñen

¹ *Historia de Sandford y Merton* es un admirado libro infantil de Thomas Day (1748-1789); publicado en tres volúmenes (1783, 1787 y 1789), utiliza ideas del *Émile* de Rousseau.

en adquirir fuerza, tanto mental como física, y las convenciera de que las dulces frases, la susceptibilidad del corazón, la delicadeza de sentimientos y el refinamiento de gusto son casi sinónimos de debilidad, y de que aquellos seres que son sólo objeto de lástima, y de ese tipo de amor que se ha denominado como su hermana, pronto se convierten en objeto de desprecio.

Rechazando esas preciosas frases femeninas, que los hombres usan con desdén para suavizar nuestra dependencia servil y despreciando la débil elegancia de la mente, la exquisita sensibilidad y la sutil docilidad de modales (supuestas características sexuales del «recipiente» más débil), quiero demostrar que la elegancia es inferior a la virtud, que el primer objetivo de una ambición loable es obtener carácter como ser humano, sin tener en cuenta la diferencia de sexo, y que se deberían aportar otros puntos de vista a esta simple pincelada.

Este es un breve esquema de mi plan, y si expreso mi convicción con la emoción que siempre siento cuando pienso en el tema, algunos de mis lectores sentirán los dictados de la experiencia y la reflexión. Animada por este importante objetivo, desdeñaré elaborar mis frases o refinar mi estilo. Pretendo ser útil, y la sinceridad implica sencillez, por lo que deseo más persuadir con la fuerza de mis argumentos que deslumbrar con la elegancia de mi lenguaje, no perderé el tiempo en dar rodeos ni en una pesada rimbombancia de sentimientos artificiales, pues aunque vienen de la cabeza nunca llegan al corazón; me emplearé en cosas y no en palabras, ansiosa por representar a mi sexo como los seres más respetables de la sociedad, e intentaré evitar el lenguaje floreado característico desde los ensayos hasta las novelas, desde las cartas familiares hasta las conversaciones.

Los preciosos superlativos, que salen con poca sinceridad de la boca, vician el gusto y crean un tipo de delicadeza forzada que se aleja de la simple y sencilla verdad; y un diluvio de sentimientos falsos y desmesurados, ahogando las emociones naturales del corazón, representando los placeres domésticos como insípidos, deberían hacer más atractivo el ejercicio de esas obligaciones tan severas que educan a un ser racional e inmortal para un campo de acción más noble.

Ultimamente la educación de las mujeres se ha tenido más en cuenta que en el pasado, pero aún así todavía se las considera frívolas, y son ridiculizadas o dignas de lástima por los escritores que con sátira o instrucción pretenden mejorarlas. Se reconoce que pasan muchos de los primeros años de sus vidas adquiriendo nociones de talentos; mientras tanto, la fortaleza

física y mental se sacrifica a la belleza, al deseo de establecerse de la única manera que las mujeres pueden en el mundo, mediante el matrimonio. Y con el deseo de convertirlas en meros animales, al casarse actúan como se espera de los niños, se engalanan, se pintan y se apodan criaturas de Dios. ¿Ciertamente esos débiles seres sólo vienen bien para un serrallo! ¿Se puede esperar que lleven una familia con sentido común o que cuiden a los pobres bebés que traen al mundo?

Entonces, de la conducta actual de este sexo y de su afición al placer, que tiene lugar por la ambición y por esas pasiones más nobles que abren y engrandecen el alma, se puede deducir que la enseñanza que las mujeres han recibido hasta ahora sólo las ha representado como insignificantes objetos de deseo, jimeras propagadoras de inútiles! Si se puede probar que al no cultivar su entendimiento se las aparta de sus obligaciones, y que se las ridiculiza y convierte en inútiles cuando la efímera flor de la belleza se marchita², presupongo que los hombres racionales me disculparán por empeñarme en persuadirlas para que se conviertan en más masculinas y respetables.

De hecho, la expresión «masculinas» es sólo una obsesión, pues hay poca razón para temer que las mujeres adquieran demasiado coraje o fortaleza, ya que su evidente inferioridad con respecto a la fortaleza física las hace, de algún modo, dependientes de los hombres a lo largo de la vida. ¿Por qué los prejuicios conceden a un sexo la virtud y confunden las verdades sencillas con ensueños sensuales?

En realidad, las mujeres están tan degradadas por erróneas nociones de la excelencia femenina que no añado una paradoja cuando afirmo que esta debilidad artificial lleva a tiranizar y da origen a la astucia, el oponente natural de la fortaleza, que las lleva a esos despreciables aires infantiles que minan la estima, incluso excitando el deseo. Dejemos que los hombres sean más castos y modestos, y si las mujeres no se vuelven más inteligentes en la misma proporción, quedará claro que tienen una inteligencia inferior. No parece necesario aclarar que ahora me refiero al sexo en general. Muchas mujeres en particular tienen más sentido común que sus parientes masculinos, y como nada prepondera cuando hay una constante lucha por guardar el equilibrio, aunque tenga naturalmente más gravedad, algunas mujeres gobiernan a sus maridos sin degradarse a sí mismas, porque el intelecto siempre gobernará.

² Un latino escritor, cuyo nombre no puedo recordar, pregunta: ¿Qué le queda por hacer en el mundo a una mujer de cuarenta años?

A M. Talleyrand-Périgord, Antiguo Obispo de Autun

Señor, habiendo leído con gran placer un opúsculo que usted acaba de publicar, le dedico este volumen (la primera dedicatoria que jamás haya escrito) para que lo lea con atención y porque creo que me entenderá, cosa que supongo que muchos ingeniosos impertinentes no harán, pues puede que ridiculicen los argumentos que no sean capaces de responder. Señor, respeto su comprensión aún más porque confío en que usted no dejará mi trabajo de lado, ni concluirá apresuradamente que estoy equivocada porque su punto de vista sobre el tema no coincida con el mío. Perdóne mi franqueza, pero debo observar que usted lo trató de forma demasiado superficial, considerándolo como se había hecho hasta entonces, en que los derechos del hombre (por no mencionar los de la mujer) eran pivotados como quimeras. Por lo tanto, ahora le invito a meditar lo que yo he avanzado con respecto a los derechos de la mujer y a la educación nacional, lo que le expongo con humanidad, porque mis argumentos, señor, se guían por un espíritu desinteresado; hablo por mi sexo, no por mí misma. Durante mucho tiempo he considerado la independencia como la gran bendición de la vida, la base de toda virtud, y siempre la aseguraré reduciendo mis necesidades, aunque tengo que vivir en una patria estéril.

Por lo tanto, el afecto por toda la raza humana hace que mi pluma se precipite para apoyar lo que creo que es la causa de la virtud, y el mismo motivo me lleva honestamente a desear ver a la mujer en una posición en la que avance, en lugar de retroceder, hacia el progreso de esos principios gloriosos que dan sustancia a la moralidad. En verdad, mi opinión con respecto a los derechos y a las obligaciones de la mujer parece fluir de forma tan natural de estos sencillos principios, que creo, aunque sea poco posible, que algunas de las privilegiadas mentes que formaron su admirable constitución coincidirían conmigo.

En Francia, sin duda alguna, hay una mayor difusión del conocimiento que en cualquier otra parte de Europa, y lo atribuyo —en gran medida— a las relaciones sociales que han subsistido a lo largo del tiempo entre los sexos. Es cierto (y pronuncio mis sentimientos con libertad) que en Francia la mismísima esencia de la sensualidad se ha extraído para agasajar a los voluptuosos, y se ha impuesto un tipo de lujuria sentimental que, junto con el sistema de duplicidad que enseñó el temor completo de su gobierno político y civil, ha dado una siniestra sagacidad al carácter francés, denominada *finesse*, de la cual fluye naturalmente un refinamiento de modales que daña la esencia persiguiendo la sinceridad en la sociedad; y la

modestia, el ropaje más bello de la virtud, incluso ha sido insultada más groseramente en Francia que en Inglaterra, y hasta sus mujeres han considerado como renalgada esa atención a la decencia que los animales instintivamente prestan.

Los modales y la moralidad están tan aliados que a menudo se confunden; pero, aunque los primeros sólo deben ser el reflejo natural de la segunda, cuando varias causas producen modales ficticios y corruptos, que se aprenden muy pronto, la moralidad se convierte en una expresión vacía. La reserva personal y el respeto sagrado por la pureza y la delicadeza en la vida doméstica, que las mujeres francesas casi desprecian, son los pilares de la modestia; pero, lejos de despreciarlos, si la llama del patriotismo ha alcanzado sus pechos, deben trabajar duro para mejorar la moralidad de sus conciudadanos, enseñando a los hombres no sólo a respetar la modestia en las mujeres sino a que ellas mismas la adquieran como única forma para ser dignas de su estima.

Luchando por los derechos de la mujer, mi mayor argumento se apoya en este principio básico que, si ella no se educa para ser compañera del hombre, frenará el progreso del conocimiento y de la virtud; la verdad debe ser común a todos, o será ineficaz en la práctica general. ¿Cómo se espera que la mujer coopere si no sabe cómo ser virtuosa? Al menos que la libertad fortalezca su razón, hasta que comprenda su obligación y vea cómo está conectada con los buenos modales reales. Si los niños van a ser educados para entender el verdadero principio del patriotismo, sus madres deben ser patriotas; y el amor a la humanidad, desde el que surge una relación ordenada de virtudes, sólo se produce considerando el interés moral y civil de ésta, pero la educación y situación de la mujer en la actualidad la dejan fuera de tales investigaciones.

En este libro he presentado muchos argumentos, que para mí son decisivos, para probar que la noción que subsiste con respecto al carácter sexual es subversiva para la moralidad, y he sostenido que, para representar el cuerpo humano y la mente mejor, la castidad debe prevalecer a nivel universal, y que ésta nunca será respetada en el mundo masculino hasta que la mujer deje de ser idolatrada (por, así, decirlo) cuando poca virtud o sentido la embellezcan.

Señor, considerad estas observaciones desapasionadamente, pues esta verdad aparecía ante usted al observar «que ver a una mitad de la raza humana excluida por la otra mitad de toda participación en el gobierno era un fenómeno político, de acuerdo a principios abstractos, imposible de explicar». Si es así, ¿en qué se apoya vuestra Constitución? Si los derechos

abstractos del hombre requieren discusión y explicación, aquellos de la mujer, por igual razonamiento, no se reducirán; no obstante, en este país prevalece una opinión diferente, basada en los mismísimos argumentos que usted usa para justificar la opresión de la mujer: el precepto.

Considerad (me dirijo a usted como legislador) que si los hombres luchan por su libertad y se les permite juzgar por sí mismos su propia felicidad, ¿no sería inconsistente e injusto subyugar a las mujeres, aún cuando crean firmemente que están actuando del mejor modo posible para su felicidad? ¿Quién ha erigido al hombre en único juez, si la mujer comparte con él el don de la razón?

De esta manera razonan todo tipo de tiranos, desde el rey hasta el débil padre de familia, siempre ansiosos de aplastar la razón, incluso afirman que usurparon el trono sólo para ser útiles. ¿No actúan de igual modo cuando fuerzan a todas las mujeres, negándoles derechos políticos y civiles, para dejarlas aisladas en sus familias en la oscuridad? Señor, con toda seguridad, no afirmaré que un deber puede ser obligatorio cuando no está fundamentado en la razón. En verdad, si éste es el destino de ellas, los argumentos pueden basarse en la razón y así, augustamente apoyadas, cuanto más entendimiento adquirieran las mujeres, más apegadas estarían a su obligación, comprendiéndola, porque si no la comprenden, si su moralidad no se fija en los mismos principios inmutables que los del hombre, ninguna autoridad puede hacerlas cumplir de una forma virtuosa. Podrían ser esclavas, pero la esclavitud tiene un efecto constante, degrada al amo y al esclavo.

Si las mujeres van a ser excluidas, sin derecho a la palabra, de los derechos naturales de la humanidad, pruebe primero que no tienen razón, para rechazar así el cargo de injusticia e inconsistencia. Esta imperfección en vuestra nueva Constitución siempre mostrará que el hombre, de alguna manera, actúa como un tirano, y la tiranía (en cualquier parte del mundo donde se erija) siempre mina la moralidad.

Repetidamente he declarado y presentado lo que me parecían argumentos irrefutables, que provienen de hechos reales que prueban mi afirmación, es decir, que las mujeres no pueden ser confinadas por la fuerza a los asuntos domésticos, ya que éstas, aunque ignorantes, intermediarán en asuntos de más peso, desatendiendo las obligaciones privadas sólo para interrumpir con ingeniosos trucos los planes de la razón por encima de su comprensión.

Además, mientras que se las eduque para adquirir méritos personales, los hombres buscarán el placer en la variedad, y maridos infieles darán lu-

gar a esposas infieles; de hecho, los seres ignorantes podrán ser excusados cuando, no teniendo ningún derecho civil, intenten tomarse la justicia por su cuenta para vengarse. Abierta así la caja del mal en la sociedad, ¿qué va a conservar la virtud privada, la única seguridad de la libertad pública y de la felicidad universal?

Dejemos que no haya coacción establecida en la sociedad y, prevaleciendo la ley común de la gravedad, los sexos se establecerán en sus lugares. Cuando vuestros ciudadanos se formen con leyes más equitativas, el matrimonio podría llegar a ser más sagrado; vuestros jóvenes podrían elegir esposas por afecto, y vuestras jóvenes permitirían al amor suprimir del todo la vanidad.

Entonces el padre de familia no debilitará su constitución ni degradará sus sentimientos visitando prostitutas, ni olvidará, obedeciendo la llamada del apetito, su finalidad. La madre no descuidará a sus hijos por las artes de la coquetería, cuando el sentido y la modestia le aseguren la amistad de su esposo.

Pero hasta que los hombres no sean conscientes de su obligación como padres, es inútil esperar que las mujeres dediquen ese tiempo al cuidado de los niños: «inteligentes para su generación», eligen mirarse al espejo, pues este ejercicio de astucia es sólo un instinto de la naturaleza para obtener un poco de ese poder que injustamente se les ha negado compartir, y si no se les permite disfrutar de los derechos legítimos, volverán viciosos tanto a los hombres como a ellas mismas para obtener privilegios ilícitos.

Señor, deseo sacar a flote algunas investigaciones de este tipo realizadas en Francia y, si éstas llevasen a confirmar mis principios cuando vuestra Constitución sea revisada, se deberían respetar los Derechos de las mujeres, si se prueba que la razón apela a este respeto y en voz alta demanda JUSTICIA para la mitad de la raza humana.

Respetuosamente, M. W.

Nota: Cuando comencé a escribir esta obra, pensé dividirla en tres partes, suponiendo que la primera contendría todos los argumentos que surgieran de forma natural de unos cuantos principios básicos pero, al aparecer nuevas aclaraciones, finalmente presento al público sólo la primera parte. Sin embargo, muchos temas que he aludido de manera superficial requieren una investigación particular, especialmente las leyes relativas a las mujeres y la consideración de sus obligaciones. Éstas serían material suficiente para

un segundo volumen³, para dilucidar algunos de los sentimientos y para completar muchos de los esquemas presentados en el primero.

Capítulo 2: Discusión sobre la opinión prevaleciente de un carácter sexual

Para justificar y excusar la tiranía del hombre se han presentado muchos argumentos ingeniosos que prueban que los dos sexos, en la obtención de la virtud, deben conseguir un carácter muy diferente; o, para decirlo claramente, a las mujeres no se les permite tener la suficiente fortaleza mental como para adquirir lo que realmente merece la virtud. Aún así, al permitirles tener almas, sólo hay una forma —según la Providencia— para conducir a la humanidad bien a la virtud o bien a la felicidad.

Entonces, si las mujeres no son personas frívolas y efímeras, ¿por qué se las debe mantener en la ignorancia, bajo el falso nombre de inocencia? Los hombres se quejan, y con razón, de las locuras y caprichos de nuestro sexo, o de lo contrario amablemente critican nuestras impetuosas pasiones y serviles vicios. ¡He aquí el efecto natural de la ignorancia!, debo responder. La mente siempre será inestable si sólo tiene prejuicios sobre los que apoyarse, la corriente arrasará con furia cuando no encuentre barreras. Desde la infancia a las mujeres se les dice, siguiendo el ejemplo de sus madres, que un poco de conocimiento sobre la debilidad humana (denominado justamente astucia), un poco de suavidad de temperamento, de obediencia externa, y una escrupulosa atención a una decencia pueril les proporcionará la protección del hombre, y si son guapas todo lo demás les sobra durante —al menos— veinte años.

Así describe Milton a nuestra primera y frágil madre; incluso cuando dice que las mujeres se han formado para la ternura y la dulce gracia, no puedo comprender su significado, a menos que quisiera privarnos de almas, al puro estilo mahometano, e insinuar que somos seres (designados por la gracia atractiva y la dócil obediencia ciega) para gratificar los sentidos del hombre cuando éste ya no pueda contemplar más.

¡Qué groseramente nos insultan aquellos que nos aconsejan representarnos sólo como animales domésticos! Por ejemplo, la atractiva ternura, tan frecuentemente recomendada, se gobierna con la obediencia.

³ El segundo volumen nunca se publicó.

¿Qué expresiones tan pueriles, y qué insignificante es el ser! ¿Puede ser alguien inmortal? ¿Quién se digna a gobernar con métodos tan siniestros? En efecto, Lord Bacon dice: «El hombre está emparentado con los animales por su cuerpo, y si no estuviese emparentado con Dios por su espíritu, sería una criatura simple y vil». De hecho, me parece que los hombres actúan de manera poco filosófica cuando intentan asegurar la buena conducta de las mujeres manteniéndolas siempre en un estado de infancia. Rousseau fue más coherente al querer detener el progreso de la razón en ambos sexos, porque si los hombres comen del árbol de la sabiduría, las mujeres también irán a probarlo; dado el cultivo que ahora recibe su entendimiento, éstas sólo consiguen el conocimiento del mal.

Admito que los niños y las niñas sean inocentes pero, cuando se aplica el epíteto a mujeres u hombres, se trata tan sólo de un calificativo cortés para la debilidad. Si se admite que las mujeres fueron destinadas por la Providencia para adquirir las virtudes humanas, y con el ejercicio del entendimiento esa estabilidad de carácter, que es la base más firme en la que asentar nuestras futuras esperanzas, le permite dirigirse a la fuente del conocimiento, no deberían ser forzadas a modelar su curso por el parpadeo de un mero satélite. Admito que Milton tenía una opinión muy diferente, ya que sólo se inclina ante el irrevocable derecho de la belleza, aunque es difícil si contrastamos dos pasajes suyos. Pero, a menudo, los grandes hombres llegan a inconsistencias similares por sus sentidos.

'Eva, de una belleza perfecta, le dijo:
Mi autor y mi señor, lo que tú mandes,
yo obedeceré, si así lo ordena Dios,
pues Él es tu ley y tú la mía.
y no saber más es para la mujer
la mejor alabanza y sabiduría'.

Exactamente estos son los argumentos que he usado para los niños, pero añado: «ahora vuestra razón está ganando fortaleza y, hasta que alcance algún grado de madurez, deberíais pedirme consejo a mí; luego debéis pensar y confiar únicamente en Dios».

Aún así, Milton parece coincidir conmigo en las siguientes líneas, cuando hace que Adán discuta con su creador:

'¿No me has creado como tu sustituto
 y has colocado a seres inferiores por debajo de mí?
 Entre desiguales, ¿qué sociedad, qué armonía,
 qué deleite verdadero se puede obtener?
 Lo mutuo, en una determinada proporción, da y recibe,
 pero la disparidad de uno y otro
 no pueden entrelazarse bien,
 pues pronto muestran que son diferentes:
 hablo de compañía tal y como la busco,
 para compartir todo deleite racional'.

Por lo tanto, al tratar los modales de las mujeres, sin tener en cuenta los argumentos sensuales, tracemos lo que deben hacer éstas para cooperar (si la expresión no es demasiado osada) con el Ser Supremo.

Ya que la expresión no está definida con precisión, por educación individual me refiero a la atención al niño que poco a poco agudiza sus sentidos, que forma el temperamento, que regula las pasiones cuando empiezan a aflorar y que pone el entendimiento a trabajar antes de que el cuerpo llegue a la madurez, para que el hombre sólo tenga que proceder, no comenzar, la importante tarea de aprender a pensar y razonar. Para evitar cualquier interpretación errónea, debo añadir que no creo que la instrucción privada pueda hacer las maravillas que algunos optimistas escritores dicen. Mujeres y hombres deben ser educados, en gran medida, por las opiniones y costumbres de la sociedad en la que viven. En cada época ha existido una opinión popular que se ha llevado todo por delante, por así decirlo, imprimiendo un carácter al siglo. Entonces se puede inferir justamente que, hasta que la sociedad no se constituya de forma diferente, no se puede esperar mucho de la educación. Sin embargo, es suficiente para mi objetivo actual afirmar que, pese al efecto que las circunstancias puedan tener en las capacidades, todo ser puede llegar a ser virtuoso si ejercita su razón, porque si un solo ser fuera creado con inclinaciones viciosas, es decir, realmente malo, ¿qué nos puede salvar del ateísmo? o, si veneramos a un Dios, ¿no es ese Dios un demonio?

En consecuencia, en mi opinión la educación más perfecta es el ejercicio del entendimiento para fortalecer el cuerpo y formar el corazón o, en otras palabras, para capacitar a la persona para retener los hábitos de la virtud que le harán independiente. En realidad, es una farsa calificar a cualquier ser como virtuoso cuando sus virtudes no provienen del ejercicio de la razón. Esta era la opinión de Rousseau respecto a los hombres; yo la ex-

tiendo a las mujeres, y afirmo que han sido sacadas de su esfera por un falso refinamiento y no en el empeño de adquirir cualidades masculinas. El homenaje que reciben todavía es tan embriagador que hasta que las costumbres de la época no cambien, y se basen en principios más razonables, será imposible convencerlas de que el poder ilegítimo que consiguen degradándose es una maldición, y de que deben volver a la naturaleza y a la igualdad si desean asegurarse la satisfacción que los afectos no sofisticados producen. Quizás deberíamos esperar hasta que los reyes y los nobles, iluminados por la razón y prefiriendo la dignidad real de las personas al estado infantil, se quiten las llamativas galas hereditarias, y si después las mujeres no rechazan el poder arbitrario de la belleza, probarán que son menos inteligentes que los hombres.

Puede que sea acusada de arrogancia, pero aún así debo declarar lo que firmemente creo, que todos los escritores que han tratado el tema de la educación y de los modales femeninos, desde Rousseau hasta el doctor Gregory⁴, han contribuido a representar a las mujeres como personas más artificiales y débiles y, en consecuencia, como los miembros más inútiles de la sociedad. Yo podría haber expresado esta convicción en un tono más bajo, pero habría sido un gemido y no la fiel expresión de mis sentimientos, resultado de mi experiencia y reflexión. Cuando llegue a esta parte, me detendré en los pasajes que especialmente desapruebo de las obras de los autores aludidos, pero primero quiero hacer observar que mi protesta se extiende a las obras completas, pues tienden —en mi opinión— a degradar a la mitad de la especie humana, y representan a las mujeres como agradables a costa de una sólida virtud.

Sin embargo, razonando sobre Rousseau, si el hombre de verdad adquiere un grado de perfección mental cuando su cuerpo llega a la madurez, para hacer uno de un hombre y su mujer, ella podría confiar completamente en el entendimiento de él; la graciosa hiedra, aferrándose al roble que la sostiene, formará un todo en el que fuerza y belleza serían igual de sobresalientes. Pero, ¡ay, maridos!, al igual que sus compañeras, a menudo son niños demasiado grandes para su edad; mejor dicho, gracias a la temprana corrupción son poco hombres, y si los ciegos guían a los ciegos, no hace falta que nadie venga del cielo para saber las consecuencias.

Muchas son las causas que en esta sociedad corrupta contribuyen a esclavizar a las mujeres, cohibiendo su entendimiento y agudizando sus sen-

⁴ John Gregory (1724-1773) publicó *A Father's Legacy to his Daughters* (1774), obra tradicional a modo de consejo sobre el adecuado comportamiento femenino.

tidos. La que quizás, en silencio, hace más daño que todo el resto es su despreocupación por el orden. Hacer todo de un modo ordenado es el precepto más importante, al cual las mujeres (que, hablando a grandes rasgos, reciben sólo una educación desordenada) raras veces prestan la atención que los hombres, quienes desde su infancia están expuestos al método. Este tipo de conjetura negligente (¿qué otro epíteto se podría utilizar para calificar los esfuerzos casuales de un sentido común instintivo que jamás ha puesto a prueba la razón?) les impide deducir generalizaciones de los hechos, así que hacen hoy lo que hicieron ayer, simplemente porque lo hicieron ayer.

Este desprecio del entendimiento en la vida temprana tiene consecuencias más funestas de lo que se presupone, porque el pequeño conocimiento que las mujeres de mentes fuertes consiguen es, por varias circunstancias, más irregular que el conocimiento de los hombres, y se adquiere más por observación de la vida real que por comparar lo que se ha observado y que por generalizar los resultados de la experiencia a través de la especulación. Llevadas por su dependencia y por sus empleos domésticos más cerca de la sociedad, lo que aprenden son retales, y como el aprendizaje en ellas es en general algo secundario, no persiguen ninguna otra cosa con el ardor necesario para dar vigor a las facultades y claridad al juicio. La sociedad actual requiere un pequeño aprendizaje para ser un caballero, por lo que se obliga a los chicos a unos cuantos años de disciplina. Pero en la educación de las mujeres el cultivo del entendimiento siempre está supeditado a algún talento corporal. Incluso, ya debilitadas por el confinamiento y las falsas nociones de modestia, previenen al cuerpo de esa gracia y belleza, pues nunca exhiben los miembros medio formados y relajados. Además, en la juventud, no se emulan sus capacidades por lo que, no teniendo una instrucción científica seria sobre su sagacidad natural, se las dedica demasiado pronto a la vida y a los modales. Ellas se extienden en los efectos sin ir a las causas, y las complicadas reglas para ajustar el comportamiento resultan un débil sustituto de los principios básicos.

Como prueba de que la educación da apariencia de debilidad a las mujeres, podríamos poner como ejemplo a los militares, quienes como ellas son expuestos al mundo antes de que sus mentes estén equipadas con conocimiento, o fortificadas con principios. Las consecuencias son similares: los soldados adquieren un poco de conocimiento superficial, gracias a la conversación, y al mezclarse con la sociedad ganan lo que se denomina conocimiento de mundo. Este trato con los modales y las costumbres se ha confundido frecuentemente con un conocimiento del corazón humano.

Pero, ¿puede el fruto de la observación casual, nunca puesta en tela de juicio y formada al comparar la especulación con la experiencia, merecer tal distinción? Los soldados, al igual que las mujeres, practican las virtudes menores con cortesa. ¿Dónde está, pues, la diferencia sexual, cuando la educación ha sido la misma? Toda la diferencia que puedo comprobar es una mayor libertad de los primeros para conocer más de la vida.

Queda pendiente hacer una puntualización política: como se la producido de forma natural en el transcurso de mis reflexiones, no la pasaré por alto. Los ejercicios de categoría nunca están compuestos de hombres resueltos y robustos; pueden ser máquinas bien disciplinadas, pero raras veces contendrán hombres de pasiones fuertes o con facultades muy vigorosas. En cuanto a alguna profundidad de entendimiento, me aventuraré a afirmar que es tan raro encontrada en el ejército como entre las mujeres. Y la causa, mantengo, es la misma. Es más, se puede observar que los oficiales son también particularmente ajenos con ellos mismos, son aficionados al baile, a las habitaciones llenas de gente, a las aventuras y al ridículo⁵. Como en el sexo bello, el oficio de sus vidas es la galantería; fueron educados para agrandar, y sólo viven para eso. A pesar de ello, no pierden el rango de distinción de su sexo, ya que todavía se les considera como superiores a las mujeres, ¿pero en qué consiste su superioridad? Más allá de lo que yo he mencionado, es difícil de descubrir. La gran desgracia es ésta, que ambos adquieren inodales antes que moralidad, un conocimiento de la vida antes de que reflexionen con el gran esquema de la naturaleza humana. La consecuencia es natural.

Satisfechos con la naturaleza común, se convierten en presa de prejuicios, y tomado toda las opiniones sobre su honor, ciegamente se someten a la autoridad. Para que tengan algún sentido, se trata de un tipo de mirada intuitiva que coge proporciones y decide con respecto a los modelos, pero falla cuando los argumentos siguen por debajo de la superficie o las opiniones se analizan.

¿No se podría aplicar la misma observación a las mujeres? Más aún, el argumento se puede llevar todavía más lejos, porque ambos son sacados de sus puestos por distinciones no naturales establecidas por la civilización. Las riquezas y los honores hereditarios han convertido a las mujeres en centros, para dar importancia a las cantidades numéricas, y la ociosidad ha pro-

⁵ ¿Por qué se debe censurar a las mujeres con seriedad por desear un abrigo de color escarlata? ¿Acaso no les ha enseñado la educación junto a los soldados en vez de con cualquier otro tipo de hombres?

ducido una mezcla de galantería y despotismo en la sociedad, que lleva a los mismísimos hombres (esclavos de sus concubinas) a tiranizar a sus hermanas, esposas e hijas. Es cierto que esto es sólo manteniéndolas como soldados rasos. Fortalezcamos la mente femenina agrandándola, y habrá un fin para la obediencia ciega, pero como ésta es siempre buscada por el poder, los tiranos y sensualistas están en lo cierto cuando se empeñan en mantener a la mujer en la oscuridad, porque los primeros sólo quieren esclavas y los segundos un juguete. En verdad el sensualista ha sido el más peligroso de todos los tiranos; embaucadas las mujeres por sus amantes, como los príncipes por sus ministros, soñaban que reinaban sobre ellos.

Ahora me refiero principalmente a Rousseau, porque el personaje de Sophia es sin duda cautivador, aunque me parece enormemente antinatural. Sin embargo, no es la estructura superficial sino su carácter, los principios de su educación, lo que quiero atacar; a pesar de lo que admiro el genio de este escritor, cuyas opiniones a menudo tendré ocasión de citar, la indignación siempre ocupa el lugar de la admiración, y el ceño fruncido de la virtud insultada borra la sonrisa de complacencia que su elocuencia suele suscitar cuando leo sus voluptuosos ensueños. ¿Es este el hombre que, en su ardor por la virtud, desterraba todas las dulces artes de la paz y casi nos llevaba a una disciplina espartana? ¿Es este el hombre que disfruta pintando las útiles batallas de la pasión, los triunfos de las buenas disposiciones y los heroicos vuelos que llevan a la reluciente alma fuera de sí? ¿Cómo se reducen estos poderosos sentimientos cuando describe los preciosos pies y los aires seductores de su pequeña favorita! Por el momento prescindiré del tema y, en lugar de castigar severamente las pasajeras efusiones de la sensibilidad arrogante, sólo observaré que cualquiera que haya mirado con benevolencia la sociedad, a menudo debe haber sido gratificado con la mirada de un amor humilde y mutuo no dignificado por el sentimiento o fortalecido por una unión en actividades intelectuales. Los quehaceres domésticos diarios proporcionan temas para una alegre conversación, y las inocentes caricias suavizan los trabajos que no requerían gran esfuerzo de la mente o pensar demasiado. ¿La visión de esta moderada felicidad aún no ha provocado más ternura que respeto? Una emoción similar a la que sentimos cuando los niños y las niñas están jugando, o los animales se divierten⁶, mientras la contempla-

⁶ El agradable cuadro de Milton sobre la felicidad en el paraíso ha despertado, alguna vez en mí, sentimientos similares. No obstante, en lugar de envidiar a la pareja de amantes, me he vuelto hacia el infierno con dignidad u orgullo satánico para alcanzar objetivos más

ción de las nobles batallas del mérito sufridor produce admiración y lleva a nuestros pensamientos a ese mundo donde la sensación dará lugar a la razón.

Por lo tanto, las mujeres tienen que ser consideradas, o como seres morales o como tan débiles que deben estar sometidas por completo a las facultades superiores de los hombres. Examinemos esta cuestión. Rousseau declara que una mujer jamás debe sentirse independiente ni por un momento, que debe tener miedo a ejercer su astucia natural, y que debe convertirse en una esclava coqueta para llegar a ser el objeto más deseado, una dulce compañera para el hombre cuando él quiera relajarse. Rousseau lleva el argumento aún más lejos, al pretender deducir las indicaciones de la naturaleza, e insinúa que la verdad y el valor (las piedras angulares de toda virtud humana) deben cultivarse con ciertas restricciones, porque —con todo respeto al carácter femenino— la obediencia es una gran lección que debe aprenderse con un rigor inexorable.

¡Qué tontería! ¿Cuándo surgirá un gran hombre con la suficiente fuerza mental como para soplar los humos que el orgullo y la sensualidad han extendido sobre el tema? Si las mujeres son por naturaleza inferiores a los hombres, sus virtudes deben ser de la misma calidad, si no lo son en cantidad, o de lo contrario la virtud sería una idea relativa; en consecuencia, su conducta se debe basar en los mismos principios y debe tener el mismo objetivo.

Relacionadas con los hombres como hijas, esposas y madres, su moral se podría estimar por cómo desempeñan estas simples obligaciones, pero el fin, el gran fin de sus esfuerzos debe ser desplegar sus propias facultades y adquirir la dignidad de la virtud consciente. Pueden representar su camino como agradable, pero nunca deben olvidar, al igual que el hombre, que la vida no da la felicidad al alma inmortal. No pretendo insinuar que ambos sexos deben perderse en reflexiones abstractas o en visiones distantes, y olvidar los afectos y las obligaciones que tienen ante sí, pues son en verdad el medio para que la vida dé fruto; por el contrario, les recomendaría afectuosamente, e incluso afirmo, que se permitan más satisfacción bajo la verdadera luz de la sensatez.

sublimes. En la misma línea, al contemplar alguna noble muestra de arte humano, he descubierto la emanación divina, hasta que, descendiendo desde esa vertiginosa altura, me he sorprendido contemplando la más grande de todas las visiones humanas, ya que la imaginación se colocó rápidamente en algún recóndito y solitario lugar marginado por la fortuna, haciéndose superior a la pasión y al descontento.

Probablemente, la opinión reinante de que la mujer fue creada para el hombre puede haber surgido de la poética historia de Moisés. No obstante, como muy pocos han dedicado algún pensamiento serio al supuesto tema de que Eva era literalmente una de las costillas de Adán, la deducción debe sucumbir, ya que el hombre, desde la más remota Antigüedad, encontró conveniente ejercer su fuerza para subyugar a su compañera; su invención fue para que la mujer doblara el cuello bajo su yugo, pues la creación entera fue únicamente para su conveniencia y placer.

¡Que nadie concluya que deseo invertir el orden de las cosas! Ya he reconocido que, por la constitución de sus cuerpos, los hombres parecen estar designados por la Providencia para conseguir un mayor grado de virtud. Hablo del sexo en general, pero no veo razón para concluir que sus virtudes puedan diferir con respecto a su naturaleza. En realidad, ¿cómo pueden, si la virtud sólo tiene un esquema eterno? Por lo tanto, razonando de manera consecuente, mantengo enérgicamente que tienen la misma simple dirección como que existe un Dios.

La astucia no debe oponerse a la sabiduría, los pequeños cuidados a los grandes esfuerzos, o la insípida ternura, barnizada con el nombre de gentileza, a la fortaleza que sólo pueden inspirar las grandes visiones. Entonces se me dirá que la mujer perdería muchas de sus gracias, y se podría citar la opinión de un poeta muy famoso para refutar mi afirmación incondicional, ya que Pope —en nombre de todo el sexo masculino— ha dicho:

'Nuestra pasión jamás está tan lista
como cuando roza lo que odiamos'.

Dejaré al juicioso determinar en qué lugar coloca a hombres y mujeres. Mientras tanto me contentaré con observar que no sé por qué, a menos de que sean mortales, las mujeres deben ser siempre degradadas, subbordnadas al amor o a la lujuria.

Hablar del amor irrespetuosamente es, lo sé, una gran traición contra los buenos sentimientos, pero quiero hablar con el lenguaje sencillo de la verdad y dirigirme más a la cabeza que al corazón. Empeñarse en razonar el amor del mundo sería una quijotada, e igualmente ofendería al sentido común, pero parece menos salvaje empeñarse en reprimir esta tumultuosa pasión y en probar que no se le debería permitir destronar poderes superiores, o usurpar el cetro que el entendimiento siempre debe empuñar con tranquilidad.

La juventud es la época para el amor en ambos sexos, y en esos días de placer descuidado se deberían hacer provisiones para los años más importantes de la vida, cuando la reflexión ocupa el lugar de la sensación. Pero Rousseau y la mayoría de los escritores masculinos han indicado de forma evasiva que la educación femenina debería centrarse completamente en un aspecto, en representarla como agradables.

Permítanme razonar, con los que apoyan esta opinión, que tienen algún conocimiento de la naturaleza humana. ¿Se imaginan ellos que el matrimonio puede erradicar un hábito de vida? La mujer que sólo ha sido educada para agradar, pronto descubrirá que sus encantos son rayos de sol obligados, y que éstos no pueden tener mucho efecto en el corazón de su marido cuando se ven todos los días, cuando el verano ha pasado y terminado. ¿Tendrá entonces suficiente energía innata como para mirar hacia su interior, en busca de tranquilidad, y para cultivar sus facultades inactivas? ¿No sería más lógico esperar que complazca a otros hombres y, dadas las emociones surgidas por las nuevas conquistas, se empeñe en olvidar la mortificación de su amor u orgullo? Cuando el marido deja de ser un amante, y el momento inevitablemente llega, su deseo de agradar languidecerá o se convertirá en fuente de amargura, y quizás el amor, la más evanescente de todas las pasiones, dará paso a los celos o a la vanidad.

Ahora me referiré a las mujeres que están reprimidas por principios o prejuicios. Tales mujeres, aunque se retirarían de un lío amoroso con verdadero aborrecimiento, sin embargo quieren el homenaje de la galantería que cruelmente han perdido de sus maridos, o pasan días y semanas soñando con la felicidad de dos almas gemelas hasta que el descontento mina su salud y rompe su espíritu. Entonces, ¿cómo puede el gran arte de agradar ser un estudio tan necesario? Sólo es útil para la concubina. La esposa casta y madre sería sólo debe considerar su poder para agradar como un barniz de sus virtudes, y el afecto de su marido como una de las comodidades que hace su tarea menos difícil y su vida más feliz. Pero, sea amada o abandonada, su primer deseo debe ser hacerse respetar, y no confiar toda su felicidad en un ser sujeto a sus mismas debilidades.

El honorable doctor Gregory cayó en un error similar. Respeto su corazón, pero rechazo completamente su famoso *Legado a sus hijas*. Les aconseja cultivar la afición por vestirse bien, porque tal afición —asegura— es natural para ellas. Soy incapaz de comprender lo que tanto él como Rousseau quieren decir cuando frecuentemente utilizan esta expresión indefinida. Si lo que dicen es que, en un estado preexistente, el alma era aficionada al buen vestir, y que trajo esta inclinación a un cuerpo nuevo, los

escucharía con una media sonrisa, como a menudo hago cuando oigo algo elocuente sobre la elegancia innata. Pero si lo que quieren decir es que el ejercicio de las facultades producirá esta afición, lo niego. No es natural, sino que nace (como la falsa ambición en los hombres) de un deseo de poder.

El doctor Gregory va aún más lejos, realmente recomienda simulación, y aconseja a la chica inocente mentir sobre sus sentimientos, no bailar con ánimo y que la alegría del corazón no deje que sus pies hagan movimientos impúdicos. En el nombre de la verdad y del sentido común, ¿por qué no debe una mujer reconocer que puede hacer más ejercicio que otras o, en otras palabras, que tiene una constitución fuerte? ¿Por qué para lograr su inocente vivacidad se le dirá, misteriosamente, que los hombres sacan conclusiones en las que ella apenas piensa? Dejemos que el libertino llegue a la conclusión que quiera, pero espero que ninguna madre sensata reprima la franqueza natural de la juventud inculcando tales advertencias indecentes. De la abundancia del corazón habla la boca, y alguien tan sabio como Salomón dijo que éste se debe limpiar y que no se deben observar ceremonias triviales, lo cual es muy difícil de cumplir con escrupulosa exactitud cuando el vicio reina en el corazón.

Las mujeres deben empeñarse en purificar sus corazones, ¿pero pueden hacerlo cuando su entendimiento sin educar las hace enteramente dependientes de sus sentidos para el trabajo y la diversión, cuando ninguna ocupación noble las sitúa por encima de las pequeñas vanidades diarias ni les permite refrenar las salvajes emociones que agitan al junco sobre el que cada soplo de aire tiene poder? ¿Es necesario el amaneramiento para ganarse el afecto de un hombre virtuoso? La naturaleza ha proporcionado a la mujer una estructura más débil que al hombre, pero para asegurarse el cariño del marido ¿debe una esposa, con el ejercicio de su mente y de su cuerpo mientras desempeña las obligaciones de hija, esposa y madre, permitir a su constitución retener su fuerza natural y a sus nervios un tono saludable? ¿Tiene que dignarse a usar artes y aparentar una delicadeza enfermiza para asegurarse el cariño de su marido? La debilidad puede dar lugar a la ternura y gratificar el orgullo del hombre, pero las caricias arrogantes de un protector no gratificarán una mente noble que suspira y merece ser respetada. ¿El cariño es un pobre sustituto de la amistad!

Admito que en un serrallo todas estas artes son necesarias; el epicúreo debe sentir su paladar acariciado, o se hundirá en la apatía. Pero ¿tienen las mujeres tan poca ambición como para quedarse satisfechas con esa condición? ¿Pueden soñar con una vida en el regazo del placer o del aburri-

miento más que con reivindicar placeres razonables y con representarse a sí mismas practicando las virtudes que dignifican a la humanidad? Con seguridad no poseen un alma inmortal y pueden perder la vida simplemente adornándose, cuando podrían alegrarles las lánguidas horas los cuidados de un compañero deseoso de ser animado por sus sonrisas y travесuras, una vez se haya terminado el negocio serio de la vida.

Además, la mujer que, dirigiendo a su familia y practicando varias virtudes, fortalece su cuerpo y ejercita su mente, se convertirá en una amiga y no en la humilde dependiente de su marido; y si, poseyendo tales cualidades, merece la atención de su marido, no encontrará necesario ocultar su cariño ni pretender una frialdad antinatural para excitarle. En realidad, si miramos atrás en la historia, encontraremos que las mujeres que han destacado no eran ni las más guapas ni las más gentiles de su sexo.

La naturaleza o, para hablar con estricta propiedad, Dios ha hecho todas las cosas bien; pero el hombre ha inventado muchas cosas para echar a perder su trabajo; ahora aludo a esa parte del tratado del doctor Gregory donde se aconseja a una esposa que nunca deje saber a su marido hasta qué punto es sensible o cariñosa. La precaución voluptuosa es tan inefectiva como absurda. El amor por su mismísima naturaleza debe ser transitorio. Buscar un secreto que sea constante sería tan insensato como buscar la piedra filosofal o la gran panacea, y el descubrimiento sería igualmente inútil o bastante funesto para la humanidad.

El tesoro más sagrado de la sociedad es la amistad. Como ha dicho muy bien un escritor satírico e inteligente: «Si es raro el amor verdadero, más rara es aún la verdadera amistad». Esto es una verdad obvia, y la causa, al no ser profunda, la reduciremos a un vistazo rápido. El amor, la pasión común, donde la casualidad y la sensación suplantán a la elección y a la razón es, hasta cierto punto, algo experimentado por la mayoría de la humanidad; de momento, lo que es necesario es hablar de las emociones que surgen por encima y se sumergen por debajo del amor. Esta pasión, incrementada de forma natural por el suspense y por las dificultades, saca a la mente de su estado normal y exalta los afectos; pero en la seguridad del matrimonio, que permite a la fiebre del amor calmarse, se cree que una temperatura saludable es insípida sólo para aquellos que no tienen la inteligencia suficiente como para encontrar la tranquila ternura de la amistad, la confianza del respeto, la admiración ciega y las emociones sensuales del cariño.

Este es, debe ser, el curso de la naturaleza. La amistad o la indiferencia inevitablemente suceden al amor. Y esta constitución parece armonizar

perfectamente con el sistema de gobierno que prevalece en el mundo laboral. Las pasiones son estimulaciones para la acción y abren la mente, pero se sumergen en meros apetitos, se convierten en una gratificación momentánea cuando se consigue el objeto y la mente satisfecha descansa en paz. El hombre que posee alguna virtud, mientras lucha por una corona, a menudo se convierte en un tirano cuando se pone ésta en la cabeza; y cuando el amante no está escondido en el marido, como presa de los caprichos infantiles y de los celos, descuida las obligaciones serias de la vida, y las caricias que deben dar confianza a sus hijos son prodigadas a la niña grande, su esposa.

Para cumplir con las obligaciones de la vida y para poder seguir con vigor las distintas tareas que conforman el carácter moral, los señores de una familia deben dejar de amarse con pasión. Lo que quiero decir es que no deben dar rienda suelta a esas emociones que alteran el orden de la sociedad y absorben los pensamientos que deben emplearse de otra manera. La mente que nunca ha sido absorbida por nada carece de vigor, y es débil si permanece así durante mucho tiempo.

Una educación equivocada, una mente estrecha y sin cultivar, y muchos prejuicios sexuales tienden a hacer a las mujeres más constantes que a los hombres, pero por el momento no abordaré este tema. Iré más lejos y avanzaré, sin que sea una paradoja, que un matrimonio infeliz es a menudo muy ventajoso para la familia, ya que la esposa descuidada —en general— es mejor madre. Y ésta sería casi siempre la consecuencia si la mente femenina se ampliara, porque parece ser designio de la Providencia que lo que ganamos en diversión debe deducirse del tesoro de la vida (la experiencia) y que, cuando estamos reuniendo las flores del día y deleitándonos con el placer, la sólida fruta del trabajo y de la sabiduría no se pueden alcanzar al mismo tiempo. El camino se bifurca ante nosotras, y debemos ir a la izquierda o a la derecha; y quien pasa la vida yendo de un placer a otro, no debe quejarse si no adquiere sabiduría ni un carácter respetable.

Suponiendo, por un momento, que el alma no es inmortal y que el hombre se creó únicamente para el momento actual, entonces tendríamos razón para quejarnos de que el amor, el cariño infantil, siempre se vuelve insípido y pierde gusto. Comamos, bebamos y amemos, pues mañana moriremos; éste sería en verdad el lema de la razón, la moral de vida. ¿Y quién, sino un tonto, abandonaría la realidad por una sombra efímera? Pero si al observar con temor los poderes inverosímiles de la mente, desdenamos limitar nuestros deseos o pensamientos cuando está conectada con una expectativa ilimitada y con esperanzas sublimes, ¿qué necesidad hay de

mentir sobre la conducta? ¿Por qué debe la sagrada y majestuosa virtud ser violada para retener un bien falso que mina la mismísima base de la virtud? ¿Por qué debe la mente femenina corromperse por las artes de la coquetería para agradar al sensualista y para evitar que el amor se convierta en amistad, o en ternura compasiva, cuando no hay cualidades sobre las que la amistad se pueda construir? Dejemos que el corazón honesto se muestre a sí mismo, y que la razón enseñe a la pasión a rendirse a la necesidad, o dejemos que la dignificada búsqueda de la virtud y el conocimiento eleven la mente por encima de esas emociones que anegaran — más que endulzan — la copa de la vida cuando no están reprimidas.

No quiero aludir a la pasión romántica, que es concomitante con el genio ¿Quién puede cortar sus alas? Pero esa gran pasión, que no es proporcional a los insignificantes regocijos de la vida, es sólo cierta para el sentimiento y se alimenta de sí misma. Las pasiones que han sido famosas por su duración han sido siempre desafortunadas, han adquirido fuerza por la ausencia y la melancolía. La imaginación ha floteado alrededor de una forma de belleza confusa, pero la familiaridad podría haber cambiado la admiración por aversión o al menos por indiferencia, y podría haber dado a la imaginación tiempo para empezar un nuevo juego. Con plena propiedad, de acuerdo con esta visión de las cosas, Rousseau hace que la dueña de su alma, Eloisa, ame a St. Preux cuando la vida se desvanecía ante ella, pero esto no prueba la inmortalidad de la pasión.

Del mismo tipo es el consejo del doctor Gregory, con respecto a la delicadeza de sentimiento; él aconseja a una mujer que no la adquiera, si ha decidido casarse. Sin embargo, a esta determinación, perfectamente consistente con su consejo anterior, la califica de indecorosa, y francamente persuade a sus hijas a que la oculten, aunque pueda gobernar sus conductas, como si fuera indecoroso tener los apetitos comunes de la naturaleza humana.

¡Noble moral!, y consecuente con la cuidadosa prudencia de un alma pequeña, que no puede extender su visión más allá del momento presente. Si todas las facultades de la mente de una mujer se van a cultivar únicamente cuando dependan del hombre, si en cuanto ha conseguido un marido la mujer ha logrado su objetivo, y de manera mezquina está orgullosa y descansa satisfecha con tan vil corona, dejémosla humillarse un poco por encima del reino animal; pero si lucha por su gran vocación y mira más allá del presente, dejémosla cultivar su entendimiento sin pararse a pensar qué carácter podría tener el marido con el que está destinada a casarse. Dejemos que sólo ella determine, sin estar demasiado ansiosa por la felici-

dad presente, adquirir las cualidades que ennoblecen al ser racional, y que un marido inculto y poco elegante pueda sobresaltar su gusto sin arruinar su tranquilidad. Ella no moldeará su alma para agradar las debilidades de su compañero, sino para soportarlas; el carácter de él podría ser una prueba, pero no un impedimento para la virtud.

Si el doctor Gregory limita su comentario a las románticas expectativas del amor constante y a los sentimientos agradables, debería haber incluido que la experiencia destierra lo que un consejo nunca nos hará parar de desear cuando la imaginación se mantiene viva a expensas de la razón. Reconozco que con frecuencia las mujeres que han albeñado una delicadeza de sentimientos romántica y antinatural pierden la vida⁷ imaginando qué felices podrían haber sido con un marido que las amara fervientemente durante toda la vida, pero también podrían consumirse, tanto casadas como solteras, y no serían un poco más infelices con un mal marido que deseando uno bueno. Afirmo que una educación apropiada o, para hablar con más exactitud, que una mente bien organizada permitiría a la mujer llevar una vida de soltera con dignidad; evitar cultivar su gusto, temiendo que a su marido le sorprendiese, es abandonar una sustancia por una sombra. En verdad, no sé para qué sirve mejorar el gusto, si el individuo no se hace más independiente de las pérdidas de la vida, si no se abren nuevas fuentes de diversión, sólo pendiente de las solitarias operaciones de la mente. La gente con gusto, casada o soltera, estará siempre asqueada por varias cosas que tocan también a las mentes observadoras. En esta conclusión no se permite al argumento moverse sobre goznes, pero en el conjunto completo de diversiones, ¿se puede considerar el gusto una bendición?

La cuestión es si consigue más dolor o más placer. La respuesta decidirá la propiedad del consejo del doctor Gregory, y mostrará qué absurdo y tirano es establecer un sistema de esclavitud o intentar educar a seres morales con reglas distintas a las de la pura razón, las cuales son válidas para toda la especie.

La suavidad de modales, la paciencia y el gran sufrimiento son cualidades tan afables y divinas que en sublimes esfuerzos poéticos se ha investido a la deidad con ellas, y quizás ninguna representación de Su bondad se acerque tanto a los afectos humanos como aquella que la representa bondadosa en misericordia y deseosa de perdonar. La ternura, considerada desde este punto de vista, sostiene todas las características de la grandeza, junto con la encantadora gracia del aire de superioridad; pero qué diferente

⁷ Por ejemplo, una multitud de novelistas.

aspecto asume cuando la conducta es sumisa de la dependencia, el soporte de la debilidad que ama porque quiere protección, y es paciente porque debe soportar las heridas en silencio, sonriendo bajo el látigo al que no se atreve a desafiar. Humilde como parece este cuadro, es el retrato de una mujer instruida, según la opinión de la excelencia femenina, separada por mentirosos razonadores de la excelencia humana, que amablemente vuelven⁸ a imponer la costilla y hacen un ser moral de un hombre y una mujer, sin olvidarse de darle a ella todos los «cancantos de la sumisión».

No se nos ha dicho cómo van a vivir las mujeres cuando no se casen o no quieran entregarse al matrimonio. Porque, aunque los moralistas han acordado que el curso de la vida parece probar que el hombre está preparado para distintas circunstancias en el futuro, constantemente coinciden en aconsejar a la mujer que se preocupe sólo por su presente. La gentileza, la docilidad y el afecto son con insistencia recomendados como las virtudes cardinales de su sexo; y, sin tener en cuenta la economía arbitraria de la naturaleza, un escritor ha declarado que es masculino que una mujer sea melancólica. Fue creada para ser el juguete del hombre, su sonajero, y debe, rechazando la razón, sonar para él siempre que éste quiera divertirse. En verdad, recomendar gentileza en una gran amplitud es estrictamente filosófico. Un ser frágil debe esforzarse por ser gentil. Pero cuando la paciencia confunde el bien y el mal, deja de ser una virtud, y por muy conveniente que pueda ser encontrarla en un compañero, ese compañero será siempre considerado inferior, alguien que sólo inspira una ternura insípida que fácilmente degenera en desprecio. Además, si el consejo pudiera verdaderamente conseguir que un ser fuese gentil, cuya disposición natural admitiera un barniz no muy perfecto, se conseguiría algo de orden; pero si, como pronto se demostrará, ese indiscriminado consejo sólo produce afecto, el cual arroja un obstáculo en el progreso y en la mejora del temperamento, nuestro sexo no se beneficia mucho a la hora de sacrificar sólidas virtudes por gracias superficiales, aunque durante unos cuantos años podrían procurar a algunas un ascendiente real.

Como filósofa, leo con indignación los epítetos que usan los hombres para suavizar sus insultos, y como moralista me pregunto qué quieren decir con asociaciones dispares tales como defectos hermosos, debilidades amables, etc. Si sólo hay un criterio para la moral y un arquetipo para el hombre, las mujeres parecen estar suspendidas por su destino, según la leyenda popular del ataúd de Mahoma: no tienen el instinto infalible de los

⁸ Véanse Rousseau y Swedenborg.

animales ni se les permite poner el ojo de la razón en un modelo perfecto. Fueron creadas para ser amadas, y no deben aspirar al respeto, a menos que quieran ser tachadas como masculinas por la sociedad.

Pero veamos el tema desde otro punto de vista. ¿Son las mujeres indolentes las mejores esposas? Limitando nuestra discusión al momento presente, veamos cómo tales débiles criaturas actúan. ¿Contribuyen a la felicidad de sus maridos aquellas mujeres que, con unos cuantos talentos superficiales, han fortalecido los prejuicios prevalecientes? ¿Muestran sus encantos sólo para divertirlos? Y las mujeres que tempranamente se han empapado de nociones sobre la obediencia pasiva. ¿tienen carácter suficiente como para dirigir una familia o educar a los hijos? Lejos de ello, después de revisar la historia de las mujeres, no puedo dejar de estar de acuerdo con los críticos más severos, que consideran al sexo femenino como el más débil y también la mitad más oprimida de la especie. Lo que la historia revela son marcas de inferioridad, y las mujeres que se han librado del mortificante yugo de un hombre soberano son tan pocas que las excepciones me recuerdan a una ingeniosa conjetura sobre Newton, quien probablemente fue un ser de orden superior, accidentalmente aprisionado en un cuerpo humano. Siguiendo el mismo razonamiento, imagino que las pocas mujeres extraordinarias que han surgido fuera de la órbita prescrita para su sexo eran espíritus masculinos confinados por error en formas femeninas. Pero si no es filosófico pensar en el sexo cuando se menciona el alma, la inferioridad debe depender de los órganos, o del fuego celestial que fermenta la arcilla, que no se da en las mismas proporciones.

Evitando —como he hecho hasta ahora— cualquier comparación entre los sexos, o francamente reconociendo la inferioridad de la mujer según la apariencia de las cosas, sólo insistiré en que los hombres han incrementado esa inferioridad hasta tal punto que las mujeres están casi por debajo de las criaturas racionales. Dejemos que sus facultades cuenten con espacio para desplegarse, y que sus virtudes ganen fortaleza, y entonces determinaremos el lugar que le corresponde al sexo entero en la escala intelectual. No obstante, recordemos que no pido un lugar para un reducido número de mujeres distinguidas.

Es difícil para nosotras, mortales faltas de comprensión, decir hasta qué punto pueden llegar los descubrimientos y progresos humanos cuando la penumbra del despotismo disminuye, lo cual nos hace tropezar a cada paso, pero cuando la moralidad se asiente sobre una base más sólida, sin estar agraciada con ningún espíritu profético, me aventuraré a predecir que la mujer será tanto amiga como esclava del hombre. No dudaremos,

como ahora, si se rige por la moral o por la conexión que une al hombre con los animales. Entonces, como los animales, fueron principalmente creadas para el uso del hombre; éste les permitirá morder pacientemente la brida, y no se burlará de ellas con elogios vacíos pues, si se prueba su racionalidad, él no impedirá su progreso para gratificar sus apetitos sensuales. No les aconsejará, con todas las gracias de la retórica, presentar su entendimiento a la orientación del hombre. Cuando trate la educación de las mujeres, no afirmará que ellas nunca deben tener libre uso de razón, ni recomendará la astucia y el disimulo a seres que estén adquiriendo —al igual que él— las virtudes de la humanidad.

Seguro que puede haber una sola regla del bien, si la moralidad tiene una fundación eterna, y quienquiera que sacrifique la virtud a la conveniencia, o cuya obligación sea actuar de tal manera, vive sólo para el presente y no puede llegar a ser una criatura responsable. El poeta decía con desprecio:

‘Si las mujeres débiles se extravían,
las estrellas tienen más culpa que ellas’.

Es muy cierto que están unidas por la cadena diamantina del destino si se prueba que nunca van a ejercer la razón, que nunca van a ser independientes, que nunca van a expresar una opinión, ni van a sentir la dignidad de una voluntad racional que sólo hace reverencia ante Dios, y que a menudo olvida que el universo contiene a otros seres. El modelo de perfección al que su ardiente mirada se gira para adorar tributos, suavizados en virtudes, pueden ser imitados en clase, aunque el grado sobrecoge a la mente extasiada.

No quiero impresionar con declamaciones cuando la razón ofrece su luz soberana, si son verdaderamente capaces de actuar como criaturas racionales. No dejemos que sean tratadas como esclavas, o como los animales que dependen de la razón del hombre, sino cultivemos sus mentes, démosles el freno sublime de los principios y que logren una dignidad sintiéndose dependientes sólo de Dios. Enseñémosles, al igual que a los hombres, a someterse a la necesidad, en lugar de darles una moralidad para convertirlas en más agradables.

Es más, si la experiencia prueba que no pueden conseguir el mismo grado de fortaleza mental, perseverancia y fuerza, dejemos que sus virtudes sean de la misma clase, aunque podrían luchar por el mismo grado en vano. La superioridad del hombre se aclarará igualmente, si no es más cla-

ra, y la verdad —como principio sencillo— no admite modificación y sería común a ambos. Mejor dicho, el orden de la sociedad, tal y como está regulado ahora, no se invertiría, porque entonces la mujer sólo tendría el rango que la razón le asignase; no podría practicarse el arte para llegar a un equilibrio, y mucho menos para darle la vuelta.

Estos se podrían denominar sueños utópicos, gracias a ese Ser que los grabó en mi alma, y me dan fuerza mental para atreverme a emplear mi razón, llegando a ser dependiente sólo de Él para mi virtud. Aún veo con indignación las equivocadas nociones que esclavizan a mi sexo.

Año al hombre como compañero, pero su cetro, real o usurpado, no llega a mí, a menos que la razón de un individuo solicite mi atención, e incluso entonces la sumisión es a la razón y no al hombre. De hecho, la conducta de un ser responsable deber ser regulada por las operaciones de su propia mente, o si no ¿en qué fundamentos descansa el reino de Dios?

Me parece necesario hacer hincapié en estas verdades obvias, porque las mujeres han sido aisladas, por expresarlo de alguna manera, y cuando han sido despojadas de las virtudes que deben vestir a la humanidad, han sido adornadas con gracias artificiales que les permiten ejercer una tiranía efímera. El amor en sus corazones ha tomado el lugar de cualquier noble pasión, y su única ambición es ser bellas, en lugar de inspirar respeto, y este innoble deseo, como el servilismo en las monarquías absolutas, destruye toda fortaleza de carácter. La libertad es la madre de la virtud, y si las mujeres son por su constitución esclavas, y no se les permite respirar el aire penetrante y fortalecedor de la libertad, siempre deben languidecer y ser consideradas exóticas imperfecciones de la naturaleza. Recordemos, también, que ellas son la única imperfección.

En cuanto al argumento sobre el sometimiento del sexo, recae sobre el hombre. La mayoría de las mujeres han sido siempre embelesadas, y los monstruos, que apenas han mostrado perspicacia alguna por la excelencia humana, han tiranizado a miles de compañeras. ¿Por qué se han sometido a tal degradación hombres de talento superior? ¿No se reconoce universalmente que los reyes, en general, han sido siempre inferiores en habilidades y virtudes que la mayoría de los hombres, y aún así se les trata con un grado de reverencia que es un insulto para la razón? China no es el único país donde un hombre, de carne y hueso, se ha convertido en Dios. Los hombres se han sometido a una fuerza superior para disfrutar con impunidad del placer del momento, las mujeres sólo han hecho lo mismo; por lo tanto, hasta que se pruebe que el cortesano renuncia servilmente al derecho de nacimiento de un hombre y que no se rige por la moral, no se puede

demostrar que la mujer sea esencialmente inferior al hombre, porque siempre ha estado subyugada.

La fuerza bruta ha gobernado el mundo hasta ahora, y es evidente que la ciencia de la política se encuentra en sus orígenes, ya que los filósofos vacilan a la hora de asignar un conocimiento más útil al hombre. Este argumento conlleva una conclusión obvia, que cuando una buena política difunda la libertad, la humanidad, incluyendo a las mujeres, llegará a ser más inteligente y virtuosa.

13. María Edgeworth

(1767-1849)

María Edgeworth (Oxfordshire, 1767), se trasladó con su familia a Irlanda, donde residiría hasta su muerte (1849). Influenciada por las ideas utilitaristas de Jeremy Bentham, como hija mayor de una familia numerosa, asumió la instrucción de sus veintidós hermanos conforme a los métodos educativos de la Ilustración, que plasmaría junto con su padre, Richard Lovell Edgeworth, en *Practical Education* (1798). Se trata de una obra en dos volúmenes inspirada tanto en Locke como en Rousseau, cuya repercusión se extendió por toda Europa.

Como indica su título, proponían un novedoso método didáctico eminentemente práctico, cuyo objeto era que los niños fuesen creativos, incluyendo pruebas de destreza, actividades, deportes, experimentos y juegos educativos. Esta obra sería criticada por no contener un apartado sobre religión.

María llegaría a ser una autora muy prolífica de ensayos como *Essay on Irish Bulls* (1802) y materiales didácticos como *The Parent's Assistant* (1796), *Early Lessons* (1801 y 1822), *Moral Tales for Young People* (1805), etc. Sin embargo, se la recuerda especialmente por obras de ficción como *Castle Rackrent* (1800), *Belinda* (1801), *Leonora* (1806), *Tales of Fashionable Life* (1809), *Ennui* (1809), *Patronage* (1814), *Harrington* (1817) *Ormond* (1817), *Helen* (1834), etc. En su época se la valoraba tanto que no sólo Walter Scott reconoció su influencia, sino que también algunos editores pusieron su nombre a obras de otros para asegurar su éxito.

En 1795 publicó *Letters for Literary Ladies*, que aquí presentamos. A lo largo de sus tres partes María Edgeworth aboga para que se reforme la educación de las mujeres; por ejemplo, *Letters of Julia and Caroline* recoge el debate entre la filósofa Caroline y su romántica amiga Julia sobre el sentido y la sensibilidad, tema que daría título a la famosa novela de Jane Austen. Como comprobaremos a continuación, Edgeworth luchó por la igualdad, demostrando que había hombres preocupados por la crianza de los niños y

mujeres interesadas por la política. En 1799, con su padre, propuso a Barbauld Anna Laetitia crear una revista liberal para mujeres, *The Feminist*, idea que ésta declinó.

Cartas a damas escritoras (1795)

(Traducción de Miriam López Rodríguez)

Carta de un caballero a su amigo, tras el nacimiento de una hija

Mi estimado señor, le felicito por el nacimiento de su hija, y espero que algunas de las hadas de la Antigüedad estuvieran cerca para conceder a la damisela salud, riqueza, ingenio y belleza. ¿Ingenio? Yo me tomaría un tiempo antes de aceptar ese don para una hija, pero sé que usted no.

Como sé que usted es de la opinión de que los dones mentales dependen de la educación y no de las hadas, y como le he oído decir que la educación debería impartirse tan pronto como sea posible, me urge expresarle mis sentimientos, no vaya a ser que mi consejo llegue demasiado tarde.

Sus ideas generales sobre los hábitos y las virtudes esenciales para la perfección de la mujer casi coinciden con las mías, pero diferimos sobre la formación que es necesaria inculcar a las mujeres; usted es un defensor de los derechos de la mujer e insiste en la igualdad de los sexos. No obstante, dado que la época de los caballeros andantes ha pasado y que la galantería moderna permite a los hombres hablar —al menos, entre ellos— de su amada en un estilo menos sublimado, debo confesarle que no veo razón alguna para creer que la raza humana es la única que no presenta signos de inferioridad en el sexo femenino. Puede que haya excepciones curiosas y admirables, pero de existir no las he visto.

Tampoco puedo decir que me haya cautivado a primera vista, ni tras un estudio en profundidad, ningún prodigio femenino. Los prodigios tan sólo me son ligeramente menos ofensivos que los monstruos. La caridad nos impide mostrar asco ante la vergüenza del monstruo, mientras que es justo que la vanidad del otro provoque ridículo e indignación.

He observado siempre que las mujeres que han recibido mucha formación muestran una desproporción en sus facultades mentales. Si se cultiva una facultad mental se afecta a otra, del mismo modo que un músculo

o un miembro puede adquirir fuerza excesiva a expensas de la salud del resto del cuerpo; no creo que esto sea deseable para el individuo ni para la sociedad. En ciertas montañas suizas hay personas desgraciadas que se enorgullecen de su deformidad¹. He visto a mujeres orgullosas de exhibir su deformidad mental, que para mí es igual de repugnante. A lo largo de mi vida nunca he tenido la buena fortuna de encontrarme con una mujer cuya mente pudiera compararse en fuerza, proporción y actividad con la de un hombre sensato.

Aunque aceptemos que las mujeres nos igualan en habilidades naturales, su situación social, sus obligaciones domésticas, su gusto por la disipación y su amor por el romance, la poesía y los géneros menores de la literatura deben mantenerlas tan ocupadas que no tendrían tiempo, suponiendo que sintieran inclinación, para aplicarse con la intensidad de nuestro sexo. Entre personas de igual inteligencia, el tiempo dedicado es la única medida de sus logros; calcule el tiempo que pierde el sexo débil y dígame cuánta ventaja habría que dejarle para que llegase a la meta antes que nosotros.

Las mujeres nunca podrán igualarnos en conocimientos, a menos que afirmen que nos superan en capacidad natural. Para completar sus estudios les falta tanto tiempo como oportunidades. Nosotros nos movemos en el mundo con libertad, conversamos sin restricción con todo tipo de personas (con hombres de ingenio, de ciencias, eruditos, artistas, mecánicos y obreros), podemos observar todos los aspectos de la vida; todas las ayudas ideadas aquí o en el extranjero para potenciar los estudios literarios son casi exclusivamente nuestras. Las mujeres están excluidas de las academias, facultades, bibliotecas públicas y asociaciones privadas de literatos, si no por ley al menos si por costumbre, la cual es difícil de cambiar.

Cuando las mujeres parecen nuestras semejantes en entendimiento, o cuando hacemos ver que las aceptamos como tales, todo cambia; nuestra amabilidad, delicadeza y costumbres nos impiden discutir o conversar con ellas como lo hacemos entre nosotros (nosotros vemos las cosas tal como son, pero las mujeres ven las cosas de otro modo, o dejarían de ser mujeres). Con semejantes dificultades insuperables tanto en su formación como en su crianza, parece imposible que sus mentes lleguen alguna vez a adquirir el vigor y la eficacia que proporcionan el conocimiento preciso y la experiencia que da la vida.

¹ En los Alpes suizos había casos frecuentes de bocio debido a la falta de yodo en el agua.

Últimamente se viene prestando mucha atención al sexo femenino, y usted dirá que nos lo han recompensado con creces, pues las damas han mostrado últimamente tales muestras de genio que han confundido y admirado a sus críticos. No pido pruebas de genialidad, sino de utilidad. ¿En cuál de las artes útiles, en cuál de las ciencias exactas hemos recibido la ayuda de la sagacidad femenina? Me gustaría ver una lista de descubrimientos, inventos y observaciones, de investigación y verdades basadas en experimentos reales o deducidas mediante razonamiento. Si alguna mujer, como adalid de su sexo, puede corroborarnos algo, será el primero en abrirle el camino al Templo de la Fama.

No debo hablar de mis contemporáneas, pues la sinceridad me hará admitir que existen unos pocos casos de grandes talentos dedicados a propósitos útiles. Pero, exceptuando éstos, ¿cuál ha sido la producción literaria de las mujeres? Han destacado en poesía, teatro y romances, en el arte de imponer la imaginación al entendimiento, pero en lo que se refiere a la literatura útil apenas han hecho nada. No he oído de ningún éxito femenino en ciencias, de hecho pocas se atreven con esta rama de estudio. No sé de ninguna invención femenina, y de muy pocos descubrimientos.

Me dirá que las mujeres han triunfado en la difícil ciencia de la política, citará nombres de reinas. Soy de la opinión, al igual que el Duque de Borgoña, que «las reinas que reinaron bien fueron gobernadas por hombres, y los reyes que reinaron mal fueron gobernados por mujeres».

Los casos aislados de unas pocas heroínas no pueden convencerme de que es seguro confiarles el poder a las mujeres; su poder sobre sí mismas ha disminuido en proporción a como ha aumentado su poder sobre los demás. No le mencionaré crónicas escandalosas modernas, ni anécdotas privadas o abominables historias judiciales en las que la influencia femenina es sinónimo de depravación. Apelo a las páginas de la historia, a las pruebas recogidas en testimonios de todos los tiempos, a experimentos llevados a cabo a gran escala y registrados por varias manos sin relación entre sí y sin ánimo de defender ningún sistema en concreto. En estos documentos comprobamos que causas iguales han tenido consecuencias similares en países muy diferentes entre sí y en épocas distantes. Siga la historia de la naturaleza femenina desde la corte de Augusto² hasta la de Luis XIV³, y dígame si puede dudar en admitir que la influencia, la libertad y el poder de las mujeres han sido constantes elementos concomitantes al declive moral

² Primer emperador romano, reinó desde el 27 a.C. al 14 d.C.

³ Luis XIV reinó de 1643 a 1715, era llamado «Rex Sol».

y político de los imperios. Digo que son «concomitantes» cuando de hecho podría decir que fueron las «causas», usted diría los «efectos», pero no debemos discutir sobre la procedencia de dichos males, que son compañeros inseparables (pueden ser, al mismo tiempo, causa y efecto). Lo cierto es que existe dicha conexión, aunque nos sea difícil precisar su naturaleza.

Usted dirá que las fatales consecuencias de confiar al otro sexo libertad y poder están motivadas por el dominio y la ignorancia en las que fueron mantenidas previamente, y por nuestra posterior estupidez al dejar las riendas del poder en manos no preparadas. No se me ocurre ningún sistema educativo que pueda preparar a las mujeres adecuadamente para el ejercicio del poder; aunque se cultive su entendimiento hasta que con una mirada puedan comprender «al menos una mitad de la eternidad», no se tendrá la seguridad de que su raciocinio pueda gobernar su conducta. Parece ser que la moral, incluso entre los hombres de gran poder mental, no tiene dependencia sobre la facultad de razonar; la costumbre, los prejuicios, los gustos, el ejemplo recibido y las diferentes fuerzas de las pasiones conforman la moralidad.

Con frecuencia nos vemos impulsados a actuar en contra de nuestra razón y perseguimos lo que en un momento de razonamiento hubiéramos calificado de inconsistente con la mayor porción posible de felicidad, que es lo que intenta asegurarse cualquier criatura racional. Con frecuencia pensamos de una manera y actuamos de otra. ¿podemos esperar de las mujeres más consistencia de conducta si les concedemos la misma libertad? Nadie siente con más fuerza que usted la necesidad y la importancia de la integridad femenina, nadie puede percibir con más claridad cuánto depende la sociedad del honor de las mujeres y cuán grande es el interés de todos los individuos y estados en proteger su virtud y en preservar inviolable la pureza de sus modales. Permítame que le advierta del peligro de hablar en voz alta al otro sexo del noble desprecio de los prejuicios. Le horrorizaría ver a alguien que intentase socavar los cimientos de un edificio, entonces cuidado con atreverse a ser el que despegue la hiedra de la pared y el que refuerce las piedras sueltas.

No pienso condescender con el ridículo del prejuicio, aunque esté de moda. Existe un argumento sentimental y metafísico, independiente de todos los demás, que se ha utilizado últimamente para hacernos abandonar esa seguridad que se nos concede a los hombres por tener más fuerza en las naciones salvajes y más inteligencia en las naciones civilizadas. Se nos dice que las mujeres como son criaturas con raciocinio deberían guiarse por la razón, que nos deshonramos y las esclavizamos cuando convertimos en prejuicios

incluso las verdades más útiles. Nos dicen que la moralidad debería estar basada en pruebas, no en sentimientos, y que no deberíamos pedir a otros seres humanos que se sometan a leyes o costumbres sin convencerles antes de la utilidad universal de dichas convenciones políticas. ¿Cuándo podemos esperar que crean en ello? No podemos esperar que ocurra en la infancia ni tampoco en la juventud, pero se nos dice que en la madurez podemos esperarlos con seguridad. ¿Y de qué nos sirve entonces, cuando ya se han establecido las costumbres, cuando ya se ha formado el carácter? ¿Qué se puede hacer sólo con la convicción del entendimiento? ¿Qué podemos esperar de la mujer, cuya educación moral empieza en el momento en el que se le pide que actúe, que sin haberse contaminado en sus primeros años de ninguno de los prejuicios contra su sexo, y sin haber sido educada en la resignación a máximas bien establecidas de prudencia femenina, debe aventurarse a comportarse guiada por la convicción inmediata de su entendimiento?

No me importan los nombres ni títulos de mis guías, todo lo que pregunto es cuál conoce mejor el camino. Con tal de que las mujeres sean llevadas en silencio por el buen camino, no importa cuáles sean los pomposos y metafísicos nombres de sus motivos. ¿Por qué deberían considerar deshonesto ser inducidas a perseguir sus intereses, lo que a algunos filósofos les gusta denominar motivos débiles? ¿No es más deshonesto ser gobernado pacíficamente por un raciocinio débil que ser incapaz de ser controlado por uno fuerte?

La dignidad de la naturaleza humana y el tan celebrado libre albedrío de los seres racionales son palabras grandilocuentes que pueden influir en la vanidad del sexo débil y en el orgullo de los hombres; pero, si analizamos las ideas anexas a estos términos, ¿a qué se reducen? El raciocinio, en su grado máximo, parece llegar por simple instinto; la verdad, inculcada en la primera juventud por la voz que une afecto y autoridad, otorga todas las ventajas del espíritu filosófico e investigador. Si el resultado de la reflexión, la experiencia y los sufrimientos de una raza va a ser estigmatizado como prejuicios, se acaban todos los beneficios de la historia y la educación. El trato entre individuos y naciones debe ser sólo para el comercio o para la diversión del momento. Cada época debe repetir los mismos experimentos, cada hombre y cada nación deben cometer los mismos errores y sufrir las mismas miserias, de ahí que la civilización y la felicidad del mundo (si no retroceden) permanecen estacionarias.

Por tanto, no despreciemos ni enseñemos al otro sexo a despreciar las máximas tradicionales de la experiencia o esas primeras predisposiciones que podríamos denominar prejuicios, pero que en realidad sirven como

instinto moral. En este sistema educativo no veo tiranía por nuestra parte, ni esclavitud por la de ellas. Ni este llamamiento sentimental o metafísico a nuestro candor y generosidad, ni cualquier otro argumento sobre la formación literaria y filosófica de las mujeres o sobre el extraordinario cultivo de su entendimiento tienen ningún valor real.

Probablemente crea que, dado el cuidado que piensa otorgar a la educación de su hija, se convertirá en una excepción a la regla, ya que le ofrecerá todas las bendiciones de la formación literaria y al mismo tiempo la protegerá de todas las tonterías, defectos y males que se suelen encontrar en las mujeres de letras. Los sistemas producen proyectos y, como los proyectos educativos son los más difíciles de todos, no deberían ser emprendidos sin una cuidadosa deliberación previa.

Aunque sea natural, ¿es inteligente que un hombre espere un éxito extraordinario más allá de lo que han conseguido otros que pusieron los mismos cuidados y dedicación, y que posiblemente tengan su misma habilidad? ¿No es de su incumbencia, como padre y filósofo, calcular con precisión lo que tiene que temer, así como lo que debe esperar? En estos momentos, con un sobrio grado de interés, puede soportar oírme enumerar los males y ridiculizar las manías propias de las mujeres de letras, pero si su hija perteneciese a ese grupo no me consideraría un amigo si las atacara. En este momento favorable, ruego que me oiga con templanza y, mientras aludo a cada peligro y a cada error, considere con cuidado si tiene remedio específico para cada uno.

Las mujeres literatas son más frecuentes últimamente de lo que eran hace unos años. Forman una clase social, llenan el ojo público y han adquirido importancia y carácter propio. La estima de los amigos y la admiración del público son circunstancias que adulan la vanidad y, como tales, las considero placeres sustanciales. También acepto reconocer que el gusto por la literatura añade felicidad a la vida, y que las mujeres pueden disfrutar de cierto grado de esta felicidad al igual que los hombres. Pero para las mujeres literarias esta silenciosa felicidad parece como mucho una consideración subordinada, valoran su riqueza no por los tesoros que poseen sino por aquellos de los que pueden presumir. Para obtener el aplauso del público caen en la miserable ostentación de sus conocimientos.

Coxe⁴ nos cuenta que ciertas damas rusas parten las perlas por la mitad para lucir más joyas. El placer de ser admiradas por su ingenio o erudi-

⁴ William Coxe (1747-1828), escritor de relatos de viajes; la autora hace referencia a *Viajes por Polonia, Rusia, Suecia y Dinamarca* (1784).

ción lleva consigo malas consecuencias que, para cualquier padre prudente, pesan más que las buenas. El efecto intoxicador del ingenio sobre el cerebro ha sido subrayado por un poeta, amigo del bello sexo, y además existen demasiados ejemplos ridículos y desagradables que confirman la verdad de dicha observación. La deferencia que se concede, a veces, a la genialidad hace que el sexo débil olvide que la genialidad sólo se respeta cuando va unida a la discreción. Aquellas que han adquirido fama creen que pueden sacrificar su reputación. Supongo que sus cabezas serán lo suficientemente fuertes como para soportar la embriagadora admiración, y que su conducta será en esencia irreprochable; aún así, mostrarán en sus modales y en su conversación ese desprecio hacia las mentes inferiores y ese incumplimiento de costumbres que provocarán la indignación de los tontos y la censura de los sabios.

A pesar de estar seguros de su inocencia, nos disgusta en el sexo femenino ese espíritu atrevido que encuentra placer en oponerse a las opiniones de la sociedad. De lo que pueden parecer tonterías, deducimos malos presagios que confirman la experiencia demasiado a menudo. Me preguntará que por qué supongo que el ingenio tiene más posibilidades que la belleza de estropearse por la admiración. ¿Quién suele tener más belleza? ¿Las que no están exentas de vanidad? Aquéllas que presumen de cumplidos tontos, de rango, de riquezas o de belleza dependen de los demás para obtener gratificación inmediata. Son conscientes de su dependencia, escuchan con deferencia y ansiedad las máximas y opiniones de aquellos que esperan recompensa y entretenimiento a diario. En el sometimiento reside su seguridad. Sin embargo, las mujeres que no dependen de otras personas para su diversión o autoestima pueden considerar este sometimiento humillante e insostenible, pues al percibir su superioridad desprecian y desafían las opiniones de los conocidos de menor capacidad; el desprecio, cuando no puede ser expresado abiertamente, produce aversión, no menos temible si permanece en silencio. La envidia, considerando como tal el halago involuntario, agrada a la vanidad, y sé que muchas mujeres disfrutan provocando envidia, incluso cuando simulan temer sus consecuencias. Pero aquéllas que la provocan imprudentemente no son conscientes de lo que se hacen a sí mismas; «cubre tu rostro antes de molestar a un avispero», era la máxima de la experimentada Catalina de Medicis⁵.

⁵ Catalina de Medicis (1519-89), esposa de Enrique II de Francia, ejerció una considerable influencia política durante los reinados de sus hijos Francisco II, Carlos IX y Enrique III.

Los literatos, si creemos las amargas expresiones de angustia de sus escritos y de su correspondencia privada, sufren terriblemente los aguijonzos de la envidia. Las mujeres, que tienen un carácter más susceptible y una mente menos fuerte, debido a la delicada naturaleza de su reputación, son más fáciles de atacar y menos aptas para soportarla. Los críticos malintencionados, cuando no pueden atacar la obra de un autor, con frecuencia escudriñan en la vida privada y publican cualquier anécdota personal, sin importarles la verdad o el decoro. ¿Cómo soportará la delicadeza del carácter femenino dicho trato? ¿Cómo tolerarán sus amigos verla perseguida, incluso en su retiro doméstico, de ser lo suficiente sabia como para elegir dicho retiro? ¿Les gustará ver memorias prematuras y falsas colecciones de cartas familiares publicadas por libreros ambiciosos y enemigos intrigantes? Los hombres de letras están sujetos a todas estas cosas, y lo mismo han de esperar las damas literatas si obtienen cualquier tipo de fama. A juzgar por la experiencia de nuestro sexo, debo clasificar la envidia como uno de los males que acechan a las mujeres de inteligencia inusual. «La censura», dice un famoso escritor, «es el impuesto que todo hombre debe pagar al público». Las mujeres deben esperar pagar el doble.

Quizás su lija esté por encima del escándalo. Despreciará al murmurador y a los chismes propios de su sexo, su alma estará por encima del ignorante y del frívolo, será aficionada a la conversación de altura y a la alta sociedad, pero ¿dónde encontrará esta sociedad? ¿Cómo entrará a formar parte de ella? Usted le está obstaculizando hacer amistades con su propio sexo. ¿Dónde buscará amigas, compañeras, iguales? ¿Entre los hombres? ¿Entre qué clase de hombres? No entre los hombres de negocios, ni entre los galanteadores. ¿Entre los hombres de letras?

Creo que es Stuart⁶ el que, al referirse a Rousseau⁷, observa que los hombres cultos escogen normalmente como esposas o compañeras a mujeres por debajo del nivel de mediocridad. Esto me parece natural y razonable. Dichos hombres probablemente reconocen su propia incapacidad para los asuntos cotidianos, su ignorancia del mundo, su aspecto desgarbado y su descuido en los temas domésticos. No desean esposas que tengan, precisamente, sus mismos defectos; por el contrario buscan quienes, por tener costumbres y virtudes opuestas, suplan sus deficiencias. No veo por qué dos libros deban casarse, no más que dos fincas. Se pueden citar algu-

⁶ Daniel Stuart (1766-1846), periodista y político radical escocés.

⁷ Jean Jacques Rousseau (1712-78), filósofo, político y educador extremadamente influente, tuvo una íntima relación con Thérèse Levasseur, una criada analfabeta.

nas pocas excepciones a las observaciones de Stuart. Acabo de leer en *Curiosties of Literature* de D'Israeli⁸, en el capítulo titulado «Una esposa literata», un relato de Francis Phidelphus, erudito del siglo xv tan deseoso de perfeccionar el griego que viajó a Constantinopla en busca de una esposa griega: la dama resultó ser una virago. «Pero, para hacer justicia al nombre de Teodora», añade el autor, «ha sido honorablemente mencionada en la Academia de las Ciencias Francesa». Espero que esto compensase, adecuadamente, a su marido por sus trifulcas domésticas.

¡Feliz Madame Dacier!⁹ ;Encontró un marido adecuado a su gusto! Si D'Alembert¹⁰ cuenta bien la historia, «usted y su marido cocinaron una vez un plato juntos, siguiendo una receta que encontraron en Apicio, y se sentaron a comer su erudito guiso hasta que tuvieron edad de morir».

Mi querido amigo, si tuviese la seguridad de que toda dama de letras iba a tener la suerte de encontrar en su marido a un hombre que simpatizase con sus gustos, disminuiría mi formidable catálogo de males. Pero, ¡ya no hay más Monsieur Dacier! «Y no viviremos para ver a otro igual». Me temo que las damas de letras serán perdedoras en el amor, así como en la amistad, debido a su propia seguridad. Cupido¹¹ es un niño tímido y juguetón, asustado por el casco de guerra de Minerva¹². Se ha observado que los caballeros no suelen admirar a las mujeres demasiado eruditas o con atributos masculinos; nuestro sexo suele considerar cierto grado de debilidad física y mental como rasgos positivos en una mujer. No comparto totalmente esta opinión, pero no veo qué bien hay en que la mujer consiga una fuerza sobrenatural, ya sea de cuerpo o de mente. Para Hércules el Tejedor, su fuerza fue más un inconveniente que una ventaja¹³.

La superioridad mental debe ir unida a un gran carácter y a una gran generosidad, para que la puedan tolerar aquellos que se ven forzados a soportar su influencia. He visto a damas cultas e ingeniosas que no les preocupa sacrificarse y guardar las formas. Por el contrario, les proporcionaba orgullo y placer mostrar toda su fuerza, cualquiera que fueran las conse-

⁸ D'Israeli (1766-1848), autor de *Curiosties literariae* (1791).

⁹ Anne Dacier (c. 1654-1720), dama culta y traductora, casada con un hombre de similar formación. André Dacier (1651-1722).

¹⁰ Jean Le Rond D'Alembert (1717-83), matemático y enciclopedista francés.

¹¹ Dios romano del amor.

¹² Diosa romana de la sabiduría, ataviada como un guerrero.

¹³ Según la leyenda, Hércules se encaprichó de la reina Omphale, quien le hizo tejer su lana; «Omphale» proviene de la palabra griega para «ombiligo». La historia parece ser un aviso contra el matriarcado.

cuencias, sólo por lograr una victoria. En tales ocasiones, cuando el adversario ha sido un marido o un padre, debo admitir que he experimentado sensaciones que pocas mujeres creen que pueden provocar. Los aires de superioridad, si van acompañados de elegancia, los puedo soportar tan bien como cualquiera, pero esos mismos aires sin elegancia no hay hombre que los tolere, en especial si son aires de erudita. Las damas de alto rango de la corte de Parnaso¹⁴ pueden, en ocasiones, reclamar prioridad sobre sus dominios, lo que crea gran confusión y suele terminar con ellas sintiéndose ofendidas. Ese conocimiento del mundo que mantiene a la gente en su sitio nunca lo aprenderán las Musas.

Tal y como señala Molière¹⁵ con toda la fuerza cómica en *Femmes Savantes*, una dama que aspira a la sublime delicia de la filosofía y poesía debe buscar placeres simples, pues despreciará las obligaciones domésticas. No me gustaría que los asuntos de mi casa fuesen despachados a toda prisa por una Desdémona¹⁶ que gimotea por algún simple relato, que se encuentra petrificada por alguna historia de horror o absorta por una teoría sobre la tierra, y que quiere oír sobre «el vasto Antes y el vacío desierto» o sobre «hombres cuyas cabezas nacen por debajo de los hombros», justo en el momento en que debería estar ordenando que preparasen la cena o pagando la factura del carnicero. Yo tendría menos posibilidades de llamar su atención sobre mis gustos culinarios o sobre mis problemas domésticos, ya que probablemente ganaría su desprecio por insinuarle temas tan prosaicos y también su indignación por suponer que debe ocuparse de asuntos tan degradantes. He oído que si estas sublimes genios se despiertan de su ensueño por la intrusión de alguna circunstancia externa, ellas muestran toda la perturbación y el asombro de los pacientes catalepticos.

Sir Charles Harrington, en la época de la reina Isabel, dedicó a su mujer un libro de poesía titulado *Sobre las virtudes femeninas*, que divide en tres: «privada, civil y heroica. La virtud privada pertenece al ama de casa de campo, [...]». En cuanto a la virtud heroica y las damas heroicas, el sincero Sir Harrington no quiere saber nada de ellas. Sin embargo, si admitimos que usted podría combinar todas esas virtudes, que podría crear una entidad perfecta, una maravilla femenina con lo mejor de cada criatura, ¿aún así hay peligro. ¿Cómo protegerá a su hija de ese deseo de admiración uni-

¹⁴ Monte griego, supuesto hogar de las Musas.

¹⁵ Molière, seudónimo de Jean Baptiste Poquelin (1622-73), dramaturgo francés; en su *Femmes Savantes* (*Mujeres sabias*) se burla de la pretensión femenina de estudiar.

¹⁶ *Hemina trágica del Oído* de Shakespeare.

versal que echará a perder todo su trabajo? ¿Cómo le otorgará, junto con el orgullo del conocimiento, esa «modestia reservada» que se supone más atractiva para nuestro sexo que el mayor despliegue de ingenio y belleza?

La bella Thoulouse se llamaba así porque era tan bella que nadie podía vivir viéndola ni sin verla. Cuando salía de su mansión, lo que según la historia ocurría en raras ocasiones, se agolpaban tales multitudes para verla que se rompían las extensidades y se perdían vidas cada vez que aparecía. Viajaba al extranjero aún con menos frecuencia, con lo cual el mal aumentó hasta tal punto que los magistrados de su ciudad promulgaron un edicto ordenando a la bella Thoulouse, bajo pena de cadena perpetua si desobedecía, a aparecer a la luz del día en la plaza del mercado más de una hora a la semana.

Las damas modernas, al frecuentar lugares públicos con tanta regularidad, declaran su aprobación sobre las regulaciones dictadas por esos prudentes magistrados. Muy diferente fue la ingeniosa política del profeta Mahoma, que prohibió a sus seguidores incluso que pintaran su retrato. Los turcos tienen dibujos de una mano, un pie y los rasgos de su cara, pero no se permite ninguna representación de la cara completa o de todo el cuerpo. Los retratos de nuestras bellezas muestran un claro desprecio por esa insidiosa política. Las damas cultas e ingeniosas que publican sus cartas privadas, sus máximas, sus anécdotas secretas y sus recuerdos familiares merecen nuestro agradecimiento por presentarnos tales retratos de sus mentes.

Mi estimado amigo, ¿puede esperar que su hija, con todo el ingenio y la formación que pretende darle, se abstenga de esas exhibiciones imprudentes? ¿Querrá «someter sus dotes intelectuales con dulzura»? ¿Recordará en cada momento de su vida que el fatal deseo de admiración universal siempre logra su propósito, especialmente si éste es conseguir amor y admiración? Es inútil decirme que si nuestro sexo fuera más abierto cambiaríamos los gustos que influyen en nuestras pasiones. El cautivo que ha contado los eslabones de sus cadenas, y que incluso ha averiguado cómo fueron forjadas, no está por ello más cerca de recobrar la libertad.

Además, debe llevar tiempo cambiar las opiniones que, aunque no sean justas, si son comunes a nuestro sexo. No puede esperar convencer al público inmediatamente. En unos pocos años habrá educado a su hija, y si entonces el mundo no ha sido educado para juzgar, admirar y amar sus dotes, habrá malgastado su tiempo y esfuerzo, y habrá sacrificado la felicidad de su hija. Esa felicidad, tanto si la analiza como hombre de mundo o como filósofo, depende de la amistad, del amor, del ejercicio de las virtu-

des, de la realización de todos los deberes y del buen concepto de sí tras un buen comportamiento.

Mi querido amigo, me despido atentamente.

Respuesta a la misiva anterior

Mi querido amigo, si no fuera por naturaleza de carácter optimista, su carta habría llenado mi mente de tales miedos por el sino de las mujeres de letras que me habría tentado a educar a mi hija en la segura «bendición de la ignorancia». Soy consciente de que no tenemos derecho a probar nuestros experimentos y caprichosas teorías en nuestros semejantes, especialmente en aquellos que están bajo nuestra protección. ¿Quién puede imaginar la angustia que debe sentir un padre al ver destrozada la vida de un hijo y comprobar que se debe a una educación imprudente? Pero la razón, cuya labor es guiar, no debe cegarse nunca por el sentimiento. No hay apenas familias, espero, que no disfruten de los beneficios de las mejoras educativas, y nunca podríamos haber disfrutado de tales ventajas si nos hubiésemos resistido a todo intento de cambio.

No me llame, mi querido señor, «campeón de los derechos de las mujeres»; me interesa más la felicidad de ellas que entrar en una discusión metafísica sobre sus derechos. Su felicidad está tan estrechamente ligada a la nuestra, que me parece absurdo establecer una discusión sobre las diferencias entre ambos sexos para ver cuál es superior. No es nuestro propósito hacer una odiosa división de derechos y privilegios, sino determinar qué será de beneficio general.

Por lo tanto, no analizaré cómo de inferiores son las mujeres en mente o cuerpo. Me permito observar que lo uno no va unido a lo otro, pues la capacidad intelectual siempre ha dominado a la fuerza física desde los tiempos de Ajax y Ulises hasta la actualidad. En la civilización, esta especie de superioridad perteneciente a una fuerza superior es escasa en las clases bajas, y aún menor en las clases altas.

La invención de las armas de fuego hace más importante la puntería y la frialdad mental que la fuerza, o al menos reduce a cuestión de suerte las pretensiones de los débiles y de los fuertes. El arte de la imprenta ha extendido los dominios de la mente tanto por facilitar la comunicación entre las personas de letras como por la rápida circulación universal de los conocimientos. Ambas invenciones han alterado la situación de las mujeres en la sociedad moderna.

Con respecto a las oportunidades de adquirir conocimientos, reconozco que las instituciones y las costumbres favorecen a nuestro sexo, pero su discusión acerca del tiempo me parece inexacta. Mientras el conocimiento de lenguas cultas siga siendo indispensable en la educación de un caballero, se tendrán que dedicar muchos años de la infancia y de la juventud para conseguirlo. A lo largo de estos estudios se retrasa, en cierto modo, el aprender a razonar. Lo que más se ejercita es la memoria, saturada con palabras que rara vez se comprenden. Las lenguas muertas y las vivas tienen estilos tan diferentes que el esfuerzo por escribir en latín elegante estropea con frecuencia el estilo del inglés actual. Las niñas suelen escribir mejor que los niños; piensan y se expresan con claridad a una edad en la que los muchachos apenas saben escribir una simple carta. Las mujeres no leen a los mejores autores de la Antigüedad como libros de texto, pero pueden conseguir excelentes traducciones de la mayoría. Ya sé que se supone que no se debe juzgar a los clásicos por las traducciones, pues soy consciente de que se puede perder mucho del mérito original, pero creo que las mujeres compensan la diferencia de placer con el tiempo y el esfuerzo que se ahorran. Si no adquieren gusto por lo clásico, tampoco contraen prejuicios clásicos; no pierden el amor por la literatura por culpa de pedagogos, léxicos, gramáticas y todo el aparato educativo. Los hombres suelen llenar el intervalo entre acabar la universidad y establecerse con deportes, viajes, apueltas y holgazaneando con otros supuestos placeres; el otro sexo no malgasta el tiempo. Las mujeres empiezan a saborear el auténtico placer de la lectura a la edad en la que los muchachos, hartos de estudios, empiezan a avergonzarse de mencionar la literatura ante sus amigos. Cuando acaban este período, los negocios, la necesidad de ejercer una profesión y la ambición de destacar en el parlamento o en la vida pública ocupan gran parte de sus vidas. Para estos propósitos el razonamiento tan sólo se cultiva de manera parcial; los hombres de ingenio deben contraer dudas y concentrar poderes, deben buscar lo que es conveniente, aún cuando se den cuenta de que no es lo correcto, siendo degradados a la categoría de «artesanos literarios»¹⁷. El otro sexo no sufre tales reservas de razonamiento; no le preocupa la necesidad de ganarse el pan ni la ambición de destacar en la vida pública. En la vida doméstica «tienen tiempo libre para cultivarse». Las mujeres no adoran el vicio, por tanto tienen más tiempo que los hombres para cultivar sus mentes.

Usted considera que los conocimientos deben ser dañinos para el otro sexo, ya que son el modo de conseguir poder. Me parece imposible que las

¹⁷ Edgeworth cita aquí a Stuart, antes mencionado.

mujeres adquirieran el tipo de poder que usted teme. Las costumbres sociales tendrían que cambiar completamente para que las mujeres pudieran mezclarse con los hombres en la vida pública. Tendrían que convertirse en amazonas para lograr ese cambio, tendrían que dejar de ser mujeres para desearlo. Ninguno de los dos sexos aumentaría su felicidad con esta metamorfosis. No vale la pena. El poder, suponiendo que haga algún bien a su poseedor, es —como todos nuestros otros placeres— capaz de ser apreciado. Si a las mujeres se les enseñara a estimar los placeres, harían su elección guiadas por el valor real y no por el imaginario. Estarían convencidas, no sólo por la voz del moralista sino también por su propia observación y experiencia, de que el poder es un mal la mayoría de las veces; y para aquellas que realmente deseen ayudar a sus iguales es, como mucho, una dolorosa responsabilidad. Mi estimado amigo, si su intención es que nuestro sexo monopolice el poder, no hay mejor modo de evitar que ellas lo quieran que abrir sus mentes y ampliar sus conocimientos sobre los asuntos mundanos. El fallo habitual de las mujeres ignorantes o mal educadas es querer dominar. Cuando en la vida privada se les permite actuar, ellas buscan ganar cada pequeña batalla. ¿Teme que esto se extienda a otros campos y cree que se trata de una característica inherente a su sexo? Dudo que exista algún rasgo de carácter que sea natural. Esta disposición no debe atribuirse a una causa innata, ya que es la consecuencia de su errónea educación.

La creencia de que el placer está relacionado necesariamente con el simple ejercicio del libre albedrío es una asociación de ideas falsa y permisiva, surgida de la tiranía de aquellas personas que controlan su infancia, tras descubrir que han sido más felices cuando han peleado por tonterías, cuando han actuado en contra de las máximas de aquellos que las gobiernan en vez de seguir sus consejos. Me esforzaré por evitar que esto ocurra en la formación de mi hija y, asimismo, espero evitar que adquiera cualquier prejuicio insalvable a favor de sus deseos o cualquier otro deseo irrazonable de influir en las opiniones de los demás. La gente, que tiene razones para sus preferencias y aversiones, nunca pone tanto celo en defender sus gustos como cuando no tiene argumentos para convencerse a sí misma o para convencer a los demás de que lleva razón. El poder sobre las mentes de los demás no será, por tanto, objeto de la ambición de las mujeres cultas en la vida privada ni en la pública.

Apela a la historia para demostrarme que han tenido lugar grandes calamidades cada vez que se le ha concedido libertad al sexo femenino; sin embargo, reconoce que no podemos estar seguros de si esos males son el efecto de que le hayamos otorgado libertad o de que no las hayamos ins-

truido previamente en el uso de esa libertad. Sobre esta decisión descansa todo su argumento. Las mujeres no han cometido errores por tener conocimientos, sino por no tener experiencia; puede que se hayan vuelto un poco vanas y presuntuosas cuando han aprendido algo, pero recobrarán el buen sentido en cuanto aprendan más.

Usted teme que el conocimiento dañe la delicadeza femenina, que la verdad no les influya tanto como los prejuicios y que el razonamiento nunca tenga un efecto positivo y permanente sobre su conducta. Estoy de acuerdo en que la capacidad de actuar con reflexión no está siempre relacionada con la erudición. Deploro los ejemplos que yo mismo he observado, pero no pierdo la esperanza. Por el contrario, me gusta analizar las causas de este fenómeno de la mente humana y, aunque vea algún mal, no sacrificaré lo bueno de una causa guiado por simples sospechas. Es una contradicción decir que dar el poder para discernir lo que es bueno supone predisponer para lo malo. Lo único que demuestra al decir que el prejuicio, la pasión y la costumbre nos llevan a menudo a actuar en contra de la razón es que aún hay enemigos de la razón que no han sido vencidos. ¿Destruiría su poder tan sólo porque no siempre resulta victoriosa? Sería mejor pensar en los medios para ampliar sus dominios y para asegurarle en el futuro las ventajas de la victoria.

Las mujeres cuyos talentos se han cultivado se han distraído con otras causas y no se les ha enseñado que el gran objetivo de la vida es ser feliz, es decir, ser prudente y virtuosa para poder ser feliz. La ambición de esas mujeres se ha dirigido a la adquisición de conocimientos, del mismo modo que otras mujeres han sido animadas a adquirir logros con el propósito de la ostentación y no con vistas a la ventaja real de dicha adquisición. Pero, debido a este abuso, no puede argumentar en contra del uso de los conocimientos. Ponga los objetos ante el razonamiento, muéstrele las distintas opciones y la mente hará la elección correcta. «Usted se cree feliz porque es sabio», dijo un filósofo, «yo me creo sabio porque soy feliz».

Ninguna mujer puede ser feliz en sociedad si no preserva las virtudes propias de su sexo. Cuando se le demuestra esto al entendimiento, ¿no deben esas virtudes y los medios para preservarlas convertirse en lo más importante para una mujer sensata? Yo no lo basaría todo en esta idea cuando puedo mejorarla con una educación temprana; ambas cosas no son, como usted parece pensar, incompatibles. Mientras un niño no tenga uso de razón, yo le guiaré con la mía y le inculcaré aquellas costumbres que mi experiencia me indique que le darán la felicidad. Conforme se desarrolle el razonamiento del niño, podré explicarle el motivo de mi conducta, y en-

tonces la costumbre estará confirmada por la razón. Con este sistema no pierdo el tiempo y no me expongo a ningún peligro. Por el contrario, los que dependen únicamente de la fuerza de la costumbre y de los prejuicios se exponen a un peligro continuo. Si los alumnos empiezan a reflexionar sobre una educación engañosa, si la fe en los dogmas que les han impuesto se ve afectada, probablemente crearán que se les ha engañado en todo lo que les han enseñado y romperán los lazos con indignación.

Le disgusta en el sexo femenino ese espíritu atrevido que desprecia las normas sociales y que rompe con las costumbres de delicadeza y reserva femeninas. A mí también. Pero el mejor método para hacer que mi alumna respete estas cosas es mostrarle cómo están relacionadas con los intereses generales de la sociedad. Estoy seguro de que esta percepción, ver la utilidad de las normas aparentemente tontas, supondrá una seguridad para el sexo débil mucho mejor que los hábitos automáticos de los que se pliegan a las convenciones del mundo sin consideración ni convicción. La costumbre, mejorada por la razón, adquiere el rango de virtud. Los motivos que nos mantienen alejados del vicio deben reforzarse por la convicción de que el vicio y la desgracia son inseparables.

Es cierto que las mujeres que no han sido instruidas adecuadamente, que sólo han visto superficialmente la relación entre moral e ideas políticas y que sólo han adquirido un conocimiento imperfecto del corazón humano, se han comportado de un modo que ha deshonrado a su talento y a su sexo. Estos son ejemplos llamativos y tristes, citados normalmente con más malicia que pena. El benevolente y el sabio destacan los errores de genio con más cuidado que los errores motivados por la tontería, porque hay más peligro en el ejemplo. Recorro a ejemplos, que todo hombre de letras reconocerá inmediatamente, para probar que, cuando el entendimiento femenino se ha cultivado adecuadamente, las mujeres han obtenido no sólo admiración por sus útiles habilidades sino también respeto por su conducta ejemplar.

Prudentemente evita aludir a sus contemporáneos, pero debe perdonarme si no puedo omitir ejemplos fundamentales para mi causa. La educación moderna ha mejorado, los frutos de estas mejoras son claros y no puede prohibirme que los destaque. En lugar de avergonzarme por lo poco que se ha hecho hasta ahora para mejorar las habilidades femeninas en ciencia y literatura, estoy sorprendido de que se haya logrado tanto. Hasta hace poco las mujeres eran mantenidas en una ignorancia tuta; todos los modos de adquirir conocimientos eran desaprobados por la moda o, incluso, impracticables por las que despreciaban la moda. Nuestros libros

de ciencia estaban en una jerga ininteligible, y el misterio ocultaba la pomposa ignorancia del desprecio público. Ahora los escritores deben presentar sus descubrimientos al público en términos claros que todos puedan entender. El lenguaje técnico ya no sustituirá al conocimiento, y el arte de enseñar se ha perfeccionado por la demanda de aprender. Todo esto favorece a las mujeres. Muchas cosas que se suponían demasiado complicadas para ellas, o inadecuadas para su sexo, ahora se sabe que pueden compaginarse perfectamente con sus características femeninas. La botánica se ha puesto de moda; puede que con el tiempo sea útil, si no lo es ya. La ciencia «ha sido reclutada por la imaginación», por los irresistibles encantos del genio. Por ese mismo poder sus devotos serán guiados «desde las analogías más permisivas que revisten la imaginaria poética hasta las más estrictas que conforman el razonamiento filosófico»¹⁹.

La química seguirá a la botánica; la química es una ciencia especialmente adecuada para las mujeres, para sus talentos y su situación. La química no es una ciencia para presumir, pero te mantiene ocupado, tiene una variedad infinita, no exige fuerza corporal, puede ejercerse en privado, se puede aplicar inmediatamente a propósitos domésticos y, aunque puede ejercitar la inventiva de la mente más imaginativa, no hay peligro de inflamar la imaginación: mejora el juicio, la mente se centra en realidades, el conocimiento adquirido es exacto y el placer de la investigación representa suficiente recompensa por el trabajo realizado.

El Dr. Johnson²⁰ dice que «nada que se haga siguiendo una receta está bien hecho». Si intentara recomendar la química a ciertos filósofos epicúreos, diría que un buen cocinero no es más que un químico empírico, que el estudio de esta ciencia produciría una reforma saludable en los libros de recetas y que mejoraría las dotes de toda dama que aúne en su persona los oficios de ama de casa y de esposa.

Sir Anthony Absolute²¹, enemigo acérrimo de las mujeres de letras, declara que «si tuviera que elegir a otra esposa, su nivel de erudición consistiría en conocer las letras por separado, sin tener que combinarlas, y la cumbre de su ciencia sería contar hasta veinte; lo primero le permitiría borderar A.A. en la ropa, lo segundo evitaría que le diera la camisa número uno con los pantalones número dos». La esposa de Sir Anthony, aplicando

¹⁹ Frases extraídas de la introducción al *Jardín botánico* de Erasmus Darwin (1731-1802), científico, filósofo y abuelo de Charles.

²⁰ Samuel Johnson (1709-84), hombre de letras, poeta y lexicógrafo.

²¹ Personaje de *The Rivals*, obra de Sheridan.

adecuadamente la química, bordaría A.A. en la ropa con una facilidad y rapidez desconocidas para las practicantes del punto de cruz, y la economía de su guardarropa y de su casa se beneficiaría de la aritmética y del gusto por el orden. La economía no es «la política de no gastar un penique», como suponen algunos, sino el arte de calcular, ayudado por el hábito del orden, y de proporcionar a nuestros deseos los medios para que se hagan realidad. El hábito de la esposa de sisar del dinero de la compra es despreciable y odioso para cualquier marido con sentimientos. Pero, lejos de despreciar las obligaciones domésticas, las mujeres que han sido bien educadas las respetarán, porque verán que toda la felicidad depende de cada día y cada hora, y que su disfrute depende de la práctica de esas virtudes, que son más valiosas que espléndidas. El gusto, la inventiva y el buen juicio son aplicables a las artes de la vida doméstica, y ésta será preferida por las mujeres que tienen en sus mentes un flujo continuo de ideas nuevas, que no pueden ser tentadas por el vicio y que son capaces de disfrutar de todos los placeres reales de la amistad y del amor.

Al empezar esta carta me encontré con el siguiente conmovedor pasaje, que no puedo dejar de transcribir: «La mayor parte de las observaciones contenidas en las páginas anteriores fueron hechas por una dama que ya no puede verse afectada por nada de este mundo. La bondad de su disposición la llevó a jamás pasar por alto ningún hecho o ninguna circunstancia que ocurriese dentro de su entorno y que pudiese ser beneficioso para sus semejantes. Si algún consejo útil puede haber surgido de mi pluma, a ella se lo debe el público; ella creía que un ser como el hombre, que depende tanto de la ayuda de los demás, debe —como compensación a sus semejantes— transmitirles cualquier conocimiento útil, por pequeño que sea, que el azar ponga en su camino. Ese ha sido mi objetivo; esa era la opinión de mi amada esposa, mi amiga del alma, que me animó y ayudó en todos los quehaceres. Ahora siento una melancólica satisfacción al analizar aquellos temas que ella disfrutaba estudiando»²¹.

El elegante Lord Lyttleton²², el benevolente Haller²³ y el amigable Dr. Gregory²⁴, todos ellos, con el lenguaje del afecto, de la poesía y de la verdad, han descrito los placeres de los hombres de ingenio y de letras

²¹ Pasaje de *Ensayo sobre la gestión de una mujer*, de J. Anderson.

²² George, primer barón Lyttleton (1709-73), político y autor de *Advice to a Lady*.

²³ Albrecht von Haller (1708-77), biólogo y poeta suizo.

²⁴ John Gregory (1724-73), catedrático de Medicina en Edimburgo y autor de *Legacy of a Father to his Daughters*.

junto a mujeres que simpatizan con sus pensamientos y sentimientos, ya que pueden conversar con ellos como iguales, vivir con ellos como amigos, y ayudar en la dulce tarea de educar a los hijos, convirtiendo a su familia en la mejor de las compañías y a sus hogares en un atractivo centro de felicidad. ¿Pueden convertirse en este tipo de esposas las mujeres que no han sido instruidas correctamente?

Las mujeres no tienen la posibilidad de elegir como nosotros, pero sí el poder de decidir. Las mujeres no pueden forzar los gustos de la persona con la que se relacionan, pero la felicidad de ambos dependerá en gran medida de que sepa adaptarse a los gustos de él. Por esta razón, al educar a las mujeres, cultivaría los poderes generales de la mente más que una facultad en concreto. No deseo convertir a mi hija en música, pintora o poeta, no deseo hacerla botánica, matemática o química, pero me gustaría inculcarle el hábito del trabajo, el amor por saber y el poder de razonar. Esto la capacitaría para cualquier rama de las letras o las ciencias. Espero que sus gustos y ocupaciones estén determinados por su situación y por los deseos de sus amigos. Ella considerará todas sus virtudes y todos sus conocimientos como subordinados a la prioridad de contribuir a la felicidad de los que la rodean y, por lo tanto, a la suya propia.

Mi estimado amigo, atentamente.

14. Mary Hays

(1760-1843)

Mary Hays provenía de una familia disidente racionalista, hasta el punto de que ella misma escribió contra la Iglesia de Inglaterra. Tras la muerte de su prometido, decidió independizarse y vivir de la escritura como poeta, novelista y ensayista.

Amiga de Mary Wollstonecraft, hecho por el que también fue duramente criticada, sus ideas sobre la cuestión femenina eran similares, pero Mary Hays daba más importancia a la religión. Asimismo era una política subversiva de ideas republicanas. Reconocida novelista, reseñaba obras de ficción para varias revistas, entre ellas *Analytical Review*. Entre 1796 y 1797 escribió, para *Monthly Magazine*, varios artículos defendiendo la igualdad intelectual de las mujeres y su necesidad de recibir formación. Es curioso comprobar cómo Hays dejó de firmar tan sólo con sus iniciales, para utilizar su nombre completo, tras una necrológica sobre su inspiradora Wollstonecraft. También se relacionó con escritores de la talla de William Wordsworth y Samuel Taylor Coleridge.

En cuanto a las obras, en *Letters and Essays, Moral and Miscellaneous* (1793), Mary Hays trata de cuestiones feministas, unitarias, políticas y filosóficas, afirmando que las mujeres solían ser más liberales en política que los hombres. En su novela *The Victim of Prejudice* (1799), también defendía la igualdad. Llegó a publicar seis volúmenes, bajo el título de *Female Biographies, or Memoirs of Illustrious and Celebrated Women of all Ages and Countries, Alphabetically arranged* (1803), sobre la vida y obras de casi trescientas heroínas europeas desde la Antigüedad. En el Prefacio dice lo siguiente: «Mi pluma está dedicada a la causa, en beneficio de mi propio sexo, para que avance racional y socialmente [...]. Una mujer que, a la gracia y a la suavidad propias de su sexo, añade la sabiduría y la fortaleza características del otro, es la combinación más perfecta de la excelencia humana» (Pollin, 1971: 281). En efecto, para Hays las mujeres no son iguales a los hombres, sino incluso superiores por su sensibilidad. Volvió a celebrar los logros de las mujeres en *Memoirs of Queens* (1821).

A continuación presentamos su opúsculo *Appeal to the Men of Great Britain in Behalf of Women* (1798), que apareció de forma anónima, donde aboga por una formación vocacional (aunque no profesional) y por la independencia económica de las mujeres.

Llamamiento a los hombres de Gran Bretaña en nombre de las mujeres
(1798)

(Traducción de Mariam López Rodríguez)

¡Salve, oh fe implícita!
El hombre imperial exige sumisión.
Yearsley¹

Cómo quieren los hombres que sean las mujeres

Que caigan los sistemas (si es que se puede denominar sistema a tal atajo de contradicciones y absurdos) que la naturaleza humana ha creado en un momento de embriaguez; el sistema ingenizado por los hombres para conformar las mentes de las mujeres y para regular su conducta es quizás el más absurdo de todos. Y, aunque las consecuencias suelen ser muy serias para los dos sexos, si pudiéramos olvidar esto por un momento y tan sólo considerarlo un sistema, lo tomaríamos como motivo de risa y burla más que de enfado.

¡Qué caos! ¡Qué mezcla han hecho de fuerza y debilidad, de grandeza y pequeñez, de sentido común e idiotez, de exquisito sentimiento e insensibilidad total, para después darle a su amorcito el nombre de mujer! Qué diferente del padre de los dioses y de los hombres, el alegre y gallardo Júpiter, que creó la sabiduría a partir de su propio cerebro y la presentó al mundo en forma de mujer².

Pero en la composición que el hombre ha hecho de la mujer no se puede hablar de sabiduría, ni siquiera se puede insinuar; sin embargo, por extra-

¹ Ann Yearsley (1752-1806), poeta y novelista de clase obrera.

² Minerva, la diosa de la sabiduría, fue creada de la cabeza de Júpiter.

ño que parezca, debe estar ahí en todo su esplendor y debe surgir cuando sea conveniente. Esto es un misterio que, dado que no se nos permite estar entre los iniciados, debemos admirar desde la distancia sin comprender.

¡Es sorprendente cómo los hombres desean que las mujeres sean tan magníficas en ciertos aspectos de su conducta y tan insignificantes en otros! Por ejemplo, cuando su amor, su orgullo, su delicadeza, en otras palabras, cuando los sentimientos más delicados de la humanidad son insultados y maltratados, ¿qué se espera de ellas?

No necesito aclarar que la situación a la que hago referencia es aquella en la que la mujer descubre que su marido, el objeto de su sincero y constante afecto, se abandona a otras relaciones; y no sólo eso sino que, además, como consecuencia natural, llegan el distanciamiento emocional y la falta de confianza, lo que hiere infinitamente el alma y la sensibilidad de la mujer. ¿Y qué conducta se espera de una criatura declarada débil por naturaleza y aún más débil por educación?

Aquí tenemos uno de esos absurdos de los que acuto a los hombres en su sistema de contradicciones. Esperan que esta pobre y débil criatura olvide amor, celos y orgullo, las pasiones más fuertes y universales del corazón humano (que incluso los hombres, disfrazados de sabiduría y fortaleza, encuentran tan difíciles de dominar), que las aparte a un lado con la misma facilidad con la que se quita el vestido y las enaguas, y que se sumerja sin pensarlo en un frío baño de prudencia para que sea sólo ella la que sufra las consecuencias, con tal de que marido y mujer puedan seguir llevándose bien. Este es uno de esos casos en los que a los maridos no les importa que las mujeres sean fuertes o que reciban todos los honores, aunque su sacrificio les traiga la muerte, cosa que ha ocurrido alguna vez.

¡Queridas y generosas criaturas! Esto me recuerda un caso singular, que oí el otro día, sobre un pobre hombre con la desgracia de tener cataratas en ambos ojos. Le cortaron una, la extrajeron o como se diga, por lo que sufrió —como pueden imaginar— un terrible dolor. La otra catarata desapareció, se difuminó, realmente no sé cómo expresarlo, nadie sabe cómo explicarlo, excepto por simpatía con la otra, pero desde luego sin que le practicaran ninguna otra operación. Este segundo ojo es al que los médicos llaman el ojo masculino. Cuando este tipo de operación tiene dichas consecuencias le dan un nombre muy impresionante, que he olvidado por completo, pero que piensan utilizar en el futuro para denominar todos aquellos casos en los que una parte se lleva todo el sufrimiento y la otra recibe todos los beneficios. Porque, casi se me pasa mencionar que el

pobre ojo en el que se llevó a cabo el experimento «se cerró como en una noche eterna».

Pero volviendo a nuestro tema, las situaciones antes mencionadas, aunque duras para la naturaleza humana en general y para las mentes sensibles en particular, no son las únicas en las que las mujeres tienen que poner a prueba su paciencia y templanza. No importa a qué vicio se haya adicto el hombre ni qué tonterías cometa, pues se espera que su esposa y sus parientes femeninas le acepten y miren, si no con admiración, al menos en respetuoso silencio y manteniendo las distancias. Cualquier otra conducta se considera un incumplimiento de ese sistema de autoridad arbitraria que los hombres han erigido en su propio beneficio, y también se recibe con resistencia y la mayor de las severidades.

Un hombre, por ejemplo, es adicto al destructivo vicio de la bebida. Su esposa ve este pernicioso hábito con terror y angustia, ya que se imagina cómo va a afectar a la salud y a la felicidad no sólo de él, sino de toda la familia. Aun viendo este futuro ante sus ojos, se considera una severidad y una imprudencia que ella haga algo para controlarlo; se la acusará de llevarle a buscar placer en lugares malos, al no encontrar la paz en su propio hogar. Y, cuando el vicio se haya apoderado de él y pase a convertirse en un hábito, se la considerará una tonta por intentar curar lo incurable.

Por lo tanto, en lo que se refiere a este mal o a cualquier otro en el que se estime apropiada la intervención de la mujer, el hombre no será responsable del daño que cause; y si lo es, el hombre justifica hundirse cada vez más en sus vicios, causando la desgracia de su esposa, para de este modo castigar su osadía. De esta manera, lo que hizo la Providencia queda equilibrado por el orgullo y la obstinación del hombre, ya que parece obvio que la Providencia pretendía que ambos sexos restringieran, desanimaran y previnieran los vicios mutuos, y animaran, promovieran y recompensaran la virtud.

A menudo, las mujeres están unidas a hombres de cuyas extravagancias sus familias tan sólo pueden esperar pobreza y ser abandonadas en un mundo sin piedad. En este caso, quizás uno de los pocos asuntos en los que se le permite tomar decisiones, la esposa puede ahorrar, pero los frutos de su esfuerzo siguen estando a merced de su amo, quien se cree con derecho a gastar en sus vicios lo que a ella le hubiera podido proporcionar un inocente placer. Y lamento decir que en general los hombres, como siempre suelen hacer, se ponen del lado de los de su sexo y no consideran justificable la oposición de las mujeres de su familia.

Las mujeres de sentimientos liberales y de gran corazón, pues seguro que las hay (ya sea debido a una buena educación o a pesar de una mala), que emplearían su fortuna en actos de caridad, están unidas a hombres sin principios que sólo desean acumular riqueza y que, por tanto, no quieren que ésta vuelva a la sociedad por los canales adecuados. De nuevo, la mujer es víctima de los vicios e inseguridades de su tirano, pero por muy inclinada que esté hacia la virtud y la benevolencia, por muy bien que haya sido educada en ellas, lo tiene todo en su contra. Hubiera hecho mejor en dedicar todos sus esfuerzos y su tiempo en fortalecer los hábitos del egoísmo y en la falta de caridad, ya que, dada la situación actual, lo máximo a lo que puede aspirar una mujer hoy en día es a satisfacer a su marido en lo que él quiera. Y, para este gran y glorioso fin, los hombres esperan que se sacrifique todo lo demás. La razón, la religión (o, al menos, muchas de las máximas más importantes), las opiniones personales, los prejuicios, todo esto y mucho más debe olvidarse en nombre de la autoridad, que exige todo como si fuera un derecho y si devuelve algo lo hace como un favor.

Sin embargo, no me gustaría que se me malinterpretase, ni siquiera por un momento, ya que, aunque éste no sea el lugar en el que extenderse sobre el tema, hay que reconocer que satisfacer a un esposo razonable y que se lo merece —permítanme insistir— es uno de los mayores placeres que puede experimentar una mujer. Pero que las mujeres estén obligadas a soportar las tonterías, los caprichos y los vicios de los hombres, y que tengan que aceptarlo como un deber, es el sistema más desafortunado, ya que degrada la especie humana.

Podría mencionar innumerables ejemplos sobre cómo quieren los hombres que sean las mujeres en circunstancias duras y humillantes, pero no quiero cansar al lector ni causarme yo misma mencionando lo que es fácil de imaginar, no hay necesidad de repetirlo. Tan sólo diré que en ciertas ocasiones, relacionadas con las pasiones, se permite —incluso se espera— que la mujer se comporte con la firmeza de carácter y la grandeza de mente normalmente consideradas masculinas. Y, sin embargo, esto se contradice totalmente con esa debilidad universal con la que los hombres caracterizan a las mujeres para su propia conveniencia, y que supuestamente admiran. Hace falta algo más que la imbecilidad y la credulidad femeninas para suponer que tales extremos pueden conjugarse en armonía en unos seres tan imperfectos como los humanos. Por lo tanto, a menos que una mujer espere conseguir algo por estos medios, en cuyo caso no tiene mérito alguno, estos extremos tan distintos no son naturales ni voluntarios, sino que están en contra de la naturaleza, la razón y el sentido común.

De hecho, mediante la tortura, cualquier conducta (por antinatural que sea) puede ser imbuida por el individuo. Incluso se enseña a bailar a animales como el oso o el pavo, o más bien a simular que bailan, cuando su tirano se lo ordena. Pero no debemos olvidar que, para que esto ocurra, al oso le sacan los ojos para que sea más dócil al cruel capricho del hombre, y que del mismo modo los hierros candentes en las patas del pavo logran el espectáculo, con el que muchos cometen la barbaridad de divertirse.

Así, pues, hay veces en las que las mujeres aparentan alegría pero, si tuvieran en cuenta lo que debe haberles costado lograr dicha apariencia, deplorarían un sistema tan egoísta y sórdido, y se unirían para intentar erradicar de la sociedad la teoría que tiene tales consecuencias en la práctica. Porque, ¿qué puede esperarse de las acciones realizadas en tales circunstancias en contra de la naturaleza, en contra de la razón y en contra del sentido común? ¿Mejoran el entendimiento? ¿Purifican el alma? ¡No, jamás! Muy al contrario, envilecen al primero y corrompen a la segunda. Pero la triste verdad es que este sistema, creado y apoyado por los hombres, se basa en degradar el entendimiento de las mujeres y en corromper sus corazones. [...]

15. Mary Darby Robinson («Perdita»)

(1758-1800)

Hija de un capitán de barco, Mary Darby fue actriz, dramaturga, poeta y novelista. En 1774 se casó con Thomas Robinson, un estudiante de derecho. Mary Darby Robinson representó el personaje de Perdita en la obra dramática *Un cuento de invierno*, de Shakespeare, y su actuación fue tan brillante que se quedaría con ese nombre como apodo. El príncipe de Gales (futuro Jorge IV) se enamoró de ella, la convirtió en su amante, aunque poco después la sustituiría. Humillada, Robinson se marchó a Francia, donde entablaría amistad con María Antonieta.

En 1784 contrajo una enfermedad que la dejó medio inválida por lo que, a partir de ese momento se concentró en la escritura. Sus contemporáneos, entre ellos Samuel Taylor Coleridge, apreciaron su obra, llegando a considerarla la «Safa Inglesa».

Robinson pasó los últimos años de su vida en Londres, vinculada a un círculo de mujeres radicales que incluía a Mary Hays y a Mary Wollstonecraft, entre otras. En 1799 publicó varios opúsculos feministas, *Thoughts on the Conditions of Women* y *A Letter to the Women of England on the Injustice of Mental Subordination*. Como comprobaremos, en este último expresa su desilusión ante el matrimonio, defendiendo la idea de que la mujer pudiera dejar al marido, tal y como ella había hecho años antes. Se trata de una crítica social, de ahí que la primera edición apareciera bajo el pseudónimo de Anne Frances Randall. Al comienzo ella expresa su admiración por Wollstonecraft, pero Robinson la superará en sus peticiones por la igualdad de los sexos: «Que la mujer manifieste de una vez su campo de acción, libre de prejuicios y de vanidad, y el orgullo (la forma más noble de orgullo) reivindicará su participación en el poder, tanto físico como mental». Es sobre todo la hipocresía lo que ella no soporta, el que las mujeres tengan que amar, honrar y obedecer (según el ritual del matrimonio) a un marido opresivo. Vislumbró con claridad que en los estudios se encontraba el progreso de las mujeres. Los idiomas, la posibilidad de comunicarse a nivel global, las salvarían de su aislamiento.

Colaboradora del *Morning Post*, en 1800 Mary Darby Robinson empezó a escribir también para la *Monthly Magazine*. Fue el año de su muerte, cuando estaba redactando su autobiografía, obra que terminó y publicó a título póstumo su hija María Elizabeth, en cuatro volúmenes: *Memoirs of the Late Mrs. Robinson, Written by Herself, With Some Posthumous Pieces* (1801).

*Carta a las mujeres de Inglaterra
sobre la injusticia de la subordinación mental, con anécdotas (1799)*

(Traducción de Miriam Seghiri Domínguez)

¿Para qué nacemos con almas sublimes
si no es para afirmarnos?
Rowe

Exeter, a 7 de noviembre de 1798

La tradición, desde la Antigüedad, ha luchado para situar la mente femenina entre las categorías subordinadas de la sociabilidad intelectual. Se ha considerado siempre a la mujer como una parte preciosa y fascinante de la creación, pero sus reivindicaciones de igualdad mental no sólo han sido cuestionadas por escépticos interesados y envidiosos sino también minimizadas mediante una política bárbara por parte del otro sexo, dada la falta de una educación liberal y clásica. No me extenderé mucho sobre las doctrinas de ciertos sensualistas filosóficos que han colaborado en esta opresión destructiva, porque una británica ilustre (cuya muerte no se ha lamentado lo suficiente, pero a cuyo talento la posteridad hará justicia) ya ha escrito volúmenes reivindicando «los derechos de la mujer». Pero me esforzaré en probar que, bajo el presente estado de subordinación mental, el conocimiento universal no sólo está embotado y marchito sino que la felicidad verdadera, la que se origina en las formas progresistas, ha sufrido un retraso en su avance. La mujer manifiesta de una vez su campo de acción, libre de prejuicios y de vanidad, y el orgullo (la forma más noble de orgullo) reivindicará su participación en el poder, tanto física como mental.

Para que esta carta pueda entenderse con claridad, procederé a probar mi afirmación mediante un lenguaje firme y desprovisto de adornos. Recordaré a mis cultivadas compatriotas que no son meros apéndices de la vida doméstica sino compañeras del hombre, sus iguales y, cuando destacan por sus facultades intelectuales, no son menos capaces que lo que el prejuicio y la tradición han atribuido exclusivamente a las facultades intelectuales del hombre. Así lo pienso y mis afirmaciones son indiscutibles.

Suponiendo que el destino, el interés, la suerte o cualquier otro factor haya unido a un hombre de pobre entendimiento y de debilidad física con una mujer en plenas facultades intelectuales y capaz de soportar las fatigas de una vida ajetreada, ¿no es denigrante para la humanidad que esta mujer sea la esclava obediente y pasiva de este hombre? ¿No es repugnante, según todas las leyes de la naturaleza, que sus sentimientos, acciones y opiniones controlen, perviertan y degraden a una consorte así? ¿Puede ella encontrar amparo en un ser para cuya protección fue engendrada por el omnisciente creador? Sin embargo, es imposible bien por prudencia o por compasión, bien por la seguridad de un interés mundano o por una felicidad mundana, que ella se atreva a dirigir las cuestiones domésticas o a apartar su sombra conyugal del oprobio o de la ruina. ¿Cómo la consideraría el «sexo dominante»? Como una usurpadora de los derechos del esposo, como una tirana doméstica, como una arpa rencorosa, como una filósofa dominante y como una deshonra para esa raza de mortales conocida por el denigrante nombre de «sexo débil».

La barbarie de la ley tradicional se ha ejercido en este «ilustrado» país desde hace tiempo en menoscabo de la mujer e, incluso, las leyes de honor se han distorsionado para oprimirla. Si un hombre recibe un insulto, puede demandar una compensación: puede castigar, retar y hasta destruir a su adversario. Este comportamiento se califica de honorable en un hombre; su carácter se exonera del estigma de la calumnia y su valor gana estima en proporción a su venganza. Pero si una mujer intentara recurrir a este comportamiento, por intensa que sintiera la ofensa, por invencible que fuera su fortaleza o por lo importante que le resultara conservar su personalidad, se la consideraría una asesina. Por lo tanto, la tradición dice: debes liberarte del error y poseer una honra inmaculada; sin embargo, si un difamador o un libertino, incluso mediante sus más imperdonables falsedades, te priva de reputación o reposo, no tienes derecho a restablecer tu honra. Él será recibido en las clases más refinadas, en los gabinetes de los nobles y en las habitaciones de coquetas y mojigatas, mientras tú deberás soportar el oprobio y hundirte bajo el peso de la calumnia, del ridículo y de la malevolencia.

Realmente no hemos visto un solo caso en que las mujeres hayan reñido a un libertino profeso o hayan censurado a los hombres por haber actuado sin sentimientos o sin honor hacia lo que se denomina el «sexo débil». Las mujeres, por este error de indulgencia, mientras dan pruebas de un triunfo degradante, generan una angustia que, a su vez, sufrirán de manera inevitable.

El hombre puede soportar las tentaciones de la existencia humana mejor que la mujer porque ha sido educado de forma más liberal y conoce mejor la sociedad. No obstante, si tiene la osadía de romper los lazos de la vida social y familiar, se le perdona y sus barbaridades se achacan a la fragilidad humana. Pero si la mujer sobrepasa los límites del decoro, «la pervigie la misérrima ruina, el reproche y una vergüenza infinita, pues un solo paso en falso destruye su honor por completo».

Estas discriminaciones parciales parecen violar todas las leyes, divinas y humanas. Si la mujer es la criatura más débil, su fragilidad debiera peno- narse con más razón. Está expuesta por su atractivo personal a más peligros y, sin embargo, no se le permite llevar la coraza del hombre, no se le permite el ejercicio del valor para rechazar a los enemigos de su honor y felicidad aunque, si es deshonrada, ¡está perdida para siempre!

Suponiendo que una mujer haya padecido todos los insultos y daños que su presuntuoso y albio compañero, el hombre, pueda infligirle, imaginada expulada de la sociedad, abandonada por sus iguales, siendo objeto de burla, expuesta a la pobreza, azotada por la malicia y confinada al desprecio sin otro compañero que el dolor, sin otra perspectiva que la desgracia, sin tener dónde recurrir. Ella apela al sentimiento y a la razón de los hombres, y ellos la compadecen, pero no intentan reparar el daño que le han infligido; ella busca refugio en su propio sexo, que no sólo la condena sino que también la rehuye. Ella habla de castigar al villano que la ha des- truido, él sonríe ante la amenaza y le contesta que es una mujer.

Permítanme formular unas preguntas sencillas y razonables: ¿No es la mujer un ser humano dotado con todos los sentimientos que anidan en el corazón del hombre? ¿No tiene la mujer afectos, sensibilidad, fortaleza y un agudo sentido de las ofensas? ¿No se empuquecece cuando es perse- guida? ¿Su corazón no se derrite de compasión, palpita de pena, se encien- de con el resentimiento, le duele con la sensibilidad y le hierve de indig- nación? ¿Por qué se le niega entonces el ejercicio de los sentimientos más nobles, una gran conciencia del honor, un vivo sentido de lo que repre- senta la dignidad de carácter? ¿Por qué la mujer no puede sentirse ofendi- da y castigar? Porque las leyes de la tradición, establecidas desde hace tiem-

po, han decretado que ella es pasiva: porque, por naturaleza, siente cada ofensa de forma más aguda y, no obstante, por una política bárbara, se le niega el primero de los derechos de la naturaleza, el de la autoconservación.

¿Cuántos vicios hay en los que los hombres se deleitan y a los que las mujeres raramente son adictas? La bebida se considera en el hombre una prueba de buena camaradería. El *bon vinum* se considera como el mejor y más deseable de los compañeros. El vino, de la misma forma que es agradable al sentido del gusto para el hombre, lo es también para la mujer, aunque su abuso volverá a ambos brutos. No obstante, el hombre se rinde a su influencia porque él es la criatura más fuerte, mientras que la mujer se resiste a su poder sobre los sentidos porque ella es la más débil. ¿Cómo defenderá el «sexo dominante» esta contradicción? El hombre dirá que sus pasiones son más fuertes que las de las mujeres; sin embargo, vemos a las mujeres precipitarse no sólo a la ruina, sino a la muerte, por los seres a los que aman, mientras que los hombres exultan en muestras involuntarias de capricho, intriga y seducción, sin ni siquiera sentir pasión por los vicios que tienen. El hecho es simplemente el siguiente: las pasiones de los hombres se originan en la sensualidad, y las de las mujeres en el sentimiento; el hombre ama físicamente, la mujer mentalmente. ¿Qué criatura es más noble?

El juego es considerado, según el vocabulario actual, un vicio masculino. ¿Tiene el vicio entonces sexo? Hasta que las pasiones de la mente del hombre y de la mujer se separen y distingan, hasta que el sexo del soplo vital, la llamada alma, se determine, ¿con qué pretexto se priva a la mujer de los divertimentos de los que puede disfrutar el hombre? Si el juego es un vicio, aunque esté aliado a todas las formas de negocio, ¿por qué no condenarlo del todo? ¿Por qué padecer que el hombre persevere en su práctica y, no obstante, execrar su propensión en la mujer? El hombre puede disfrutar de la vida social alrededor de la mesa y deleitarse en los caprichos de su naturaleza, puede abandonar su casa, violar los votos del matrimonio, burlarse de las leyes morales que unen a la sociedad y desafiar incluso a la religión oprimiendo a los indefensos, mientras que la mujer es condenada a soportar el duro trabajo de la vida doméstica, a vegetar en la oscuridad, a «amar» lo que aburrece, a «honrar» lo que desprecia y a «obedecer», a la par que se estremece ante su subordinación. ¿Por qué? ¿Que me conteste el sofista más perspicaz: ¿por qué?

Si a veces las mujeres, en realidad con demasiada frecuencia, muestran cierta frivolidad de carácter, deberíamos investigar el mal que lo origina e

intentar encontrar remedio. Si los vástagos más jóvenes de nuestra nobleza son superficialmente refinados e ignoran los conocimientos básicos, en tanto se inician con regularidad en los misterios de la mesa de juego y en los laberintos de la intriga, ¿nos puede sorprender que descubran pronto aptitud para mostrar sus locuras hereditarias? Sabemos que las mujeres, como los príncipes, son extrañas a las admoniciones de la verdad y, sin embargo, nos quedamos estupefactos cuando las vemos capaces de emular todo lo pueril y superfluo, siempre aspirando a un poder arbitrario, sin ninguna cualificación mental que autorice dicho dominio. De este tipo de mujeres es de donde la humanidad saca su opinión sobre la imbecilidad del sexo débil y, para que su alegato sea sancionado con el ejemplo, se continúa debilitando la mente femenina con el único objetivo de la subdominación.

Sin embargo, la presente era ha dado pruebas indiscutibles de que la mujer sí que es un ser racional y cultivado. Hemos visto a Wollstonecraft, Macaulay, Sévigné y a muchas otras, que aún viven, embellecer la literatura con un talento de primera clase. La aristocracia de los reinos dirá que es absolutamente necesaria la obediencia pero, si todos fueran amos, ¿quién se rebajaría a servir? Por esta misma regla el hombre pregunta, si permitimos al sexo débil participar en los derechos intelectuales y en los privilegios de los que disfrutamos, ¿quién se hará cargo de nuestro tedio doméstico?, ¿quién reinará (como dice Stephano, mientras seamos virreyes) en nuestros hogares?, ¿quién educará a nuestra progenie, obedecerá nuestras órdenes, será nuestro vasallo prometido en matrimonio, la criatura objeto de nuestro placer? Yo respondo: las mujeres; pero no serán vuestras esclavas, serán vuestras socias, vuestras iguales en la amplia escala de la sociedad civilizada y en los derechos indiscutibles de la naturaleza.

En los quehaceres y ocupaciones cotidianos de la vida, lo que en un hombre se denomina fogosidad, en una mujer se llama rencor. Si un hombre es insultado e inflige un golpe a su defensor, se le califica de valiente y de criatura noble. Si una mujer actúa bajo el mismo principio de resistencia se la marca con el término de *Janipa*, aunque en tales circunstancias apenas se encontraría con un Sócrates, incluso si poseyera facultades físicas y mentales superiores a las del objeto de su rencor.

¿Cómo es que en esta época de la razón no hay estadistas y oradores que escojan como colaboradoras a mujeres con facultades mentales superiores? Los hombres admiten que las mujeres son totalmente necesarias para su felicidad y que «hubieran sido unos brutos» sin ellas. Pero el poeta no insinuó que se permitiera sólo a las mujeres tontas e ignorantes «el ho-

nor supremo» de desembrutecer al hombre, de hacer su vida deseable y de «suavizar el duro camino de la preocupación» con su cariño. Los antiguos trataban de emular, de patrocinar e, incluso, de fomentar la amistad con mujeres cultivadas. Pero un Demóstenes británico, un Pitágoras, un Leoncio, un Eustacio o un Bruto antes pasaría el tiempo flirteando con una cortesana iltrada que conversando con una Teano, una Temiste, una Cornelia, una Sofipatra o una Porcia. ¿Qué aristocracia mental es ésta? ¿Qué son sino los celos más empedernidos, las formas más perniciosas y refinadas de envidia y de malevolencia?

Permítanme preguntar al mortal racional y pensador, ¿por qué se convierte la gracia de la belleza femenina en emblema de una mente débil? ¿Representa la más bella simetría de formas o el más delicado color de piel una sumisión domesticada al insulto o a la opresión? ¿Se confiere en vano la fuerza del intelecto a la mujer? ¿Ha otorgado el Ser Supremo (que designa los acontecimientos) al alma femenina diferente energía y sentimiento, de manera que la primera puede permanecer inactiva y el segundo ser fuente de su destrucción? Dejemos que el moralista piense lo contrario, que el filósofo contemplativo examine las proporciones del intelecto humano y esperemos que la inmortalidad del alma radique en causas no meramente sexuales.

Cicerón dice: «Desde los orígenes existía algo parecido a la razón, una emanación directa de la propia naturaleza que predisponía al bien y alejaba del mal». La razón se considera como una parte del alma, ya que nos enseña intuitivamente a esperar un estado futuro. Cicerón no otorgaba el atributo de la razón al sexo. ¿dicha doctrina hubiera sido totalmente malhome-tana!

Los pintores más famosos han representado siempre a los ángeles sin sexo. No pretendo determinar si esta idea tiene su origen en la teología o en la imaginación, pero me atrevo a afirmar que es especialmente injusto condenar a la mujer a todos los insultos terrenales cuando se le asigna un sexo, pues sólo se le permite ser feliz cuando se despoja de él. También hay algo de profano en la opinión, ya que implica que un Todopoderoso Creador envía a una criatura al mundo con una marca sexual que facilitará su propia persecución mortal. Si los hombres están satisfechos de la confianza de las mujeres, que se unan a la confesión de la igualdad mental, pues queda demostrada por el hecho de que el alma no tiene sexo. Entouces, si la causa de la acción es la misma, los efectos no pueden ser distintos.

¿En qué es la mujer inferior al hombre? En algunos casos, pero no siempre, en su fuerza física; en actividad mental es su igual. Según esta re-

gla, si sólo debe soportar opresión en la medida en que carece de fuerza muscular, en todas las actividades físicas el más débil debería dar prioridad al más fuerte. No obstante, deberíamos encontrar a un señor de la creación de constitución endeble, reacio a confesar la superioridad de una joven lozana campesina a quien la naturaleza haya dotado de fuerza física, lujo del que él se ve privado.

La pregunta es simplemente la siguiente: ¿se persigue y oprime a la mujer porque es la criatura más débil? Suponiendo que ésta sea una orden de la naturaleza, permítanme preguntar a estos déspotas humanos que si una mujer de grandes facultades mentales y físicas nace para rendir obediencia sólo porque es mujer, ¿qué pasa con aquellas sombras de hombres afeminados junto con las travestis bufonadas de los monos? Recuerdo haber oído una vez a uno de esos Anibales modernos confesar, ni más ni menos, que había cambiado tres veces de regimiento porque su uniforme no le favorecía.

Si la mujer es la criatura más débil, ¿por qué se la emplea en tareas arduas? ¿Por qué se la obliga a soportar el trabajo pesado de la casa (fregar, baldear, trabajar hasta tarde y muy temprano por la mañana), mientras que el lacayo empolvado sólo espera en la silla o detrás del carruaje del amo? ¿Por qué en muchas partes del reino se permite a las mujeres arar, llevar el duro negocio de la lechería, trabajar en las fábricas, lavar, hacer cerveza y amasar, mientras que los hombres se dedican a medir lazos y cintas, a doblar gasas, a hacer ramos artificiales, a sentirse atraídos por las plumas y a mezclar cosméticos para conservar la belleza? En verano he visto, y puede que todos los habitantes de la ciudad también, a robustas jóvenes galesas llevando fresas y otros frutos sobre la cabeza desde los alrededores de Londres hasta el mercado de Covent-Garden, transportando cargas pesadas tres, cuatro y cinco veces al día por una mísera paga, mientras los sirvientes de la nobleza se deleitaban en un lujo que ni siquiera conocían sus señores. ¿Se obliga entonces a las mujeres a trabajar porque son el sexo débil?

En mis viajes hace algunos años por Francia y Alemania recuerdo haber visto con frecuencia a chicas robustas, de diecisiete a veinticinco años, empleadas en las tareas más arduas y pesadas como la agricultura, limpiar los caballos y barrer las calles públicas. ¿Se dedicaban, pues, a trabajar tan duramente porque eran las criaturas más débiles? ¿Y no se hubiera desmayado un *penit maître* bajo las fuertes garras de una de estas amazonas rústicas o domésticas?

Se dice que el hombre posee más valentía personal que la mujer. Entonces, ¿cómo es que se atreve a insultar de forma tan osada al «sexo débil»

allá donde se encuentra a una desprotegida? Permítanme contar una historia verídica, narrada por un viajante imparcial y refinado.

«Una dama extranjera muy distinguida, de una familia con la que tuve el honor de tener mucha relación, iba a casarse con un joven caballero del mismo rango; ya se había acordado todo entre las dos familias, y llegó el día de la unión. En la mañana de aquel día, la ceremonia de la boda se había fijado para la tarde, el joven y atolondrado novio, ciego de pasión, cuando estuvo a solas con la novia le insinuó en los términos más tiernos y cariñosos que era su marido en todos los sentidos, excepto por las pocas palabras insignificantes que iba a pronunciar el cura, y que si ella le amaba como él creía, que no le mantendría ni un momento más con aquella ansiedad, y aún menos diez o doce horas (que eran las que faltaban hasta la ceremonia en la iglesia). La dama, muy sorprendida por lo que había oído, reflejó en su semblante no sólo el más encendido rencor, sino que resolvió en lo más profundo de su ser que se vengaría; al haber recibido una excelente educación, conocía bien la sociedad y las artimañas de los hombres en cuestiones de amor. Después de haberse recuperado un poco de la sorpresa, decidió no perder la calma, prometió obediencia a la voluntad de su novio con una sonrisa y le rogó que dijera el lugar apropiado para tal designio; ambos acordaron tal encuentro para las cuatro de la tarde. El indiscreto novio, exultante de gozo ante la expectativa, se encontró con la dama en un jardín que llevaba a la casa donde habían quedado. Mientras caminaban juntos, con aparente ternura, la dama se separó súbitamente del novio y le lanzó una pistola, mientras sostenía otra en la mano derecha, y le dijo así: 'Recuerda con qué propósito infame me invitaste aquí. Nunca serás mi esposo, quiero vengar esta ofensa y juro por mi alma que tú o yo moriremos en este momento. Coge ahora mismo la pistola. Te daré la oportunidad de defenderte, aunque no merezcas el derecho. En esto tengo honor, aunque tú no tengas ninguno'. El novio, sorprendido ante el imprevisto cambio de la dama, tomó la pistola obedeciendo sus órdenes y, apuntando hacia el suelo, se echó a sus pies. Iba a decir miles de cosas a favor de su pasión: la dama le prestó atención unos pocos minutos, apuntándole al pecho con la pistola, mientras el novio, con voz confundida y aspecto desesperado, le suplicó piedad y perdón. Le declaró que su amor por ella era tal que le había privado de toda facultad de reflexión, que no era su intención ofenderla, que todo lo que había dicho había sido sin pensar, que su razón estaba ausente y que la causa de todo era su belleza. '¡Belleza!', exclamó la dama, interrumpiéndole. '¡Eres un villano!' No escucharé nada más, puesto que uno de

nosotros debe morir ahora mismo'. El novio, percibiendo su violenta cólera y constatando que sus dulces palabras no tenían ningún efecto, en una distracción alzó ligeramente la pistola que sostenía en la mano, pensando que infundiría algún terror en su admirada dama, y continuó con su defensa; pero, ¡ay!, tan pronto como la airada belleza vio que su novio alzaba la pistola a la altura del pecho, en aquel instante, momento álgido de su rencor, le disparó en el corazón. Él se desplomó, y al caer, sin habla ni razón, su pistola se disparó, causándole a ella una herida en la clavícula de la que salió mucha sangre. Tapó con su pañuelo la herida, corrió al carruaje que la esperaba en la puerta del jardín, ordenó a su sirviente que se ocupara del cuerpo sin vida y mandó a otros criados que la llevaran con rapidez a casa de su padre, a quien relató toda la historia. En seguida mandaron llamar al médico; y estando yo aquel día a la mesa con el médico de la corte, que también era de la familia, fui con él, vi la herida y me instruyeron sobre los particulares de la aventura. La dama no fue ni citada a juicio por la muerte de su novio, porque todas las circunstancias probaban la verdad de lo que ella había contado; su promesa de casarse con él aquella tarde era un argumento tan poderoso de su amor por el difunto que otro motivo no hubiera podido producir un desenlace tan espantoso. La dama se curó y se retiró a un convento. Desesperada por la pérdida de su novio, languideció en pocas semanas, con la esperanza de encontrarse con él en el otro mundo. El hermano de su novio, según la costumbre del país, luchó con el hermano de la dama y mató a su adversario; buscó refugio en España, donde más tarde le vi como coronel de un regimiento.

Esta corta historia prueba que la mente de la mujer, cuando tiene un sentido correcto del honor, aunque mezclado con un exceso de sensibilidad, puede defenderlo de la forma más intrépida. No obstante, si un hecho así hubiera tenido lugar en Gran Bretaña, la autora de este acto heroico, tras ver su virtud humillada e insultada, probablemente hubiera sufrido una muerte ignominiosa o hubiera sido encerrada para el resto de sus días tachándose de maníaca, pues aquí se coloca a la mujer al frente del peligro, sin permitírsele medios de auto-conservación ni la resistencia que la salvaría de la deshonra y que la estigmatizaría ante el mundo.

¿Qué puede, pues, hacer la mujer? ¿Dónde puede encontrar justicia? El hombre que se profesa su campeón y protector es el enemigo más sutil e implacable que ha encontrado; no obstante, si se decanta por una vida de celibato y se aísla por completo de la sociedad, se convierte en objeto de ridículo en todas partes.

En los últimos tiempos está de moda reirse ante la creciente importancia de las mujeres dentro del intelecto humano. ¿Por qué? Porque, debido a su renombre, se oscurece el esplendor presuntuoso y ostentoso de algunos hombres. Las mujeres de Francia han sido calificadas por algunos escritores populares, aunque evidentemente con prejuicios, poco menos que de diablas. Sin embargo, apenas hemos oído un caso (excepto el de la vanidosa y superflua Madame Du Barry) en que las mujeres de aquel país no hayan demostrado una fortaleza espartana, incluso en el momento en que subían al patíbulo. Si hay políticos escépticos que fingen atribuir la fuerza del alma a una osadía temeraria o desesperada, en lugar de a un esfuerzo sublime de heroísmo, que contemplen los últimos momentos de María Antonieta; ¡mujer extraordinaria, cuyos días habían transcurrido en un lujo esplendoroso, y cuya voluntad se había considerado poco menos que ley! Obsérvenla arrojada desde las más altas atalayas del poder y de la vanidad, insultada, burlada, ridiculizada, estigmatizada, y aún así impávida en el instante en que fue condenada a una muerte ignominiosa.

Dejemos que la fuerza de su mente y la intrepidez de su alma avergiencen la cacareada superioridad del hombre y, al mismo tiempo, veamos el carácter de la mujer como favorable y digno de ejemplo. Francia, entre sus recientes escenas tumultuosas, ha dado a conocer a mujeres cuyos nombres serán la gloria de la posteridad, a mujeres que no sólo han luchado en el frente sino que han apoyado la heroicidad de sus compatriotas masculinos con la fuerza del ejemplo. Hasta la temeraria Corday, cuyo puñal aniquiló al monstruo más sanguinario y atroz de la humanidad, pidió clemencia (incluso cuando la religión y la naturaleza se estremecían) al ascender al patíbulo.

Echemos un vistazo atrás a la historia británica y dejemos a la mente liberal contemplar embelesada el afecto heroico del que dio muestras la ilustre Eleonora, consorte de Eduardo I. La tradición, quizá, destaque luego a la cultivada Isabel (con todos sus fracasos sexuales) para, posteriormente, pasar a juzgar si Inglaterra tuvo alguna vez una soberana más sabia o afortunada, más reverenciada por su consejo, más obedecida en el ejercicio de su poder o con más éxito en las empresas que acometía. Sin embargo, Isabel no era sino una mujer, una mujer con toda la fragilidad de su sexo.

[...]

Estoy de acuerdo con que, según la tradición desde hace tiempo establecida, las tareas domésticas tales como la administración de la casa, la educación de los hijos o el reparto de cariño deben recaer en la mujer. Deja a tu pareja que considere este afán como el resultado de la razón.

desde una sensibilidad paciente y por un interés mutuo, y no como el obligado servilismo de un inferior. Deja al hombre que confiese que una esposa (con ello no quiero decir un idiota) es una compañera inteligente y juiciosa, y no una esclava a quien la costumbre subordina a su poder y somete a su conveniencia. Una esposa está constreñida, por las leyes de la naturaleza y de la religión, a participar en todas las distintas vicisitudes del destino que el marido podría verse obligado a experimentar a lo largo de la vida. Ella es la encargada de luchar contra las tempestades de un destino hostil, de compartir el dolor en la adversidad, en el encarcelamiento, en la enfermedad y en la desgracia.

La mujer está obligada a trabajar para el sostén mutuo, a velar la habitación de los enfermos contagiosos, a sobrellevar pacientemente la inquietud de un espíritu desalentado, a soportar con resignación el reproche, el abandono y el desprecio; si opone resistencia, se la calificará de quebrantadora de la paz del hogar, de enemiga del decoro, de mujer desobediente y de miembro indigno de la sociedad. ¡Desafortunada mujer! ¿Por qué está condenada a soportar esta gran persecución, ese hercúleo trabajo mental, la tarea de Sísifo, más que el sufrimiento de Ixión (según las fábulas de los mitólogos paganos)? Porque es el «sexo débil».

[...]

La obediencia forzosa es el veneno de la alegría doméstica, de ahí que podamos fechar el disgusto y el odio, los cuales frecuentemente amargan la vida de los casados. Y no debería sorprenderme si el actual sistema de subordinación mental continúa ganando fuerza, si dentro de unos años los maridos europeos imitan a los de más allá del Ganges. Allí las mujeres son compradas como esclavas, y cada hombre tiene tantas como desea. Los maridos, e incluso los padres, distan tanto de ser celosos que, a menudo, ofrecen esposas e hijas a extranjeros.

Sin embargo, contrariamente a lo que podría parecer, creo firmemente que el más duro maleficio para el afecto humano es la conciencia de libertad. Deja al marido que asuma la complacencia de la amistad, y él, si su mujer no es una depravada, gozará no sólo de la confianza de ésta sino también de su afecto. Existe un nervio resistente, tanto en el corazón del hombre como en el de la mujer, que repele la pasión. La obligación y el cariño son incompatibles: la mente de la mujer está más sustentada por el orgullo que dulcificada por la sensibilidad, y cada violación de la convención moral, cada ejemplo de infidelidad, cada divorcio que separe «lo que Dios ha unido» es una prueba de que esa máxima es falsa; incluso podría calificarse de ridículo aquello de que «el hombre ha nacido para mandar y

la mujer para obedecer», excepto en la proporción en la que la capacidad intelectual recae sobre el hombre.

Si una mujer es insultada, no tiene ningún tribunal del «honor» ante el que apelar y que castigue a su enemigo. Lo que en un hombre es digno de elogio, en una mujer se estima censurable, cuando no ridículo. Lo que en un hombre es gran valentía, en una mujer se considera la persecución más vengativa. Suponiendo que una mujer sea calumniada, sea desfalcada en un juego de mesa, sea acusada en falso de malvada o de hechos deshonrosos, si ésta suplica a un extraño, éste le responderá: «Eso no es asunto mío», tal y como viene sucediendo a diario; ¡el mundo no tiene nada que ver en las peleas entre particulares! Si involucra a un buen amigo o a un familiar en su defensa, ella es «una persona peligrosa que acarrea problemas y una fiera vengativa». No le queda otro remedio que exponerse a las infamias de su enemigo. En los casos de daños sexuales no se le permitirá luchar contra él honradamente; todo lo que ella afirme de negativo sobre su oponente, se incluirá en la lista de venganzas de las mujeres. El cobarde ofensor triunfa con impunidad por ser hombre, mientras ella es una indefensa y perseguida mujer.

El prejuicio (o la política) se ha esforzado, y de hecho con éxito, en arrojar odio contra lo que se ha denominado mujer hombruna o, para explicar el significado de la expresión, la mujer de entendimiento ilustrado. Si es extraña su existencia en la sociedad, aún será más que se la apruebe. El hombre es un déspota, no soporta tener una igual, teme el poder de la mujer porque tiene la certeza de que la mitad de las dichas de la vida dependen de ella, y de que ella sería omnipotente si se le permitiera exigir una parte igual en las regulaciones del orden social.

Vuelvo de nuevo al tema principal de mi carta, a saber, que a la mujer se le niega el primer privilegio de la naturaleza: el poder de la legítima defensa. Hay dioses de la creación que no vacilarían en arrebatar a una inocente mujer la fortuna, la felicidad y la reputación; no obstante, ellos mismos considerarían justificado el castigo a un ladronzuelo que les quitara el reloj o el pañuelo. Al hombre no se le puede privar de su propiedad, no se le puede robar un artículo insignificante que la tradición haya establecido como necesario en su idea del lujo. Sin embargo, a la mujer se le puede arrebatar la paz mental de la que depende la pureza de su carácter, se la puede engañar con todos los soberbios consuelos de independencia, se la puede defraudar en su descanso, se le puede herir la sensibilidad de su corazón, pero ha de soportar los daños con fortaleza sólo porque ella pertenece al «sexo débil».

Si el hombre se detiene en el camino, podría disparar al depredador y la sociedad se lo agradecería. Si una mujer actuara siguiendo el mismo principio contra el más atroz de los ladrones que la hubiera privado de todo aquello descable en la vida, ella sería castigada como asesina. El saltador de caminos sólo coge aquello que el viajante puede permitirse perder, pues aquello que pierda, apenas lo echará en falta, mientras que la mujer queda totalmente arruinada de todo aquello que le hace llevadera la vida. Los estafadores y los tramposos quedan apartados de la sociedad, mientras que el libertino, el mayor de los estafadores, es aceptado y aprobado por las más remilgadas inglesas. Este es uno de los motivos por los que las tradiciones de años son tan descaradamente licenciosas: los hombres son libertinos, mientras que las mujeres los defienden con la práctica de la seducción.

Si en los hechos condianos de la vida un hombre es considerado culpable de perjurio, éste es sentenciado a cumplir pena por su delito, aunque el motivo para cometerlo careciera de importancia para la comunidad y sólo actuara con la excusa de su propio interés. Pero si un hombre realiza un juramento a sabiendas, habiendo decidido de forma premeditada romperlo ante el altar de la Divinidad, su delito es consentido. Un hombre jura amar y respetar a su esposa, no abandonarla en la salud o en la enfermedad, en la riqueza o en la pobreza y serle fiel hasta que la muerte los separe. Permítanme preguntar a estos creadores y profanadores del derecho, a estos sacrilegos del juramento, si no son conscientes de cometer perjurio nueve de cada diez veces en el momento de realizar un juramento tan universalmente roto.

Así, pues, a un hombre sí que se le permite jurar en falso, hasta ante el altar consagrado al Ser Supremo. Se le permite, incluso allí, considerar la más sagrada de las ceremonias como una mera institución política, de la cual él puede beneficiarse en exclusiva para intentar proteger sus intereses, mientras que ni la publicidad ni el número de sus infidelidades alcanza la censura de su conducta. Él es todavía el jueguista autoritario, el dueño de sus placeres, el consentido quebrantador de su juramento; alega la debilidad de la naturaleza humana, aunque él, como la más fuerte criatura que es, debería poseer una fuente omnipotente de poder mental. Apremia la autoridad de las pasiones, el dominio de los sentidos, la aprobación de una tradición establecida durante largo tiempo. Él es un hombre de gallardía universal y, por consiguiente, se ve cortejado e idolatrado por la mayoría de las mujeres, aunque todos sus días y todas sus acciones prueben que la mujer es víctima de su engaño.

Ahora examinemos el sino del «sexo débil» en las mismas circunstancias. La mujer tiene que soportar el abandono, la infidelidad y el desprecio, además de modo paciente. No puede alegar la debilidad de la naturaleza humana, ni puede tener pasiones ni afectos. Y si la suerte la lleva más allá de los límites de la castidad (independientemente de los embrujos y artificios que se hubieran empleado para confundirla), si viola un juramento (que, quizás, el orgullo de sus parientes, la coacción, la ambición o los intereses familiares la obligaron a prestar), la tradición, que es la dócil y conveniente amiga del hombre, declara que es una infame. Las mujeres, cómplices de su desgracia por ver con buenos ojos las infidelidades del marido, condenan a la esposa con vehemente indignación, ¡ya que ésta es el ser más débil y se encuentra expuesta a una mayor tentación!; el hombre se equivoca de forma voluntaria, mientras que la mujer se seducida mediante el arte de la persecución a través de los senderos de la virtud.

Es extraño un acontecimiento en la existencia humana en el que la opresión a la mujer no se tolere. El derecho está creado por el hombre, y su instinto de supervivencia es considerado, por ellos, la principal ley de la naturaleza. De hecho, la mujer está abocada a ser una criatura pasiva, obediente y a depender de un ser que está continuamente autorizado a engañarla. Cuando una mujer se casa, sus bienes pasan a ser de su marido; no obstante, está sujeta al derecho si contrae deudas con dicho marido, y las leyes indican la necesidad de su existencia. Si el bienestar de la mujer, o incluso la comodidad de su vida, descansan en la compasión de su dictador, éstos se verán ciertamente limitados. Hemos contemplado innumerables ejemplos de divorcios en los que al más débil, al cónyuge indefenso, se le asigna una cantidad mísera con la que se supone que ella debe vivir honradamente, mientras que al marido, el Señor de la Creación, con plena salud, en el cénit de su esplendor, se le permite abiertamente dejarse tentar. Sin embargo, a él se le compadece como la parte perjudicada, mientras que a ella se le coloca el sambenito de infame, aunque a él se le considere el «fuerte» y a ella la «débil».

La debilidad, en todo trato social, es lo más inmenso en aquellos que se supone que cuentan con menos fortaleza para la auto-resistencia. No obstante, tal es la fuerza del prejuicio, el derecho consuetudinario contra la mujer, que se espera que ella actúe como un filósofo, aunque no se le permita pensar como tal.

Si ella alega la debilidad de su sexo, no se le admite; si hace alarde de igual fuerza mental que el hombre, se la condena por arrogante. Sin embargo, si a un general se le manda al campo de batalla con una fuerza infe-

rior a la de su enemigo, y es vencido, y es vencido, se admite el alegato de desigualdad de poderes y su honor queda libre de toda acusación. La mujer halla a un todo autoritario enemigo, se somete y se ve eternamente deshonrada.

Las leyes de los hombres hace mucho tiempo que dictaban que las joyas, la castidad y la pureza de una moral no contaminada son los ornamentos que más brillan en el sexo femenino. No obstante, los artifices de esas leyes no cesan de promover su violación. El hombre le dice a la mujer que si no es casta será declarada infame mientras que, al mismo tiempo y mediante un proceso sutil y gradual, él debilita la pureza de su corazón con un anevidado desafío a todo aquello que apoye la religión y la moralidad. De este modo, el hombre comete una especie de suicidio mental: rebaja esta imagen a lo más bajo, cuando la había elevado de manera ostentosa para su idolatría universal.

Esto no es un precepto, sino un ejemplo de que la convicción chocca fuertemente con lo que pensamos. El hombre tiene que ser la criatura más sabia y racional, y sus facultades se encuentran desarrolladas de forma más liberal gracias a la formación clásica; tiene que ser más ilustrado para una iluminada vida social. Se le permite defender la dignidad de su carácter, castigar a aquellos que arreminan contra su reputación y asumir superioridad sobre todos sus compañeros. Él no tiene que dar cuenta a ningún mortal sobre sus acciones, puede deleitarse con cosas absurdas y dejarse arrastrar por los vicios de su naturaleza superior. Persigue los placeres y las excentricidades de su imaginación de forma insaciable, y siempre demuestra que las pasiones humanas lo subyugan a las degradaciones de la debilidad humana. Por otro lado, la mujer, el animal débil, cuyos placeres se encuentran limitados (pues su educación, conocimiento y acciones se ven circunscritos por la poderosa regla del prejuicio), debe resistir la tentación, ser invencible en fortaleza, tener grandes poderes de reflexión y clarividencia, ser sutil en la defensa de su propio honor y paciente ante los conflictos de las pasiones. El hombre primero la degrada y, después, la abandona.

Sin embargo, si llevada por el hambre, el insulto, la vergüenza y la persecución se precipitase como un lobo sobre su presa, si «como Milwood piensa que es «necesario ser rico» en ese mundo sordido y egoísta, la recluirán, odiarán y condenarán a los más bajos escenarios del peor envilecimiento, para que viva en la miseria o para que muera sin ser llorada. Ningún corazón familiar se compadecerá ante su degradación, ninguna piadosa ligeros embalsamará sus cenizas. Se precipitará en los brazos de la muerte como su último y único refugio de los monstruos que la han destruido.

El destino de la mujer es proseguir por un camino en el que siempre hay enemigos. Si ella es tolerante, generosa, sana, amiga del desafortunado y ambiciosa a la hora de perseguir el mérito, se la considerará licenciosa e inmoderadamente pródiga. Todo bien que haga, cada lágrima robada de modesto valor, cada suspiro que ella convierta en un latido de alegría en el pecho será olvidado por todos, ya que la cándida generosidad de su alma despierta la acusación de locura y extravagancia. Si, por el contrario, ella es cauta, sagaz, ahorrativa, parca y ansiosa a la hora de conseguir y conservar los beneficios de la independencia, se la acusará de intolerante, ruin, insensible, astuta, interesada y perversa; en cualquier caso ella será censurada. Si es generosa, se la calificará de impia; si es miserable, de deplorable. Resumiendo, una mujer generosa es una loca, y una mujer prudente es una pródiga.

Si a la mujer no se le permite hacer gala de grandeza mental, ¿por qué malgasta sus facultades en aprender cualquier cosa?, ¿por qué le dan libros, si no se beneficiará de la sabiduría que éstos inculcan? Los padres o la tutora que iluminan su conocimiento, como el sombrío farol cuya luz se queda en el interior, instalan en su entendimiento un arma de defensa contra los peligros de la existencia pero, al mismo tiempo, le ordenan no usarla. El hombre suele decirle: «si leyeras, pensarías, pero no debes mostrar tu conocimiento ni aplicar tus pensamientos más allá de los límites que te hemos establecido». Entonces, ¿por qué sobrecargan la mente de la joven con un llamativo diseño que el hombre oscurece con su indeleble sombra?, ¿para qué abrir el corazón de la mujer meramente para constatar aún más que es, gracias a la tiranía de la tradición, vulnerable?

El hombre debe recordar: «Saber poco es muy peligroso». Que no espere una lujosa cosecha mental, cuando el sol para el cultivo está oculto por los impenetrables prejuicios. Las nubes, tan extendidas por la mente de la mujer, dan una desoladora oscuridad. De este modo, a la mujer se le enseña a discernir lo suficiente como para darse cuenta de su propia infelicidad. Ella, como Tántalo, se encuentra en una situación en la que la bendición intelectual por la que suspira está en su forma de ver las cosas: sin embargo, no se le permite lograrla. Ella es consciente de que tiene la misma capacidad mental que el hombre, pero se la obliga a doblegarse como la criatura más débil.

El hombre afirma: «¡Debes iniciarte en el arte de la condescendencia, pues esperarás 'en vano' que nosotros contribuyamos a tu felicidad un ápice más allá del principio que nos conforma a nosotros mismos». ¡Egoístas sensuales! Necesitáis a la mujer para vuestra felicidad, más aún para vuestra

existencia. No obstante, ella no debe atribuirse la capacidad de participar en vuestras acciones. Idolatráis sus atractivos personales siempre y cuando influyan en vuestros sentidos; cuando éstos os empiezan a aburrir, se va la magia, y el prejuicio está siempre alerta para condenar lo que la pasión ha degradado.

[...]

Suponiendo que las mujeres actuaran conforme al principio del egoísmo y siguiendo exclusivamente sus intereses, inclinaciones y diversión (y, además, no hay ley de la naturaleza que prohíba esto, ninguna, salvo las creadas por el hombre), ¿cuáles serían las consecuencias? La aniquilación de todo orden moral y religioso. De manera que todo el bien que cimienta los lazos de la sociedad civilizada se basa en la abnegación y en la rectitud de la mujer.

Me gustaría no tener que aconsejaros contra el hecho de cultivar aquello que los escritores modernos llaman las gracias. Estaría ante una mujer muy educada, que sabría bailar si sus formas estuvieran bien proporcionadas, que sabría cantar si la naturaleza la hubiera dotado del poder de convertir la armonía en algo agradable para los sentidos. Dibujaría, pintaría y realizaría tareas imaginativas con la aguja, sobre todo si su porte es delicado y su intelecto femenino. Pero si la naturaleza le ha dotado de una gran capacidad mental, debería dedicar la mitad de sus horas de estudio a tareas más importantes. Ella podría igualmente, si es fuerte y activa, dedicarse a deportes menores como la natación, la pelota y las carreras. Podríamos ver entonces a Arlantas británicas o a mujeres Nemrod.

Sin embargo, por muy singular que pueda parecer para una mente pensante la caza, ciertamente uno de los deportes masculinos más bárbaros, ésta sirve sorprendentemente en Europa de divertimento para el sufrido sexo. Aquí, de nuevo, la debilidad es perseguida por mandato del hombre. El ciervo inofensivo o la liebre tímida se cazan para su destrucción, incluso por mujeres. ¿Por qué, en este sencillo ejemplo, el hombre está de acuerdo en la conveniencia de los objetivos masculinos? ¿Por qué el marido, sin disgusto ni aprensión, permite a su dulce, débil y delicada compañera saltar encima de una presa o por una valla de cinco barotes, al mismo tiempo que afirma su exceso de arrogancia «por dar una opinión» en cualquier tema que el hombre considere exclusivo? Sólo puedo concluir que una esposa tiene totalmente permitido desnucarse, aunque se le prohíba pensar o hablar como una criatura racional.

¿Por qué las mujeres están excluidas del auditorio del Senado británico? El bienestar de su país no puede dejar de interesarse por sus senti-

mientos, y la elocuencia tanto exalta como refina el entendimiento. El hombre hace de la mujer una criatura frívola para, después, condenarla por la locura que él le inculca. Le dice que la belleza es la primera y más poderosa atracción; la segunda, el carácter complaciente y los dulces modales.

Por consiguiente, ella dedica la mitad de su tiempo a embellecerse y la otra mitad a practicar la dulzura, la languidez y la insipidez sentimental. Desprecia tener gran capacidad intelectual, ya que teme que la califiquen de masculina. Tiembla con cada corriente de aire, se desvanece ante cualquier peligro y se rinde en cada asalto, ya que sería poco femenino defenderse a sí misma. No se encuentra ningún parecido con personajes de la Antigüedad como Porcia o Cornelia.

[...]

La imprenta publicará monumentos gracias a los que el talento de las mujeres británicas será inmortal. Sus trabajos en relación a su educación liberal, año tras año, disputarán por una notoriedad igual a la de sus clásicos autores contemporáneos.

En la proporción en que las mujeres estén familiarizadas con los idiomas, ellas se convertirán en ciudadanas del mundo. Las leyes, las tradiciones y los pueblos de las diferentes naciones serán sus parientes por la proximidad de su naturaleza. El prejuicio quedará paralizado, si es que no recibe un golpe mortal, por la expansión de la inteligencia, y la mujer, a la que se le permitirá sentir su propia importancia en la escala social, perseverará para que esto continúe. Sabrá que fue creada para algo más importante que para el mero divertimento de los hombres, ya que tiene energía mental y es digna de confianza. Dicho sistema de igualdad mental produciría mujeres británicas parecidas a Porcia y Arria de la Antigüedad.

Si la fortuna me lo permitiese, construiría una universidad para mujeres, donde se las instruiría cortesía y, al mismo tiempo, clásicas. La profundidad de sus estudios estaría en proporción a sus capacidades intelectuales, y aquellas que no fueran aptas para las tareas del conocimiento serían expulsadas después de un juicio justo de sus capacidades y se les asignarían caminos más humildes en la vida como las tareas domésticas. Los ciudadanos acomodados que no educaran a sus hijas en este seminario pagarían una multa, que se destinaría al mantenimiento de las estudiosas sin dote. En medio siglo habría el número de mujeres ilustradas suficiente como para llenar todas las facultades de la universidad, y aquellas que sobresalieran en un campo determinado recibirían medallas honoríficas que deberían llevar como muestra de su mérito literario.

¡Oh, mi ignorante compatriota! Lee y benefícate, tal y como aconseja la razón. Libérate de las cadenas triviales y brillantes que te envilecen. Resiste esos fascinantes hechizos que, como torpedo del terror, se fijan en tus facultades mentales. Sé menos esclava de la vanidad y más conversata a la reflexión. La naturaleza te ha dotado de atractivos personales; asimismo, te ha dado la capacidad de desarrollo intelectual. No busques el triunfo visionario de la conquista universal. Sé consciente de que eres igual que la más grande y noble de las adquisiciones, y mediante la prudencia, la templanza, el ahínco y la reflexión doblega aquel prejuicio que durante años ha sido tu empedernido enemigo. Deja que tus hijas reciban una educación liberal, clásica, filosófica y útil. Déjalas expresar, de forma oral o por escrito, sus opiniones libremente. Déjalas leer y pensar como criaturas racionales. Adapta tus estudios a su capacidad intelectual. Abre sus mentes y purifica sus corazones enseñándoles a sentir igualdad intelectual con sus gobernantes totalitarios. Con tan admirable esfuerzo despertarás la más noble emulación, harás volar en pedazos las supersticiosas doctrinas de intolerancia y fanatismo, confirmarás la intuitiva inmortalidad de las almas y les darás aquella genuina incandescencia de la despierta virtud, que las honrará hasta la posteridad.

Hay hombres que fingen valorar poco las producciones literarias femeninas; sin embargo, hoy en día, no existen trabajos tan universalmente leídos como éstos. Las mejores novelas, desde aquellas de Smollet, Richardson y Fielding, han sido escritas por mujeres, y sus páginas no sólo han sido embellecidas con interesantes situaciones de la vida doméstica, retratadas con elegante fraseología y refinado sentimiento, sino también con energía, elocuencia y razonamiento político, teológico y filosófico. Junto con el talento y el trabajo de alguna británica ilustrada, la posteridad también estará en deuda con las mejores y más fieles traducciones del francés o del alemán. Mencionemos, por ejemplo, a las señoras Dobson e Inchbald, y a Miss Plumtree. En los más exhaustivos estudios sobre lenguas muertas encontramos a mujeres célebres como las señoras Carter, Thomas (Miss Pankhurst), Francis, la honorable Damer, etc. En teatro destacaron las señoras Cowley e Inchbald, y las señoritas Lee y Hannah More, así como otras mujeres menos célebres. En biografía, las señoras Dobson, Thicknes, Piozzi, Montagu y Miss Helen Williams han dejado honorablemente alto su talento. Sin lugar a dudas, la poesía ha aumentado en la literatura británica gracias a las obras femeninas, ya que muchas británicas han producido composiciones tan originales y bellas que han maravillado a críticos e intelectuales de la época. En atención a mis justas y liberales compatriotas, a los talentos na-

turales y a las adquisiciones mentales de sus ilustres contemporáneas, concluiré mi carta con un listado de nombres que, aunque enmudecen la lengua del prejuicio, no fracasarán en estimular su emulación.

PD: Si esta carta sirve para influir en las mentes de aquellos a quienes me dirijo, así como para beneficiar a la próxima generación, mis fines y objetivos se habrán cumplido. Estoy completamente segura de que me encontraré con dedicatorias poco serias por parte de los discípulos masculinos de la filosofía moderna. Los críticos, aunque han patrocinado libremente los trabajos de las mujeres británicas, puede que condenen aquella doctrina que inculca la igualdad intelectual por miedo a que, mediante sus trabajos, vayan a reclamar igual poder en el tribunal de la literatura británica. Para el intelectual profundo y para la crítica libre de prejuicio, esta carta se leerá con candor; asimismo, espero que su propósito se considere beneficioso para la sociedad.

[...]

Bibliografía

Fuentes primarias

- Cavendish, Margaret Lucas (Duquesa de Newcastle) (1662/2003): *Political Writings*. Cambridge University Press.
- Cotton, Priscilla y Cole, Mary (1655): *To the Priests and People of England We Discharge our Consciences and Give them Warning*. Londres.
- Edgeworth, María (1795/2004): *Letters for Literary Ladies*. Whitefish (MT), Kessinger Publishing.
- Fell Fox, Margaret Askew (1666): *Women's Speaking Justified, Proved and Allowed of by the Scriptures, All such as Speak by the Spirit and Power of the Lord Jesus*. Londres.
- Hawley, Judith (ed.) (1741-1764/1999): *Bluestocking Feminism. Writings of the Bluestocking Circle, 1738-1785*: Elizabeth Carter (Vol. 2). Pickering & Chatto, Londres.
- Hays, Mary (1798/1974): *Appeal to the Men of Great Britain in Behalf of Women*. Garland Publishing, Nueva York.
- Macaulay Graham, Catherine Sawbridge (1790/1994): *Letters on Education*. Woodstock Books, Oxford.
- Makin, Bathusa Reynolds (1673): *An Essay to Revive the Antient Education of Gentlemen in Religion, Manners, Arts and Tongues, with an Answer to the Objections against this Way of Education*. J. D., Londres.
- Montagu, Mary Pterrepoint Wortley (Lady) (1738/1947): *The Nonsense of Common Sense 1737-1738*. Northwestern University, Chicago (IL).
- (1752 y 1753/1946): «To the Countess of Bute». Arden, James (ed.). *English Letters of the XVIII Century*. Pelican Books, Harmondsworth.
- Radcliffe, Mary Ann (1799/1994): *The Female Advocate*. Woodstock Book, Oxford.
- Robinson, Mary Darby («Percilla») (1998): *A Letter to the Women of England on the Injustice of Mental Subordination with Annexes (1759)*. Woodstock Books, Washington D. C.
- Speght, Rachel (1617/1996): «A Mouzell for Melantomus: The Cynicall Bayter of, and Foule Mouthed Barker against Evils Sex». O'Malley, Susan Gushie (ed.). *Printed Writings 1500-1640, Vol. 4: Defences of Women, Jane Anger, Rachel Speght, Ester Sowdenam and Constantia Munda*. Scolar Press, Hants.
- Springborg, Patricia (ed.) (1694 y 1697/1997): *Mary Astell: A Serious Proposal to the Ladies Part I & II*. Pickering & Chatto, Londres.

- Todd, Janet (ed.) (1989): *A Hillisvenger Anthology*. Polity Press, Cambridge.
- Tyler, Margaret Tyrrell (1578/1996): «M. T. to the Readers». Coad, Kathryn (ed.). *Printed Writings 1500-1640, Vol. 8: Margaret Tyler*. Scholar Press, I Hants.

Fuentes secundarias

- Bedin, Elaine V. (1987): *Redeeming Eve. Women Writers of the English Renaissance*. Princeton University Press.
- Brink, J. R. (ed.) (1980): *Female Scholars: A Tradition of Learned Women before 1800*. Eden Press Women's Publications, Montreal.
- Calvi, Giulia (ed.) (1995): *La mujer barroca* (Trad. José Luis Gil Arana). Alianza Editorial, Madrid.
- Cavendish, Margaret (1994a): «A True Relation of My Birth». Keeble, N. H. (ed.). *The Cultural Identity of Seventeenth-Century Women. A Reader*. Routledge, Londres.
- (1994b): «Preface to *The Worlds of Olio*». Keeble, N. H. (ed.). *The Cultural Identity of Seventeenth-Century Women. A Reader*. Routledge, Londres.
- Clase, Olive (ed.) (2000): *Encyclopedia of Literary Translation into English, Vol. 1*. Fitzroy Dearborn Publishers, Londres.
- Delplato, Joan (1988): «An English 'Feminist' in the Turkish Harem: A Portrait of Lady Mary Wortley Montagu». Keener, Frederick M. y Lorsch, Susan E. (eds.). *Eighteenth-Century Women and the Arts*. Greenwood Press, Nueva York.
- Dryden, John (1992): «Preface to his Translation of Ovid's *Epinels*». Lefevere, André (ed.). *Translation / History / Culture*. Routledge, Londres.
- Eger, Elizabeth et al. (2001): *Women, Writing and the Public Sphere, 1700-1830*. Cambridge University Press.
- Esenberg, Daniel (ed.) (1975): «Prefacio». Ortúñez de Calahorra, Diego. *Especo de príncipes y caballeros*. Espasa-Calpe, Madrid.
- Ferguson, Moira (ed.) (1985): *First Feminists: British Women Writers 1578-1799*. Indiana University Press, Bloomington.
- Henderson, Katherine Usher y McManus, Barbara F. (1985): *Half-Humanhood. Context and Crisis of the Controversy about Women in England, 1540-1640*. University of Illinois Press, Urbana.
- Hill, Bradjet (1992): *The Republican Virago. The Life and Times of Catherine Macaulay*. Historian. Clarendon Press, Oxford.
- Hobby, Elaine (1988): *Virtue of Necessity. English Women's Writing 1646-1688*. Virago Press, Londres.
- Keeble, N. H. (ed.) (1994): *The Cultural Identity of Seventeenth-Century Woman. A Reader*. Routledge, Londres.
- King, Margaret L. (1991): *Women of the Renaissance*. The University of Chicago Press.
- Kowaleck-Wallace, Beth (1988): «Two Anomalous Women: Elizabeth Carter and Catherine Talbot». Keener, Frederick M. y Lorsch, Susan E. (eds.). *Eighteenth-Century Women and the Arts*. Greenwood Press, Nueva York.

- Kronstris, Tina (1992): *Oppositional Voice: Women as Writers and Translation of Literature in the English Renaissance*. Routledge, Londres.
- Levy, M. J. (1994): *Peritia: The Memoirs of Mary Robinson*. Peter Owen Publishers, Londres.
- Lewahki, Barbara K. (2000): «Rachel Speght». Woods, Susanne y Hannay, Margaret P. (eds.). *Teaching Tudor and Stuart Women Writers*. The Modern Language Association, Nueva York.
- Loewenstein, David y Mueller, Janet (eds.) (2002): *The Cambridge History of Early Modern English Literature*. Cambridge University Press.
- Mack, Phyllis (1992): *Visionary Women. Ecclesiastical Prophecy in Seventeenth-Century England*. Berkeley, University of California Press.
- Mater, Carol S. y Masardier-Kenney, Françoise (1996): «Gender in/and Literary Translations». Rose, Marilyn Gaddis (ed.). *Translation Horizons Beyond the Boundaries of Translation Spectrum*. State University of New York, Binghamton.
- Myers, Sylvia Harsstark (1990): *The Blurbrooking Circle. Women, Friendship, and the Life of the Mind in Eighteenth-Century England*. Clarendon Press, Oxford.
- Offen, Karen (1988): «Defining Feminism: A Comparative Historical Approach». *Signs*, 14.
- O'Neill, William L. (1969): *The Woman Movement. Feminism in the United States and England*. George Allen and Unwin Ltd., Londres.
- Pollin, Hurton R. (1971): «Mary Hays on Women's Rights in the Monthly Magazine». *Studies anglaises*, 24, 3.
- Prior, Mary (ed.) (1985): *Women in English Society 1500-1800*. Methuen, Londres.
- Robinson, Douglas (1997): *Western Translation Theory from Herodotus to Nietzsche*. St. Jerome Publishing, Manchester.
- Salmon, Vivian (1996): «Bathusa Makin (1600-c.1673): A Pioneer Linguist and Feminist». Koerner, Konrad (ed.). *Language and Society in Early Modern England. Selected Essays 1981-1994*. John Benjamins Publishing Co., Amsterdam.
- Salzman, Paul (ed.) (2000): *Early Modern Women's Writing. An Anthology, 1560-1700*. Oxford University Press.
- Schleuter, Louise (1994): *Tudor and Stuart Women Writers*. Indiana University Press, Bloomington.
- Shaver, Anne (2000): «Margaret Cavendish, Duchess of Newcastle». Woods, Susanne y Hannay, Margaret P. (eds.). *Teaching Tudor and Stuart Women Writers*. The Modern Language Association, Nueva York.
- Shepherd, Simon (ed.) (1985): *The Women's Shop Revenger: Five Women's Pamphlets from the Renaissance*. Fourth Estate, Londres.
- Simon, Sherry (1996): *Gender in Translation. Cultural Identity and the Politics of Transmission*. Routledge, Londres.
- Smith, Hilda L. y Cardinale, Susan (1991): *Women and the Literature of the Seventeenth Century*. Greenwood Press, Nueva York.
- Spender, Dale (ed.) (1983): *Feminist Theorists. Three Centuries of Women's Intellectual Traditions*. The Women's Press, Londres.
- Tomalin, Claire (1985): *The Life and Death of Mary Wollstonecraft*. Penguin, Londres.
- Travitsky, Betty (1984): «The Lady Doth Protest: Protest in the Popular Writings of Renaissance Englishwomen». *English Literary Renaissance*, 14, 3.

- Walker, Gina Luria (2006): *May Hays (1759-1843). The Growth of a Woman's Mind*. Ashgate, Oxon.
- Wilcox, Helen (ed.) (1996): *Women and Literature in Britain, 1500-1700*. Cambridge University Press.
- Woodbridge, Linda (1984): *Women and the English Renaissance: Literature and the Nature of Womanhood, 1540-1620*. The Harvester Press, Brighton.

Colección MUJERES

Dirigida por Consuelo Flecha García,
Catedrática de la Universidad de Sevilla (España)

- ACNER, Sandra: *Género y educación.*
- ARBER, Sara y GINER, Jay: *Relación entre género y empoderamiento.*
- ASLANBEIGUI, Nahid et al.: *Mujeres en tiempos de transformaciones económicas.*
- BEROVI, Sara: *Sin castigos. Nuevas formas de libertad en el siglo XX.*
- BOOTH, Christ et al.: *La vida de las mujeres en las ciudades.*
- BREINES, Ingeborg et al.: *Mujeres a favor de la paz. Hasta sin preguntas de acción.*
- BRENNER, Rachel E.: *Resistencia ante el Holocausto: Sorin, Weiz, Frank, Hillman.*
- BULNINA, José: *Mérid Rosalinda. Gestos y silencios en «La Plaza del Diamante».*
- BUTTARFELI, et al.: *Una revolución suspendida. Simbolismo y sentido del trabajo de las mujeres.*
- CACACE, Marina: *Mujeres jóvenes y feminismo.*
- CARNE, Barbara y SLUCA, Glenada: *Género e Historia.*
- CARRERO FERNÁNDEZ, M.ª Angeles: *Scrivimo linguáras.*
- CAU, Marián L. F.: *Oración autística y mujeres. Recuperar la memoria.*
- CHENIA, María: *El dulce canto del corazón.*
- COLOMBANI, Roger: *Bellas indisolubles. Mujeres con grandes destinos.*
- DINAN, Susan y MEYERS, Debra: *Mujeres y religión.*
- ELLIS, Julie, L. y WILLIAMS, John (eds.): *Niós, mujeres y superstición.*
- ETTORRE, Elisabeth: *Mujeres y alcohol. ¿Place privado o problema público?*
- EVERINGHAM, Christine: *Maternidad, autonomía y dependencia.*
- F PONCELA, Anna: *Protagonismo femenino en cuentos y leyendas de México y Centroamérica.*
- FRAU, Taciuna: *El otro sexo del dragón. Mujeres, literatura y sociedad en China.*
- FLECHA, Consuelo: *Las primeras universitarias en España, 1872-1910.*
- FREEMAN, Jane: *Feminismo. ¿Unidad o conflicto?*
- GARCÍA DUALHER, Silvia: *Psicología y Feminismo.*
- GARCÍA LASTHA, Marta et al.: *Las mujeres cambian la educación.*
- GARCÍA-MINA, Ana: *Desarrollo del género en la feminidad y la masculinidad.*
- GARNIER, Isabelle y RANAULT, Hélène: *Alfabeto de personajes femeninos.*
- GENOVESE, Michael: *Mujeres líderes en política. Modelos y perspectivas.*
- GREGARIO GIL, Carmen: *Algunas feministas. Su impacto en las relaciones de género.*
- HAINARD, François: *Ciudades y empoderamiento de las mujeres.*
- HERRANZ, Yolanda: *Igualdad bajo sospecha.*
- LÓPEZ MARTÍ: *Mujeres con discapacidad.*
- LÓPEZ CARBALES, M.ª del Mar: *Palabras de mujeres. Escritoras españolas emprendedoras.*
- LÓPEZ PUIG, Anna y ACEROLA, Aitxape (coord.): *Entre la familia y el trabajo.*
- MARINCO, Gaia: *Biviana. Voz de mujeres.*
- MARTINEGUA MATRÍ et al.: *Libros para ser. Mujeres creadoras de cultura en la Europa medieval.*
- MEIN, Dominique: *El tiempo de las mujeres.*
- MORAND, Jeremy: *Encuentro con desconocidas. Feminismo y discapacidad.*
- NARANJO, Maeya y Sánchez Korroel, Virginia: *Mujeres en América Latina y el Caribe.*
- NICOLSON, Paula: *Poder, género y organizaciones. ¿Se salva a la mujer en la empresa?*

- PEYRERO, M. G. (Coord.). *Tijando moscos de la España de ayer*.
- RAMOS LÓPEZ, Pilar: *Feminismo y novela. Introducción crítica*.
- REDMONDI, Alicia (Coord.): *Mujeres novelistas*.
- ROSILLI, Mariagrazia: *Políticas de género en la Unión Europea*.
- SEGURA GRAÑO, Cristina et al.: *Feminismo y masculinidad en la literatura española*.
- SIMÓN, María Elena: *Democracia vital. Mujeres y hombres hacia la plena ciudadanía*.
- : *Hijas de la igualdad, herederas de injusticias*.
- SCHOBANER, Soriporni et al.: *Tijidos de mujeres*.
- TALLEPER, Lidia: *Orígenes del feminismo*.
- TOMMASI, Wanda: *Eury Hillsson: la inteligencia del ensaño*.
- : *Filósofas y mujeres: la diferencia sexual en la Historia de la Filosofía*.
- TORRES, Isabel de (Coord.): *Miudas desde la perspectiva de género*.
- VALLE, Teresa del et al.: *Aloditas emergentes en los sistemas y las relaciones de género*.

— M U J E R E S —

Orígenes del feminismo

Textos de los siglos XVI al XVIII

Interesante aproximación a los escritos de quince mujeres inglesas, consideradas precursoras del feminismo occidental y punto de partida del feminismo escrito.

Sabido es que los movimientos por la igualdad de los derechos de las mujeres en los países de habla inglesa son los más representativos de Occidente, aunque sea el de las sufragistas el más conocido. Sin embargo, buceando en el pasado, encontramos que el Renacimiento inglés benefició especialmente a las mujeres, el Humanismo empezó a formarlas y la Reforma Protestante acudió a ellas para traducir textos religiosos, todo lo cual puede explicar el carácter instruido de las autoras de los textos que aquí se recopilan y su significativo valor a la hora de establecer el hilo histórico del feminismo.

El libro tiene como objetivo facilitar el acceso a los textos que sobre defensa de las mujeres se publicaron en Inglaterra entre los siglos XVI al XVIII. A pesar del tiempo transcurrido, las cuestiones planteadas por estas pioneras conservan su vigencia, y su lectura ayudará sin duda a comprender mejor la situación actual, teniendo en cuenta que ellas plasman un pensamiento femenino y no "feminista", pues la reivindicación propiamente feminista no surgió hasta la Ilustración francesa.

Lidia Taillefer de Haya es Profesora Titular del Departamento de Filología Inglesa, de la Universidad de Málaga.

 narcea
ediciones

ISBN: 978-84-277-1595-0



9 788427 715950